



3 1761 0477491 4

ESTABLISHED 1842

LUIS BARDON
LIBRERO - ANTICUARIO

LEE TO THE LAST

Madrid

QUE TE LLEVA AL DE FRENTE







LA MOLINERA,

COMEDIA EN UN ACTO

TRADUCIDA DEL FRANCÉS

POR

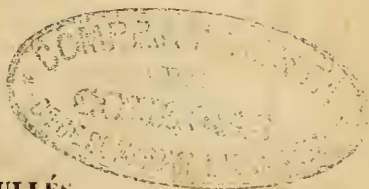
DON ISIDORO GIL.



MADRID.

IMPRENTA DE REPULLÉS.

1841.



ACTO ÚNICO.

El teatro representa una pieza de la casita pegada al molino de Marly. Puerta de entrada al foro que sale á una escalera de troncos de arbol, la cual se supone que baja hasta el camino; á la derecha de la puerta una ventana, por la que se ve el campo; en el lado opuesto una puerta con corredor. A la izquierda del espectador la puerta del cuarto de Dionisia con una lumbreira encima. A la derecha otra puerta por donde se sube á los pisos de arriba y al cernedero; encima y á bastante altura de la puerta, una ventana con corredera como de una terciá en cuadro. Un arca de guardar pan en el foro. En el proscenio, á la derecha, mesa con avios de escribir y un libro de asiento. A la izquierda otra mesa con una cesta de hacer calceta. Sillas comunes. Encima de la mesa de la izquierda una vasija de barro con un enorme ramillete.

ESCENA PRIMERA.

GUILLELMO en la escena; MOYUELO arrojando costales vacíos por la ventana de corredera, los cuales va echando á su vez Guillermo por la puerta del corredor. Oyese dentro á la derecha el ruido del molino.

V *Moyuelo. Veintisiete. (Contando los costales al tiempo que los va echando.)*

Guillelmo. (Cogiéndolos y arrojándolos hácia el foro.) Veintisiete.

Moyuelo. Veinte y ocho.

Guillelmo. Veinte y ocho.

Moyuelo. Y veinte y nueve.

Guillelmo. Y veinte y nueve. (A Moyuelo, que se ha retirado.) Está ya todo, Moyuelo? Bueno! Deten el molino. El aire ha cambiado y no anda mas que con

un ala. (*Cesa el ruido del molino.*) Cierra el cernedero. (*Acercándose al libro de asiento.*) Yo voy á repasar las cuentas. (*Torciendo la cabeza para escuchar.*) Calla! Qué nos traerán de nuevo? Mas carretas de molienda! (*Va á mirar por la puerta del foro.*) Válgame San Cipriano! Un coche lleno de dorados! lacayos vestidos! Es la señora marquesa de la Gallardière, la muger de nuestro amo? Si vendrá la buena señora á traer ella misma el grano al molino? (*Se adelanta á recibirla*)

ESCENA II.

GUILLELMO. LA MARQUESA.

Marquesa. (*Dentro.*) Una escalera de troncos para subir... qué horror!

Guillermo. (*Al foro.*) Agarrarse al pasamanó... es una cuerda de pozo.

Marquesa. Cerrad los ojos, Almanzor. (*Apareciendo y mirando.*) Y esto es un molino! Bonita cosa por cierto! Yo que habia creido encontrarme zagalas con medias de seda y molineras con zapatos de color de rosa... (*Hablando hácia el foro.*) No subais, Almanzor! Es mi negro.

Guillermo. (*De pronto.*) Ah! sí, que no suba... el pobre muchacho podria emporcarse con la harina. (*Tropezando con todos los muebles para buscar un asiento.*) Señora marquesa...!

Marquesa. Puf...!

Guillermo. (*Aparte.*) Qué dos luceros...! mas brillan que las hebillas de los zapatos del señor cura!

Marquesa. (*Oliendo un pomito y sentándose á la izquierda.*) Y la molinera, no está?

Guillermo. (*Turbado y embrollándose.*) No, no, señora marquesa... ha ido á la feria de Gonesse... á vender nuestro borriquillo que tenia muermo... y es una lástima, porque era el animalejo mas bien hecho...! mejorando lo presente; pero si ella hubiese sabido que vos... vaya, vaya... os hubiese dado la preferencia. Y si no está ella... aqui estoy yo... Guillermo el Dormilon... sobrino del molino.

Marquesa. (Riendo.) Sobrino del molino...! No; aguardaré; tengo que decirla una cosa importante... Deseo ver ademas esa maravilla... porque en San German, en Versalles, en nuestras mas brillantes reuniones; no se habla mas que de la linda molinera de Marly. *(Con coqueteria y arreglándose la gorguera.)* Es en efecto tan bonita como dicen?

Guillermo. Toma! yo no sé.

Marquesa. No lo sabes. *(Aparte.)* Ya se ve, estos patanes son incapaces de entender en tales materias. *(Alto.)* Pero, cuando tú eres sobrino suyo, debe ser de una edad...

Guillermo. Tampoco lo sé; pero tiene tres meses mas que yo, que cumplo veinte años por la Candelaria.

Marquesa. (Riendo.) Ah! con que no lo sabes? perfectamente!

Guillermo. (Prosiguiendo.) Sí, porque habeis de saber, señora marquesa, que yo nunca he tenido padre ni madre...! Soy, como ellos dicen, un hijo postizo.

Marquesa. (Ricudo siempre.) Póstumo?

Guillermo. Sí... Pues como iba diciendo, yo tenia ocho años, cuando el bueno de mi abuelo, que tambien se llamaba Dormilon, nos puso á los dos sobre sus rodillas... "Dionisia, hija mia, le dijo á mi tia, aqui tienes á tu sobrino Guillermo, que es huérfano y no tiene nada en el mundo. Tú, hija mia, tienes alguna cosa... El rico debe favorecer al pobre... prométeme que no le abandonarás." *(Imitando la voz de una niña.)* "Sí, abuelito, contestó mi tia, con su voccecita y sus ricitos de angel...! me parece que la estoy viendo... Sí, le adopto y os prometo servirle de madre."

Marquesa. (Conmovida.) Pobre criatura! Ese fue un buen rasgo!

Guillermo. Y ha cumplido su palabra! ella es la que me ha criado... Me llevaba á la escuela... siempre estamos brincando y saltando; de cuando en cuando me regalaba algunos torniscones y rebanadas de pan con manteca para que me fuera formando; y cuando se quedó viuda del difunto que tenia arrendado este molino al señor marques, no me quise separar de ella... me nombró capataz de los mozos. Pero lo que hay que ver es cómo me regala, cómo me mira...! un

vestido nuevo cada seis meses, dinero fresco en el bolsillo y tropicones á discrecion. (*Enterneciéndose.*) Pobre tiita! no es por la cosa... pero cuando me acuerdo que no puedo probarla mi... (*Sollozando.*) Perdonad, señora marquesa... pero en pensando en ello... me pongo á llorar como un bestia.

Marquesa. Ese es tu mejor elogio, y no me admiro de que ella sea dichosa con un sobrino que tanto la quiere.

Guillermo. (*Limpiándose los ojos.*) Pues nada de eso... no lo es! y ahí teneis lo que me parte el corazon; de algun tiempo acá, sobre todo tiene lunas, la dan unas cóleras, unos arrebatos... Unas veces se echa á reir de pronto, otras veces llora... me maltrata, suspira... qué sé yo...? Y vamos á ver, qué es lo que puede desear? Es dueña de esta casita, tiene un poco de terreno... dinero... y por remate de cuento se ha quedado viuda siendo todavía niña.

Marquesa. Precisamente la viudez será la que la tiene fastidiada; pero yo me encargo de curarla de ese mal.

Guillermo. Ay, sí por Dios, señora...! porque habeis de saber que la quiero tanto como si fuese el propio autor de mis dias. (*Escuchando.*) Oh! aquí viene... he conocido su voz. (*Corre al foro.*)

ESCENA III.

DICHOS. DIONISIA, con traje de aldeana de la época, elegante y sencillo: saca en el brazo una cestita.

Dionisia. (*Cantando.*) Erase un cazador
de patria florentin,
Carabi...

Guillermo. Buenos dias, tiita.

Dionisia. (*Sin ver á la marquesa.*) Buenos dias, sobrino, buenos dias, gordillon. (*Dándole con suavidad en el carrillo.*)

Guillermo. (*Muy hueco.*) Hé! me da cachetes! es señal de que está de buen humor.

Dionisia. (*Quitándose el manto y reparando en la mar-*

quesa.) Qué veo? la señora marquesa! Perdonad, señora... tanto favor...

Marquesa. Ah! con que me conocias, chiquita?

Dionisia. No he visto á la señora marquesa (*Con respeto.*) mas que una vez en la quinta... pero esa me ha bastado para no olvidarla nunca.

Marquesa. (*Lisonjeada.*) La aldeanilla se espresa con mucha soltura, y me parece bien... bastante bien... nunca hubiera creído que en esa clase... qué extravagante es á veces la naturaleza! (*Alto.*) Tenia que hablar contigo, muchacha, y como debia pasar por aqui para ir á ver á la mariscala de Luxemburgo...

Guillermo. (*Repentinamente.*) A propósito de mariscal... y el horriquillo se vendió, tia mia?

Dionisia. Sí, bobon! he sacado diez escudos por él.

Guillermo. (*A la marquesa.*) Qué tal si sabe comerciar! Pues maldito si valia cinco!

Dionisia. Bien... bien... anda á ver el que he traido nuevo... verás qué rucio tan guapo...! tiene unas orejas... magníficas! (*Dándole de nuevo un par de veces en la mejilla.*) Ya has oido que la señora marquesa tiene que hablarme! (*Con cariño.*) Anda, bobalicon, anda; esta mañana estás muy guapo; tienes muy buenos colores.

Guillermo. (*Consigo mismo.*) Yo lo creo... no hace mas que darme bofetadas! (*Alto.*) Allá voy, tia. (*Vase por el foro.*)

ESCENA IV.

DIONISIA. LA MARQUESA.

Dionisia. Ya estoy á vuestras órdenes, señora marquesa; si puedo seros útil en alguna cosa...

Marquesa. No, yo soy la que vengo á hacerte un gran obsequio.

Dionisia. Vos!

Marquesa. Escucha, hija mia... tú eres bonita, y muy juiciosa, segun dicen... cosas las dos que rara vez se encuentran juntas... eso me ha movido á interesarme por tí... hasta el dia has tenido el valor y el juicio suficientes para resistir á las seducciones de todos los libertinos de la corte, asi jóvenes como viejos.

Dionisia. (Aparte y sonriéndose.) Si supiera que su marido está á la cabeza de los viejos!

Marquesa. Tu conducta es heroica; pero no hay que jugar con el fuego, Dionisia.

Dionisia. (Sonriéndose.) Oh! vivo segura de mí.

Marquesa. Vaya, vaya; todas las mugeres estan seguras de sí... y eso no obsta para que...

Dionisia. Oh! no hay miedo...! me divierto con ellos...! los unos me ponen ceño y me llaman cruel; los otros dan unos suspiros capaces de hacer andar el molino; pero yo me río de uno y otros, sin que deje de lisonjearme ver condes, caballeros y barones á los pies de una pobre aldeana, con corpiño y delantal. *(Con intencion.)* Hay ademas algunos... monstruos desalmados, que han engañado á sus pobrecitas mugeres... y yo me he propuesto desesperarlos para vengar á sus víctimas... de suerte que soy coqueta... por espíritu de corporacion.

Marquesa. La intencion es laudable! pero puede írsete la cabeza.

Dionisia. (Con socarronería y fingiendo tomarse interes.) Se os ha ido á vos, señora marquesa?

Marquesa. (Con altivez.) Nunca! los rígidos principios de la ilustre casa de Pincebeck me hubieran puesto siempre á cubierto... ahí no es nada...! 400 años de virtud, sin el menor lunar...! *(Dando un suspiro.)* Pero es necesario un valor! sobre todo... *(Con satisfaccion.)* cuando un rey jóven, amable, intrépido...

Dionisia. (Con viveza.) Luis XV nuestro soberano! Os hace la corte?

Marquesa. (Deteniéndose.) Nada de eso! Cómo se entiende...? Le he desesperanzado... porque la fé conyugal...! en fin, lo mas seguro para tí, es que te cases; y vengo á proponerte un partido.

Dionisia. Es posible? Habeis tenido la bondad:..

Marquesa. El pretendiente es Bartolomé, mi repostero, un hombre de mucha habilidad, que tiene siempre la cabeza y la peluca al revés.

Dionisia. (Sonriéndose) Sí, todos los dias me envia bizcochos y cartitas de amor.

Marquesa. Y tú que haces?

Dionisia. Le devuelvo las cartas y me como los bizcochos.

Pero casarme con él! ni por soñacion!

Marquesa. Con que desairas á mi protegido!

Dionisia. Perdonad, señora, pero...

Marquesa. Amas á otro, no es verdad?

Dionisia. (Sonriéndose.) No digo eso.

Marquesa. (Idem.) Lo leo en tus ojos!

Dionisia. Ya! pero...

Marquesa. Y cuál es su nombre?

Dionisia. Ah! ese es mi secreto.

Marquesa. Tienes razon... En fin, como gustes... daré tu contestacion al deshauciado Bartolomé; vas á ser causa de que yo coma mal... pero no importa. No dejes de ir á hacerme la visita de boda, cuando te cases... quiero conocer á ese amante misterioso... avisa á mis gentes. (Óyese dentro una trompa de caza.) Qué es esto?

Dionisia. La partida de caza del rey, que atraviesa la selva de Marly.

ESCENA V.

DICHOS. GUILLELMO.

Guillelmo. (Mirando adentro.) Ae! ae! qué paso llevan! los trigos se los va á llevar el diablo! bueno!

Dionisia. (A Guillelmo.) Di que arrienen el coche de la señora marquesa.

Guillelmo. (Desde el foro) Hee! el coche...! Almanzor!

Marquesa. A Dios, muchacha.

Dionisia. Para serviros, señora.

Guillelmo. (Bajo á la marquesa.) Decid, señora marquesa, habeis descubierto el secreto de mi tia?

Marquesa. (En voz baja.) Está enamorada.

Guillelmo. (Bajo.) Pobre tia mia!

Marquesa. (Mirándole.) Muchacho, no te habia reparado hasta ahora... tienes buena figura... (Aparte) Qué lástima que sea tan bestia!

Guillelmo. Es favor que me haceis, señora marquesa.

Marquesa. (Desde la puerta.) Bajad la vista, Almanzor. (Vase la marquesa; Guillelmo se queda en el foro mirándola subir al coche.)

ESCENA VI.

DIONISIA. GUILLELMO.

Dionisia. (Aparte acomodando los trastos.) Sí, sí... ya se ve que me casaré... con un mozo guapo y honrado. (*Mirando de reojo á Guillelmo.*) Que me amaré... pero es necesario que me ame... y hasta ahora no lleva muchas trazas de pensar en ello siquiera...! Qué estará mirando ahí?

Guillelmo. (Desde el foro.) Eso sí que es lo que se llama una arrogante moza...! qué pierna!

Dionisia. (Tirándole un pellizco en el brazo y rempujándole.) Qué es eso, señor Guillelmo... cómo se entiende...! que yo te vuelva á ver...

Guillelmo. (Riendo.) Tia mia, como vos me habeis dicho que me vaya avivando...

Dionisia. (Con algo de enfado.) Pero no con marquesas...! en eso perdeis el tiempo! mas valiera que anduvieras mas listo para cumplir con vuestra obligacion. (*Señalándole el libro de asiento.*) Todavía no habeis ajustado las cuentas...

Guillelmo. (Aparte y sentándose á la mesa de la derecha.) Oh! oh! oh! ya le entró la luna... El amor...! el amor! (*Se pone á escribir.*)

Dionisia. (Observando desde el lado opuesto el ramillete que está en la mesa de la izquierda.) Oh! qué hermoso ramillete!

Guillelmo. (Sumando.) Ocho y nueve son diez y siete...

Dionisia. (Con viveza.) Qué flores son estas, Guillelmo?

Guillelmo. (Sumando.) Diez y siete y cinco...

Dionisia. Vamos! responde.

Guillelmo. (Echando la cabeza atras sin levantar las manos del papel.) Toma! qué santo es hoy?

Dionisia. (Con alegría.) El mio! mis dias! Con que te has acordado, tonton... ah! eso es muy fino de tu parte.

(*Abriendo los brazos.*) Ven á que te dé las gracias.

Guillelmo. (Sin moverse y riendo.) Cá...! si no he sido yo.

Dionisia. (Con el ramillete en la mano.) No has sido tú?

Guillelmo. Si estaba á cien leguas de acordarme de tal cosa! han sido los mozos del pueblo que han venido gritando "Guillelmo! eh...! hoy es San Dionisio...!"

Calla! contesté yo, los dias de mi tia! bien, muchachos, se lo entregaré de vnestra parte.

Dionisia. Ah...! (*Achuchando el ramillete y tirándole á un lado.*) Me gusta la frescura...! Lo peor es que por mas que hago nunca entiende nada... Voy á ver si consigo con maña que...

Guillermo. (*Volviendo á seguir la cuenta.*) Ocho y nueve son diez y siete.

Dionisia. (*Sentándose á la izquierda y cogiendo su labor, le llama primero con suavidad.*) Guillermo...! (*Fuerte.*) Guillermo...! déjate ahora de cuentas...! Está bonito...! vengo de fuera y no me dices nada!

Guillermo. (*Admirado.*) Pero si sois vos...

Dionisia. Tiempo te queda despues! Cuando uno no se ha visto en todo el dia... Se coge un asiento y se viene al lado á hablar un rato.

Guillermo. (*Aparte.*) Pobre señora! es preciso seguir sus manías! (*Arrastrando su silla hasta ella.*) Aqui me teneis, tia mia!

Dionisia. (*Haciéndole sentar á su lado.*) Bien... Vamos... qué tienes que decirme ahora?

Guillermo. (*Rascándose la frente.*) Digo que el centeno va muy mal este año.

Dionisia. (*Encogiéndose de hombros.*) Es una desgracia!

Guillermo. (*Riendo.*) Ah! y que Sebastiana la coja se casa con Saturnino el patiestebado.

Dionisia. Dos casados que correrán bien...! A propósito de boda... no sabes una cosa...? la marquesa ha venido á proponerme un marido.

Guillermo. Hola! Vaya una ocurrencia!

Dionisia. El señor Bartolomé, el repostero.

Guillermo. Ah...! Pues no me dejaria de acomodar un tio como ese... hace muy bien los bartolillos!

Dionisia. Goloson! Un viejo de sesenta años! habia yo de amar á nn hombre de esa edad?

Guillermo. Oh! no... (*Con intencion.*) no es para él para quien se compone la novia.

Dionisia. (*Con curiosidad y admiracion.*) Qué quieres decir con eso?

Guillermo. (*Dándola con el codo.*) Sí... sí... ya lo he echado de ver... Ah! ah! tiita...! con que esas tenemos...? estais enamorada?

Dionisia. (Turbada.) Cómo...! Guillelmo... has adivinado...?

Guillelmo. Toma, toma... decidme su nombre no mas... y voy á darle ahora mismo un apretón de manos y á decirle: Hazla dichosa, fulano... ó te rompo el espinazo...!

Dionisia. (Encogiéndose de hombros y levantándose.) Tú no sabes lo que te hablas...! Decir su nombre...! Eso no puede ser...! la muger no debe hablar nunca la primera... y debe guardar su secreto hasta que le descubra el hombre á quien ama.

Guillelmo. (Volviendo á traer su silla á la derecha.) Pero ese hombre debe tener cataratas...! Pues qué, no ha reparado en ese pie tan pequeñito, en esa boca, en esos ojos que echan chispas... Vamos, lo repito, debe tener cataratas.

Dionisia. (Suspirando.) Nada de eso, si es que no hace alto; siempre mira á otro lado.

Guillelmo. Animal! Lástima es que el molino trabaje para él.

Dionisia. (Suspirando.) Oh, Dios mio!

Guillelmo. (Estrechándola entre sus brazos.) Pobre tia mia...! Os acompaño en el sentimiento, creedme...
(*Dionisia hace un movimiento.*) Os he hecho mal, tia de mi vida?

Dionisia. (Desprendiéndose de él.) No, no, amigo mio!

Guillelmo. Venid acá; es buen mozo?

Dionisia. (Mirándole.) Así, así... no es feo... cuando se compone... (*Pasándole la mano por el pelo.*) Qué desarreglado llevas el pelo...! pues y la corbata (*Arreglándosela.*) qué mal puesta está... parece una torcida!

Guillelmo. Decidme alguna cosa por la que pueda conocerle.

Dionisia. (Con cariño y arreglándole la corbata.) Pues bien, escucha; el domingo pasado... no quise bailar porqué él no vino á sacarme.

Guillelmo. Ah! pues no lo habia reparado.

Dionisia. Cómo! no lo reparaste?

Guillelmo. No, porque estuve jugando al escondite con María, la hija del zurdo... la encontré detras de un seto de ojaranzos, y me dijo que en encontrando á uno habia que abrazarle... que así era el juego.

Dionisia. (Conmovida.) Y la abrazaste?

Guillelmo. (Riendo.) Héé...! en algo ha de pasar uno el rato. (*Dionisia le aprieta el corbatín llena de cólera.*) Oh! uf! tia mia! que me ahogo! qué os he hecho para apretarme así?

Dionisia. (Furiosa.) Qué me has hecho? Y te atreves á preguntármelo? Eres un calavera que me has de quitar la vida á pesadumbres... Ba! mala vergüenza debiera darle! Un mozo como un castillo y ni siquiera piensa en casarse!

Guillelmo. (Aturdido.) Yo!

Dionisia (Idem.) Sí... vos! Qué es lo que haceis aquí? Para qué servís? Un hombre inútil! Gravoso para todo el mundo...!

Guillelmo. (Aturdido.) Pero tia...

Dionisia. Os habeis figurado que es plato de gusto tener sobre sí la carga de un haragan como vos! Dónde está vuestro libro? Qué hacen ahí esas cuentas? Pensais que se van á ajustar ellas solas?

Guillelmo. (Dirigiéndose hácia la mesa de la derecha.) Pero, si habeis sido vos misma...

Dionisia. (Dando con el pie en el suelo, y dirigiéndose á su silla, que está á la izquierda.) Pero, pero, no hay pero que valga... es preciso que acabemos de una vez, y os prevengo que esto no puede durar así.

Guillelmo. (Desesperado y volviéndose á sentar en la mesa de la derecha.) No, no, esto no puede durar... Vos me confundís... ya no sé dónde quedé. (*Continúa ajustando otra vez las cuentas al propio tiempo que llora.*) Ocho y nueve son diez y siete.

ESCENA VII.

DICHOS. EL MARQUES *en traje de caza.*

Marques. (En el foro.) Hola! hola! qué es esto? se araña la gente en el molino!

Guillelmo. (Levantándose.) El señor marques, que viene por lo del arriendo.

Dionisia. (Aparte y sentada.) Dieron fin nuestros escudos. (*Alto.*) No, señor marques, era yo que hablaba con mi sobrino.

Guillelmo. (Aparte y volviéndose á sentar.) Y llama hablar á eso!

Dionisia. (Continuando su calceta y con aspereza.) Os hacia de caza.

Marques. Y de caza estoy, hermosa mia! (Con risita irónica.) En este momento estoy galopando... mi caballo ha salido desbocado. (A media voz.) Entiendes? (Alto.) Yo haré que me hallen despues. (Bajo.) y entre tanto vengo á hablarte de mi amor. (Tose.) Jum! jum!

Dionisia. (Con malignidad.) Qué teneis?

Marques. Un constipado maldito!

Dionisia. (Aparte.) Que le dura hace diez años.

Guillermo. (Escribiendo.) Pues cuidarse.

Marques. (Con tono superficial.) Ba! ba! nosotros los calaveras no tenemos tiempo para eso. Quién piensa en cuidarse! (Quiere hacer una pirueta y tropieza.)

Dionisia. (Dándole la mano.) Qué es eso? vais á echar á volar!

Marques. (Tentándose la pierna.) Ha sido un calambre en el empeine.

Dionisia. (Aparte.) O la gota.

Marques. (Con fatuidad.) Ya se ve, la sangre está en su fuerza. (Tose.) Jum! jum...! y luego las noches toldanas, las aventuras nocturnas... no hay cuerpo que resista! (En voz baja.) Pero solo te adoro á tí... Echa de aqui á tu sobrino.

Dionisia. (Sonriéndose.) No tal; sois muy peligroso!

Marques. (Besándola la mano á hurtadillas mientras hace calceta.) Ah! bribonzuela, qué bien me conoces... Oh! ten cuidado, vas á sacarme un ojo. (Va á dejar en el foro su sombrero y látigo.)

Dionisia. (Riendo.) Para qué os poneis tan cerca.

Guillermo. (Aparte.) Ocho y nueve... Me ha dicho que yo era una carga para ella... cuando sería capaz de ponerme debajo de la rueda del molino...! Ah! primero me iría hasta el fin del mundo!

Dionisia. (Mirándole de reojo.) Parece que está disgustado... si tendrá celos? (Alto y con donaire y coquetismo.) Cómo es que ayer no se os ha visto por aqui, señor marques?

Marques. (Envanecido y volviendo á acercarse á ella.) Me echaste de menos, cordera?

Dionisia. (Idem.) Ciertamente; no sé contar mas que los instantes que vos no estais aqui.

Marques. (*Encantado.*) Hechicera!

Guillelmo. (*Dando con rubia sobre la mesa.*) Ah!

Dionisia. (*Aparte.*) Parece que no le hace gracia!

Guillelmo. (*Aparte.*) Ocho y nueve...! Vamos, es imposible pasar de aquí... Pongo uno y llevo siete... No... Si...

Dionisia. (*Defendiéndose del marques.*) Quereis dejarme? Si vuestra muger hiciese otro tanto por su lado...

Marques. (*Bajo.*) La marquesa...? Ah, estoy perfectamente tranquilo...! qué virtud...! puede que yo sea el único que tenga tal dicha... Hasta el mismo rey ha perdido el tiempo con ella.

Dionisia. De veras?

Marques. Ayer mismo me lo decia... "Por Dios que eres hombre de suerte, marques... todas las damas de la corte me persiguen con memoriales y súplicas, excepto la tuya, que no me pide nada."

Dionisia. Hace mal!

Marques. Al contrario... tú no caes en la cuenta... en esos casos el que paga siempre es el marido. Y si la marquesa solicitase la menor gracia... Dios me libre! Pero ahora no se trata de ella, tirana mía, una cita á solas... y te firmo el recibo del arriendo.

Dionisia. (*Mirando á Guillelmo.*) Muy caro quereis que os le pague.

Marques. (*Cogiéndola por el talle; Dionisia pasa á la izquierda.*) Ah! quieres ademas para alfileres? (*Se pincha.*) Oh! qué diablos tienes ahí?

Dionisia. No hablabais de alfileres... pues habeis tropezado con los que acabo de comprar en la feria.

Marques. Hum! diablejo...! Vamos, no me hagas penar mas tiempo. Mi regimiento está ya casi al completo, y tendré que marcharme de un momento á otro... la bandera está en este mismo pueblo en la posada de la *Muger sin cabeza.*

Guillelmo. (*Aparte.*) *En la muger sin cabeza!* Si enganchará gente todavía...?

Marques. Si es necesario me pondré á tus pies para que consientas. (*Déjase caer de rodillas.*)

Guillelmo. (*Levantándose y dejando caer la silla.*) Ah! ahora ya veo la cosa clara! estoy decidido!

Dionisia. Cómo...?

Marques. (De rodillas.) Qué le ha dado á ese?

Guillermo. (Con conmocion y sin reparar en el marques.)

Sí, tia mia... no quiero ser un monstruo de ingrati-
tud! y una vez que para ser feliz necesitais... pues...
sí... como... He dicho! Ya oireis hablar de mí. (*Vase
precipitadamente por el foro.*)

ESCENA VIII.

EL MARQUES. DIONISIA.

Dionisia. (Que estaba prevenida para escucharle.) Calla...!
pero dónde va? (*Corre á la puerta del foro.*)

Marques. (Solo y de rodillas en el proscenio.) Sí, á tus
pies juro... (*Levanta la cabeza y no la ve.*) Qué veo...!
me ha dejado plantado.

Dionisia. (Mirando por el foro.) Pues...! no hay duda
que mi astucia ha producido un buen efecto!

Marques. (Llamándola y haciendo esfuerzos para levanta-
rse.) Mira, chiquita, hermosa, ven aquí. (*Aparte.*)
Pues me gusta, y yo que no puedo levantarme solo!

Dionisia. (Siempre en el foro.) Ahora que estaba tan
creída en que... cuando empezaba á tener esperanzas...
Ese marques tiene la culpa... ah! le detesto! (*Vuelve
á la escena y levanta la silla de Guillermo.*)

Marques. (Alargando el brazo hácia ella.) Hum! hum!
Ven por aquí, picaruela!

Dionisia. (Con tono brusco.) Vamos... qué? qué hay?
qué me quereis?

Marques. (Asiéndose á su mano y levantándose.) Decirte
que ahora no te has de escapar, ladina... y en pre-
ndas de nuestra buena inteligencia necesito un abrazo,
(*Persiguiéndola.*) y le tendré.

Dionisia. (Escapándose y resguardándose con la mesa.)
Que si quieres!

Marques. (*Persiguiéndola.*) Te juro que sí!

Dionisia. (*Imitándole.*) Te juro que no.

Marques. (*Idem.*) Y otros diez encima... en castigo de
tu falta de subordinacion.

Dionisia. (*Dando vueltas.*) Cuidado conmigo!

Marques. Ya te pillé. (*Deteniéndola.*) Apunten! (*Quiere
darla un abrazo.*)

Dionisia. Fuego! (*Descarga la mano sobre la peluca, de la cual sale una nube de polvo, y se escapa riendo por la escalera de la derecha que da al cernedero.*)

ESCENA IX.

EL MARQUES, solo.

Puf...! la estratagena ha sido ingeniosa... Pero me las ha de pagar, voto á sanes. (*Mirando hácia la derecha.*) Se ha escapado por aqui... hácia su cuarto sin duda. (*Corre á la puerta y le dan con ella en los hocicos.*) Ya es mia... Dionisia...! Dionisia...! escucha, hermosa. (*Óyese correr el cerrojo. Consigo mismo.*) Últimos esfuerzos de la virtud agonizante... (*Óyese dentro el sonido de las trompas.*) Oh! demonio... el ciervo va ya de remate... oigo la señal y es preciso que yo me halle á tiempo para dar el estribo al rey. (*Asomándose á la ventana.*) Borgoñon, los caballos. (*Consigo mismo.*) Volveré despues... (*Mirando á la puerta de la derecha.*) Pero cómo rendir la plaza...? Ah! cuatro palabras á lo Luis XV. (*Meditando.*) Vamos á ver... Angel mio! Niña de mis ojos...! esto la pondrá muy hueca...! mi casita de recreo en París, y una cédula de cambio... por primer regalo... Esto es...! (*Va á sentarse á la mesa de la derecha y escribe la carta mientras sale Guillelmo. Luego que ha acabado de escribir, mete una cédula de cambio entre las dos hojas de la carta; en seguida la cierra y pone el sobre.*)

ESCENA X.

EL MARQUES. GUILLELMO, algo achispado y con cintas en el sombrero.

Guillelmo. (*A la izquierda y sin ver al marques.*) Ahora sí... que me regañe cuanto quiera...! Bien... bien mirado no hay carrera como la militar... Con la casaca todas las muchachas se vienen detras...! y luego cuando sale uno de parada con el regimiento... así muy tieso... con la barriga muy metida y la barba muy saca'... Ya me parece que me hallo en ello...

(Imitando el tambor y la música.) Ram, plan! pum! pum! tra, la, la! zing...! No encuentro mas que un pequeño inconveniente en el oficio... el de esponerse á que le rompan á uno las piernas. Sería una lástima...! el mejor mozo de Marly, sin lisonja, desgraciado por un capricho de su tia... Ah! no me pesa lo que he hecho. (Mirando hácia el cuarto de Dionisia.) Con que soy un ente inútil... Con que me tenéis sobre vuestras costillas! Bueno, bueno.

Marques. (Con la carta en la mano.) Oye, Guillelmo.

Guillelmo. (Con la mano en el ala del sombrero.) Presente, ni coronel... rapataplan.

Marques. No puedo aguardar á Dionisia... entrégale sin dilacion este papel de mi parte, y dile que medite bien sobre él.

Guillelmo. (Tomando la carta.) Bien está, mi coronel... se le voy á entregar al paso redoblado.

Marques. (Admirado.) Por qué diablos me llama ahora su coronel? estará borracho...? (Aparte.) Ea...! salgo á galope y vuelvo al instante... Soy un calavera lleno de suerte. (Vase tarareando con voz temblona.)

ESCENA XI.

GUILLELMO, solo y cantando al mismo tiempo.

Viva la milicia
Y el aire marcial.

Sí, canta, canta... por mas que haga para alegrarme... tengo aqui... un nudo en la garganta... No importa... asi verá que no soy desagradecido, y que en cuanto he echado de ver que servia de estorbo...

ESCENA XII.

GUILLELMO, DIONISIA, entreabiendo la puerta de la derecha.

Dionisia. (Aparte.) He oido el ruido de los caballos... se ha marchado... (Con alegría.) Y Guillelmo...

Guillelmo. (Pasando á la izquierda con timidez.) Hétela aqui!

Dionisia. (Con mimo.) Adónde te fuiste tan precipitadamente, Guillelmo mio? Me has puesto en cuidado.

Guillelmo. Calla! (*Aparte.*) Qué mansa está ahora!

Dionisia. (*Mirándole al sombrero.*) Qué guapo vienes...! el sombrero lleno de lazos...! así me gusta.

Guillelmo. Sí... ya se ve... (*Aparte.*) No sé cómo decirselo.

Dionisia. Qué colorado estás! apostaríá á que vienes de echar un trago.

Guillelmo. No, tia mia, he echado dos y ann tres.. en la posada de la *Muger sin cabeza*, en compañía del señor Cascafuerte, el sargento del marques.

Dionisia. (*Recelosa.*) El sargento del marques?

Guillelmo. (*Muy satisfecho.*) Ya no me direis que os sirvo de carga...! tengo un oficio y un grado... Soy soldado!

Dionisia. (*Alzando la voz.*) Soldado, tú!

Guillelmo. Para empezar... pero el señor Cascafuerte me ha dicho que con el personal de mi persona será muy facil que pase á capitán en la primer jarana.

Dionisia. (*Con viveza.*) Dejarme sola...! abandonarme así...!

Guillelmo. Pues no os servia de carga!

Dionisia. De carga? tú, Guillelmo, sobrino, hijo mio! Quién se ha atrevido á decir eso?

Guillelmo. (*Admirado y conmovido.*) Quién habia de ser? Vos misma!

Dionisia. Mientes! (*Aparte.*) Vamos, lo ha entendido todo al revés...! (*Alto.*) Y quién te manda...? á las mugeres no se las cree nunca lo que dicen... No puede ser... no te mancharás... me opongo á ello.

Guillelmo. Yo volveré, tia mia.

Dionisia. Y si te matan?

Guillelmo. Ah! entonces... no volveré.

Dionisia. (*Con afliccion y desconsuelo.*) Y yo me quedaré sola en el mundo... sin apoyo, sin protector, sin tener quien me defienda si alguno me insulta?

Guillelmo. Quién ha dicho eso? Y el señor marques, mi coronel... Justamente aqui tengo una carta suya para vos.

Dionisia. (*Cogiéndola.*) Una carta?

Guillelmo. Sí, sobre lo del arriendo sin duda... no tenéis mas que admitir la cosa y punto concluido... Ese sí que es un hombre cabal...! la flor y nata de los marqueses.!

Dionisia. (*Despues de leer.*) Ah! qué indignidad! tratarme así!

Guillelmo. (*Asustado.*) Qué es lo que se os ocurre de nuevo, tia?

Dionisia. (*Ofendida.*) Bien lo decia yo... ultrajada...! y por el marques!

Guillelmo. Eso no es posible.

Dionisia. Lee y verás!

Guillelmo. (*Leyendo.*) "Angel mio! Niña de mis ojos!" Qué es esto de niña...? habrá vejestorio...! Su casita de recreo... y un vale de mil libras...! Es una afrenta...! Os insulta, tia mia!

Dionisia. Y á tí tambien.

Guillelmo. A mí tambien...! Oh! malvado...! Si tuviese aquí mi sable...! pero no... es mi coronel... y me mandaria fusilar. (*Recorriendo la carta lleno de rabia.*) Qué haria yo para vengarme?

Dionisia. (*Conmovida.*) A buen seguro que me sucediesen tales cosas, si tuviese marido...! porque en fin... esas cosas son mas trascendentales para el marido.

Guillelmo. Ah...! Con que son más trascendentales para el marido?

Dionisia. Sí por cierto.

Guillelmo. (*Asaltado por una idea.*) Oh! qué rayo de luz!

Dionisia. Cómo?

Guillelmo. Basta, tia mia; yo os vengaré. (*Corre á la mesa de la derecha y escribe muy de prisa mirando de tiempo en tiempo á la carta del marques.*)

Dionisia. (*Aparte.*) Ah! gracias á Dios... por fin va á hablar. (*Le mira.*) No, escribe! es tan encogido...! qué niñada, cuando sería tan facil esplicarse! (*Hace por ver de lejos lo que escribe.*)

Guillelmo. (*Escribiendo y mirándola.*) Pobre tia mia! no habérseme ocurrido hasta ahora...

Dionisia. (*Con ademan pudoroso.*) Sí por cierto, señor Guillelmo... pero cómo ha de ser... para esas cosas nunca es tarde.

Guillelmo. (*Metiendo el billete en la carta.*) No, no, no! nunca es tarde. (*Llamando mientras pone el sobre.*) Moyuelo!

ESCENA XIII.

DICHOS. MOYUELO.

Moyuelo. (Corriendo.) Allá va!

Dionisia. (Mirándole mientras habla bajo con Moyuelo.)

Qué es lo que querrá hacer?

Guillelmo. (A Moyuelo.) Toma el trote, y á la quinta volando! (Vase Moyuelo.)

Dionisia. (Admirada.) A la quinta!

Guillelmo. (Muy hueco.) Ya estais vengada!

Dionisia. Vengada!

Guillelmo. Hola! hola! os había la corte...? estaba enamorado de vos...? ha querido enseñarme mi deber...? Pues señor, bien está... yo tambien estoy enamorado, (Con petulancia.) estoy enamorado de su muger...

Dionisia. Eh?

Guillelmo. La he escrito una declaracion... la insulto... para hacer rabiar al marido.

Dionisia. (Turbada.) Una declaracion...! á la marquesa!

Guillelmo. Y en forma... qué cosas la digo...!

Dionisia. Pero, desdichado, va á mandar que te maten de una paliza.

Guillelmo. No me importa. (Pasando al lado izquierdo.)

Dionisia. Es preciso detener á Moyuelo. (Corriendo á la ventana de la derecha.) Ah! Dios mio! el coche de la señora marquesa que vuelve de casa de la mariscala... y el majadero hace señas de que paren... eh! ya la entregó la carta...

Guillelmo. Mejor que mejor...! ahora sí que nos vamos á reir...

Dionisia. El coche vuelve hácia aqui... (A Guillelmo.) Quitaos de delante, mala cabeza... apartaos de su vista!

Guillelmo. Nada de eso... quiero llevar el insulto adelante... me arrojaré á sus pies... la besaré las manos... la...!

Dionisia. (Dándole un bofeton.) Cómo se entiende!

Guillelmo. (Estupefacto.) Oh!

Dionisia. (Con sentimiento.) Te he hecho mal...! pues bien... me alegro... Marchaos de aqui... marchaos de aqui al instante!

:

Guillermo. (*Restregándose el carrillo.*) Pero señor, qué demonios tiene mi tia! Qué soberbia! se ha puesto mas encarnada que una amapola!

Dionisia. (*Haciéndole seña.*) Vamos?

Guillermo. Ya me voy, ya me voy! (*Aparte.*) Oh! esta muger me va á dejar en la espina... me va á matar á pesadumbres! (*Vase por la izquierda á otra seña de Dionisia.*)

ESCENA XIV.

DIONISIA, sola.

Ah! no me ama... no me amará nunca! (*Con sentimiento.*) En todo el mundo piensa menos en mí! Se acabó! renuncio á él para siempre; pero antes es preciso salvarle de la cólera de la marquesa! Ya está aqui.

ESCENA XV.

DIONISIA. LA MARQUESA.

Marquesa. (*Muy sofocada.*) La cólera me ahoga...! este es el fin del mundo... un gañau...! Ah! estais vos aqui!

Dionisia. (*Turbada.*) Señora...

Marquesa. Llamad á vuestro sobrino.

Dionisia. Para qué?

Marquesa. (*Con sequedad.*) Para mandar que lo echen por la ventana cabeza abajo.

Dionisia. Vos, que sois tan bondadosa!

Marquesa. Precisamente por eso. Hé ahí los inconvenientes de familiarizarse con quien no lo merece! Atreverse á escribirme...! á mí...! y en qué estilo...!

Dionisia. (*Temerosa.*) Se ha propasado tal vez?

Marquesa. (*Leyendo.*) "Angel mio: niña de mis ojos."
Un molinero!

Dionisia. Dios mio!

Marquesa. "Niña de mis ojos...!" Una nieta de los Pincebek... (*Continuando.*) "Ya no dudo de tu amor."
Me tutea!

Dionisia. (*Aparte.*) Habrá desatino igual! ha copiado la carta del marques. (*Va á cogerla de encima de la mesa de la derecha.*)

Marquesa. (Continuando.) "Ríndete, bribonzuela!" Bribonzuela, á mí...! y me ofrece su casa de recreo en París! y un billete de mil libras! (*A Dionisia.*) Pero este hombre ha perdido el juicio!

Dionisia. (Con la carta del marques en la mano.) No es tan culpable como vos creéis, señora, porque su carta no es mas que una copia... aquí teneis el original!

Marquesa. (Cogiéndola y mirando la firma y el sobre.) Del marques! para tí...! (*Leyendo.*) "Angel mio! Niña de mis ojos!" (*Comparándolas.*) Ah! indigno...! las mismas espresiones... y el billete...! Con que era un modo estudiado...

Dionisia. (Con socarronería.) De haceros venir para declararoslo todo.

Marquesa. (Consigno misma.) Mi marido! habrá monstruo! querer enharinarse! ah! si los hombres... por mas que una los escoja viejos y feos... de nada sirve... al contrario... (*Mirando á Dionisia.*) Pero no creáis que yo me dejo engañar así como se quiera, hija mia; apuesto á que vos habeis coqueteado con él!

Dionisia. Oh! una pizca no mas, señora marquesa.

Marquesa. Cómo, una pizca?

Dionisia. (Conmovida.) Una sola vez... esta misma mañana para hacer rabiar... á ese pobre Guillermo.

Marquesa. Tu sobrino!

Dionisia. Sí... porque él era á quien yo amaba...! pero no hacia caso; y viendo eso, para hacerle caer en ello poquito á poco, me dejaba hacer la corte por todos los que venian al molino... porque á fuerza de oír decir que una es bonita... acaba un hombre por pensar en la cosa; el buen ejemplo sirve de mucho. (*Llorando.*) Pero de nada me ha servido todo lo que he hecho... ni me ama... ni me amaré nunca... y... soy muy desgraciada!!

Marquesa. No hay que desconsolarse, muchacha; tal vez diciéndole una palabra...

Dionisia. (De repente.) Me amaria por agradecimiento. Oh! no, no... ya he tomado mi partido! no sabrá nada, le dotaré, le casaré... y sabré tener valor para ocultarle mis lágrimas. (*Se enjuga los ojos.*)

Marquesa. Todo se compondrá... yo me encargo de ello. (*Mirando las dos cartas que tiene aun en la ma-*

no.) Pero tú me respondes de que el marques...?

Dionisia. Él! ah! le detesto!

Marquesa. (*Tendiéndola los brazos.*) Abrázame, hija mía; tenemos un mismo modo de ver. (*Guardándose las dos cartas.*) Ah! señor marido...! (*Consigo misma.*) Y he sacrificado mi juventud á semejante monstruo cuando el mismo rey...

Dionisia. (*En el foro.*) Él es! '

Marquesa. Chit! no digas nada. (*Apartándose á un lado.*)

Durante el final de esta escena habrá cerrado la noche. Moyuelo saca un velon encendido, le coloca en el aparador, cerca de la ventana de la derecha, y vase.

ESCENA XVI.

DICHOS. EL MARQUES, que viene por el foro.

Marques. (*Sin ver á su muger.*) En cuanto ha empezado á hacerse de noche... me he escurrido bonitamente.

(*Reparando en la marquesa.*) Jesucristo! la marquesa...!

Marquesa. (*Con tono muy amable.*) Sois vos, marques? no me aguardaba tener el gusto de...

Marques. (*Sonriéndose de un modo forzado y tartamudeando.*) Yo tampoco me aguardaba... quiero decir, sí tal... venia para la escritura del arrendamiento.

Marquesa. (*Con intencion.*) Y yo á proponerla un partido... pero le desaira... tiene otros proyectos!

Marques. (*Con alegría.*) Otros proyectos! (*Aparte.*) Bien; ha leído mi carta!

Marquesa. (*Observándole.*) Pero no por eso dejaré de protegerla.

Dionisia. Vuestra bondad, señora, me anima á suplicaros que soliciteis la licencia de mi sobrino, el cual ha hecho la locura de engancharse en el regimiento del señor marques.

Marquesa. (*Mirando al marques.*) Creo que eso sea facil?

Marques. Hum! diantre! no tanto como parece! el servicio de S. M.!

Marquesa. Vaya! por una pobre viudita...?

Marques. Sí por cierto, una vinda... merece...! (*Bajo á Dionisia.*) Despues lo arreglaremos. (*Alto.*) En fin, con tal que el servicio del rey no se resienta...

Marquesa. (Aparte.) Hipócrita...! me dan ganas de abofetearle!

Marques. (Aparte.) Si yo pudiese deshacerme de mi muger. *(Alto.)* A propósito, marquesa. S. M. se me ha quejado de que no os ve nunca... haceis mal en eso... debe uno procurar estar bien en la corte...

Marquesa. (Con indiferencia.) Reciben en palacio esta noche?

Marques. Sí; debeis ir.

Marquesa. (Con intencion.) Me lo aconsejais?

Marques. Con tanto mas motivo cuanto que os aburrirais sola en la quinta... Salgo esta misma noche para Versalles *(Mirando á Dionisia.)* con una mision secreta.

Marquesa. (Aparte.) Alguna nueva infamia. *(Alto.)* Pues bien, me sacrificaré, iré á palacio un momento.

Marques. (De pronto.) Voy á acompañaros. *(Bajo á Dionisia.)* Apaga la luz en cuanto estés sola!

Dionisia. (Como saliendo de su meditacion.) Eh! qué decís?

Marques. (Bajo.) Será señal de que puedo subir.

Dionisia. (Idem.) Os lo prohibo espresamente.

Marquesa. (Alzando la voz y aguardando á su marido.)
Marques?

Marques. Aqui estoy, querida mia. (Aparte.) Mi pobre muger no sospecha nada. Cuando digo que soy un calavera con suerte.

Dionisia se deja caer muy pensotiga en la silla inmediata á la mesa de la derecha, mientras el marques da la mano á su muger y salen los dos por el foro.

ESCENA XVII.

DIONISIA. Poco despues GUILLELMO.

Dionisia. (Consigo misma.) Oh! sí... desgraciada para toda la vida...! Bien mirado, el pobre muchacho no tiene la culpa, el amor no se manda! *(Enjugándose las lágrimas.)* No importa, es cosa de desesperarse, á pesar de todo! *(Quédase con la cabeza reclinada sobre la mesa.)*

Guillermo. (*Saliendo por el corredor de la izquierda y aparte.*) Jesús! qué es lo que he estado escuchando...? Con que era á mí á quien queria! á mí...! pobre tia...! pero, pero, pero, es que yo tambien la queria... yo sentia aqui dentro un... y ya se ve, el respeto... Cómo me habia yo de figurar que podia ser tio de mí mismo...! pero es cosa clara, la bofetada que me dió hace poco ha sido un rayo de luz... y pensar que por mi torpeza...! yo que daria... es preciso enmendar mi bestialidad, como quien no hace la cosa... (*Empuja la silla de la derecha.*)

Dionisia. (*Viéndole.*) Ah! ahí estabas, Guillermo?

Guillermo. (*Embrollándose.*) Sí, sí, tia mia... yo... yo queria deciros... (*Aparte con rabia.*) No puedo hablar... Parece que tengo la boca llena de pez. (*Alto y haciendo el gracioso.*) Eh! eh! tiita!

Dionisia. Qué?

Guillermo. (*Haciendo por animarse.*) Queria daros los dias y deciros... que los tengais muy felices... (*Abre los brazos para abrazarla.*)

Dionisia. (*Esforzándose para sonreir y levantándose despues sin mirarle.*) Algo tarde has recordado... pero no importa... los recibo de buena voluntad.

Guillermo. (*Aparte.*) Parece que no pega. (*Alto.*) Pues como decia, habeis de saber que todas y cuantas veces os he dado que sentir...

Dionisia. (*Con dulzura.*) Eh! ya se pasó eso... no hablemos mas de ello... ademas, espero que consigas tu licencia... me he empeñado con la marquesa. (*Pasando como para ir á su cuarto.*)

Guillermo. (*Desconcertado y pasando á la derecha.*) Os vais ya, tia mia?

Dionisia. Sí, quiero estar sola.

Guillermo. Como ya es hora de cenar...

Dionisia. No tengo apetito.

Guillermo. Hablariamos un ratico.

Dionisia. Me duele la cabeza.

Guillermo. (*Animándose.*) Es que... como dijisteis hace poco que debia pensar en casarme... ya se ve... yo habia pensado...

Dionisia. (*Aparte y deteniéndose.*) Ah! comprendo... ama á otra! (*Alto.*) Mañana, mañana hablaremos de eso:

Guillermo... serás feliz... sí... te lo prometo... no repararé en ningún sacrificio.

Guillermo. (*Enternecido.*) Es que...

Dionisia. Mañana... mañana... buenas noches, Guillermo.

(*Aparte.*) Ah! Dios mio... y la amenaza del marques!

(*Alto y cerca de la puerta.*) Cierra bien el molino... y vete á descansar, amigo mio!

Guillermo. (*Con el corazon encogido.*) Buenas noches, tia mia... (*Mas alto.*) Que Dios se las dé muy buenas, tia mia! (*Vase Dionisia por la izquierda.*)

ESCENA XVIII.

GUILLELMO, solo.

(*Quédase un instante inmóvil; en seguida se da un porrazo en la frente.*)

Y yo me quedo aqui como un estúpido! bruto, animal! gallina! arráncate los pelos, maldito! húndete un ojo! saltate los dientes! haz ver que tienes valor, mandria! (*Con tono de desprecio.*) Hum! tienes miedo! collon...! (*Mirando hácia la puerta de su tia.*) Y decir que tengo yo la culpa...

Dionisia. (*Desde su cuarto.*) Guillermo...! no te has acostado? veo ahí todavía luz...

Guillermo. No, no, tia mia... me he marchado ya. (*Apaga la luz. -- Noche.*) Esto es... asi tendré mas valor! (*Se acerca al cuarto.*) Acostarme? Sí, sí, ya baja...! he de pasar la noche aqui, á su puerta... la hablaré por la cerradura... lloraré... la pediré perdon. (*Oyese ruido hácia la puerta del foro; se detiene y escucha.*)

Qué ruido es este? parece que suben por la escalera... y yo que he olvidado cerrar el molino...! Si serán ladrones...? mejor... asi me dejaria matar por ella. (*Asaltado de otra idea.*) Ó quién sabe si será algun goloso de mi tia... ob! lo que es ese... iba á llevar una...! Voy á esconderme! (*Se aguzapa en el arcon y cierra la tapa.*)

GUILLELMO, escondido. EL MARQUES. DOS MONTEROS, que traen un cesto y una linterna sorda.

Marques. (Saliendo de puntillas.) Entrad con tiento... no hagais ruido.

Guillelmo. (Aparte y levantando la tapa del arca.) Es el marques!

Marques. Preparadlo todo en esa mesa y encended las bujías... Qué cena tan deliciosa voy á tener! (Los dos monteros ponen sobre la mesa de la izquierda los platos que traian en la cesta; perdices, fruta, botellas de Champagne, dos cubiertos, dos bujías que encienden en la linterna.) He acudido en cuanto apagó la luz... era la señal convenida.

Guillelmo. (Aparte y levantando la tapa.) Bestia de mí! y he sido yo el que la ha apagado! (Vuelve á esconderse.)

Marques. (Volviendo hácia los monteros.) Bien está; ahora retiraos y estad prontos con la silla de posta á la entrada del bosque. (Vanse los monteros.)

Guillelmo. (Idem.) Silla de posta!

Marques. Sí, voto á tal! esa chicuela me ha vuelto el juicio, y en acabando de cenar me la llevo irremisiblemente.

Guillelmo. (Idem.) Llevártela! aguarda, aguarda, pícaro!

Marques. (Volviéndose.) Eh? me pareció haber oído... (Mirando en derredor.) Pero dónde estará esa perla de Oriente?

Guillelmo. (Idem.) El demonio del vejestorio! avestruz!

Marques. (Buscando hácia la izquierda.) Se habrá escondido adrede tal vez! (Llamando en voz baja.) Dionisia! hermosa mia...! Si querrá divertirse conmigo haciendo el bú?

Guillelmo. (A media voz.) Cu-cú!

Marques. (Volviéndose hácia la derecha y señalando á la puerta del mismo lado.) Es su voz...! por aquel lado, sí... por allí fue por donde se me escapó... hácia su cuarto... quiere que vayan á buscarla. (Acercándose de puntillas hácia la puerta) Divino...! el silencio, la oscuridad... pues señor, me lanzo. (Abre la puer-

ta y sube restregándose las manos.) No se aguardaba ella esta maniobra.

Guillelmo. (Que ha salido con mucho tiento del arca, y cierra la puerta con llave sin meter ruido.) Ni tú tampoco te aguardas esta! Caíste en el garlito! (Escuchando á la puerta.) Sube, sube, viejo marrullero! ya tienes lo menos para dos horas, antes de que sepas darte razon de donde estás, en medie de las vueltas del molino... y lo que es tu cena, va á salir volando por la ventana... todo lo voy á hacer trizas. (Corre á la mesa y se detiene viendo los platos.) Calla...! pues no tiene malas trazas... y un olorcillo...! El sentimiento me ha debilitado el estómago y siento un apetito... (Asaltado por una idea.) Oh! qué idea! (Señalando hácia donde está el marques.) En sus mismas barbas! (Llamando en voz baja.) Eh! tía, una palabrita... hacedme el favor de oír una palabrita.

ESCENA XX.

DIONISIA. GUILLELMO.

Dionisia. (Dentro.) Qué es eso? Cómo es que no estás acostado?

Guillelmo. Es que... no puedo dormir. (Apareciendo con una gorrita de dormir, elegante y sencilla, en la lumbre que hay encima de la puerta de su cuarto.)

Dionisia. Ni yo tampoco... pero ya es muy tarde, y... (Viendo la cena.) Qué es lo que veo, una cena magnífica!

Guillelmo. Es una sorpresa que os tenia preparada, por ser vuestros dias.

Dionisia. (Sonriéndose.) A mí? pobre Guillelmo...! y te estás sin prevenirme? sin decirme nada...!

Guillelmo. Para qué? ya estais prevenida... y si quereis venir... tomaremos aqui... un bocado... esto es mejor que el ramillete de los mozos... si vierais qué bien huele!

Dionisia. Pobre muchacho! y yo le acusaba... Pero si estoy medio desnuda...

Guillelmo. Qué importa eso? Venid conforme esteis.

Dionisia. Pues...!

Guillermo. (Con zalameria.) Ya se ve, entre nosotros... sin cumplimientos... tiita...! eh! tiita!

Dionisia. Vamos, bien... aguarda un instante... voy á salir... (Retírase de la lumbrera.)

Guillermo. (Solo.) Oh! qué gusto! cenaremos los dos, juntitos...! iré teniendo valor poco á poco, y podré decirla... aquí está... aquí está. (Ábrese la puerta, y sale Dionisia en ropa de levantar, con un pañolillo sobre los hombros.)

Dionisia. (Poniéndose los alfileres.) Vaya que eres testarudo...! en metiéndosete una cosa en la cabeza!

Guillermo. (Admirándola de lejos.) Dios mio! no la habia visto nunca tan al natural! Es que está así divina!

Dionisia. (Sentándose) Vamos, ven á sentarte á la mesa, socarron!

Guillermo. (Corriendo á sentarse tambien.) A vuestro lado, tia? (Aparte.) Valor, Guillermo!

Dionisia. Pero hombre, está quieto en la silla... parece que te punzan. (Aparte.) Qué diablos tendrá? Vaya una cara rara que pone! (Mirando los platos.) Qué cena...! Merecias que me enfadase, Guillermo... Qué veo, perdices tambien! (Trincha una.)

Guillermo. Bá! para lo que han costado... son de la caza del rey.

Dionisia. Te lo han dicho así?

Guillermo. Estoy cierto de ello. (Aparte.) El cazador se estará paseando allá arriba con los ratones.

Dionisia. Qué quieres mas, muslo, ó pechuga?

Guillermo. Ché...!

Dionisia (Sirviéndole.) Vamos, las dos cosas... tienes hambre, lo conozco.

Guillermo. (Besándola la mano.) Oh! sí, mucha.

Dionisia. (Defendiéndose débilmente.) Qué es esto? qué es esto, señorito? (Aparte.) Qué rareza! jamas se le habia ocurrido... Aquí hay algo de extraordinario por fuerza. (Mirando las botellas.) Champagne tambien...! pero muchacho, tú has gastado hoy todos tus ahorros.

Guillermo. Ah, bá! cuando me pongo á hacer una cosa... (Con tono vivaracho.) Oid, tia, es preciso achisparnos una miajilla... ya que está ahí.

Dionisia. Hola! (Sonriéndose.) Tienes el vino alegre?

Guillermo. Yo no sé... allá veremos.

Dionisia. Bien, hombre. (*Aparte.*) De seguro no está en su juicio natural. (*Guillermo agarra una botella para destaparla.*)

ESCENA XXI.

DICHOS. EL MARQUES, sacando la cabeza por la ventana de corredera que está encima de la puerta de la derecha.

Marques. Dónde diablos estoy? hace una hora que doy vueltas. (*Viéndoles sentados á la mesa.*) Dios eterno, qué es lo que veo?

Dionisia. (*Levantando la cabeza.*) Qué es lo que oigo?

Guillermo. No digais nada, (*Bajo.*) es el marques.

Dionisia. (*Bajo.*) Y qué hace ahí arriba?

Guillermo. Está tomando el fresco... Ha venido á sorprenderos esta noche... yo le he encerrado, y su cena...

Dionisia. Es la que nos estamos comiendo! (*Riendo con Guillermo.*) Ah! ah! ah! es gracioso!

Marques. (*Aparte.*) Hola! parece que estoy presidiendo la funcion... se van á comer mis perdices... y si doy voces todo el mundo va á saber...

Guillermo. (*Bajo.*) Oid, tia mia, voy á haceros la corte para hacerle rabiar.

Dionisia. (*Riendo y bajo.*) Sí, tienes razon, hagámosle rabiar; quiero divertirme con él. (*Aparte.*) Asi verá qué tal se las compone.

Guillermo. (*Cogiéndola la mano.*) Oh! tia de mi vida, querida tia... Si supieseis cuánto os quiero!

Dionisia. (*Aparte y conmovida.*) Vamos, no le hace del todo mal.

Marques. (*Aparte.*) Qué es lo que está haciendo ese mostrenco?

Guillermo. (*Levantándose.*) Ahora me acuerdo, que siendo vuestros días no os he dado un abrazo.

Dionisia. (*Yendo hácia él.*) Ah! es verdad, te soy deudora de eso.

Marques. (*Aparte mientras Guillermo abraza á su tia.*) Un sobrino! qué inmoralidad!

Guillermo. Ah! ah! ah...! Ni habeis permitido que os besase una mano.

Dionisia. (*Aparte.*) Vamos, parece que se anima. (*Le alarga la mano; Guillermo se la besa.*)

Guillermo. La otra ahora.

Marques. (*Aparte.*) Picaro...! cuándo estés en el regimiento te he de hacer moler á palos.

Guillermo. Si parece requeson...! La otra ahora, tiita!

Marques. (*Aparte.*) Habrá mastuerzo!

Guillermo. (*Despues de haber besado la otra mano.*) Son mas suaves que el raso... La otra ahora!

Dionisia. (*Sonriéndose.*) Oyes! cuántas quieres que tenga?

Guillermo. Quisiera que tuvierais treinta y seis. (*Bajo.*) Es para hacerle rabiár.

Marques. (*Aparte.*) Voto á...! qué le tirarías yo á la cabeza?

Guillermo. (*Volviéndose á sentar.*) Y ahora, tia mia, echemos un brindis á vuestra salud... Cuidado...! allá va! (*Huce que salte el tapon hácia donde está el marques.*)

Marques. (*Echándose mano á un ojo.*) Ah! en un ojo justamente! Animal! esto es demasiado: aguarda, aguarda... yo te enseñaré... (*Retirase y óyesele dentro rodar por la escalera.*)

Dionisia. (*Dando un grito.*) Ah!

Guillermo. (*Separando la mesa y las sillas.*) A Dios, bajó de coronilla!

Dionisia. Dios mio! se habrá matado! Corre á abrirle.

Guillermo. Voy, tia mia. (*Abrese la puerta.*) Oh! allá va eso.

Marques. (*Sale empolvado y cubierto de harina.*) Es una infamia... (*Consigo mismo.*) Me he roto el espinazo. (*A Dionisia.*) Yo me vengaré.

Dionisia. Pero, señor marques...

Marques. Tú, bribonazo, vas á ir inmediatamente al regimiento atado de pies y manos. (*A Dionisia.*) Y vos, niña, preparaos á seguirme ahora mismo. (*Yendo hácia el foro.*) Hola, muchachos! (*Abrese la puerta y aparece la marquesa.*)

ESCENA XXII.

DICHOS. LA MARQUESA.

Marques. (*Deteniéndose.*) Cielos!

Dionisia y Guillelmo. La marquesa!

Marquesa. (A su marido.) Vos aquí, caballero? (Sonriéndose.) El sitio y la hora son á propósito para encontraros.

Marques. (Esforzándose á sonreir, y cogiendo en medio de su turbacion un sombrero de molinero que se coloca debajo del brazo en vez del suyo.) Sí... pasaba por aquí... y...

Marquesa. (Mirándole al vestido.) Bueno estais, por vida mia.

Guillelmo. Le han revocado!

Marques. (Idem y sacudiéndose.) No es nada... en entrando en un molino...

Marquesa. (Con malicia.) De noche sobre todo... no es esto?

Marques. Hum...! venia á reclamar... (Tirando el sombrero que tenia debajo del brazo.) Este no es mi sombrero...! (Alto.) á ese pícaro que debia estar en el regimiento.

Marquesa. No nos habiais prometido su licencia?

Marques. (De pronto.) Es imposible...! es preciso que vaya... tengo mis razones.

Dionisia. Concedednos su gracia, señor marques! (Con tono de súplica.)

Marques. (Colérico.) No hay que cansarse; no se la concederé á nadie.

Marquesa. (Sonriéndose.) Ni aun á mí?

Marques. Ni aun á vos.

Marquesa. Sí, pero al rey...

Marques. Al rey!

Marquesa. (Con calma y sacando un papel.) Aquí tengo una firma en blanco de S. M. para el primer favor que le pida.

Marques. (Turbado.) Una firma en blanco...! (Dándose en la frente.) Ya sé lo que será.

Guillelmo. Calla! os poneis malo, señor marques.

Marquesa. (Con malicia.) Si quereis le pediré una embajada para vos... (Movimiento del marques.) Pero creo que vos pensareis como yo, que será lo mejor, (Con intencion.) devolverle esta firma al rey sin pedirle ninguna gracia, y que estendais vos mismo la licencia de ese pobre muchacho.

Marques. (Cogiendo la idea con avidéz.) Sí, sí, mejor será.

Guillelmo. Qué oigo!

Dionisia. Ah! señora, cuánta bondad!

Marquesa. (A Guillelmo.) Siéntate ahí, y escribe tu licencia; el marques la firmará despues...

Marques. Ese rústico quereis que...

Marquesa. Sabe escribir... aquí teneis una carta que me ha dirigido.

Marques. (Con altanería.) Ese miserable ha tenido la audacia...

Marquesa. Era solo una copia... (Enseñándole su carta.) y aquí teneis el original, que yo me encargo de archivar.

Marques. (Aparte.) Este era el último golpe que me faltaba! (Alto.) Sí, ha sido una chanza, queria ver si esa muchacha... (Aparte.) Pues señor, me he lucido!

Marquesa. (A Guillelmo.) Vamos... has escrito ya?

Guillelmo. (Dando vueltas á la pluma.) Es que... señora marquesa... la verdad... no sé...

Dionisia. (A la marquesa.) El pobrecillo no sabe cómo se pone una licencia.

Marquesa. Nada, nada; pon únicamente... (Dictando.) Concedo licencia absoluta y definitiva á Guillelmo...

Guillelmo. El Dormilon (Añudiendo por sí.), y le mando que se case con su tia en el término de veinticuatro horas.

Marques. Con su tia!

Dionisia. (Dando un grito.) Yo! cómo, Guillelmo!

Guillelmo. (Enternecido y alargando los brazos.) Sí, tia mia, quiero decir, murgercita mia! y por los siglos de los siglos...!

Dionisia. (Corriendo.) No digas nada! ah! no digas nada! no necesito oír mas... porque en tus ojos estoy leyendo mi felicidad. (Le abraza.) Señora marquesa... (La besa la mano.) Señor marques...

Marques. (Creyendo que va á abrazarle y abriendo los brazos.) Con mucho gusto.

Dionisia. (Deteniéndose y dándole la mano.) Os perdono.

Marques. (De mal humor.) Pero eso no puede ser! Cómo se ha de casar un sobrino con...

Marquesa. Yo me encargo de alcanzar las dispensas... En

cuanto á los gastos de boda... aqui teneis este billete de mil libras que el marques desea que os ofrezca en su nombre. (*Al marques.*) Ahora firmad.

Marques. (*Aparte y firmando.*) Temo que me va á dar algo.

Dionisia. (*Accercándose al marques con malicia y en voz baja.*) No deciais que la marquesa no tenia influjo con el rey... por qué no le poneis á prueba...? A puesto á que conseguiais todo lo que quisierais.

Marques. Vete con mil diablos.

Moyuelo. (*Sacando la cabeza por la ventana de corredera.*) Señora ama, el viento ha cambiado.

Guillelmo. (*En tono de mando.*) Echa á andar el molino.

Moyuelo. (*En tono de desprecio.*) Quién me lo manda?

Dionisia. (*Envanecida y dando la mano á Guillelmo.*) Tu amo... y el mio!

FIN.



LA CISTERNA DE ALBY.

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA.

TRADUCIDO DEL FRANCES

POR

DON ISIDORO GIL.



MADRID:
EN LA IMPRENTA DE YENES,
calle de Segovia, n. 6.

—
1841.

PERSONAS.

ACTORES.

ALBERTO CASTAGNARI, <i>llamado el italiano, postillon.</i>	<i>Sr. D. Pedro Mate.</i>
M. DELALONDE, <i>procurador del rey.</i>	<i>Sr. D. Elías Noren.</i>
JULIO DURVILIER, <i>médico joven.</i>	<i>Sr. D. Francisco Lumbreras.</i>
GERONIMO, <i>postillon.</i>	<i>Sr. D. Antonio Alberá.</i>
FONTANETE, <i>idem.</i>	<i>Sr. D. Carlos Spuntoni.</i>
FRANCISCO, <i>idem.</i>	<i>Sr. D. Felipe Reyes.</i>
ANTONIA DELPORTE, <i>posadera.</i>	<i>Sra. Doña Bárbara Lamadrid.</i>
LUISA LEBLANC, <i>dueña de la casa de postas.</i>	<i>Sra. Doña Catalina Flores.</i>
PETRA, <i>hija de Antonia.</i>	<i>Sra. D.^a Juana Perez.</i>
SUSANA, <i>criada.</i>	<i>Sra. Doña Concepcion Lapuerta.</i>

POSTILLONES , ALDEANOS.

La escena pasa en un pueblo cerca de Albi.

Este drama, que pertenece á la Galeria Dramática, es propiedad del editor de los teatros moderno, antiguo español y extranjero; quien perseguirá ante la ley al que le reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la real orden inserta en la gaceta de 8 de mayo de 1837, y la de 16 de abril de 1839, relativa á la propiedad de las obras dramáticas.



Acto primero.

Plaza de una aldea atravesada por un camino real con árboles. A la derecha del actor, la entrada de la casa de postas: á la izquierda, una sala baja que sirve de despacho con una ventana enfrente del público.

ESCENA PRIMERA.

GERONIMO. SUSANA.

(Al levantarse el telon aparecen en la escena muchos postillones. Susana está haciendo labor sobre un banco cerca del despacho. Gerónimo sale por la derecha bostezando, con látigo y botas de montar.)

Gerónimo. (Bostezando.) Ah!... con que ahora me toca á mí llevar el gato al agua... no es verdad?

Susana. Nada de eso, amigo Gerónimo, os ha llegado vuestro turno, pero como estabais dormido!... y como se trataba nada menos que de conducir una berlina de lujo, han convenido en guardaros el sueño: no ha faltado quien ocupe vuestro lugar, y esta es la hora que va echando niebla por esos caminos.

Gerónimo. Otro! por vida del bellaco!... con que otro ha ocupado mi lugar?... *(A los postillones.)* Es eso cierto? hablad. *(Adelántanse los postillones.)* Pero no me digas quien ha sido, Fontanete, quiero adivinarlo *(Contándolos con la vista.)* Vamos á ver... aqui estais todos menos ese cazurro de Alberto. *(Reflexionando un instante.)* A-postaría á que es él!

Susana. Qué astucia!... es el único que falta.

Gerónimo. Que siempre se me ha de poner por delante ese maldito italiano... ese enemigo de postillon... esa esfínge con botas de montar!

Susana. Pero señor Gerónimo, qué os ha hecho á vos el italiano?

Gerónimo. A mí?... nada absolutamente... Eso queria yo ver! que me hiciese alguna cosa!... que venga, que venga; tengo ganas de pillarle!

Susana. Entouces por qué le aborreceis?

Gerónimo. Por qué?... por qué?...

Susana. Vamos, por qué?

Gerónimo. (*Animándose.*) Porque de un nadie que era hace dos años cuando vino aquí, hoy es el dia que quiere echárnoslas de amo... porque cuando llegó no tenia mas camisa que la puesta; y ahora tiene dos docenas y con chorreras y todo... (*Riense Susana y los postillones, Gerónimo continúa con mas fuerza.*) En fin, porque maneja á los caballos con guantes... á las muchachas con buenas palabras, y á todos vosotros por la punta de la oreja.

Los postillones. Por la punta de la oreja!

Gerónimo. Si señor, á todos menos á mí... (*Dándose un fuerte cachete en la oreja.*) Ya se guardará de poner en esta la mano... que venga á hacer la prueba; en esta, eh?

Susana. Ba!... ba!... con todo eso que estais diciendo, si le tuvierais delante, hariais lo que los otros.

Gerónimo. Ya baja!

Susana. Es que el señor Alberto ha sido militar!

Gerónimo. Quién lo dice? él... Si fuera un hombre conocido como yo... Gerónimo Desiderio, alias Alma-grande, oriundo natural de los Abaletes, cerca de Albí. Todo el mundo sabe que nunca he tenido padre ni madre!... Pero él? de donde es él?... Se presentó una tarde en la casa de postas de Albí, muy andrajoso diciendo que venia de Italia, donde por tener buena letra le habian ascendido á cabo furrier... Eso es otra cosa, yo soy su enemigo, pero debo hacer justicia á su bastardilla inglesa!.. Digo, señor Alberto, que teneis una gallarda letra bastardilla!

Susana. Ni el maestro de escuela la tiene como él. Hace con su plumo todo cuanto quiere.

Gerónimo. Que micentras estuvo enfermo el amo difunto, le

hayan encargado de llevar los asientos... en esa oficina... corriente!... acaso lo merecí por su buena letra... pero héte aquí que cierra el ojo el difunto señor, y que ya empiezan á susurrar, si se casa ó no se casa con la inconsolable viuda... eso no es regular, eso es quitarme un asenso, que en ley de Dios me correspondia á mí.

Susana. A vos! y por qué?

Gerónimo. Virgen santa! yo he empezado por ser último postillon... luego he pasado á tercer postillon... despues á segundo postillon... y últimamente á primer postillon...

Todos. Bueno, bueno, y qué?

Gerónimo. Que ahora debo en justicia pasar á segundo marido de la viuda.

Todos. (*Mofándose.*) Ah!... ah!... Pobre Gerónimo!

Gerónimo. Toma!... por derecho de antigüedad!... aunque el otro tenga famosa letra, puede no ser muy allá para marido.

Susana. Pero si á nuesa ama la gusta el señor Alberto.

Gerónimo. Ka!... si no le ama! son aprensiones que la dan.

Susana. Oh! nuesa ama tiene character y hace solamente lo que se la pone en la cabeza... y luego el señor Alberto es un hombre que monta á las mil maravillas... y en los bailes de los domingos se las compone de modo que no hay mas que ver.

Gerónimo. Dios mio!... que disparates!... y sin embargo así es como tiene engatusadas á las muchachas! — San Ambrosio me valga! Cabriolas y piruetas, y seis vueltas seguidas sobre un pie... yo las haria si quisiera... y doce!... y diez y seis!... no es chanza... ahora lo verás... (*Baila y tropieza.*) Ah!... ya se vé, no puedo con estas botazas... (*Se rien.*) Hoia... os reís? porque os manda á todos, porque á todos os lleva por el cabestro, como ya os he dicho?... Voto á! no parece sino que no teneis sangre en las venas!

Susana. (*Acercándose al foro: óyese el paso de un caballo y el chasquido de un látigo.*) Aguardad, aqui llega; apeándose está.

Gerónimo. Quién?

Susana. Quien ha de ser? el señor Alberto.

Todos. (*Corriendo á encontrarle.*) El italiano, el italiano!

Gerónimo. Eso es, andad á hacerle el rendivú, á tenerle el estribo!... Yo no quiero ir: yo no soy criado suyo.

ESCENA II.

DICHOS.—ALBERTO, *vestido de postillon con guantes.*

Alberto. Uf! que buena carrera! me parece que los viajeros estarán satisfechos!... tambien diez francos de propina y una ojeada al soslayo de la morena mas graciosa...

Gerónimo. (Aparte.) Todo eso me correspondia á mí, y es un robo que me hace el grandísimo tuno!... Guárdate, galopo... pero vuélveme mis diez francos.

Alberto. Con que, camaradas; aquí teneis los diez francos. (*Gerónimo alarga la mano, pero los toma otro.*) Acordáos de que hoy es san Luis, dias de nuestra ama, y echad un trago á su salud.

Todos. Bien dicho... bien dicho.

Gerónimo. (Aparte.) Anda, adulador!

Alberto. Y tú, qué haces ahí? El ama te estará echando de menos. (*A Susana.*)

Susana. Voy, señor Alberto, voy. (*Vase.*)

Gerónimo. Bueno... y va una... ya empieza el ejercicio del cabestro.

Alberto. Tú, Fontanete, cuando me enganches la silla, pon un poco mas de cuidado en lo que haces... me dejas unos estribos de seis pies de largo, como si yo tuviese las piernas de ese espantajo de Gerónimo.

Gerónimo. (Riendo á carcajadas.) Toma esa y vuelve por otra, Fontanete; y no responde nada el muy gallina!

Fontanete. No me volverá á suceder, señor Alberto.

Gerónimo. (Indignado.) Yo me quemoo... me quemoo... no lo puedo resistir!

Alberto. Francisco, tú subes todas cuestas al paso, y las bajas al galope.

Francisco. Es verdad, señor Alberto, pero hace veinte y cuatro años que tengo esa costumbre y...

Alberto. Veinte y cuatro horas te doy para olvidarla: sino, hijo mio, serás muy dueño de correr la posta por tu cuenta.

Francisco. Se hará como decís, señor Alberto?

Gerónimo. (Aparte.) Viejo collon!... pero siempre se dirije á ese... lo tengo observado.

- Alberto.* En cuanto á tí, Gerónimo.
- Gerónimo.* (*Empinándose y con voz sonora.*) A mí? qué?
- Alberto.* (*Después de reflexionar.*) Nada, nada, no tengo nada que decirte...
- Gerónimo.* (*Envalentouándose.*) Ah! ah!
- Alberto.* (*Sentándose en el banco.*) Sino... que vengas aquí, y me tires de las botas.
- Gerónimo.* Cómo? qué decis?
- Alberto.* (*Mas alto.*) Te digo... que me tires de las botas... no lo has oido aun?
- Gerónimo.* Ya lo oigo, sí señor. (*Fuerte.*) Y porque lo he oido respondo...
- Alberto.* (*Dirigiéndose á él.*) Qué respondes?
- Gerónimo.* (*Mas bajo.*) Respondo... que voy á sacaros las botas. (*Riendo y aparte.*) Agradezca que me lia dado por reir.
- Alberto.* Vamos, despacha... (*Las saca y las tira al suelo.*) Llévalas á la cuadra.
- Gerónimo.* Que las...
- Alberto.* (*Mas alto.*) Llévalas á la cuadra.
- Gerónimo.* Ya voy, ya voy! (*Aparte*) Huy! sino me hubiera dado por reir! (*Hace que se va y sale Luisa.*)

ESCENA III.

DICHOS. -- LUISA.

- Fontanete.* Aquí llega el ama.
- Todos.* Buenos días, señora ama! servidor vuestro, señora Luisa!
- Luisa.* Buenos días, muchachos; buenos días, Alberto. (*Dirigiéndose á él particularmente.*)
- Gerónimo.* (*Se dirige á ella riendo.*) Perdonad, señora ama, no puedo menos de dejaros: tengo que llevar á la cuadra las botas del señor Alberto....
- Luisa.* (*Sin reparar en él.*) Bien! hombre, bien! llévalas...
- Gerónimo.* (*Con inteneion.*) Me ha mandado que le quite las botas y que me las lleve.
- Luisa.* (*Con frialdad.*) Y segun veo no te das mucha priesa á obedecerle. (*Adelantándose al escenario.*)
- Gerónimo.* Es que á mí me parece una ocupacion infinitamente...

Alberto. (Dándole un puntapie.) Acabará de irte remolon!
Gerónimo. Oh!

Pontanete. (Riendo.) Y á eso qué dices?

Gerónimo. (Frotándose con dignidad.) Digo y repito que á mí nadie me lleva por el cabestro. (Ríense los postillones y vanse con él por la derecha.)

ESCENA IV.

ALBERTO. LUISA.

Alberto. Por fin nos dejan solos... y podemos conversar un momento sin testigos importunos. Querida Luisa, desde que partí esta mañana me parece que he estado un siglo sin veros.

Luisa. También á mí se me hace el tiempo sobrado largo, cuando no estais á mi lado! Y os habeis acordado de mí?

Alberto. Que si me he acordado?... díganlo vuestros caballos... Apenas salgo, ya quisiera estar de vuelta... y entonces los llevo á un paso... y cuando vuelvo... cuando os hallo siempre cariñosa... siempre buena... entonces... me consuelo algun tanto de mis pesares.

Luisa. (Con interés.) Tú tienes pesares, Alberto?

Alberto. Alguna vez... cuando me pongo á pensar... y luego ya veis... dirigir una casa como la vuestra es un cargo espinoso! Oh! el difunto señor Leblanc era un hombre á toda prueba!

Luisa. Es verdad! pobrecillo!... pero no tan astuto como tú! ni de tanta disposicion... no sabia darse á respetar.

Alberto. Ah! es que yo necesito conducirme con mas rigor. Es muy natural... no me suponen con derecho para mandarlos... se acuerdan de lo que he sido... de lo que todavia soy...

Luisa. Paciencia... eso tendrá fin.

Alberto. (Tomándola la mano con alegría.) De veras?

Luisa. (Con reserva.) Muy pronto.

Alberto. (A media voz.) Con que estais decidida?...

Luisa. Enteramente.

Alberto. (Con viveza hasta acabar la escena.) Y os casareis conmigo sin que os arredren los chismes, las envidias...

Luisa. Qué me importan á mí las hablillas?

Alberto. Dirán que os casais con un postillon...

Luisa. Si es de mi gusto!

Alberto. Con un nadie...

Luisa. Si lo es todo para mí...

Alberto. Que no os lleva bienes de fortuna...

Luisa. Para eso le doy los míos... no soy independiente? libre?... sin mas parientes que un sobrino de mi marido!

Alberto. Ah! si, Julio Durvilliers, aquel sobrino vuestro que se separó de vos á los pocos dias de llegar yo á vuestra casa, y apenas me dió tiempo para conocerle: me parecia un excelente mozo.

Luisa. El ingrato!... desde niño se habia criado en casa, y luego se marchó... sin motivo.

Alberto. Sin motivo!

Luisa. Un arrebató amoroso!... segun dió á entender, porque el objeto de su cariño nadie le conoce; y por cierto que en la actualidad nada me interesa averiguarlo, porque si bien se mira, qué atenciones le debo? Si fuera á tí, Alberto; tú has tomado mi casa á tu cargo desde que enviudé, y gracias á tus desvelos, la he visto prosperar y aumentarse cada dia... Eso se llama amistad y... si no me engaño alguna cosilla mas?...

Alberto. (*A media voz.*) Oh!... sí, es cierto... y si vierais cual me alienta mi amor para todo?

Luisa. Tantas razones juntas me han hecho decidir, y ya sabes que cuando llego á tomar una resolucion...

Alberto. (*Tomándola una mano que ella le da.*) Qué dicha! cuánta envidia me van á tener... son tan presumidos que todos se creen dignos de vos; pero no hay uno que sepa como yo, apreciaros en lo que valeis... El uno os ama porque sois hermosa... el otro porque sois rica. (*Con intencion.*) Muy rica, segun dicen?...

Luisa. Y tal vez no se engañan.

Alberto. (*Con fuego.*) Ah! pues mirad: yo solo os amo porque sois buena, porque cada dia descubro en vos una cualidad apreciable... y eu quanto á vuestro caudal sino fuese por no desheredar á nuestros hijos...

Luisa. (*Riendo.*) Nuestros hijos?

Alberto. Digo... los que tendremos, porque al fin...

Luisa. Vaya, vaya no hablemos de eso.

Alberto. (*Afectando desinteres.*) Bien, pero sino fuera por ellos, os diria: Señora, no retardeis mi dicha, y por lo

que toca á vuestros bienes, dejadlos para vuestro sobrino, para ese Julio, que me alegraría volviere por aquí para tener el gusto de ser el primero á ofrecerle mi mano.

Luisa. Alberto, eres un joven de buenos sentimientos, un hombre honrado, y lo que acabas de manifestar me hubiera decidido á mandar estender hoy mismo nuestro contrato... si...

Alberto. (Con viveza.) Sí?...

Luisa. Si no estuviera hecho desde ayer, amigo mio.

Alberto. (Sin poder contener su alegría.) Desde ayer!... es posible!

Luisa. Te reservaba esta sorpresa para el dia de mi santo... Pasa á ver al escribano, y él te le entregará.

Alberto. Con una condicion, y es que me permitais daros un abrazo, porque asi tomaré alas y llegaré mas presto.

Luisa. Vamos: ten dos, y con eso las tomarás tambien para volver.

Alberto. (Después de haberla abrazado.) Adios, esposa mia.

Luisa. (Con tono festivo.) Id con Dios, señor marido.

Alberto. (Aparte.) Su marido!... al fin!... (Vase corriendo por la izquierda.)

ESCENA V.

LUISA, siguiéndole con la vista.

Pobre Alberto!... cuánto me quiere! (*Meditando.*) Tiene razon: este casamiento va á dar mucho que decir en todo el pueblo.—Ya me parece que estoy oyéndolos... sobre todo á la viuda del boticario, que tiene una lengua de vivera... (*Remedando.*) Vecinita, vecina, sabeis lo que tenemos? se casa la señora Luisa.—Ah, ah!—Con el señor Alberto.—El postillon del alma?—Ya sabe lo que se hace: el matrimonio lo tapa todo... y luego, si no lo era, ya lo es; y por aqui y por allá... porque todas se comen de envidia... porque quisieran atraparle... pero, amigas mias, os he tomado la delantera, y mas de cuatro habeis de asistir á mi boda con un palmo de narices... Ah, ah! cuánto me voy á divertir!

ESCENA VI.

LUISA. SUSANA.

Susana. (En tono de súplica.) Señora!...

Luisa. Qué quieres?

Susana. No soy yo... es la señora Antonia, la dueña de la posada de la Cruz Blanca, que...

Luisa. La señora Antonia? qué se la ofrece?

Susana. Acaba de llegar con su hija Petra... y dice que desea hablaros.

Luisa. Bien, que vengan. (Salen por la derecha Antonia y Petra.)

Susana. Aquí teneis al ama; podeis hablarla. (Bajo.) Vaya, no tengais cortedad; si es un ángel... ánimo, ánimo! (Vase.)

ESCENA VII.

PETRA, muy triste, y bajando los ojos. ANTONIA: ambas vestidas con el trage del país. LUISA.

Luisa. Buenos dias, señora Delporte: buenos dias, Petra. (Petra la saluda.) Si venís á pedirme alguna cosa, llegais á buen tiempo; porque soy feliz, muy feliz, y quiero que los demas lo sean tambien.

Antonia. Oh! vos sois demasiado buena, señora, y los desgraciados no necesitan buscar ocasion para acudir á vos... saben que á todas horas os hallarán propicia.

Luisa. Vamos, y qué hay de nuevo?

Antonia. Señora, aquí veis una pobre muger que ha perdido sus bienes, su marido, y á quien Dios solo habia conservado su hija... pues sabed que esa hija quiere abandonarla!

Luisa. Es posible, Petra?

Antonia. Un mes hace que ha tomado tan funesta resolucion; y quien asi la ha trastornado la cabeza, ha sido una familia inglesa muy rica que ha pasado por aqui, camino de Nápoles. La han ofrecido, si queria seguirlos en clase de doncella, tratarla muy bien y darla buenos gajes... y desde entonces la desdichada no sueña mas que

en hacer fortuna, solo piensa en dejar á su madre.

Luisa. Cómo así, Petra! tú que tanto querías á tu madre, tratas de separarte de ella? (*Petra baja los ojos sin responder.*)

Antonia. Ved, señora, ved lo que hace conmigo de ocho dias á esta parte... siempre muda, fria, impasible, sorda á mis preguntas, á mis súplicas... y cuando lloro y me aflijo, á duras penas la veo derramar una lágrima.—Si solicito que me confie lo que siente, nada... no tengo derecho á saberlo, á averiguarlo. (*Con resignacion.*) Ya se ve... es natural... dice: «es mi madre... si me quiere, si solo para mí respira, es porque en el mundo no tiene otro objeto á quien amar; lo mismo harian todas las madres.» (*Petra saca el pañuelo y se enjuga las lágrimas.*) Pero vos, señora, que siempre la habeis tratado con tanto cariño, que la habeis colmado de beneficios, que en justo agradecimiento merecis su confianza... quizá no rehuse declararos lo que me oculta á mí... por eso la he traído... (*Mostrando á su hija.*) Si no quiere hablar delante de mí... si no quiere que yo sepa sus secretos... no importa... me iré. (*Se enjuga las lágrimas.*) Oh! no me enfadaré por eso, no: mas quiero renunciar á la confianza de mi hija que verla desgraciada!

Petra. (*Corriendo á abrazarla.*) Oh! madre mía!... madre mía! no habéis así!... Yo os amo! sí... os amo... lo mismo que siempre. Bien sabe Dios cuánto desearía quedarme á vuestro lado siempre... pero...

Luisa. Pero... Vamos á ver, (*Acercándose á Petra y tomándola la mano.*) hija mía, dí... por qué te quieres marchar?... A tu edad no se conoce la ambicion, el orgullo!... qué otro motivo puedes tener?... el amor acaso? (*Movimiento de Petra. Luisa haciendo notar á Antonia que la tiembla la mano.*) Lo he adivinado.... (*A Petra que baja los ojos.*) Con que el sugeto á quien amas está allá?... en Italia?... en Nápoles?

Petra. No... no señora.

Luisa. Es de aquí?... (*Petra hace seña de que sí.*) vive en este pueblo?... Entonces, á qué te marchas?

Antonia. (*Con ansiedad.*) Vamos, habla, desdichada, habla.

Luisa. (*A la anciana con bondad.*) Dejádme á mí... (*A Petra.*) Es por ventura mas rico que tú?

Petra. No... pero querría serlo y...

Luisa. Ah! ya comprendo!... todo es por él... el amor te ha hecho ambiciosa: te ha decidido á abandonarlo todo por la esperanza de allegar fortuna... Dejar tu pueblo!... tus amigos!... tu madre!... tu madre!... desventurada, dejar á la que mas te quiere... y tal vez por un ingrato!

Petra. (Con viveza.) Oh! no señora.

Luisa. Por un hombre que te olvidará, porque marchándote tú se casará con otra.

Petra. (Con fuego.) Otra!... él!... Oh! imposible! porque me ama, y no solamente me lo ha dicho, sino que me ha dado una promesa escrita, sagrada... y ya sabe él que á no cumplirla me moriria de dolor.

Luisa. Y esa promesa... dónde está?

Petra. Aquí... siempre la llevo conmigo!

Luisa. (Con dulzura.) Y... me la quieres enseñar... á mí?

Petra. (Confusa.) A vos, señora?... es que... es que... Alberto me ha encargado tanto el secreto...

Luisa. (Con vehemencia.) Alberto!... es Alberto el que te ama?

Antonia. (Con el mayor asombro.) El italiano!... Oh! debí sorprecharlo... debí conocer que causaria mi desgracia.

Petra. (Con viveza.) Madre mia... señora Luisa... oh! no le digais nada; es tan arrebatado, tan violento!...

Luisa. (Conteniéndose con trabajo.) Pero, enseñame ese escrito.

Petra. Es que... si llegara á saber que no le habia obedido...

Luisa. (Encolerizada.) Pronto!... acabemos, ese escrito!...

(Toma el papel y lee.) Sí, sí, Alberto, eso es... Alberto!

(Aparte.) Ahora me acuerdo... cuando ella venia á casa, siempre buscaba la ocasion de verla y hablarla en su presencia de la muger que desearia encontrar... buena, sencilla, apasionada... Y yo que creia!... (Se enjuga una lágrima.)

Antonia. (Levantándose del banco donde habrá ido á sentarse con su hija.) Ya lo veis, señora, era un lazo... un lazo para engañar á mi hija, para seducirla!... porque el corazon me lo dice, ese hombre...

Luisa. (Conmovida.) Callad, Antonia... (Con dulzura.) hablar mal á quien ama, del objeto de su cariño, no es buen medio para hacérsele olvidar... lo que asi se logra es irritarle... herirle... el corazon sufre y se lacera... mas

el cariño continúa... y aun alguna vez se acrecienta por el temor de verse en la precision de renunciar á él.

Petra. (*Levantándose del banco.*) Sí, sí... cierto que sí; precisamente es eso lo que me pasa... porque en este momento, por mas que quiero escuchar lo que me dice mi madre, y aunque me afaño para persuadirme yo misma... mi amor puede mas que todo, mas que mi razon!... porque mi amor es mi vida! (*Cae en los brazos de su madre.*)

Luisa. (*Aparte.*) Pobre muchacha!... cuánto le ama!... y él!... ahora lo veo... casándose conmigo sacrificaba su amor á su ambicion... me preferia por hacer fortuna!... Oh! Alberto, Alberto... eso es indigno!... (*Llora.*) Dios mio! oigo su voz... (*Dirigiéndose á Petra.*) Dejadme ese papel, y esperadme en mi cuarto... Quiero hablar con Alberto y...

Antonia. Y hareis que no se vaya mi hija, no es verdad?

Luisa. Dentro de poco os daré la respuesta... andad... andad! (*Entranse las dos en la casa de postas.*)

ESCENA VIII.

LUISA, y despues ALBERTO.

Luisa. (*Aparte.*) Él es! (*Enjugándose el llanto.*) Vamos, tratemos de dominarnos... y sobre todo de aparentar serenidad.

Alberto. (*Muy contento con el contrato en la mano.*) Ya estoy de vuelta, querida Luisa; ah! no puedo mas: tal he corrido! He estado leyendo el contrato en compañía del notario: está completo y redactado en debida forma... no faltan mas que las firmas.

Luisa. (*Friamente y con ironía.*) Y estais decidido á estampar la vuestra?

Alberto. Yo!... como que en ello cifro toda mi dicha.

Luisa. Sin pesar alguno?

Alberto. Podeis dudarle?

Luisa. Y sin remordimientos?

Alberto. (*Asombrado.*) Remordimientos!... qué significa ese lenguaje?... por qué me decis?...

Luisa. (*Con imperio.*) Dadme esa escritura...

Alberto. Tomadla. (*Dásela y Luisa la rasga.*) Qué haceis? ese contrato!...

Luisa. (*Enseñándole el escrito de Petra.*) Ya es inútil... este es el que habeis firmado... y el que tambien firmaré yo... pero en calidad de testigo.

Alberto. No comprendo... (*Echando una ojeada sobre el papel.*) Cielos!

Luisa. Oh! le habeis reconocido?

Alberto. (*Muy confuso.*) Sí... yo... sin duda... pero os juro, Luisa, que no la amo, que nunca la he amado!

Luisa. (*Con desden.*) Mentis!

Alberto. (*Con mucho calor.*) Pues bien! sí... aun cuando luego me aborrezcas, vais á saberlo todo!—Si; esa promesa fue hecha por mí, firmada por mí, firmada de buena fé... Trataba de cumplirla.—Pero si entonces me hubiera equivocado, si lo que yo calificaba de amor hubiera sido un alucinamiento, un error, que me advirtiera muy luego mi corazon leal al consagrarse todo entero á otra persona?... (*Con fuerza.*) Decid, Luisa, en tal caso deberia yo?...

Luisa. (*Con viveza y energía.*) Cumplir vuestra palabra!... no engañar á una pobre muchacha que cifra en vos todo su cariño, toda su esperanza; que cree en vuestra honradez, porque os aprecia, y que si la abandonáis se moriria de pesadumbre, porque os ama.

Alberto. (*Con rabia.*) Oh! Petra, Petra!

Luisa. Vamos, Alberto... poneos la mano en el pecho, consultad vuestra conciencia... pensad en esa joven que ha recibido vuestros juramentos!... (*Turbada.*) y si es cierto que vuestro corazon no es enteramente suyo... si es verdad que otra... ha llegado á interesaros mas... (*Movimiento de Alberto. Luisa se vuelve y continúa con la mayor conmocion.*) entonces, amigo mio, acordaos de que habeis dado una palabra sagrada... que sois hombre de bien... que vuestro honor está comprometido... y si aun os faltase ánimo y resolucion para cumplir dignamente vuestro deber... (*Con vehemencia.*) mírame, Alberto... yo te daré el ejemplo... (*Llora.*) aun cuando tenga que huir y ocultarte mis lágrimas... Adios... adios! (*Trata de huir.*)

Alberto. (*Deteniéndola.*) Luisa!

Luisa. (*Friamente y con dignidad.*) Alberto, ya me conocéis: habeis hecho un juramento y yo otro: en adelante

no he de ser para vos mas que la viuda de Leblanc. (*Vase rápidamente despues de haberle mirado con pena por última vez: Alberto queda abrumado.*)

ESCENA IX.

ALBERTO, *solo.*

Un juramento!... Ah! harto lo sé, le cumpliré!... Estoy perdido... perdido por mi culpa!... (*Con furor.*) Oh! Petra, el cielo te maldiga!... tú has venido á trastornarlo, á destruirlo todo, á atravesarte en el camino de mi felicidad... y á qué tiempo?... cuando ya la tenia entre las manos, cuando acababa de leer esa escritura... cuando ese caudal iba á ser mio!... ese caudal, cuya cifra se ha estampado aqui en caracteres de fuego! Cien mil francos en bosques y dehesas, cincuenta mil en tierras de labor, y otro tanto que vale la casa!... ya me pertenecian, ya estaban en mi poder!... y de pronto, nada!... nada mas que el recuerdo y el pesar de haberlo perdido todo para siempre!...—No, no será así... es preciso que Petra me releve de mi palabra, que renuncie á este casamiento, ó de lo contrario... será... está dicho! (*Siéntase muy agitado sobre un banco de la izquierda. Entretanto ha vuelto á salir Luisa acompañando á Petra, á quien anima para que hable á Alberto, entrándose luego en su casa.*)

ESCENA X.

PETRA. ALBERTO.

Alberto. (*Aparte.*) Doscientos mil francos! (*Sentado cerca de la oficina.*)

Petra. (*Con timidez.*) Alberto!

Alberto. (*Levantándose rápidamente y acercándose á ella.*)

Ah! sois vos!... Buena la habeis hecho!... os habeis propuesto perderme... arruinarme!

Petra. Yo!

Alberto. Y os venis con amenazas de hacerme cumplir una promesa...

Petra. Gran Dios! qué estais diciendo!... Oh! la cólera os

ciega, Alberto!... en este momento no habla vuestro corazón, no es él quien me acusa.

Alberto. (Con furor.) Podreis negarme que queriais?...

Petra. (Con dulzura.) Quería salir de este pueblo... alejarme de vos... de mi madre, de todo lo que amo en el mundo: en fin, quería marcharme, y nada mas.

Alberto. (Admirado.) Marcharte!

Petra. Sí, á buscar lejos, muy lejos de aquí... en Italia, en Nápoles, la dote que yo deseaba ofreceros: el caudal con que soñabais, y que me habia prometido una familia inglesa. *(Pausa.)*

Alberto. (Acercándose á ella con ansiedad.) Un caudal dices?

Petra. (Suspirando.) Sí, y entonces seriamos felices, porque seriamos ricos.

Alberto. (Con mas dulzura.) Y dime, Petra... sabes á cuánto ascenderia ese caudal?

Petra. (Con candidez.) Oh! A cinco mil francos cuando menos.

Alberto. (Anonadado.) Ah! Cinco mil francos!

Petra. (Con fuego.) Sí: cinco mil francos: en tres años podria reunirlos... y con ellos comprariamos una pequeña hacienda, la cuidariamos nosotros mismos y estaríamos siempre al lado de mi madre... qué te parece? Di?

Alberto. Bien, bien! *(Aparte.)* Cinco mil francos... bien por Dios!... es cuanto seria lo preciso para no morirse de hambre, trabajando todo el dia sin descanso. *(Con rabia, dirigiéndose al foro.)* Cinco mil francos cuando he tenido doscientos mil entre las manos!

Petra. Espera Alberto: hace un instante que dudabas de mí: pues bien; mira si te amo. *(Con exaltacion.)* A pesar de sus consejos, de sus ruegos, de las lágrimas de mi madre... aun estoy pronta á ejecutar mi proyecto si tu lo quieres. Di una palabra y me marchó.

Alberto. (Levantando la cabeza.) Eh!... te irias?

Petra. Oh! tú no conoces aun mi valor, mi resolucion... dicen que somos débiles las mugeres; no es cierto eso cuando amamos. Di solo que me aguardas y hoy mismo me pongo en camino.

Alberto. Hoy!

Petra. (Con mucha viveza.) Sí, tengo hechos todos mis preparativos; he puesto un lio de mis ropas en la ven-

ta del camino real: en aquel punto aguardo la diligencia de Mompeller que pasará dentro de media hora y...

Alberto. Bien, bien; pero tu madre!... tu madre!

Petra. Oh! Será preciso que me vaya sin verla, sin decirle adios: porque se empeñaría en detenerme y sus lágrimas me harían mucho daño... pero lo haré, Alberto, tendré hasta ese valor, si me juras esperarme.

Alberto. Te lo juro.

Petra. Pero, sobre esta cruz.

Alberto. (*Titubeando.*) Sobre esa cruz?

Petra. Sí, es la que tú me has dado, la que tiene grabados nuestros nombres, y no podrás quebrantar los juramentos consagrados por ella!... Alberto me juras sobre esta cruz amarine siempre y no casarte hasta que vuelva?

Alberto. (*Estendiendo la mano sin vacilar.*) Hasta que vuelvas, Petra... lo juro!—Estás contenta?

Petra. Sí: te creo!

Alberto. Pues bien, démonos prisa, porque se va haciendo tarde; y ya debíamos estar en el camino por donde pasa la diligencia.

Petra. (*Deteniéndole.*) Y mi madre, mi madre que está ahí!... Ya que no la vea, quisiera al menos escribirla.

Alberto. (*Frunciendo las cejas.*) Una carta! (*Después de un momento de reflexión.*) Tienes razon... escribela... mira, en el despacho... ahí encontrarás todo lo necesario... pero que sea pronto. (*Petra entra en el despacho entretanto que Alberto se encamina al foro para observar si viene alguno. Empieza á anoecer.*)

Petra. (*Escribe llorando.*) «Madre querida: bien sé que voy á desgarrar tu corazón, y por eso me marchó sin abrazarte... No he querido verte, porque entonces lo conozco, no hubiera tenido valor para marcharme y es menester que me marche... la suerte lo quiere así... No creas que soy ingrata, no!... las lágrimas que en este momento borran lo que escribo, mi cariño, mi vida entera que te será consagrada te la probarán cuando vuelva... pero ruega á Dios que sea cuanto antes, porque lejos de ti, lejos de Alberto, tu pobre Petra será muy infeliz.» (*Se detiene y llora.*)

Alberto. (*Dirigiéndose al despacho.*) Has concluido?

Petra. (*Saliendo del despacho.*) Espera. Dios mio! perdónadme, muy culpable soy!

Alberto. Te arrepientes, Petra?

Petra. (Con exaltación.) No, porque te amo!... ven, ven, partamos! (Le atrae hacia sí cogiéndole del brazo y vanse por la derecha.)

ESCENA XI.

GERÓNIMO. *Despues* LUISA.

Gerónimo. (Siguiéndolos con la vista.) Calla... calla... háse visto mayor bribonazo!... no contento con hacer el amor al ama, se va de paseo con la chica!... oh! aquí llega la señora Luisa... yo no soy chismoso, pero no he de perder esta ocasion de irle haciendo la cama.

Luisa. No es aquel Alberto?

Gerónimo. Sí, nuestra ama... Alberto... Alberto con la Petrita!... con esa muchacha tan linda que...

Luisa. (Aparte con alegría.) No me había engañado!

Gerónimo. La hija de la posadera... á quien hacía la corte en otros tiempos.

Luisa. (Distraida.) Sí, ya lo sé...

Gerónimo. (Con gravedad.) Y á quien ahora se la vuelve á hacer segun las trazas.

Luisa. (Distraida.) Tú lo crees?

Gerónimo. (Aparte.) Ya empieza á clavarse. (Alto.) Ahí se han estado un buen rato hablando solitos y cuchicheando... y luego se han ido muy conformes y muy enamorados... nuestra ama.

Luisa. Estás seguro de ello?

Gerónimo. (Con viveza.) Segurísimo. (Aparte.) Ya se clavó del todo.

Luisa. Bien: no sabes cuanto me alegro!

Gerónimo. (Sorprendido.) Cómo!

Luisa. Estoy satisfecha... satisfecha de él (Aparte.) y de mí.

Gerónimo. (Aparte.) Ah! ya, pero... pues no se ha clavado como yo pensaba. (Alto.) Conque... conque... conque estais satisfecha?...

Luisa. En extremo.

Gerónimo. (Rascándose la oreja.) Pues entonces... no sois difícil de contentar. (Aparte.) Me he lucido.

Luisa. (*Aparte.*) Pobre señora Delporte! cómo se va á alegrar! (*Se adelanta hácia el foro.*) He cumplido con mi deber, y su dicha me consolará. (*Vuelve á entrar un momento en su casa.*)

Gerónimo. Pero señora... No parece sino que á todas las ha hechizado! Digo!... se va á pasear con la otra... y... (*Interrumpiéndose.*) Oh! qué idea!... si antes que volviese diésemos los días al ama... así... con aparato... bueno!... Los compañeros me aguardan, y todo está listo... Vamos... corriendo. Ah! perillan, te me vas á paseo el día de san Luis... te me vas á paseo, perillan! (*Vase corriendo.*)

ESCENA XII.

LUISA. ANTONIA.

Luisa. (*Muy contenta.*) Venid, madama Delporte, venid... tengo buenas noticias!

Antonia. Cómo!

Luisa. Todo está compuesto... los amantes se han reconciliado: los he visto salir cogidos del brazo; vamos á ser todos muy felices!

Antonia. Quiéralo Dios!

Luisa. Por supuesto que su suerte corre de mi cuenta.

Antonia. Será posible!

Luisa. Alberto es ambicioso y quiero que esté contento: mi regalo de boda será nombrarle regente de la casa.

Antonia. Gracias, señora, gracias; vos habeis sido nuestra providencia! (*Siguen conversando por lo bajo.*)

ESCENA XIII.

DICHAS. SUSANA. POSTILLONES, Y ALDEANOS con ramilletes.

Luisa. (*Volviéndose.*) Pero qué es esto? por qué se ha reunido tanta gente?

Gerónimo. (*Con intencion y con voz sonora.*) Toda esta gente, nuestra ama, es una pequeña muestra de los que bien os quieren... que no son pocos en el pueblo, incluso Gerónimo Desiderio, llamado alma-grande... Hoy es el día de san Luis, nuestra ama!

Luisa. (Aparentando sorpresa.) Mis días!

Gerónimo. Y nosotros no podíamos olvidarlo, nuestra ama: ningún hombre de bien lo ha olvidado!... Solo falta el *caballerito* Alberto.

Luisa. Te has equivocado: aquí llega. (*Sale Alberto muy pálido.*)

Gerónimo. (Aparte.) Sí, pero no trae ramillete... ahora te quiero ver... farolon.

ESCENA XIV.

DICHOS.—ALBERTO, *con ademan sombrío hasta concluir el acto.*

Luisa. Cómo es eso, Alberto? no me traes ramillete siendo mis días?

Alberto. Ramillete!... vuestros días!... ah! es cierto... Perdonadme, señora... se me ha olvidado...

Luisa. Olvidado!

Gerónimo. (Con indignacion profunda.) Se le habia olvidado!... Qué tal? (*Hace seña á los postilloues y se van silenciosamente.*)

Alberto. Estaba tan distraido!... con la mala noticia... que tengo que daros...

Antonia. Pues qué hay?

Alberto. En vano traté de oponerme... se la habia puesto en la cabeza!

Antonia. Por Dios, decid, qué ha sucedido? hablad... hablad!

Alberto. Es que... vuestra hija... Petra...

Antonia. Mi hija!... Dónde está?

Alberto. Ya sabiais sus ideas de ambicion, de riquezas... de reunir una dote... por mas que la he suplicado, por mas que he hecho para detenerla... no ha querido escucharme... Pasaba la diligencia de Mompeller y... se ha marchado!

Antonia. Se ha marchado!

Alberto. Abi teneis una carta que me ha dado para vos... me ha dicho que dentro de pocos días recibireis otra... qué escribirá á menudo... es lo único que he podido conseguir.

Antonia. (Dolorosamente.) Se ha marchado! mi hija! ah!

este golpe es superior á mis fuerzas! (*Cae desfallecida en el banco. Luisa procura consolarla.*)

Alberto. (Aparte.) Se ha marchado, sí, para no volver!
(*A este tiempo salen los postillones por la izquierda guiados por Gerónimo y disparan algunas escopetas gritando: Viva nuestra ama. Los aldeanos les imponen silencio, señalándoles á Madama Delporte desfallecida sobre el banco.*)





Acto segundo.



El teatro representa el patio de la granja conocida en el país por la granja vieja, y cuyo aspecto denota haber sido reedificado de nuevo. A la derecha, en primer término, la casa. A la izquierda, al pie de una escalera que comunica con el exterior, una cisterna cegada. Al foro una puerta grande que da al camino.

ESCENA PRIMERA.

SUSANA Y GERÓNIMO, con pelo corto y una blusa azul.

(Al levantarse el telón Susana y dos criados bajan por la escalera del fondo con panes, botellas y vasos que llevan á la parte del edificio que se halla á la izquierda. Susana vuelve á salir á poco rato, y viene á sentarse al lado de Gerónimo, que lo está ya en el borde de la cisterna.)

Susana. Pero, señor, qué hace aquí este enemigo de hombre?

Gerónimo. (Con aspereza.) Lo que no os importa.

Susana. (Con amabilidad.) Quereis que baje á buscaros algo á la bodega hoy que tengo la llave?

Gerónimo. No tengo sed.

Susana. Quereis que vaya á la cocina y os traiga algo?

Gerónimo. No tengo hambre.

Susana. Estais malo?

Gerónimo. Puede ser.

Susana. (Con zalamería.) Vamos, Gerónimo, decidme por qué estais tan triste, vos que sois tan alegre, tan amigo de reir y charlar, que por eso os llaman todos alma-grande.

Gerónimo. Dejadme en paz. — No siempre ha de estar el horno para rosquillas.

Susana. (Desesperada y dándole un empujon.) Decid grandísimo bellaco, os parece que es ese modo de responderme? eh?

Gerónimo. Quereis dejarme el alma quieta, ninfa del corral.

Susana. No... no quiero hasta que me digais... Hábrase visto cazurro igual!... La tonta soy yo en bajarme de este modo, y en tomarme el trabajo de preguntarle lo que tiene, para que el muy grosero no se digue siquiera responder. (*Sacudiéndole.*) Creéis que voy á dejaros que os esteis así con los brazos cruzados... y que yo lo he de hacer todo, mientras que los amos estan en casa del notario?

Gerónimo. (Con rabia.) Los amos!... los amos!... no es mal amo él!

Susana. Sí señor, el amo... mal que os pese, porque mañana á mas tardar será el marido de la señora... y esta vez sí que no hay escape!... ya estan corridas las amonestaciones!

Gerónimo. (Levantándose y paseando por el teatro.) Esto es hecho... hago mi dimision... sí señor, mi dimision! mi degradacion... mi humillacion antes que llamar amo á ese hombre.. Un hipócrita... un desalmado!... un farramalla!... que bajo pretexto de que monta bien á caballo, quiere hacernos andar á los demas en un pie como las grullas. (*Con aspereza.*) — Por qué habeis hecho esto... por qué habeis hecho lo otro? Siempre estais contraviniendo á lo que está mandado! responded! (*Con sumision.*)—Pero, señor Alberto!... (*Con aspereza.*)—Silencio!—y acaba de decirle á uno que hable, y en cuanto ve que abren la boca: Silencio! Pero entretanto el señorito hace, deshace, rebaja las propinas, vende, compra. (*Señalando á la casa reedificada.*) Hace obras, cueste lo que cueste... Se le da un bledo de contravenir á las órdenes... está considerado de todo el mundo... conoce á diputados... á gente de campanillas: tiene carta blanca pa-

ra volcar y atropellar á todo el mundo... qué cuidado se le da á él! no le ha de hacer nada!

Susana. Todo eso que decís es por envidia!

Gerónimo. Pues, si señora, porque me ha usurpado mi puesto y mi muger.

Susana. Su muger!... ah! ah!... como si el ama hubiese puesto los ojos alguna vez en vos.

Gerónimo. Miren qué gracia!—Cómo los habia de poner si el muy envidioso se ha dado prisa á oscurecer mis prendas personales... (*Enseñando su cabeza.*) Me ha prohibido que lleve coleta y botas de montar... por celos solo... por celos!... Infame!... me ha mandado poner esta blusa azul para que parezca un espanta-pájaros.

Susana. Y qué importa eso, si á mí me parecéis bien de cualquier modo... y no quiero mas marido que vos?

Gerónimo. Vuestro marido!... yo! (*Con desprecio.*) Mas valiera que fuerais á cuidar de los pavos.

Susana. Por qué no habeis de casaros conmigo?

Gerónimo. Porque me saldria muy caro.

Susana. Caro? no lo creais.—(*Cogiéndole de la mano.*) El alcalde me ha dicho que todo lo mas que nos costaria serian treinta francos.

Gerónimo. Pues serian treinta francos tirados al agua.

Susana. (*Encolerizada.*) Desvergonzado!... Es decir que os negais á casaros conmigo! Pues mirad... os habeis de casar mal que os pese, (*Pegándole y persiguiéndole.*) os lo juro.

Gerónimo. Eh! con tiento... tutora de gansos y gallinas cluecas... mirad que si os doy las tornas... Soltad os digo, que viene gente. (*Viendo venir á Delalonde.*)

ESCENA II.

DICHOS.—DELALONDE, por la puerta del foro.

Susana. Ah! es el señor procurador del rey! Servidora vuestra, señor Delalonde.

Delalonde. Buenos dias, muchachos, buenos dias.

Gerónimo. Vos por este pueblo, señor Delalonde?

Delalonde. Llego en este momento.

Gerónimo. Ah! entonces no sabreis las mudanzas que ha habido por casa.

Delalonde. (*Riendo.*) Difícil sería que las supiera, porque no he encontrado á nadie. Me han dicho que todo el mundo estaba aquí, á media legua de la casa de postas.

Susana. En la granja vieja.

Delalonde. Pero cuando yo estuve aquí el año pasado, la granja vieja merecía ese título efectivamente, porque era un edificio ruinoso y aislado en medio de los campos... y ahora veo que se han levantado tapias nuevas, reedificado la casa...

Susana. (*A Delalonde.*) Sí señor, por mandado del ama. Compró las ruinas y las tierras que dependían de la casa, y después ha edificado en el mismo sitio la hermosa granja que veis.

Gerónimo. Todo ello por consejo del señor Alberto Castagnari.

Delalonde. Su administrador, según creo?

Susana. Oh! algo más que eso, señor Delalonde, porque en este momento están en casa del notario firmando el contrato.

Delalonde. El contrato?

Susana. Y mañana se casan!

Delalonde. Pero si la memoria no me es infiel, con quien debía casarse ese Alberto, era con Petra, la hija de la posadera de la Cruz-blanca?

Susana. Es verdad: pero la pobre muchacha no tenía dote... Viendo esto, la infeliz se fue á Nápoles con una familia inglesa para tratar de hacer algún dinero por su parte, y el señor Alberto se obligó á aguardarla hasta que volviera... pero á los tres meses de su marcha, tuvimos el sentimiento de saber que había muerto.

Delalonde. Muerto!...

Gerónimo. Sí señor, murió... aguardad... murió de no sé que... en fin... del pecho según dijeron... Qué desgracia!... y no cabe duda, porque todo el pueblo ha leído las cartas que escribía á su pobre madre... era cosa para llorar! señor Delalonde... para llorar! Después se recibió otra de los señores en cuya casa había estado... la trajo un extranjero juntamente con la fe de muerte, la ropa y el dinero que la pobre tenía ahorrado, porque parece que aquellos señores la trataban bastante bien, y ella iba haciendo su agostillo.

Delalonde. Es decir que con ese motivo Alberto se ha encontrado otra vez libre.

Gerónimo. Y ha tratado de volver á hechizar á nuestra ama.

Delalonde. Lo cual ha conseguido, á lo que parece.

Gerónimo. Mala alma!... se casa cuando todavía no hace tres meses de la muerte de la otra! Si siquiera hubieran sido seis... vaya con Dios! A los seis meses es fácil que uno lo olvide... porque así hace todo el mundo... pero á los tres!...

Delalonde. Creo ver en tí un rival desbancado, pobre Gerónimo.

Gerónimo. No quiero negároslo, señor Delalonde. Me lleva el demonio... No es un dolor? una pobre muchacha que abandona su patria, su madre, todo por él; que se va á una tierra estraña solo por enriquecerle! Habrá uno siquiera en la honrada sociedad que no diga como yo que debia estar llorándola toda su vida, como su pobre madre que sueña con ella todas las noches que la ve... que la habla... que está como si digéramos atontada!... Pero andad á preguntarle al muy descastado lo que sueña?... No haya miedo que la memoria de la muchacha le deje sin dormir... oh! lo que él debia haber hecho era...

Delalonde. Dejarte casar con la otra, no es esto?

Gerónimo. Cáspita! eso me armaba!

Susana. (*Avisando por la escalera.*) Mirad aquí viene el ama con el señor Alberto. (*A Delalonde.* Quién les habrá dicho que estais aquí?

Gerónimo. (*Aparte.*) Oh! Qué buena idea se me ocurre! Ahora que ha venido el señor Delalonde voy á ver si puedo entrar en la gendarmeria del departamento... como pueda ser, tendré el gustazo de volver á ponerme mis botas de montar, y no me veré obligado á llamar amo á ese Alberto de condenacion!... Está dicho... le hablaré despues. (*Vase con Susana.*)

ESCENA IV.

DELALONDE. LUISA. ALBERTO.

Delalonde. (*Saliendo al encuentro de Luisa.*) Buenos dias, apreciable Mme. Leblanc. (*Saluda á Alberto.*)

Luisa. Qué milagro! Señor Delalonde, vos por este pueblo!... casi no lo creo... Van á verse las causas de este año?

Delalonde. No tardará mucho; pero no es eso solo lo que aquí me trae... vengo tambien con motivo de las elecciones.

Luisa. Ah! es verdad.

Delalonde. Conque segun veo estais decidida?... Se acabó la viudez! me han dicho que mañana os casais.

Luisa. Ah! no creais que es cosa de ahora... lo tenia ya pensado hace algun tiempo... pero se han ofrecido tantas dificultades!... y luego ya sabeis que un pueblo hay que lidiar con tanto cbisme... con tanto enredo!...

Alberto. (Con alegría.) Por fin, esta vez va de veras: ya se han corrido las amonestaciones, y en este momento venimos mi Luisa y yo de firmar el contrato... Mañana será la boda, y á no ser que el diablo en persona venga á desbaratarlo, pasado mañana seré el primer maestro de postas de la comarca, (Conteniéndose.) y lo que es mas, esposo de mi Luisa.

Delalonde. Os doy mi parabien por tan buena dicha, amigo Alberto... vais á poseer una muger joven y bonita... un caudal mas que mediano... con eso puede aspirarse á todo... y no será extraño que en las próximas elecciones seais propuesto, en vista de vuestras circunstancias, para alcalde de esta comun.

Alberto. (Con alegría.) Si lo llegase á ser, señor Delalonde, os juro que ninguno mas que vos seria nuestro diputado estra-muros.

Delalonde. Bravo, por vida mia, bravo.

Alberto. Ya lo arreglaremos aquí... el tio de mi muger, que es un rico traficante de ganados, puede disponer de cien votos... y treinta con que yo cuento.

Delalonde. Son mas de los que me hacen falta.

Alberto. De veras?... Oh! pues es preciso que os hagais presente... hacedlos una visita, eso no cuesta nada... y es cosa que lisonjea!... un apretón de manos á este, un convite al otro... y con esto podeis contar de seguro con una buena mayoria.

Delalonde. No quiero desairaros. Iré hoy mismo á hacer una visita á mis comitentes.

Alberto. Pero no os comprometais con ninguno por hoy'

porque contamos con vos para que nos acompañeis á comer.

Luisa. Ah! sí... espero que aceptareis... señor Delalonde?

Delalonde. Cómo no! amigos míos, tendré en ello sumo gusto.

Alberto. Con que... vendreis?

Delalonde. De seguro. (*Alegria de Luisa.*)

Alberto. Mil gracias por tanto honor! (*Le da la mano.*) Con Dios, señor diputado.

Delalonde. (*Tomándola.*) Adios, señor alcalde. (*Vase por el fondo.*)

ESCENA IV.

LUISA. ALBERTO.

Luisa. (*Viéndole marchar y dando palmadas.*) Un procurador del rey en nuestra boda!... qué alegría!... qué envidia van á tener todos los del pueblo!—Pero crees que vendrá?

Alberto. Que si vendrá?... no tengas miedo de que falte... No le has oído?... me ha llamado amigo... me ha dado la mano!... Eres muy inocente, Luisa mia... no ves que me necesita para las elecciones?

Luisa. Tienes razon.

Alberto. Y como llegue á conseguir que le nombren diputado, ten por cierto que hará cuanto esté en su mano para que yo sea alcalde.

Luisa. (*Apoyándose en su hombro.*) Sabes que no eres tonto?

Alberto. (*Preocupado.*) Asi dicen...—Pero, hablando de otra cosa, sigues en la idea de que celebremos nuestra boda en esta granja?

Luisa. Sí, y formo empeño en ello. (*Dirigiéndose hácia el foro.*) Porque aqui (*Con confianza.*) cabrá mas gente.—Comeremos en la misma granja, y despues se bailará un poco.

Alberto. (*Caviloso.*) Bien, como tú quieras.

Luisa. En qué piensas, Alberto?

Alberto. Quieres saberlo?... pues escucha... Pienso... en que jamás me has parecido tan hermosa. (*Quiere abrazarla.*)

Luisa. (*Queriendo desasirse de él.*) Adulador!... Vamos...

déjame... van á llegar los convidados, y tengo que ver si está todo dispuesto.

Alberto. Eh! tienes tiempo sobrado. (*La abraza.*)

Luisa. (*Siente ruido y da un grito.*) Ah! alguien viene!... lo ves? (*Arregla su vestido.*) Es la señora Delporte, la posadera.

Alberto. (*Sombrío.*) La madre de Petra! (*Queriendo desviarla de allí.*) Vámonos... no quiero verla.

Luisa. Por qué?

Alberto. Bien lo sabes... Desde que murió su hija, la pobre muger está insufrible... no puede ver á nadie, y mucho menos á mí.

Luisa. Toma!... no has hecho todo cuanto ha estado en tu mano?... no has procedido con su hija con la mayor honradez?... Si la pobre muchacha se desgració, qué culpa tienes tú?

Alberto. (*Bajo.*) Calla!... ya está aquí!

ESCENA V.

DICHOS. — ANTONIA.

(*Antonia llega hasta el medio del patio sin verlos, como una muger triste y casi loca.*)

Luisa. (*Pasando á su lado.*) Buenos dias, querida Antonia. (*Antonia levanta los ojos, se sonrie con Luisa, y se estremece al ver á Alberto que se acerca á ella.*)

Alberto. Buenos dias, señora Delporte: hace mucho tiempo que no os hemos visto: ya no os acordais de vuestros amigos... y debeis saber que se os quiere. (*Va á cogerla la mano y Antonia la retira prontamente. Alberto hace que no lo nota.*)

Antonia. (*Yendo á él y como poseida de una idea fija.*) Decidme, Alberto Castagnari, creéis vos que mi hija ha muerto efectivamente de enfermedad? (*Luisa y Alberto se quedan absortos: Alberto hace seña á Luisa de que la pobre no tiene firme la cabeza.*)

Alberto. (*Un poco cortado.*) Qué diablos de pregunta es esa, madama Delporte?

Antonia. (*Mirándole.*) Es que yo creo que ha muerto asesinada.

Luisa. Oh! qué horror!

Alberto. Asesinada!

Antonia. Sí... (*Mirándole de hito en hito.*)

Alberto. (*Con mucha naturalidad y sin turbarse.*) Y qué es lo que os mueve á pensar así?

Antonia. Un sueño.

Alberto. Un sueño!

Antonia. Sí, un sueño que he tenido, que cada noche se repite y que sin cesar me persigue.

Alberto. (*Mirando á Luisa y sonriéndose.*) Y solo por un sueño os volveis así el juicio, pobre señora!... (*Encogiéndose de hombros.*) Los sueños son cosa de chiquillos.

Antonia. (*Vivamente.*) No digais eso, Castagnari... (*Con tono grave.*) Dios es el que nos los envía.

Alberto. (*Con amabilidad.*) Vamos, madama Delporte... hablemos como personas de juicio... No teneis todas las pruebas necesarias de que vuestra hija ha muerto desgraciadamente, hace tres meses, en Nápoles de una enfermedad?... En primer lugar las cartas que ella misma os ha escrito sucesivamente, y que os anunciaban los progresos de su enfermedad... Podéis contestarme que vos no sabéis leer: pero no puede quedaros duda, porque todo el mundo las ha leído en el pueblo.. hasta yo mismo... madama Leblanc... el maestro... el señor cura... Teneis aun esas cartas?

Antonia. Vedlas!... siempre las llevo conmigo! .

Alberto. Bien: queréis dárme las?... Os las volveré á leer... para que no tengais duda.

Luisa. Cuán bueno es!

Alberto. (*Desdoblando las cartas que le ha dado Antonia.*) Vamos á ver esta... del mes de noviembre... Ah! es la primera... (*La recorre.*) aquella en que os anunciaba que habia llegado con salud... que estaba contenta... es inútil leerla. (*Dobla la carta y desdobra otra y lee.*) «Nápoles dos de diciembre.» (*Habla.*) La segunda... hacia ya un mes que se habia marchado... os acordais? (*Antonia hace una seña afirmativa.*) «Mi querida madre: sigo en esta muy contenta; mis amos me quieren mucho y me colman de agasajos y finezas, lo cual me permite hacer algunas economías. Decid á Alberto que tenga paciencia, &c. &c.» (*Con intencion.*) Y mas abajo: «Los médicos me encargan que no trabaje mucho, no sé por qué... pues yo

no siento nada... no os asustéis...» Ya veis que aquí están marcados los primeros síntomas... no puede ser más claro.
Antonia. (Llorando.) Es verdad!... es verdad!

Alberto. (Dobla la carta y abre otra.) En fin, la tercera...
(Lee.) «Nápoles quince de enero.» Unas seis semanas después.
(Lee.) «Querida madre: si no estuviera tan lejos de vos y de todos mis amigos, sería muy dichosa... mis amos me colman de bondades: no me tratan como una criada; quieren que coma en su mesa y les acompañe á todas partes... Me han regalado un bonito reloj de oro.»
(Habla.) Que os ha sido fielmente devuelto con sus vestidos.
(Antonia llora: Alberto continúa leyendo.) «Ahorrando cuanto pueda, creo que no estaré más que dos años separada de vosotros, lo cual me parece demasiado largo á pesar de todo.»

Luisa. Pobre Petra!

Alberto. (Leyendo.) «Decid á Alberto &c.» Después más abajo: «Olvidaba deciros que los médicos me han obligado á guardar cama hará dos días; pero esta indisposición será ligera, porque por más que ellos digan, yo no siento nada, y por lo mismo no debéis asustaros...» A los quince días de esto recibisteis la carta fatal escrita por sus amos, y que os entregó un viagero.

Antonia. (Llorando.) Es verdad!... es verdad!

Alberto. Con la fé de muerto firmada por el médico, y la cantidad que tenía ahorrada... ochocientos francos: todo lo cual se os ha entregado religiosamente... no es esto?

Antonia. (Sollozando.) Sí, sí... todo lo he recibido.

Alberto. (Con frialdad.) Hay desgracias de las que nos es dado dudar... por la distancia del punto donde han sucedido... la falta de noticias, y la poca regularidad en la correspondencia. Pluguiese al cielo que la pérdida de querida Petra fuese de este número: más desgraciadamente todo es cierto; todas las noticias están contestes; y estos documentos perfectamente en regla, no dan cabida á la más pequeña duda!... Es una desdicha que no puede graduarse... un acontecimiento horroroso!
(Dándola las cartas.) Quedad con Dios, madama Delporte.

Antonia. Adios, señor Alberto!
(Enjugándose los ojos.) Os doy gracias por haberme vuelto á leer estas cartas... ellas son las que me hacen creer que mi hija...
(Los sollozos ahogan su voz y Luisa la consuela.)

Alberto. (Aparte.) Y yo no temo que venga á desmentirlas del feretro en que la dejé exánime. (*Señala á la cisterna.*)

Luisa. Pobre madre! Vamos, serenaos, es preciso ser razonable... es un mal que no tiene remedio. (*Alberto la hace seña de que le siga.*) Señora Delporte, nos disimularéis si os dejamos... esperamos gente... todos nuestros amigos que vienen á celebrar los esponsales...

Antonia. (Levantando la cabeza.) Los esponsales?

Luisa. Sí... no os he convidado á mi boda porque temia... (*Alberto la tira del vestido y la hace seña de que no hable.*)

Antonia. Vuestra boda!... os vais á casar?

Luisa. Mañana.

Antonia. (Temblando.) Y... con quién?

Luisa. Con Alberto.

Antonia. (Aparte.) Con Alberto!

Alberto. (Bajo.) Vamos... ven... despacha.

Luisa. (Dejándose llevar por Alberto.) Hasta despues... perdonad que os dejemos sola... á mas ver. (*Entranse al interior por la escalera.*)

ESCENA VI.

ANTONIA, sola.

A casarse!... á casarse!... Alberto se va á casar con Luisa!... y apenas hace tres meses no podia unirse á ella porque mi hija era un obstáculo para ello!... (*Exaltándose.*) Oh! no... los sueños no mienten... quién se atreve á decirlo?... Alberto Castagnari... porque los sueños le denuncian como asesino!... Sí... todo lo veo ahora como si Dios me iluminase con una revelacion sobrenatural!... (*Reflexionando.*) Primeramente su olvido... su ambicion desmedida... su arrepentimiento forzado hácia Petra... su salida con ella... cuando la acompañó á lo largo del cementerio... (*Llorando.*) y desde cuya salida no he vuelto á ver á mi hija querida!... Su muerte repentina é imprevista al cabo de tres meses... Oh! él es!... él es! (*Dudando.*) Pero y estas cartas, Dios mio!... y estas cartas?... serán falsas acaso... habrá eugañado este hombre á todo el

mundo?... al corazón de una madre, al ojo perspicaz de la justicia?... Oh! aquí se encierra algún terrible misterio!

ESCENA VII.

SUSANA. DELALONDE. ANTONIA.

(En este momento se ve á Delalonde que atraviesa por el fondo: Susana que sale de la granja le ve y le dice.)

Susana. Vais á la casa de Postas, señor Delalonde?

Delalonde. Sí: por qué lo preguntas?

Susana. Porque podeis pasar por aquí, y atajais mucho camino. *(Señala á la escalera interior. Entretanto que ella le explica por donde ha de pasar, Antonia que le ha oído nombrar dice.)*

Antonia. El señor Delalonde en el país!... el procurador del rey!... Oh! le conozco: es un buen sugeto!... queria mucho á mi Petra!... el cielo es quien le envia!

Delalonde. *(A Susana.)* Gracias, muchacha. *(Susana sale por el foro: Delalonde se dispone á entrar, pero Antonia se le interpone y le detiene.)*

ESCENA VIII.

DELALONDE. ANTONIA.

Antonia. Perdonad, señor Delalonde.

Delalonde. Ah! sois vos, Antonia!... Cómo estais? qué tal va de salud?

Antonia. Ah! señor... ya no hay salud ni sosiego para mí, desde que murió mi hija!

Delalonde. *(Aparte.)* Pobre madre! *(Alto.)* Según me han dicho estaba bastante delicada cuando se marchó.

Antonia. Al contrario, fuerte y buena, señor Delalonde: llena de salud y robustez... fresca y lozana como una rosa!

Delalonde. Y á pesar de eso dicen que ha muerto del pecho?

Antonia. *(Con energía progresiva.)* Mentira!

Delalonde. En Nápoles.

Antonia. Mentira!

Delalonde. Donde estaba con una familia inglesa?

Antonia. Todo es una infame mentira!... ha muerto asesinada!

Delalonde. Asesinada!... quién?

Antonia. Mi hija!

Delalonde. Quién os lo ha dicho?

Antonia. (Con gran exaltación.) Ella!

Delalonde. (Mirándola con sorpresa.) Ella! (Pausa.)

Antonia. Escuchad: vos sois un hombre honrado y bondadoso... y no os burlareis de los presentimientos de una madre!... creereis que hay algo de verdadero y sagrado en los avisos que envía Dios algunas veces á su corazón!... Ella es, os lo digo, ella misma la que viene á verme todas las noches!... ella es la que yo veo... la que oigo... (Con naturalidad.) como os veo y os oigo ahora á vos!

Delalonde. Pero reflexionad... eso es imposible!

Antonia. (De pronto.) Imposible!... Hay alguna cosa imposible para Dios?... Y si en su divina bondad quiere consolarme?... si quiere que vuelva á ver á mi hija en la tierra... que oiga todavía su voz querida, creéis que no puede hacerlo?... Si quiere revelar por ese medio un crimen horrible y espantoso, cometido y ocultado por una maldad infame, creéis también que no podrá?... No, no... Dios lo puede todo, señor Delalonde!... Yo también he creído al principio que esta aparición no era más que un error de mis sentidos... un desvarío de mi imaginación exaltada por la desesperación y el insomnio... he intentado olvidarla, desecharla de mí... librarme de ella!... (Con tono solemne.) y siempre ha vuelto... y siempre veo alzarse delante de mí la sombra de mi hija, y repetirme siempre las mismas palabras!... (Mas bajo.) Mirad... esta noche misma me he despertado sobresaltada, bañada de un sudor frío... he sentido descender las cortinas de mi cama!... era ella!... pálida y ensangrentada! «Pobre madre, me ha dicho, te quieren hacer creer que he muerto en Nápoles del pecho, pero no es verdad... he muerto asesinada en el patio de la Granja-vieja!»

Delalonde. En el patio de la Granja-vieja!... aquí!

Antonia. Sí... aquí.

Delalonde. Vamos, Antonia... el dolor os trastorna... y yo mismo...

Antonia. (Con energía.) Aquí es, os digo: aquí es donde está mi hija: que se registre y la encontrarán.

Delalonde. (Aparte.) Pobre muger! (*Alto.*) Quedad con Dios, Antonia.

Antonia. (Deteniéndole.) No me creéis? no quereis que se me vuelva mi hija? Os creía bueno y compasivo, señor Delalonde!... (*Con exaltación.*) Bien está... una vez que no me creéis... yo misma vendré! sí... sola, por la noche: si es preciso cabaré yo misma la tierra con mis uñas, recobraré á mi hija y me la llevaré.

Delalonde. Pensáis en lo que decís, señora Delporte?

Antonia. (Fuera de sí.) Oh! vos no podreis estorbármelo... ni vos... ni ellos... ni nadie!... yo la hallaré, os digo... la hallaré ó moriré aquí mismo de dolor!

Delalonde. (Marchándose al foro.) Hacia aquí creo que vienen, callad por favor! (*Quiere imponerla silencio con la mano.*)

Antonia. No... ya no quiero callar mas!... Quiero á mi hija!... que me la vuelva, que me la vuelva muerta si es cierto, pero que me la vuelva!

Delalonde. (Con agitación.) Gran Dios!... ya estan aquí! (*Alto.*) Pues bien!... sí, sí... os la volverán...

Antonia. (Besándole las manos y cayendo de rodillas.) Oh! señor, cuán bueno sois!... el cielo os lo recompensará!

Delalonde. Bien, bien, pero por piedad, no metais ruido... no deis escándalo... Venid, venid... Ya los oigo. (*Vase Delalonde llevándosela por la puerta de la derecha. Salida general por el fondo. Alberto y Luisa bajan por la escalera que está cerca de la cisterna.*)

Susana. (Que acude del foro.) Señora, aquí vienen vuestros parientes, los amigos de la casa... en fin, todo el pueblo que acude á la boda. (*Al punto que Luisa y Alberto bajan de la escalera, van á encontrar á los convidados que llegan.*)

ESCENA IX.

LUISA. ALBERTO. GERÓNIMO. SUSANA. GENTE DEL PUEBLO
Y POSTILLONES.

Luisa. Bien venidos, amigos míos, bien venidos.

Alberto. (A los postillones.) Acercaos, compañeros; no creáis que me he envanecido ni que se me ha olvidado que hace poco era lo que vosotros... venid acá. (*Les da*

las manos.) Me alegro de veros.—Gerónimo, qué haces ahí tan cabizbajo?

Fontanete. Vamos, hombre, pecho al agua... empieza el cumplido...

Gerónimo. *(Con mucha flema.)* Voy... voy! *(Aparte.)* Qué humillacion!... obligado á cumplimentar á mi rival!... hum!... hum!... Por hoy, bien... pero mañana... *(Alto y con tono áspero.)* Señor Alberto: los compañeros han echado suertes para ver quién debía arengaros... con motivo de vuestra boda con el ama!... yo he sido el favorecido... y vengo... *(Aparte.)* Qué ganas me dan de marcharme! *(Fontanete le impide que se marche.)*

Alberto. Vienes á echarme una arenga... Bien!... hombre, empieza.

Gerónimo. *(Aparte.)* De mejor gana te echaria por un balcón cabeza abajo.

Alberto. Vamos, ya te escucho.

Gerónimo. Hum... hum!...—Pues como iba diciendo, señor Alberto, tengo que deciros que todos nosotros hacemos los mas sinceros votos... por... por... *(Viendo á Luisa que viene á ellos.)* porque seais siempre muy feliz, señora ama... que os tenemos siempre en nuestro corazon, *(Apoyado.)* señora ama... y que si alguna vez os sucediese alguna desgracia, nos dejaríamos hacer pedazos por vos, señora ama... *(Con mucha flema á Alberto.)* Esto es lo que tenia que deciros... *(Aparte.)* Uf!... por fin salí del apuro!

Luisa. Gracias, amigos míos, gracias!

Alberto. Ya estamos todos reunidos: no falta mas que el señor Delalonde: me prometió formalmente que vendría y...

Todos. Aquí viene! aquí viene!

ESCENA X.

DICHOS.—DELALONDE, que sale de la granja.

Alberto. Ah! ya estais de vuelta, señor Delalonde? solo á vos aguardábamos para sentarnos á comer.

Delalonde. *(Con gravedad.)* Dispensadme, amigos míos, si vengo á turbar vuestra alegría en este momento: pero se

trata de una madre, de una madre en el mayor descon-suelo!

Todos. Qué es lo que dice?

Delalonde. La comision que traigo es harto delicada; no debo ocultároslo: Antonia Delporte, la posadera de la Cruz-blanca, ha perdido como todos sabeis, hará cerca de tres meses, una hija que adoraba; y la pobre muger, á quien el dolor parece haber trastornado un tanto la razon, os pide por mi mediacion que permitais hacer un reconocimiento en vuestra casa. (*Estremecimiento general.*)

Luisa. Registrar mi casa! Y por qué causa?

Delalonde. Esa infeliz madre, que pasa las noches llorando por su hija, ha llegado á figurarse por la sola idea de un sueño, que el cuerpo de su hija estaba aqui y no en Italia.

Los aldeanos riendo. Ah! ah!... por un sueño!

Luisa. (*De mal humor.*) Cómo se entiende! Vaya una suposicion!... un cadaver en mi casa!... Se quiere burlar de nosotros la señora Delporte?... ya se lo diré yo cuando la vea.

Alberto. (*Tratando de calmarla.*) Luisa! Luisa!

Luisa. Pero si es cosa de perder una la paciencia!... Si la buena muger no tiene el juicio cabal, qué culpa la tenemos nosotros?... Un cadaver!

Un aldeano. Si vais á escuchar todo lo que dice, ya teneis para rato, señor Delalonde. (*Rumor entre los paisanos.*) Es verdad, es verdad!

Otro aldeano. Dejadla con sus manias...

Delalonde. Amigos míos, teneis razon en decir que es una locura, pero advertid que es la locura de una madre! de lo mas sagrado y respetable que hay en el mundo! (*Silencio general. Acercándose á Luisa.*) Madama Leblanc, ya podeis figuraros que yo no vengo aqui como magistrado, y que por lo tanto sois dueña de acceder ó no á esa súplica... solamente os haré observar que dando esta satisfaccion á esa pobre muger, podeis restituirla el sosiego y la tranquilidad, mientras que vuestra negativa seria para ella un golpe mortal.

Alberto. (*De pronto.*) Luisa, despues de lo que ha dicho el señor procurador, no debemos titubear...

Luisa. Triste cosa es ocuparse de eso en un dia de boda!

Alberto. Vamos, querida Luisa: tú que tienes tan buen co-

razon!... (*Volviéndose á Delalonde y con mucha serenidad.*) Señor Delalonde, decid á esa pobre madre que yo no olvidaré jamás que he debido ser su yerno; que por lo que hace á su peticion, accedemos á ella muy gustosos Luisa y yo; que señale el dia y la hora que quiera: estamos enteramente á sus órdenes. (*Aprobacion de los circunstantes. Antonia sale de pronto del medio del gentio y se pone frente á frente de Alberto.*)

ESCENA XI.

LOS MISMOS. ANTONIA.

Antonia. Agradezco en el alma vuestra determinacion, y pues que consentís, el dia será hoy... la hora, en este momento. (*Silencio general.*)

Alberto. (*Cortado.*) Ah!

Luisa. Eso es ya demasiado exigir!

Alberto. (*Dominándose.*) Luisa, hemos dicho que el dia y la hora que la señora quisiera. Madama Delporte, sino es necesatio mas que eso para restituiros la tranquilidad y el juicio... podeis registrar en el momento mi granja.

Gerónimo. (*Aparte.*) Mi granja... habráse visto... di nuestra granja al menos, usurpador!

Alberto. (*Con calma.*) Pero por dónde liemos de empezar? porque ya sabeis que es grande... á dónde quereis que nos dirijamos primero?

Antonia. (*Mirándole de luto en luto.*) Permaneceremos aquí!

Todos. Aquí!

Alberto. Aquí!... Y qué sitio de este patio quereis que se registre?

Antonia. Esa cisterna! (*En este momento todos se vuelven y se acercan á la cisterna.*)

Todos. La cisterna! (*Alberto permanece solo á la derecha del proscenio, poseido de una viva agitacion que se esfuerza en dominar.*)

Alberto. (*Con una sonrisa forzada.*) Pero esa cisterna es ya muy antigua, señora Delporte... y hace largo tiempo que está cegada.

Antonia. (*De pronto.*) Desde la marcha de mi hija.

Luisa. (*Con sequedad.*) Vamos, vamos, darse prisa y concluyamos pronto... no quiero que quede la menor sospe-

cha con respecto á nuestra casa... manos á la obra, vosotros... vivo... allí hay azadones... traed vuestras herramientas, una escalera... y que baje uno de vosotros al momento. *(Los aldeanos se arman de azadones, y algunos de ellos empiezan á echar abajo la fábrica de cal y canto con que está cubierta ó tapizada la cisterna, mientras otros suben á la granja á buscar una escalera grande de madera. Luisa se acerca á Madame Delporte, la cual durante este tiempo permanece inmóvil en medio del teatro sin ver lo que pasa á su alrededor.)*

Luisa. Señora Delporte... os prometo que os acordaréis de esto... lo que conmigo habeis hecho es muy feo!.. os lo digo porque ya sabeis que yo no sé finjir. Por un sueño!.. venir á incomodarnos por un sueño!.. los sueños son buenos para los niños! *(En este momento los aldeanos acaban de echar abajo la fábrica que obstruía la cisterna y se descubre la abertura. Los del pueblo se retiran algo temerosos. Antonia parece poseida de una agitacion extraordinaria. Luisa es la única que conserva toda su serenidad.)*

Luisa. Vamos, acabemos... un hombre, un hombre que quiera bajar voluntariamente. *(Todos los del pueblo con un temor supersticioso.)* Oh!... yo no!... yo no!...

Gerónimo. *(Aparte.)* Pues señor, sea lo que quiera, yo me arriesgo, y aunque sepa que voy á encontrar allí al mismo diablo en persona: me ha dado una corazonada de que esto le ha de traer algun daño á ese fantasmón! *(Alto y con resolucion.)* Aquí estoy yo, señora ama. *(Todo el mundo excepto Antonia se vuelve á mirar á Gerónimo.)*

Luisa. Bien está... tú...

Alberto. *(Esforzándose y viniendo á él.)* Sí, tú, querido Gerónimo!... tú! *(Pasa en seguida á la izquierda muy preocupado: durante este tiempo han traído la escalera y la han colocado.)*

Gerónimo. *(Aparte y asombrado.)* Querido Gerónimo! querido Gerónimo!... si habrá de veras gato encerrado! *(Encáminase á la cisterna dentro de la que habrán colocado una escalera de 25 á 30 pies, y baja muy resuelto despues de haberse santiguado. Momento de ansiedad en todos los espectadores. Alberto á la izquierda del proscenio, pálido y desencajado, apenas puede do-*

*minar su turbacion, aunque repara que madama Del-
porte no le pierde un instante de vista.)*

Antonia. Se inmuta !... Dios mio! se ha puesto pálido!

Luisa. (*Acercándose á la cisterna y con impaciencia.*) Va-
mos ?... no sube todavia ?...

Todos. Ya está aqui! ya está aqui! (*Aparece Gerónimo en
lo alto de la escalera; y guarda silencio á pesar de que
en su rostro se lee el descontento.*)

Luisa. Y bien ?...

Todos. Y bien ?...

Gerónimo. (*De mal humor.*) Nada!

Alberto. (*Con alegría mezclada de asombro, y como un
hombre que se ha desembarazado de un peso enorme.*)
Nada!

Antonia. (*Con incredulidad.*) Nada!

Luisa. (*Encojiéndose de hombros.*) Ya estaba yo segura de
ello. (*Todo el mundo se acerca y felicita á Luisa y Al-
berto. Madama Delporte cae anonadada al pie de la es-
calera.*)

Gerónimo. (*Aparte.*) En todo me persigue mi maldita es-
trella.

Susana. Me alegro! para que creas en los aparecidos. (*Le
pellizca al pasar y se dirige á hablar á Luisa.*)

Luisa. Amigos míos, la comida está pronta: vamos á sen-
tarnos á la mesa, y así olvidaremos las visiones y los vi-
sionarios.

Todos. Si, sí, á comer.... á comer..

Luisa. No vienes tú?

Alberto. (*Saliendo de su meditacion.*) Ah!... sí, vamos. (*Al-
berto atraviesa el teatro y dice á Gerónimo.*) Cuento
contigo y te tendré presente, querido Gerónimo... te
tendré presente. (*Gerónimo se queda petrificado.*)

Luisa. (*Antes de salir.*) Señor Delalonde, no venís?

Delalonde. Soy con vosotros al momento, amigos míos.
(*Luisa entra en la granja y Delalonde se acerca á An-
tonia que se ha quedado absorta.*)

ESCENA XII.

ANTONIA. — DELALONDE.

Delalonde. Ya habeis visto, señora Delporte, que vuestras sospechas eran sin fundamento... ahora debeis estar satisfecha... ó al menos gozar de mas tranquilidad. Vamos, volved en vos... y creedme, renunciad á esas ideas que os quitan la vida, y que no sirven mas que para inquietar á vuestros amigos... todas estas buenas gentes os quieren: pero tened cuidado, con esa conducta concluireis por haceros enemigos en el pueblo, y yo no estaré siempre aqui para defenderos... Adios y procurad calmaros.

Susana. (*Saliendo de la granja.*) Señor Delalonde, os estan esperando.

Delalonde. Voy... voy. (*Entrase en la granja con Susana.*
Antonia, á quien habia él acompañado amigablemente hasta el fondo del teatro, vuelve maquinalmente al medio de él.)

ESCENA XIII.

ANTONIA sola en medio del teatro y como si hablase á un ser invisible que viese desaparecer.

Nada! nada! pero si es asi!... por qué me persigues, fantasma que veo sin cesar delante de mi. (*Se acerca á la cisterna.*) y que me señala sin cesar esta cisterna!... Huye de mí, sombra infatigable!... disipáos de una vez, nubes de fuego que no puedo penetrar... y que me impiden ver lo que se encuentra en el fondo... ahí... en el fondo. (*Inclínase y hace esfuerzos como para desgarrar las tinieblas que la ocultan lo que se halla en el fondo de la cisterna, de repente da un grito como si viese salir de ella la sombra de su hija.*) Otra vez!... vete... vete te digo... ó dame pruebas... pruebas!... lo oyes!... pruebas que puedan confundir y aniquilar al asesino! (*Agotadas sus fuerzas en esta lucha, cae desmayada detras de la cisterna y queda oculta enteramente por uno de los lados de la escalera.* Noche completa.)

ESCENA XIV.

ANTONIA , *desmayada en el fondo.* — ALBERTO.

A este tiempo sale Alberto de la granja y observa si alguno puede verle: en seguida se acerca á la cisterna y dice apoyándose en la escalera.

Alberto. Cómo es que esta sima ha perdido el cadáver?
(Aparece en este instante un desconocido por el foro, como buscando á alguno á quien dirigirse; repara en Alberto que está vuelto de espaldas y le da con la mano en el hombro. Alberto aterrorizado se vuelve con viveza y suelta la escalera.)

El Desconocido. Decid, caballero!...

Alberto. *(Muy agitado.)* Quién es?

El Desconocido. *(Con naturalidad.)* El juez de este pueblo, dónde vive?

Alberto. *(Estremeciéndose y sin poder hablar apenas.)* El juez!... allí abajo. *(Señala á la derecha.)* Al lado de la iglesia!

(El desconocido se vuelve despues de darle las gracias con la mano, y se dirige al sitio indicado. Cae el telon.)





Acto tercero.

El teatro representa un cuarto de la posada de madame Delporte.==
Puerta al foro.==Escalera á la izquierda.==Silla poltrona á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

GERÓNIMO. SUSANA , con una linterna que deja sobre un arca. Salen por la puerta de la escalera.

Gerónimo. Vaya, no tembleis así, buena Susana.

Susana. Toma! pues y vos... qué es lo que haceis?

Gerónimo. Ba! son los nervios! Temblar yo! un gendar-me que va á entrar en el lleno de sus funciones.—No señora, esto no es miedo!... ni en la vida le he conocido; lo que digo es que maldita la necesidad tenia el ama de enviarnos á la posada de la Cruz blanca, sobre todo á hora tan espuesta!—Vamos á ver; por último, qué es lo que habeis visto?

Susana. Al trasluz de los vidrios... al fin de ese corredor que va al cuarto de la pobre Petra que esté en gloria... he visto...

Gerónimo. El qué? vamos...

Susana. Una fantasma vestida de blanco.

Gerónimo. Una fantasma!

Susana. Sí, una fantasma que andaba y alzaba los ojos al cielo, y juntaba las manos así.

Gerónimo. Y estais bien segura de que ese es el cuarto de la difunta que se murió?

Susana. Sí, de la desgraciada Petra... en el cual no ha en-

trado nadie desde su muerte... ni aun su madre!... ademas que la madre, como todo el mundo sabe, va siempre vestida de negro.

Gerónimo. Verdad es; pero dónde está ahora la señora Delporte!... hemos atravesado toda la casa sin tropezar con ella.

Susana. Mirad, Gerónimo, yo creo que lo mejor que podemos hacer es dejar ahí este obsequio que el ama la envía, para que celebre el día de su boda, y en señal de que no es rencorosa, y marcharnos corriendo de aquí.

Gerónimo. Sí... tenéis razón... dejémoslo y vámonos á tomar el fresco. (*Pone el cesto en el suelo y va sacando las provisiones.*) Todo viene intacto... uvas... camuesas... el pastel... ah! y esta del lacre encarnado que haría resucitar á un muerto! Esperad, se me ocurre una idea... Oh! si tengo un caletre!... Si no se la destapo, la pobre señora no podrá beber... esto es, tomando esta precaucion, la buena muger no tendrá mas que hacer asi... lo veis? asi... (*Se sirve y bebe.*) ni mas, ni menos... Verdad que es mucho mas cómodo? (*Despues de haber bebido.*) Bien decia yo que es capaz de resucitar á un muerto. Sin embargo, tiene un gustillo!...

Susana. Pero no os da que pensar como á mí que á estas horas no esté todavía en su casa?

Gerónimo. (*Echándose de beber.*) Ya se ve! á las once de la noche!... es cosa singular... pues señor, yo bien decia... tiene una punta de aguardiente.

Susana. (*Bajo.*) A no ser que se le haya pasado la hora rezando en la iglesia por el alma de su hija, como ya mas de una vez la ha sucedido.

Gerónimo. (*Acalorando de beber.*) Bien puede ser... muy bien puede ser eso tambien... Por fortuna que ha habido quien se acuerde de ella, y en viniendo se encontrará una buena cena y mejor vino. (*Echase de beber otra vez.*) Es un vino que basta con beber una gota.

Susana. Eh! poco á poco... si bebeis asi, seguramente que no la quedará mas que una gota!

Gerónimo. (*Mirando la botella.*) Ay! es verdad... pobre muger!... lo siento!... porque la hubiera sentado muy bien, (*Dando un grito.*) Ah! Jesucristo!

Susana. (*Asustada.*) Qué? qué es eso?

Gerónimo. Nada... nada... que me estoy aquí charlando y

perdiendo el tiempo con que si el vino es bueno ó no es bueno... como si fuera para mí! Con estas y las otras se me ha olvidado que tengo que estar revestido de mi nuevo carácter?

Susana. Cómo nuevo caracter?

Gerónimo. Sí, tengo que ir á ponerme el tricornio, las botas de montar, &c. &c. para recibir á mis compañeros, que me ofrecieron ir á darme la enhorabuena. Perdonad, señora Susana, pero ya sabeis que la obligacion es antes que todo. (*Vase corriendo.*)

Susana. (*Corriendo á la puerta del foro que vuelve á cerrar en cuanto sale Gerónimo.*) Qué es eso, qué es eso, señor Gerónimo, así os vais? Pues me gusta!... Hay ley de Dios para dejarme aquí sola... al lado de ese cuarto que... de ese cuarto donde... porque no hay que decir, yo lo he visto. (*Gritando.*) Ay, Dios mio! siento pasos... se acercan aquí. (*Abrese la puerta.*) Ah! (*Da un grito y se vuelve ocultándose la cara con las manos.*)

ESCENA II.

SUSANA, vuelta hácia la poltrona. JULIO DURVILIERS, que baja por la escalerilla.

Durviliers. Decidme, buena muger, podré hablar un momento con la señora Delporte?

Susana. (*Voleiéndose.*) Calla, es un hombre! Pero por dónde habeis entrado, caballero?

Durviliers. Por la huerta... y he venido aquí atravesando ese cuarto que está al fin del corredor.

Susana. (*Asustada.*) El cuarto que está al fin del corredor!

Durviliers. Viéndole desocupado, me he instalado en él... aguardando que venga la dueña de la posada.

Susana. A estas horas!—La señora Delporte no puede tardar en venir... y á mas de eso... si yo la encuentro, la diré que entre á hablaros. (*Dase prisa á marcharse.*)

Durviliers. (*De pronto.*) No... no... es inútil... yo mismo vendré á pedir lo que me haga falta.

Susana. Ah!

Durviliers. Deseo que nadie entre en mi cuarto.

Susana. (Aparte.) Oh! aqui hay gato encerrado... no hay duda... este hombre es sospechoso. (*Vase.*)

ESCENA III.

DURVILIERS, *solo.*

El procurador del rey estaba ausente... y habré de aguardar hasta mañana... no he querido ver á nadie antes que á él... ni aun á madama Leblanc, mi tia... es preciso evitar que trasluzcan la menor cosa. (*Reflexionando.*) El hombre que ha cometido tal crimen, no es un malvado como otro cualquiera... y con él todas las precauciones son pocas!... Por fin voy á conocer á ese hombre que sin saberlo él fue rival mio!... ese Alberto que supo darse á querer de ella cuando me ausenté de este pueblo sin atreverme á hablarla de mi amor!... Infame! cuán alevosamente ha correspondido al cariño mas acendrado... al desprendimiento mas noble! Con tal que el miserable no haya abandonado este pais desde que cometió el crimen!... Debí haberme informado de él en cuanto llegué!... Iré ahora mismo!... no, si la infeliz madre volviera en este momento... si penetrase en ese cuarto... no, no, la aguardaré... Ah! alguien se acerca!... ella, sin duda... (*Se presenta Alberto.*) No, no es ella! que querrá este hombre?

ESCENA IV.

ALBERTO. DURVILIERS.

Alberto. (Muy afectuoso durante toda la escena.) El señor Julio Durviliers.

Durvilers. Yo soy, caballero.

Alberto. La noticia de vuestra llegada se ha estendido por el pueblo, y á pesar de lo adelantado de la noche, no he vacilado en venir á disculparme con vos.

Durviliers. A disculparos conmigo?

Alberto. (Sonriendo.) No me habeis conocido?... yo soy el que hace poco os dió las señas de la casa del procurador del rey.

Durviliers. En efecto, ahora caigo.

Alberto. (*Sonriendo.*) No le habreis hallado?... estaba en mi casa!... en una comida de boda... alli está todavía... y como el error fue mio, á mí me toca repararle. Espero por tanto, caballero, que no os sorprenderá el que venga á instaros á que nos hagais compañía; sobre todo, cuando sepais que yo soy el favorecido... y que la persona con quien me caso es madama Leblanc, vuestra tia.

Durviliers. Mi tia!

Alberto. Dejasteis este pueblo, á lo que me han dicho, resentido con ella, y señalan el dia de mi entrada en vuestra familia con una reconciliacion; es una buena fortuna que yo no debia por ningun título desperdiciar!... en vista de mis instancias, Luisa misma me envia á vos... y os espera.

Durviliers. (*Con suma frialdad.*) Os estoy por ello sumamente agradecido: pero en este momento... esta noche sobre todo... me es absolutamente imposible salir de esta casa.

Alberto. Entiendo... el cansancio del viage tal vez.

Durviliers. (*Mirando hácia la puerta de su cuarto.*) Sí... sí... eso es... el cansancio.

Alberto. (*Con mucha sangre fria.*) Por lo que hace á vuestros asuntos con el procurador del rey... quizas me halle tambien en posicion de seros de alguna utilidad. Le he prestado algunos servicios... y nada puede negarme; si en vista de esto quereis dejar esos asuntos á mi cargo...

Durviliers. Vuestra amabilidad me deja confuso, caballero!... pero el asunto que tengo que poner en su conocimiento es harto grave!... harto delicado para que pueda confiársele á nadie que no sea el mismo procurador del rey en persona.

Alberto. Entonces os pido mil perdones... no insisto mas.

Durviliers. Pero ya que no os moleste, podré saber al menos el nombre de un sugeto que tan vivo interes me demuestra, y que dentro de poco debo llamar...

Alberto. Mi nombre es Alberto, caballero.

Durviliers. (*Retrocediendo de pronto.*) Alberto!... Alberto Castagnari.

Alberto. Sí, señor Durviliers.

Durviliers. (*Con energia.*) Alberto el postillon! (*Oyese rui-*

do en el cuarto de Durviliers, cuya puerta se cierra de pronto.)

Alberto. Pero, qué ruido es ese? había gente en ese cuarto?

Durviliers. (Cerrándole el paso y con energía.) No os acerqueis... es mi cuarto! Os prohibo que piseis el dintel de esa puerta. Y sois vos... vos, el que quería enlazarse con nuestra familia! (Con vehemencia.) Alberto Castagnari... solo tengo que decirte una palabra.— Cuando me marché de este pueblo era rival tuyo!... ahora soy tu enemigo mortal! (Vase precipitadamente cerrando la puerta de golpe.)

ESCENA V.

ALBERTO, petrificado.

Qué quiere darme á entender con esas amenazas!... Cuando me marché era rival tuyo, y ahora soy tu enemigo mortal... Mi rival! Corrió la voz en efecto de que unos amores desgraciados!... pero nadie conoció al objeto de esos amores.— Ah! temo haberle yo adivinado ahora!— Estaría enamorado de Petra en aquel tiempo... y habrá descubierto quizá?... Y ese cadáver!... ese cadáver que ha desaparecido?... no, no; el miedo me abulta los peligros... debe de estar ahí... en la cisterna... yo mismo la mandé tapiar al día siguiente delante de mí!... Si pudiese bajar á ella sin escitar sospechas!... Si, esta noche cuando todos duerman... Quiero bajar yo mismo... quiero convencerme por mis ojos!... Pero ese Durviliers que se ha encerrado ahí... (Se detiene.) Con quien estará?... lo adivino... con Antonia... con mi enemiga. Es preciso imponerlos silencio á toda costa. (Oyese ruido dentro.) Quién viene hácia aquí... (Viendo á Antonia que viene por el foro.) la madre de Petra!

ESCENA VI.

ALBERTO. ANTONIA.

Alberto. (Aparte y examinándola.) De dónde vendrá á estas horas?

Antonia. Bien sabia yo que había de encontrar pruebas.

Alberto. Eh ? pruebas !

Antonia. Quién ha hablado ? Vos aquí ! vos en este cuarto !

Alberto. (*Sonriéndose.*) Sí , por cierto... soy yo , Alberto ; no me conoceis ya , madame Delporte ? (*Acercándose á ella.*)

Antonia. (*Con la mayor agitación y retrocediendo horrorizada.*) Qué quereis ? qué buscáis aquí ?

Alberto. Señora , me he retirado un instante del baile...

Antonia. (*Casi delirante.*) Ah ! un baile... una boda !

Alberto. (*Con gran serenidad.*) Me he retirado un instante del baile... para tener una esplicacion con vos , ahora que ya ha pasado , debo deciros que no esperaba de vos tal comportamiento... habeis dado una pesadumbre á Luisa... qué es la bondad misma... que os apreciaba en extremo... y todo ello por nada... porque al fin y al cabo nada se ha encontrado !

Antonia. (*Radiante de alegría.*) Ellos no han encontrado nada... pero ya sabia yo que habia de ver donde los demas no podian ver !... Sabia que si bajaba...

Alberto. Dónde ?...

Antonia. A la cisterna !

Alberto. Vos !

Antonia. Yo !

Alberto. Habeis tenido el arrojito ?

Antonia. Sola... hace poco... en medio de la noche... y he encontrado...

Alberto. Qué ?

Antonia. Mirad. (*Enseñándole una cruz.*)

Alberto. (*Arrancándosela precipitadamente.*) Una cruz !...

Antonia. Sí , miserable , la que llevaba mi hija siempre... una cruz en la que estan grabados vuestros dos nombres... atrévete á negarlo !

Alberto. (*Con frialdad despues de haberla examinado.*) Ah ! sí , es la misma en efecto !... un regalo mio que ella creia haber perdido... no sabiamos donde habia ido á parar... la dejaría caer en la cisterna. (*Pausa.*)

Antonia. (*Asombrada.*) Oh ! qué audacia ! — Piensas que el procurador del rey se contentará con esa esplicacion ?... piensas que dirá tambien...

Alberto. (*Con violencia.*) Dirá !... (*Con templanza.*) Dirá que estais loca. (*Antonia se queda atónita.*) Y quizas tenga razon ! (*Con cariño afectado.*) Hablemos claros y

sin enfadarnos, madama Delporte... Vengo á vos como un amigo... pero por la última vez.—No obstaute cuanto habeis hecho y cuanto acabais de decir ahora, asi mi mujer como yo, que os profesamos un sincero afecto, y si me prometéis renunciar á vuestras estravagancias, (*Con intencion.*) podeis creerme, no os conducirán á nada!—Si me prometéis ser razonable y juiciosa como antes, os haremos cuanto bien podamos!... os tomáremos á nuestro cargo... y vivireis tranquila en nuestra casa!

Antonia. (*Con indignacion.*) En tu casa! Alberto Castagnari, yo en tu casa!—Si entrase en ella seria para incendiarla! Juzgas que no te entiendo? que no veo lo que se encierra en el fondo de tus palabras?... de tus fingidas muestras de cariño!... es una venta, miserable!... lo que tú me propones es una venta infame! quieres comprar con oro la conciencia de una madre!... (*Transición.*) Qué madre va á dar por oro la sangre de su hija!...

Alberto. (*Turbado.*) Yo, os juro...

Antonia. (*Con energia.*) Vete te digo, vete! me causas horror!

Alberto. (*Furioso y cambiando de tono despues de un momento de silencio*) Ah! con que asi despreciais mis ofertas!... quereis seguir siendo mi enemigo!... pues bien! nos veremos... (*Dirigiéndose hácia el foro con la mayor agitacion.*) Acabais de decir que queriais incendiar mi casa!... os arrepentireis de esa palabra, señora!

Antonia. Qué osas decir?

Alberto. Digo que uno tambien se cansa de ser bueno!— Con que preferís ser enemiga nuestra?... bien está!... no faltan en el pueblo personas que lo sean vuestras... nos uniremos á ellas... pediremos justicia contra vuestros insufribles clamores... os haremos echar del pueblo... y si necesario fuese, pediremos que os encierren por loca!

Antonia. (*Aterrada.*) Hacerme encerrar por loca!

Alberto. Sí, por loca, y probaremos que lo estais!

Antonia. Anda, miserable, anda. — Crees intimidarme... pero es en vano el disimulo, estás temblando, Castagnari! y el paso que quieres dar en este momento, es la mejor prueba de ello. Ve á divulgar tus calumnias; pero yo probaré que tú solo tenias interés en hacer desparecer á mi hija!

Alberto. (*Con una risa convulsiva.*) Loca!

Antonia. Diré en alta voz que eres tú, sí, tú, el que la ha asesinado.

Liberto. Loca!

Antonia. Diré, en fin, que ayer mientras bajaron á la cisterna te iuntaste, Castagnari... te pusiste pálido... y que hoy has venido á ofrecermé...

Alberto. (*Lanzándose á madama Delporte que retrocede aterrada hasta el sillón.*) Loca! loca! loca! (*Calmándose de pronto.*) Quedad con Dios, señora Delporte, voy ahora mismo en busca del procurador del rey, á decirle que necesitáis pronto socorro... (*Va á salir y vuelve.*) Ah! se me olvidaba devolveros esta cruz que tan importante es para vos... como es una prueba... sentiria privaros de ella. (*Antonia que se queda asombrada de la acción de Alberto, cae en el sillón y permanece en él casi desvanecida. La linterna que dejó Susana se va apagando poco á poco.*)

ESCENA VII.

ANTONIA, sola, sentada en el sillón.

Loca! loca!... va á decir que estoy loca!... (*Con acento desesperado.*) Y se lo hará creer!... (*Transición.*) Si lo estaré realmente!... si esta fiebre que me devora, si esta imágen que me persigue será un vértigo y los síntomas de la verdadera locura! Si ese asesinado, en fin, no existirá mas que en mi imaginación, y á fuerza de llorar habré perdido!... (*Con desconsuelo.*) Oh! es imposible! (*Anonidada.*) Dios mio, no me abandonéis; conservad la razon de esta pobre anciana, de esta infeliz madre, para que pueda sostener la lucha contra ese malvado!... porque se compondrá de tal modo, que si no estoy loca, logrará que lo llegue á estar!... Quisiera rezar... y mis párpados se cierran insensiblemente... Gracias, Dios mio, me enviáis el descanso y el sueño!... gracias... voy á ver á mi hija! (*Quédase dormida poco á poco.*)

ESCENA VIII.

ANTONIA, dormida. PETRA.

(Abrese á este tiempo la puerta por donde salió Durvillers, y sale por ella Petra con precaucion: estará vestida de blanco.)

Petra. Julio ha salido!... por fin estoy sola!... «Aun no es tiempo, me ha dicho, aun no es tiempo, hasta que yo la haya preparado... una y otra estais demasiado débiles, y la alegría puede causar la muerte del mismo modo que el pesar.» Pero mi impaciencia habla mas alto que sus consejos!... Oh! quisiera verla aunque no fuese mas que un instante!... Hacé tanto tiempo que estoy privada de este consuelo!—Probemos... su cuarto está hácia aquel lado... (Señalando al cuarto de la derecha.) Estará reposando, y podré contemplar sin riesgo sus facciones queridas! (Dirígese hácia el cuarto de la derecha.)

Antonia. (Soñando.) Petra!

Petra. (Deteniéndose asustada.) Quién me llama? Aquí hay gente!

Antonia. Hija!... hija mia!

Petra. Esa voz... es ella!... Sí, héla aqui... dormida!... (Contemplándola.) Oh! pobre madre! cuánto ha sufrido!... Y por mí!... por mí! (Llora.)

Antonia. (Soñando.) Petra!

Petra. (Llorando.) Hasta en sus sueños se acuerda de su hija!

Antonia. Estás ahí? es cierto que estás ahí?... Oh! cuán desgraciada me parecez... hija mia!... Ven á mis brazos... ven... (La tiende los brazos.)

Petra. (Muy conmovida.) Oh! no puedo resistir mas! (Inclínase hácia ella, la besa en la frente y quédase después inmóvil y aterrada de lo que acaba de hacer.)

Antonia. (Abriendo los ojos y hablando como una sonámbula.) Ah! otra vez... otra vez aqui!... por qué me has engañado?...

Petra. (Aparte y muy conmovida.) Engañado!

Antonia. Si, engañado!... He ido, como me dijiste, á la Granja vieja!

Petra. (*Aparte.*) A la Granja vieja!

Antonia. He hecho que registren la cisterna!

Petra. (*Aparte.*) La cisterna!... pero por dónde sabia?...

Antonia. He tenido hasta el valor de bajar yo misma... (*Con tristeza.*) pero en vano te he buscado! De qué proviene que no estabas?... me lo habias dicho.

Petra. (*Aparte y dando rienda suelta á sus lágrimas.*)

Oh! Dios mio... habeis hecho un milagro por una pobre madre... la habeis revelado la terrible verdad!

Antonia. (*Con voz baja y misteriosa.*) Respóndeme... en qué consiste que no he hallado mas que tu cruz... tu cruz?

Petra. (*Trémula y con voz apagada y cariñosa.*) Decid, madre mia... y si á pocos instantes de haber huido el asesino, un hombre, un ángel hubiese sido atraído... por... el último gemido de la víctima! (*Petra se detiene y hace una ligera pausa.*)

Antonia. (*Como asaltada por una nueva idea y escuchando.*) Sigue... sigue.

Petra. Si hubiese tenido el generoso arrojo de bajar á aquella fosa... y se hubiese hallado allí, privado de todo auxilio... en un parage desierto... en presencia de tu hija agonizante?...

Antonia. Acaba.

Petra. (*Animándose.*) Si queriendo ante todo apartar de la vista de una madre un espectáculo que hubiera causado su muerte, hubiese sacado de allí aquel cuerpo mutilado y sangriento... para ver si podia reanimar en él un resto de vida!...

Antonia. (*Con una agitación extraordinaria.*) Qué dices?... qué dices?

Petra. (*Dando un paso hácia ella.*) Si, á fuerza de esmero, de oraciones y de vigalias, hubiese logrado arrancar á tu hija al cabo de algunos meses de los brazos de la muerte!...

Antonia. Luego vives!

Petra. (*En el colmo de la emocion.*) Por último, si luego que la vió con bastante fuerza para soportar las sensaciones que la esperaban á su vuelta, para abrazar á su madre y confundir al asesino, la hubiese traído á su suelo natal... á esta casa... á esta habitacion que fue la suya!...

Antonia. A esta habitacion!... (*Lanzándose á ella, y pasando sus manos por los brazos, las manos y la cara de su hija.*) Dios mio!... pero... esta vez... no es como las demas noches!... esta vez no es una sombra que se desvanece!... la veo... la toco... y esta lágrima!... esta lágrima que ha caido en mi mano y me la abrasa... Oh! habla... habla por Dios!... eres tú, Petra, eres tú?..

Petra. (*Arrojándose perdida en sus brazos y dando un grito.*) Madre mia!

Antonia. (*Dando un grito.*) Ah! hija del corazon!... hija mia... que un ángel me ha conservado... que Dios me vuelve!... Oh! no, no sueño!... eres tú, no es verdad que eres tú?

Petra. Sí, madre mia... yo soy, tu hija, tu Petra querida, á quien Dios ha salvado por milagro!

Antonia. Aguarda... aguarda un poco; déjame llorar... la alegría me mata y las lágrimas me sofocan! (*Con exaltacion.*) Y decia que estaba loca el infame!...

ESCENA IX.

DICHAS. DURVILIERS.

(*Duroviliers sale precipitadamente como un hombre perseguido, y sostiene la puerta.*)

Duroviliers. Ah! señora, huid!...

Petra. (*Corriéndolo á él.*) Mirád, madre mia, mirad al que me ha salvado!

Antonia. (*Cayendo de rodillas.*) Ah! señor, bendito seais mil veces!

Duroviliers. (*Bojando.*) Sí, os salvaré; pero aun no doy mi deber por cumplido... (*Oyense voces á lo lejos.*) Oís esas voces, esos gritos furiosos?... Es Alberto que viene á acusaros.

Antonia. A acusarme?

Duroviliers. Miserable! Salí para precaverme de él; pero ya habia escitado contra vos á todo el pueblo que ha asistido á su boda, diciendo al mismo procurador del rey en persona que estábais loca... y loca furiosa... que habíais ido esta noche á la granja, y que habíais amenazado incendiarla...

Antonia. Oh! (*Los gritos se oyen mas cerca.*) Pues bien; que venga! que venga!...

Durviliers. No; creedme... ocultaos por un momento... vos no sabeis lo que es el populacho exaltado por la embriaguez, y alucinado por las palabras de un miserable... Retiraos con vuestra hija, y dejadme arrostrar su primer impetu á mi solo.

Voces confusas dentro. La loca!... la loca!

Petra. (*Estremeciéndose.*) Oh! madre mia!... he oido su voz... no me abandoneis!

Durviliers. En nombre del cielo, retiraos, señora, salvad á vuestro hija! (*Empuja á las dos hácia el cuarto de donde salió Petra. Colócase él delante de la puerta.*)

ESCENA X.

DURVILIERS. ALDEANOS. SUSANA. Poco despues ALBERTO DELALONDE.

Todos. La loca! la loca!!... á la cárcel la loca!

Durviliers. (*Con fuerza.*) Insensatos! qué es lo que quereis que venis á buscar aquí?

Alberto. (*Satiendo.*) Vais á saberlo del señor procurador del rey. (*Sale Delalonde.*)

Durviliers. (*Dirigiéndose á él.*) Adivino, señor procurador, el objeto que aquí os trae. Se trata de una loca furiosa!

Todos. ¡Sí; sí, la loca... qué la encierren!

Durviliers. (*Alzando la voz.*) Bien está; esa locura, yo, tan solo yo; tengo derecho á comprobarla en calidad de médico. (*Silencio general.*)

Delalonde. Quién sois, caballero?

Alberto. El señor se llama Julio Durviliers: se ausentó de este pueblo siendo rival mio, y vuelve siendo mi enemigo mortal. Esto es lo que me ha dicho él mismo, aquí, hace un instante... Ahora puede hablar lo que guste.

Delalonde. (*Con dignidad.*) Caballero, no me detendré á indagar qué interés os mueve á tomar la defensa de Antonia Delporte... pero lo que sé es, que ayer á instancias mias, se tuvo con ella una condescendencia á la que ha correspondido muy mal. Acaban de decirme, que despues de las pesquisas hechas en mi presencia, y que no

produjeron el menor resultado... se ha introducido nuevamente y á favor de la noche en casa de la señora Leblanc. Tal accion, caballero, es una violacion de domicilio, ó mas probablemente aun, una consecuencia del trastorno de su cerebro.

Alberto. Sin la menor duda; y yo sostengo que está loca!

Todos. Es verdad, es verdad.

ESCENA XI.

DICHOS. ANTONIA.

Todos. Ah! miradla, miradla. (*Durviliers da muestras de temer por ella.*)

Antonia. Alberto, me prometiste que me harias pasar por loca, y me has cumplido la palabra; pero yo te prometí, en justo pago, arrancarte la máscara que te cubre á la faz de todos, y te lo cumpliré tambien.

Todos. Fuera, fuera!

Alberto. No... dejadla hablar; va á probar lo que yo he dicho... y una vez que el señor es médico, podrá certificarlo.

Antonia. Alberto, hice registrar la cisterna que tú habias mandado cegar, y me dijiste que estaba loca: hiciste bien! Bajé yo misma á ella, para hallar esta cruz, y me dijiste que estaba loca: hiciste perfectamente!

Todos. Una cruz!

Antonia. (*Con fuerza.*) Sí, la de mi hija. (*A Alberto.*) Hiciste perfectamente, porque eso no prueba nada, no es verdad, Alberto? Pero y si ahora te digo que en vez de acompañar á mi hija hasta el camino real para aguardar á la diligencia, la llevaste á las ruinas de la Granja-vieja, y allí la heriste alevosamente tres veces con ese puñal... (*Arrojando un puñal á sus pies.*) me llamarás loca tambien?

Todos. Ah!

Alberto. Ese puñal... (*Con mucha agitacion y queriendo estorbar que hable.*)

Antonia. Si digo ademas que despues de consumado el crimen arrojaste á mi hija en aquella fosa, y buiste desparovido sin ver ni oír... sin ver que pasaba un hombre

por el camino... sin oír que la víctima respiraba aun!...

Di, me llamarás loca todavía?

Alberto. Basta... basta!—Pero no estais viendo que ha perdido el juicio enteramente?

Antonia. (Con viveza.) Ah! parece que ya no pides que me dejen hablar! Que he perdido el juicio dices?... pues para hacérmele recobrar tienes tú un medio muy sencillo... un medio que ya mas de una vez te ha salido bien.—Alberto, por qué no te ofreces á leerme las cartas de mi hija!... (Sacándolas del pecho.) Estas cartas que con tanto cuidado llevaba sobre el corazon, y que me quemaban ahora... Estas cartas sobre las cuales tanto me has hecho llorar, como si fuesen el postrer adios de mi hija! (Presentándoselas.) Osarás tocarlas todavía, osarás leerlas aqui, delante de todos, en presencia de la justicia, miserable falsario! (Se las entrega á Delalonde.)

Alberto. No, no... os engaña... (Turbado.) esas cartas estan escritas por mano de Petra...

Petra. (Saliendo de pronto y colocándose frente por frente de Alberto.) Mentis, Alberto. (Aniquilada por el esfuerzo que acaba de hacer, se deja caer en los brazos de su madre.)

Todos. (Atterra los.) Petra!

ESCENA XII.

DICHOS. PETRA.

Alberto. (Fuera de sí.) Ella!... ella aqui!... viva!... Pero quién ha podido salvarla... quién?

Durviliers. (Presentándose.) Yo, despues de Dios... yo, que segun te he dicho, me marché siendo rival tuyo, y soy ahora tu enemigo mortal.

Alberto. (Furioso.) Julio Durviliers, me has perdido... pero yo me vengaré! (Coge el puñal y se abalanza sobre Durviliers: pero á este tiempo aparecen dos gendarmes, y uno de ellos se precipita sobre Alberto y le coge del brazo. Es Gerónimo.)

Gerónimo. (Con tono socarron.) Alto ahí, señor amo... que está aqui Gerónimo alma-grande, y os prende como sospechoso. (A Alberto que quiere desasirse.) Oh! os cau-

sais en vano. Tengo buenos puños, y lo que es por esta no escapais... (*Mofándose.*) señor amo!

Delalonde. Alberto Castagnari, habeis burlado largo tiempo la justicia humana; pero no habeis podido burlar la justicia de Dios! (*Alberto es rodeado por los gendarmes y aldeanos. Al lado opuesto Petra en los brazos de su madre, y gozándose en el placer de volverla á ver, estiendo una de sus manos en señal de gratitud hácia Julio, que imprime en ella sus labios, trasportado de alegría.*)

FIN DEL DRAMA.



CONSPIRAR POR NO REINAR.

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

ARREGLADA AL TEATRO ESPAÑOL

POR

DON ISIDORO GIL.



MADRID.

IMPRESA DE REPULLÉS.

Julio de 1843.

PERSONAS.

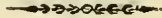


JACOBO I, *rey de Inglaterra y Escocia.*
LADY ARABELA, *hija de Carlos Darnley, prima
hermana del rey Jacobo.*
SIR ROBERTO CECIL, *ministro.*
WILLIAM SEIMOUR, *page.*
LORD DUDLEY, *caballerizo mayor de la prince-
sa Arabela.*
LORD MUNGO, *maestresala de la princesa.*
GIB, *antiguo criado del rey Jacobo.*
MISS FLEMING, *aya de la princesa.*
ESTEFANO, *herrero de Gretnagreen. (Escocés.)*
UN OFICIAL.
CORTESANOS, CRIADOS, &c.



La escena es en Londres en el palacio de White-Hall.

(1605.)



Esta Comedia, que pertenece á la Galeria Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero; quien perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la Real orden inserta en la Gaceta de 8 de Mayo de 1837, y la de 16 de Abril de 1839, relativas á la propiedad de las obras dramáticas.

Acto primero.

El teatro representa una sala de la habitación de lady Arabella. Al fondo tres puertas grandes, de las cuales la del centro es la mayor. Puerta á la derecha que conduce al cuarto de la princesa. A la izquierda, la entrada de un pasadizo secreto que corresponde con el gabinete del rey. Chimenea, mesa con todo lo preciso para escribir, y una Biblia. Gran sillón de respeto al lado de la chimenea.

ESCENA PRIMERA.

GIB. ESTEFANO. DOS CRIADOS.

Gib. (Señalando la mesa á los criados.) Colocad las cajas sobre esa mesa... eso es. *(Señalando á la izquierda.)* Bien... dejadnos. *(Vanse.)*

Estef. Por fin estamos solos, amigo Gib. ¡Cuánto os agradezco que me hayais facilitado la entrada del palacio de White-Hall! Merced á este trage podré ver al rey, y buscar una ocasion de poner en sus manos esta credencial...

Gib. Para eso has venido espresamente de Gretnagreen, en las fronteras de Escocia; y pues por ello has abandonado tu herrería; es preciso gobernarnos de modo que no hayas hecho tan largo viaje inútilmente. De algo te ha de valer el ser paisano mio... escocés como yo.

Estef. Y como el rey, maese Gib, porque nosotros somos los que hemos dado tan buen monarca á la Inglaterra... y ahora que hablamos de eso, debo deciros que en nuestro pais tienen sus miedos de que se haya echado á perder por acá.

:

4
Gib. ¿Quién? ¡el rey! yo, que le sirvo desde su niñez, puedo asegurarte que el hijo de María Estuarda, Jacobo I de Inglaterra, es siempre nuestro Jacobo VI de Escocia, aficionado como el que mas á hacer ostencion de su talento y astucia; pero empleando siempre ese talento y esa astucia en hacer bien, y entregándose á las diversiones mas pueriles en los ratos que le dejan libre sus ministros.

Estef. ¿Y sigue siendo tan poco orgulloso como en Escocia?

Gib. ¿Orgulloso? Al contrario, los etiqueteros cortesanos del anterior reinado, le acusan de falta de dignidad y murmuran; pero el rey se venga de ellos dándose á querer de sus vasallos por su afabilidad y llaneza.

Estef. ¿Eso es... siempre el mismo! ¡Dios nõs le conserve muchos años! Me alegro que me des esos informes, porque lo que me habian contado de él me habia hecho recelar...

Gib. ¿Qué es lo que te han contado?

Estef. Cierta sentencia de muerte... sin formacion de causa...

Gib. ¿Un ladrõn cogido infraganti, á quien mandó aborcar en el acto? ¡Oh! es que, aunque en el fondo es bueno y magnánimo, sabe tambien mostrarse inexorable y severo cuando llega la ocasion, pero no por eso dudas de su bondad. ¡Voy á darte una prueba de su corazon generoso! ¿Has oido hablar alguna vez de la princesa Arabela?

Estef. ¿La hija de Carlos Estuardo, presa en la Torre por la difunta reina Isabel?

Gib. La misma... el rey Jacobo la ha puesto en libertad, sin embargo de que sabe que los descontentos fundan en ella sus esperanzas, por los derechos que la asisten al trono. Pero nuestro soberano solo ha visto en ella una pobre muchacha encarcelada en la flor de su vida; y la ha sacado de la Torre juntamente con un jóven, hijo de un reo del último reinado, y compañero de infortunio de la princesa, cuyo nombre es William Seimour... Ambos viven en palacio, y S. M. los trata como hijos. Juntos desde la niñez los dos desgraciados, se quieren con igual delirio que si fueran hermanos.

Estef. Pero no lo son... y al fin y al cabo si estan siempre juntos...

Gib. ¿Sospechas que acaben por amarse? Amigo, tú no

sueñas mas que con casamientos desde que por privilegio hereditario, y segun las leyes de nuestra amada Escocia, tienes poder para unir á los amantes que traspasen la frontera...

Estef. ¡Chist! ¡habla bajo...! A propósito de casamientos, ¿y tu novia, la venerable miss Fleming, aya de la princesa?

Gib. Mas venerable y mas sorda que nunca; pero ya no es novia ania... Hará la friolera de treinta años que debió haberse efectuado esa boda; pero en el dia...

Estef. ¿Y miss Fleming no se queja de tu abandono?

Gib. ¡Si hiciera eso solo...! me persigue de muerte con un maldito contrato mandado estender, y firmado por ella de antemano, con la esperanza sin duda de que algun dia me case y le firme...

Estef. Es decir, maese Gib, que no estais en ánimos de valeros de mi ministerio, y hacer una buena boda...

Gib. No por cierto...

Estef. ¡Miren el pero que la pone...! ¡que es sorda...! cierto que mas valdría que fuera muda... ¡una muger muda es la perfeccion de la especie!

Gib. (*Sacando su reloj.*) Las once... el rey no puede tardar... ¡Ah! hazme el favor de volver al salon donde estábamos hace poco, y tráeme una caja de carton que verás encima de la chimenea...

Estef. (*Vacilando y con recelo.*) ¿En la sala esa que está á la izquierda de la galeria...? ¿allá á lo último?

Gib. Sí, en esa misma... ¿Qué es eso? parece que tienes miedo...

Estef. En Escocia, ó en medio de la calle, no temo á nadie... pero aqui...

Gib. ¿Qué te asusta?

Estef. Hay ciertas familias en la corte que no me profesan grande afecion.

Gib. ¿Por qué?

Estef. Por razon de mi oficio de casamentero.

Gib. ¿La familia de Mamby tal vez?

Estef. ¡Oh! lo que es con esos corro bien; en setiembre casé al hijo contra la voluntad de su padre; y en octubre casé al padre, que se burlaba de la boda del hijo.

Gib. Vamos, anda, anda á lo que te he dicho.

ESCENA II.

GIB, *dirigiéndose á la mesa.*

Pongamos en orden los papeles del rey que he sacado aqui... ¿Qué es esto...? ¡Ah...! su comentario sobre el Apocalipsis... (*Recorre los papeles.*) ¿Y este...? “Receta contra las mordeduras de los perros rabiosos...” ¡Ah! — Este ya es mas alegre: es el rondó de S. A. sobre el último voto de las cámaras, negándole subsidios. — ¡Qué alma de rey! Canta en vez de enfadarse... Sin duda no esperará mejor resultado del parlamento que debía reunirse mañana, pues he oído hablar de próroga.

ESCENA III.

GIB. ESTEFANO.

(*Estefano á la izquierda. Gib á la derecha.*)

Estef. (*Volviendo asustado.*) ¡Maese Gib... maese Gib...!

Gib. ¿Qué?

Estef. ¡Ay...! ¡lo he visto!

Gib. ¿Pero qué?

Estef. ¡En el patio... un cadalso... tendido de negro!

Gib. ¡Bueno! ¿y qué tenemos?

Estef. (*Mirándole lleno de asombro.*) ¡Qué tenemos...!

¿Pues os parece poco...? ¡El rey Jacobo, que era tan bueno, mandar levantar un cadalso en el patio de su palacio...! ¡debajo de sus balcones...!

Gib. Y si fuera eso solo... El rey viene espresamente á trabajar hoy aqui, en el cuarto de la princesa Arabela, para tener mas á la mano el cadalso.

Estef. Y... ¿para quién es?

Gib. Para lord Gray y lord Cobham...

Estef. ¿Dos lores de un golpe?

Gib. (*Tomando tabaco.*) ¡Sí, amigo mio, sí, dos lores de un golpe!

Estef. (*Aparte.*) ¡Y toma un polvo al decirlo...! ¡Uf...! me da frio. (*Alto.*) ¿Y no os pasa nada al pensar...?

Gib. Absolutamente nada; al contrario, me da en el corazón que hoy ha de empezar bien el dia... (*Estregándose*

las manos.) ¡Me siento tan alegre... tan pizpireto!
Estef. (Aparte.) Se siente pizpireto... ¡Cómo cambia un hombre en la corte! ¡Ah! ¡por qué he venido aquí!

ESCENA IV.

DICHOS. EL REY. ROBERTO. UN UGIER.

Ugier. ¡El rey!

Gib. (Bajo á Estefano.) Vete, Vete. (*Estefano se retira á un lado del foro; el rey trae á Gib hasta el centro del teatro; Roberto se encamina á la mesa.*)

Rey. (Al salir.) Gib, escucha. (*Le habla al oído.*)

Estef. (Mirando al rey, aparte.) ¡Fiarse luego en apariencias! Cualquiera diría por las trazas que es un buen hombre... ¡y manda levantar el cadalso debajo de sus mismos balcones!

Rey. (A Gib.) Ya estás enterado... anda. (*Vase Gib con Estefano.*)

ESCENA V.

EL REY. ROBERTO.

(*Roberto se sienta delante de los papeles colocados en la mesa. El rey, algo agitado, se pasea durante el principio de esta escena.*)

Jacobo. Vamos, ¿estareis contento, sir Roberto? ¡esos dos infelices lores se hallan en este momento al pie del cadalso! ¡Vos lo quisisteis!

Roberto. La justicia es la que lo ha querido, señor.

Jacobo. Su partido dirá que son mártires... y yo pasaré por un Calígula... por un Neron... persisten en decir que son inocentes...

Roberto. La confesion de su crimen hubiera sido de la mayor importancia...

Jacobo. Sí por cierto... y me hubiera dado pie para perdonarlos.

Roberto. No tenga V. M. la menor duda, son culpables, han conspirado; querian proclamar los derechos de la princesa Arabela.

Jacobo. (Encogiéndose de hombros.) ¿Arabela? una

criatura aturdida, alegre, inocente, que cifra su dicha en perseguir mariposas y coger margaritas en mis jardines... ¡se metería ahora á conspirar...! Si me dijeseis que habia querido jugar á la gallina ciega con mis ministros... ¡vaya con Dios!

Roberto. Señor, aunque esa niña, como V. M. la llama, lo ignore, tenga V. M. por seguro que si uno de esos dos gefes de los sediciosos hubiese logrado la dicha de llamarla esposa, no hubiese sido mirado desde aquel momento como un vasallo rebelde, sino como el marido de Arabela Estuardo, que reclamaba en nombre de su esposa la corona de Inglaterra.

Jacobo. (*Sentándose en un sillón.*) Vuestras previsiones son demasiado suspicaces, sir Roberto.

Roberto. Leed estos avisos: en el norte se ha reunido un crecido número de católicos fanáticos: en Londres reina una sorda agitacion: cada partido intenta valerse de los derechos de la princesa como de un arma en su favor. Los mismos estrangeros han comprendido el partido que podian sacar de una pretendienta. El duque de Savoya solicita su mano.

Jacobo. ¿De veras? ¡Miren mi caro primo...!

Roberto. El ilustre duque de Parma...

Jacobo. ¿Tambien ese...? ayer era el infante de España; el otro día el archiduque de Austria: hasta caballeros lisos y llanos han aspirado á su mano, creyendo llegar á ser de ese modo maridos de la reina... que quieren poner en el trono. La pobre muchachia ignora todas estas persecuciones... A fé mia, que no parece sino que por lo mismo que Arabela no debe pensar en casarse nunca, todos se empeñan en que se han de casar con ella... Pero ahora que hablamos de esto, decidme: ¿no habia formado tambien lord Barleigh, vuestro padre, el proyecto de uniros con la princesa?

Roberto. ¡Ah señor... no recordeis ese proyecto!

Jacobo. Sí... ¡y por frustrar el intento de vuestro padre y estorbar que se renovase en lo sucesivo, fue por lo que la reina Isabel condenó á la pobre jóven á un encierro y á un celibato eterno! Pero yo me glorío de haber abierto su prision... (*Se levanta.*) ¡Ah! Sir Roberto, aquel día fue el mas feliz de mi vida... Fui á visitar la Torre. Arabela estaba presa en ella con el jóven William

Seimour... Entré solo: en un rincón de uno de los patios descubrí á las dos criaturas. William, sentado en el suelo, recostaba su cabeza sobre las rodillas de Arabela, que se divertía en entreteger clemátides en la cabellera del pagedillo. Cuando me acerqué, me observaron los dos atentamente sin cambiar de postura; miráronse en seguida uno á otro y se sonrieron, aguardando que les hablara. "Yo soy el rey," exclané, y ambos volvieron á sonreirse clavando los ojos en mí. "Arabela, la dije: ¿quereis salir de aqui?—¿Y William?" fue la primera y única palabra de la tierna jóven... "William tambien...—¡Ay! sí queremos, sí queremos..." Los dos vinieron á mí y se cogieron de mis manos; yo no quise soltarles desde aquel momento, y salimos asi los tres de la Torre de Londres.

Roberto. Desde entonces, señor, quereis á esos dos jóvenes tanto como á Enrique de Galles, vuestro propio hijo.

Jacobo. Verdad es, sir Roberto; los quiero porque son vivos é ingénuos; su candor y alegría tienen para mí un encanto irresistible.

Roberto. Mirad bien lo que haceis, señor; dentro de poco habreis de armaros de valor para noticiar á la princesa...

Jacobo. ¡Hombre inflexible!

Roberto. Con mi deber, señor.

Jacobo. Con todo... la suerte de esa desgraciada jóven apenas os conmueve.

Roberto. (Con un movimiento mal reprimido.) ¡A mí!!—¿Creeis, señor, que viéndome obligado por el cargo que obtengo á ir todos los días á la Torre, podría ser insensible á los atractivos y desventura de esa jóven, privada de la libertad por haberla querido llamar esposa mía?

Jacobo. ¿Luego la amais?

Roberto. Y sin embargo he hecho callar la voz de la pasión ante la del deber.

Jacobo. (Dándole la mano.) ¡Es rasgo de virtud digno de vos, sir Roberto!

Roberto. Si he logrado salir triunfante ó no de tan penosa lucha, no es del caso ahora... pero igual rigor que he usado conmigo emplearé con cualquiera otro, que bien sea por amor ó por ambición, aspire á una mano que no debe pertenecer á ninguno.

Jacobo. Tranquilizaos, sir Roberto; hoy mismo sin mas

tardanza sabrá por mí, Arabela, el triste porvenir que la está reservado. (*Aparte.*) Mucho tarda Gib. (*Paseándose de nuevo.*)— (*Alto.*) Empecemos.

Roberto. (*Volviendo á ocuparse de los papeles.*) Los informes pedidos acerca de lord Dudley, caballero de la princesa Arabela, y lord Mungo, su mayordomo mayor.

Jacobo. Bien.— ¿Y qué resulta?

Roberto. Nada que dé á sospechar que estos dos lores tengan parte en las ocultas tramas que se fraguan en el día.

Jacobo. Ved si os decia bien; los he elegido adrede: lord Dudley es papista é inglés; lord Mungo puritano y escocés; se detestan y se observan recíprocamente.

Roberto. ¿Esos gritos...? Sin duda se ha terminado ya la ejecucion.

Jacobo. (*Aparte.*) Pero no como tú crees.

ESCENA IV.

DICHOS. GIB. WILLIAM.

(*Gib á la izquierda, á su lado William, Jacobo en el centro, y Roberto á la derecha.*)

Gib. (*Saliendo.*) ¿Oís, señor? Gritan: ¡viva el rey Jacobo!
William. (*Saliendo.*) Gritan: ¡viva el Salomon de Inglaterra!

Jacobo. ¿Me llaman Salomon? ¡Pobre gente!

Roberto. El entusiasmo popular probará á V. M. que la medida que acaba de tomar era á la par que justa, necesaria.

Jacobo. ¡Por San Jorge! Os cojo el dicho, sir Roberto... Esa medida justa y necesaria que el pueblo acoge con tanto entusiasmo...

William. ¡Es el perdon de los reos!

Roberto. ¡Dios proteja al trono y á S. M. despues de semejante acto...!

Jacobo. ¿De debilidad ibais á decir, no es esto...? Pero no ignorais que faltaban las pruebas materiales de su crimen...

Roberto. Señor, teniamos la conviccion moral...

Jacobo. ¿Y creéis que ella sea suficiente á los ojos de mis

pueblos? Lo que necesitábamos mas que nada era la confesion de los reos... Lord Gray ha subido al cadalso... la proximidad de la muerte es la mejor consejera de verdad.. al encomendarse á Dios por postrera vez, ha confesado su crimen y la equidad de su sentencia: á este tiempo ha llegado Gib con una orden de mi puño y letra, cuyo objeto parecia ser únicamente cambiar la hora del suplicio. Han retirado á lord Gray, y lord Cobham, creyendo que su cómplice habia ya perecido, ha hecho la misma declaracion. Entonces, á una señal dada, esos dos hombres que se suponian recíprocamente muertos, se han encontrado de repente cara á cara. El Sheriff ha declarado en alta voz que la justicia del rey quedaba satisfecha, y el pueblo se ha convencido de que habiendo podido castigarlos con razon, he preferido perdonarlos. ¿Me parece que la torpeza no ha sido tanta como vos creiais?

William. ¿Ha sido una treta ingeniosa!

Jacobo. (Tirándole de la oreja.) ¿No es verdad?

Roberto. (Después de una pausa.) Señor, teneis derecho de perdonar... pero á mí me asiste el de suplicaros que acepteis mi dimision.

Jacobo. Sir Roberto...

Roberto. Vuestra clemencia con esos dos lores, en esta época de trastornos y discordias, producirá otros mil delincuentes, que será preciso inmolar sin piedad. Ruego á V. M. que me permita retirarme de los negocios.

William. (Aparte.) ¡Oh! ¡qué carácter de hierro!

Jacobo. Las circunstancias son harto dificiles, lo sé, sir Roberto... ¿Escogereis tan críticos momentos para abandonarme?

Roberto. Ya no podría seros de ninguna utilidad, señor.

Jacobo. Roberto, vuestro soberano os lo ruega.

Roberto. (Después de una pausa.) Permítame. V. M. que le pida una garantía contra la bondad de su corazon... y continuaré á su servicio...

Jacobo. Hablad; si es justo y hacedero...

Roberto. Empeñeme V. M. su real palabra de no decretar, durante un año, ni perdon ni conmutacion de pena en los crímenes de lesa-majestad.

Jacobo. (Después de reflexionar un instante.) Será como lo pedís... os empeño mi palabra... ¿estais contento?

Roberto. (*Besando la mano que el rey le presenta.*) Yo juro por ello consagraros mi vida desde este momento.

William. (*Aparte.*) Arabela no viene.

Jacobo. Mirad, Roberto; aunque no he pensado en ello para conceder ese perdón, tal vez mi clemencia sea recompensada mañana... Los comunes están duros de pelear sobre los subsidios. De nada me sirvió el año pasado echarles en cara su rigor, parafraseándoles aquel texto de la Escritura: "Os he tocado la flauta, y no habeis bailado. Os he cantado lamentaciones, y no habeis llorado..." lo cual podía reasumirse perfectamente en estas palabras: Os he pedido dinero, y no me le habeis dado. Ya sabeis que despues de mil debates me concedió el parlamento en aquella ocasion la miseria de quinientas mil libras esterlinas. Pues bueno; al ver ahora que bien mirado soy un pobre hombre, confio en que John Bull deshará unos cuantos nudos de su bolsillo.

Gib. (*Que sale por el foro.*) Señor, lord Dudley y lord Mungo, que preceden á la princesa, solicitan el honor de entrar á saludar á S. M.

Jacobo. Que entren.

William. (*Aparte.*) ¡Nuestros dos argos!

ESCENA VII.

DICHOS. LORD DUDLEY. LORD MUNGO. *Poco despues* LADY ARABELA. MISS FLEMING.

Jacobo. (*A los dos lores, que salen delante.*) Bien venidos, millores: ¿qué tal vuelve de su paseo á Vindsor lady Arabela, nuestra prima?

Mungo. Tengo la satisfaccion de manifestar á V. M. que jamas ha estado tan divertida su gracia.

Dudley. Creo de mi deber hacer presente á S. M. que su gracia me ha parecido mas triste que de costumbre.

Jacobo. (*Bajo á Roberto.*) ¡Admirable conformidad!; Cuando os digo que mi política es escelente!

William. (*Viendo venir á Arabela, y aparte.*) ¡Ah! ya está aqui.

(*Miss Fleming á la izquierda; William al lado de la chimenea en segundo término; lord Dudley y lord*

Mango á la izquierda del proscenio. Arabela y el rey en medio; Roberto á la derecha.)

Arabela. (Al salir.) Buenos días, querido tío.

Jacobo. (Bajo.) Antes de nada, hazme el favor de no llamarme así... en buen hora que cuando estemos solos me llames tío; pero ya te tengo dicho cien veces que delante de la corte me llames señor.

Arabela. (Alto.) Señor, tengo el honor de ofrecer mis respetos á V. M.

Jacobo. (Bajo.) Así me gusta. *(Alto.)* Amada sobrina, dentro de una hora necesito hablaros de un asunto de grave importancia.

Arabela. (Bajo.) ¿Será cosa muy larga?

Jacobo. (Idem.) No. Dispondremos con William el partido para esta noche... los tres solitos... Me escaparé luego que me crean acostado por la puerta secreta de mi gabinete.

Arabela. (Bajo.) Jugaremos á los enigmas.

Jacobo. (Idem.) Sí... sí... tengo uno muy bueno... *(Alto.)* Señores, esta noche recibiré á las seis... Antes de pasar á mi cámara, entraré á hablaros, querida prima. *(Lady Arabela se encamina hácia la chimenea al lado de miss Fleming y William.)*

Roberto. (Presentando al rey una pluma y un pliego.) Señor, la orden de enviar diez mil hombres al norte, para refrenar á los perturbadores.

Mungo. (Aparte.) ¿Qué dice?

Jacobo. (Firmando.) Y que se pongan en marcha inmediatamente.

Mungo. (Aparte.) No hay que perder tiempo. Es preciso dar hoy el último paso con la princesa.

*Roberto. ¿*Prorogais por último la apertura del parlamento, señor?

Jacobo. No... no... mañana mismo.

Dudley. (Aparte.) ¿Qué oigo?

Jacobo. (Alto.) Iré acompañado de mi hermosa prima.

Dudley. (Aparte.) No hay un instante que perder. Mañana estalla la conspiración... es preciso que hoy mismo...

Jacobo. Vamos á dar una vuelta por Londres, sir Roberto; quiero dejarme ver hoy de mi pueblo. Venid, milores.

(Vase el rey seguido de Roberto y los dos lores.)

ESCENA VIII.

WILLIAM. LADY ARABELA. MISS FLEMING.

(*Fleming á la izquierda. Arabela en medio. William á la derecha.*)

Fleming. (*Mirando á Gib, que coge un cartapacio y se lo lleva.*) ; Ni me mira siquiera! (*Sando un papel y estrechándole contra su corazón.*) ; Oh! ; mi contrato...! ; mi pobre contrato!

William. ; Por fin se fueron!

Fleming. (*Con tristeza.*) Vamos, milady, ya es hora de empezar nuestra sagrada lectura.

Arabela. Todavía es pronto, buena miss Fleming.

Fleming. Entiendo: ¿os parece poco la de hoy como no leímos ayer? pues bien, tendremos lectura doble.

Arabela. (*Señalando á Fleming.*) ; Qué fastidio!

William. Ya sabes que no oye; nos pondremos á hablar.

Arabela. No tenemos un momento de libertad.

Fleming. (*Sentándose al lado de Arabela despues de haber cogido una Biblia.*) Quedamos en el viaje de Jacob.

William. (*Arrodillado sobre un cojin y en voz alta.*) “Jacob prosiguió su camino y llegó al pais de los Orientales. Pasó por un campo donde vió un pozo y tres rebaños... (*Fleming se va quedando dormida poco á poco; William va bajando la voz á medida que la otra duerme.*) que estaban apacentados al lado de...” (*Continuando con los ojos fijos en el libro como si leyese.*) ; Qué fastidio es pasar así la vida, Arabela mía!

Arabela. En nuestra prision éramos libres al menos.

William. Allí no te daban el título de alteza, pero no estábamos rodeados de testigos importunos como aqui. (*Movimiento de miss Fleming, que se despierta; William vuelve á leer corriendo.*) “Jacob dijo á los pastores: ¿No conocéis á Laban, nieto de Nachor...?” — Sí, Arabela, si cuando estábamos presos... éramos felices...

Arabela. ¿ No es verdad? Pues mira, he pensado una cosa. Yo soy huérfana, tú eres huérfano tambien; tú me amas, yo te quiero mucho; cuando no estás á mi lado, me fastidio: si tú no me tienes siempre junto á tí, te pones triste: el modo mas sencillo de no separarnos nunca es casarnos. ¿ Qué te parece, eh?

William. (Conmovido.) ¡Oh! ¡Dios mio...! ¡he pensado en ello tantas veces!

Arabela. ¿Y por qué no me lo has dicho?

Fleming. (Despertándose de pronto.) Bien, oigo bien... pero alzádm un poco mas la voz.

William. (De pronto.) “¿No conocéis á Laban, nieto de Nachor? Y ellos le respondieron: Sí le conocemos.—¿Cómo está? dijo Jacob. Y ellos contestaron: Laban está bueno...”

Arabela. Pues una vez que Laban está bueno... hablemos de nuestro casamiento.

William. Sí; ¿pero cómo haremos para casarnos?

Arabela. ¡Jesus! nada es mas facil... verás.

William. (A un movimiento de Fleming.) “¿No conocéis á Laban, nieto de Nachor? Y ellos le respondieron: Sí le conocemos.—¿Cómo está? dijo Jacob...”

Arabela. No salgas de ahí, y escucha... El rey nos quiere como á hijos... iré á verle, y le diré con mucho mimo: Títo mio, William y yo quisiéramos casarnos; y verás cómo nos casa. Ya lo tienes arreglado.

William. ¿Crees que el rey dará su consentimiento?

Arabela. Sí por cierto; y aun creo que se alegrará de ello, porque mi caballerizo mayor y mi maestresala, que son sus hechuras, y por cierto bien feas hechuras... me hablan siempre con mucho misterio, y á hurtadillas uno de otro, de casamiento, de mis derechos, de la felicidad del pueblo. Yo no he podido entender todavía una palabra de todo lo que me dicen; solo sé que me hablan de un casamiento, del cual pende mi felicidad, y yo saco de ahí que pues se trata de casamiento, no puedo ser mas que del nuestro.

William. Sí, sí, tienes razon... es preciso hablar al rey.
(Movimiento de Fleming.) “¿No conocéis á Laban, nieto de Nachor?—

Fleming. ¡Calla! ¿volveis á empezar? Ya van dos veces que os oigo decir: ¿no conocéis á Laban?

Un ugier. (Saliendo.) La comida de su gracia.

William. ¡Qué lástima! ¡ahora que la lectura se iba haciendo tan interesante!

Fleming. (Viendo que sacan la mesa.) Dejadlo en ese versículo, señor page; la etiqueta no permite que esteis presente á la comida de su gracia.

Arabela. (*Bajo á William.*) Con que... queda decidido... ¿eh...? ¿nos casamos?

William. (*Bajo.*) ¡Ah! no me atrevo á creer en tanta dicha.

Arabela. Déjalo á mi cargo... yo hablaré al rey. Hasta despues.

William. (*Bajo.*) Hasta despues. (*Vase.*)

ESCENA IX.

LADY ARABELA. MISS FLEMING. LORD DUDLEY y LORD MUNGO, que saldrán al propio tiempo que los que traen la mesa. Empleados de servicio, criados en el foro. A derecha é izquierda del foro, otros criados que van entregado á los lores los diversos objetos del servicio.

(*Arabela estará á la izquierda, miss Fleming en el centro, los dos lores á la derecha.*)

Dudley. (*Acercándose á Arabela.*) ¿Se dignará su gracia aceptar mi brazo? (*Arabela se coge del brazo de Dudley para atravesar el teatro. Lord Dudley la dice al pasar en voz baja:*) Vuestros derechos estan amenazados... Solo el casamiento de que he hablado á vuestra gracia puede salvar á la Inglaterra.

Arabela. (*Admirada.*) ¡Mi casamiento!

Dudley. (*Bajo.*) ¡Silencio! Lord Mungo observa á vuestra gracia... toda precaucion es poca. (*Miss Fleming á la izquierda, lord Dudley y Arabela en el centro, lord Mungo á la derecha.*)

Arabela. (*Sentándose á la mesa.*) Decididamente este hombre me habla en griego. (*Arabela alarga el vaso, lord Mungo se acerca para servirla de beber.*)

Mungo. (*Colocando un manjar.*) La Escocia cuenta con su gracia; el casamiento que tuve la honra de indicarla dará la libertad á aquel desventurado pais; es preciso derribar á Babilonia...

Arabela. (*Sorprendida.*) ¡Derribar á Babilonia...!

Mungo. (*Bajo.*) ¡Lord Dudley nos observa...! disimule vuestra gracia.

Arabela. (*Aparte.*) ¡Qué lástima que William no esté aqui! ¡Cómo nos habiamos de reir!

Dudley. (Colocando otro manjar en la mesa, y en voz baja.) Si su gracia tiene la bondad de otorgarme una audiencia secreta dentro de una hora... es de la mayor urgencia.

Arabela. (Alargando el vaso, y en voz baja.) Bien... (Aparte.) Al puritano ahora...

Mungo. (Acercándose, y en voz baja.) Sería de la mayor importancia que yo pudiese hablar un momento á solas con vuestra gracia.

Arabela. (Aparte.) ¡Como el otro! Esto va siendo divertido. (Alto.) Consiento.

Dudley. (Aparte.) Es tan difícil á su edad resistir á la ambición de ser reina.

Mungo. (Aparte.) La perspectiva de una corona la decidirá.

ESCENA X.

DICHOS. EL REY.

(Fleming á la izquierda; Dudley y el rey en el centro; Arabela y Mungo á la derecha.)

Un ugier. ¡El rey!

Jacobo. (A Arabela.) Quieta... estás bien así, hija mía.

Arabela. (Levantándose.) He concluido, y prefiero estar al lado vuestro, señor.

Jacobo. Vamos, milores, qué tal ha comido la princesa.

Dudley. Su gracia ha comido con muy buen apetito.

Mungo. Su gracia no ha probado bocado.

Jacobo. (Aparte.) ¡Bravísimo! ¡A buen seguro que estos dos se pongan nunca de acuerdo para engañarme! (Alto.) Dejadnos, milores. (Los lores saludan y se van.) Miss Fleming, volveréis dentro de poco por aquí.

Fleming. Vuestra bondad es infinita, señor... Estoy buena para servir á V. M.

Jacobo. (Mas alto.) Me alegro que no tengais novedad; pero lo que os decia es que nos dejáseis solos.

Fleming. Perfectamente, señor, yo no necesito mas que una insinuacion. (Vase.)

EL REY. LADY ARABELA.

Arabela. (Aparte.) ¡Qué buena ocasion para hablarle de mi casamiento!

Jacobo. (Aparte.) No sé cómo decirle que debe resignarse á no casarse nunca. *(Alto.)* Escucha, hija mia; ya eres una muger hecha y derecha; juiciosa, con talento; ha llegado el tiempo de hablar de cosas formales.

Arabela. Antes de todo, os he de llamar señor ó tio.

Jacobo. ¿Cómo quieres tú?

Arabela. ¿Yo...? tio mio... mi querido tio como otras veces.

Jacobo. Ea, pues, tio.

Arabela. Pues, querido tio, acabais de decirme lo mismo que yo iba á deciros: ya soy una muger hecha y derecha: es tiempo de pensar con juicio...

Jacobo. ¿De veras? Pues mira, mejor que mejor, celebro encontrarte en tan buenas disposiciones... ¡Hum...! ¡hum...! porque has de saber que lo que tengo que decirte es grave... sumamente grave.

Arabela. Y yo tambien.

Jacobo. Grave... será grave para tí tal vez... pero no tanto como lo que yo tengo que participarte.

Arabela. Sí, tio, sí, os lo aseguro.

Jacobo. Yo te digo que no.

Arabela. Y yo os digo que sí.

Jacobo. ¡Ah...! bien... si no me dejais hablar... entonces... tendrás razon.

Arabela. Vamos á ver, hablad vos primero; pero despachaos.

Jacobo. Primeramente, hija mia, es preciso que te instruya de una cosa muy importante... En rigor, en rigor, tú tienes derechos á la corona de Inglaterra.

Arabela. (Echándose á reir.) ¡Yo...! ¡ja...! ¡ja...! ¡ja...!

Jacobo. Como lo oyes, y...

Arabela. (Riendo mas fuerte.) ¡Yo...! ¡ja...! ¡ja...! Con que es decir que podria tener ministros y cortesanos que me gastarian la mano á puro refregármela con sus bigotes, y en teniendo un scheling tendria mi retrato... ¡ja...! ¡ja...! ¡ja...!

Jacobo. (Riéndose con ella.) ¡Ja! ¡ja! ¡ja! Oyes, y cuau-

do tu parlamento se hiciese el sordo si le pedias dinero...
le sacarías la lengua... ¡ja! ¡ja! ¡ja...!

Arabela. (Riéndose.) ¡Ja...! ¡ja...! ¡Jesus! tío, ¡qué divertido sois!

Jacobo. ¿Qué, no me crees? ¿Quieres que te explique...?

Arabela. (Riendo todavía.) Os creo... os creo...

Jacobo. ¿Vamos, es cosa de que pueda continuar?

Arabela. (Poniéndose seria.) Bien está; pero decid, tío, ¿qué le hace que yo tenga derecho á la corona...?

Jacobo. Hace que haya razones de estado... (*Arabela vuelve á reír.*) Yo te explicaré eso mas tarde, porque me parece que no estás ahora muy dispuesta á ocuparte de política. Pero dime... hum... hum... (*Aparte.*) Entremos de golpe en la cuestion del celibato... es política mas al alcance de una muchacha... y la entenderá en seguida... ¿Quisiera emplear una transición... ingeniosa!

Arabela. Vamos, tío mio, ya os escuchó.

Jacobo. ¡Hum...! ¡hum...! Dime, ¿qué es lo que mas te ha llamado la atención en la vida de la reina Isabel?

Arabela. Su mal corazón... porque ella fue, segun me han dicho, la que me mandó encerrar en la Torre... como tambien al pobre William.

Jacobo. Sí, sí... verdad es... no era muy buena... yo lo sé mejor que nadie... Pero considerémosla como muger, y no como reina.

Arabela. ¿Y qué, acaso una reina mala, no es una muger mala, tío mio?

Jacobo. (Aparte.) Vaya un diablo de pregunta con que me sale ahora... (*Alto.*) Pues bien... no la consideremos ni como reina, ni como muger.

Arabela. ¿Ni como reina... ni como muger...? ¿Y qué es lo que queda entonces?

Jacobo. (Aparte.) Pues señor, esto va siendo mas difícil de lo que yo creía. (*Alto.*) Considerémosla bajo el punto de vista del celibato.

Arabela. ¿Cómo?

Jacobo. Sí, porque en fin, no hay que hacernos ilusión, has de reparar que el celibato ha sido y será siempre el mejor título de su gloria. (*Aparte.*) A ver si quiere Dios que adivine adonde voy á parar.

Arabela. ¿El mejor título de su gloria?

Jacobo. Lee nuestros historiadores... Escucha á nuestro gran

Shakespeare... no le oirás mas que la reina celibe, la escelsa celibe, y vuelta con la victoriosa celibe, la invencible celibe... siempre la celibe.

Arabela. Pero, tío, á mí me parece que hubiera podido ser reina victoriosa, escelsa, invencible... sin ser celibe.

Jacobo. (*Aparte.*) Es particular cómo ella resuelve las tales cuestiones de buenas á primeras. (*Alto.*) Pues señor, no.

Arabela. ¿Cómo no?

Jacobo. Digo que no... y no... y cien veces no... ¿Crees que si esa magnánima reina hubiese sido casada... se hubiese visto acosada, porque así debe decirse, acosada, por las obligaciones enfadosas del matrimonio... hubiese tenido tiempo, no solo de hacer las grandes cosas que hizo, sino de entregarse á los gratos solaces de las bellas letras, de traducir en latin dos tragedias de Sofocles?

Arabela. Pero...

Jacobo. ¿Tres arengas de Demóstenes?

Arabela. Pero, tío...

Jacobo. ¿De componer epigramas en griego?

Arabela. No digo que no; pero, tío...

Jacobo. De ilustrar los pasages mas oscuros del Lycofronte, de comentar á Pausanias, de...

Arabela. (*Dando con el pie en el suelo.*) ¿Pero quereis escucharme...? Yo no quiero traducir ni á Demóstenes, ni á Pausanias, ni á ninguno de esos revesados autores bárbaros... En verdad, en verdad que no sé lo que teneis hoy... Me decís que vamos á hablar en razon, y os venís con esas locuras...

Jacobo. (*Aparte.*) Está visto que no me da el naípe para las circunlocuciones... Doy al traste con las precauciones oratorias. (*Alto.*) Todo esto, hija mia, era un medio indirecto de hacerte ver que en el mundo no hay estado mas halagüeño, mas saludable, mas independiente que el del celibato... en atencion á que tú debes quedarte soltera toda la vida.

Arabela. ¡Yo...! ¡soltera toda la vida!

Jacobo. Sí... toda la vida. Tú no puedes casarte... es imposible... absolutamente imposible... la razon de estado se opone á ello.

Arabela. ¡La razon de estado...! Habels de saber, tío mio, que como tuviera buenas ganas de casarme, me reiría muy bien de las razones de estado.

Jacobo. (*Aparte.*) ¡Firmeza! (*Alto.*) Señorita; nadie en el mundo debe burlarse de las razones de estado... ¿entendeis?

Arabela. Me iré de aquí.

Jacobo. No os dejarán.

Arabela. ¡Huiré! ¿prohibirme que me case?

Jacobo. Vainos, vamos, ya estás enfadada.

Arabela. ¡Pero si eso es un despotismo!

Jacobo. (*Siguiendo á Arabela, que se retira hácia su cuarto.*) Hija, la razon de estado... acábate de persuadir.

Arabela. Pues una vez que tenéis razones de estado que exigen que yo sea soltera.. ya no sois mi tío.

Jacobo. Pero escucha...

Arabela. ¡Esta noche no vengais á jugar á los enigmas!

Jacobo. Vaya, vaya, cuéntame lo que tenias que decirme.

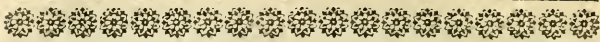
Arabela. Nada.

Jacobo. ¿Absolutamente nada?

Arabela. Sí... queria deciros que sois un tirano. (*Escápase.*)

Jacobo. Pobre Arabela... ¡cree que es cosa de chanza! ¡ignora cuán serio es este asunto! — Pero temo afligirla, lo confieso... ¡la quiero tanto...! (*Despues de una ligera pausa.*) En fin, pues no hay otro remedio... daré esta comision á sir Roberto... Digan lo que quieran, es una gran cosa tener un ministro responsable.

FIN DEL ACTO PRIMERO.



Acto segundo.



La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

WILLIAM. ARABELA.

(William viene por el foro ; Arabela sale de su cuarto.)

Arabela. Te he visto venir...

William. ¿Qué hay...? ¿has hablado al rey...? ¿consiente?

Arabela. Está á cien leguas de consentir.

William. ¿Pero le has dicho que era conmigo con quien querias casarte?

Arabela. No, porque estaba muy enfadada.

William. Enfadada... ¿con el rey?

Arabela. Sí por cierto... Figúrate que justamente al tiempo que iba á suplicarle que nos casara, se me pone á hablar de la reina difunta... á decirme que no hay estado mas placentero que el del celibato, que es el título que mas ha honrado á la reina Isabel; que es mucho mas entretenido traducir á Pausanias que tener marido... en una palabra... que debo quedarme soltera toda la vida.

William. ¿Soltera toda la vida...! ¿y por qué motivo?

Arabela. No lo sé... ni el rey tampoco, á lo que creo, porque se veía muy apurado para responderme, y me ha sacado á relucir la razon de estado. Un mero esugio para desesperarme, y no mas.

William. ¿La razon de estado! ¡Ah! ¡esa es una palabra ter-

rible, Arabela! Esa palabra sirvió de pretexto á la reina Isabel para quitar la vida á mi padre, y encerrarnos á nosotros en la Torre... ¡La razon de estado! ¡ah! ¡ya no me queda mas esperanza que la muerte!

Arabela. Pues me gusta el medio que has buscado de casarnos. Vamos, vamos, no nos desconsolemos ya.

William. Eso es bueno para dicho, pero...

Arabela. ¿Y en la Torre cómo nos gobernábamos? ¿Hubiéramos logrado vernos, á pesar de la prohibicion de nuestros carceleros, si nos hubiésemos dejado abatir? ¿Te acuerdas de lo primero que nos dijo uno de ellos con aquella voz bronca: "Que se quede el muchacho en este calabozo, la niña irá á otro...?" Pues ya sabes que á pesar de eso, y á fuerza de astucia y perseverancia logramos cuanto quisimos; sabiamos todas las vueltas y revueltas de la Torre, y las horas á que podiamos encontrarlos; conociamos el carácter de los carceleros; los que eran buenos, tenian lástima de los dos pobres niños, y nosotros los queriamos en pago; los que eran malos, no nos daban cuidado, porque sabiamos chasquearlos.

William. ¿Te acuerdas? yo pasaba un pie tras otro por el friso de la galería para ir á verte.

Arabela. ¡Y yo tenia un miedo de que te cayeras! ¡Pobre William!

William. Bien mirado, tienes razon, es preciso ingeniarlos como en nuestra niñez para burlar á nuestros enemigos; creíamos que estaba hecha la paz, pero nos hemos engañado, sigue la guerra. ¡Guerra pues! ¿Qué es lo que nos hace falta? ¿Astucia y decision? la tenemos; ¿amor? opongámosles el de los dos para tener de sobra... Vamos á ver... calculemos... ¡á quién tenemos contra nosotros?

Arabela. Al rey... á todo el mundo.

William. ¿Nada menos que eso?

Arabela. Nada menos.

William. Mejor; así sabemos á qué atenernos. ¿Y en favor nuestro á quién tenemos?

Arabela. Tenemos... á tí.

William. Y á tí. ¿Es decir que tenemos que gobernarnos los dos solos para casarnos...? Vamos examinando las probabilidades: Fleming es sorda.

Arabela. Eso ya es algo.

William. Lord Mungo y lord Dudley, estan siempre á tu lado.

Arabela. Aguarda... tú me haces pensar... sí... sí... tal vez debamos á eso nuestra salvacion.

William. No entiendo cómo puede ser... pero no importa, vé diciendo.

Arabela. Durante la comida han vuelto á decirme en voz baja palabras misteriosas que no he entendido... insisten en que tengo derechos.

William. ¿Derechos? ¿á qué?

Arabela. Me han dicho tambien que mi felicidad está cifrada en un casamiento; y que si accedía á verme con ellos un momento á solas, se esplicarian mas claro. Deben aguardarme dentro de poco en esa galería.

William. Si te han hablado de casamiento, es señal de que cuentan con algun medio para casarte... escúchialos... puede que eso nos sirva.

Arabela. Yo te contaré lo que me digan.

William. Eso es.— Veamos ahora... ¿qué es lo que se necesita para casarse? Un ministro, testigos... ¡Ah! un contrato.

Arabela. ¿Sabes tú cómo se hace un contrato?

William. ¿Yo? no; copiaremos uno.

Arabela. Sí, pero para copiarle... es preciso tenerle...

William. El de Fleming, que nos le ha enseñado lo menos cien veces.

Arabela. Yo se le pediré para leerle... la daré una alegría con eso.

Un ujier. Sir Roberto Cecil desea tener el honor de hablar á vuestra gracia, de parte del rey.

Arabela. Que entre...

William. Volveré luego á saber lo que te ha dicho. ¡Ah! Vé antes á hablar con lord Dudley y lord Mungo... despacha... Yo diré á sir Roberto de tu parte que aguarde un momento.

Arabela. Vuelvo. (*Vase.*)

William. No sé por qué la presencia de sir Roberto me hace temer siempre por Arabela... Ya está aquí... hoy trae el aspecto mas sombrío que nunca.

Roberto. ¿La princesa?

William. Su gracia os ruega que aguardeis un momento; al punto sale. (*Saluda y vase.*)

ESCENA II.

ROBERTO.

Vamos... ¡valor...! la comision que traigo es penosa... ¡venir á entristecer, á quitar hasta el último rayo de esperanza á esa infeliz jóven que vivia hasta ahora pacífica y feliz...! ¡Y que esto me esté reservado á mí! ¡á mí...! ¡Oh! ¡qué aciago es el destino de algunos hombres!— Pero es indispensable no retardarlo por mas tiempo... su corazon podria dejar de ser libre, y éste golpe la sería entonces mas doloroso.— (*Pausa.*) Miedo tengo á veces de leer en el fondo de mi pensamiento... sí... en vano quiero desechiar de mí tan odiosa idea... paréceme que siento una especie de triste consuelo, al pensar que esa jóven no ha de pertenecer á nadie... Hacia aqui viene la princesa... ¡pobre jóven! ignora la sentencia que la amenaza.

• ESCENA III.

ROBERTO. LADY ARABELA.

Roberto. El rey me envía con una desagradable comision cerca de V. A.

Arabela. Esplicaos, sir Roberto. (*Se sienta.*) Estoy pronta á escucharos.

Roberto. El rey os quiere cual si fueseis hija suya; ya conocis su bondad... Esta mañana debió haber intimado á V. A. una grave determinacion... pero llegado el momento, vaciló y se valió de rodeos... temiendo deciros toda la verdad.

Arabela. En efecto, el rey me manifestó que no debía casarme nunca, sin dignarse decirme los motivos de esa prohibicion.

Roberto. Son harto graves, milady; podeis figuraros que el rey no os condenaria por capricho ó antojo á un celibato eterno: por mi parte, os ruego que creais tambien que al hablaros tal cual voy á hacerlo, obedezco á un íntimo sentimiento de mis deberes hácia el rey y hácia mi patria.

Arabela. Dicen que sois inflexible, sir Roberto; pero yo no tengo razon para supoueros enemigo mio.

Roberto. ¡Enemigo vuestro...! ¡yo...! ¡gran Dios! — (*Reprimiéndose.*) No, no lo soy; escuchadme sin prevencion: voy á hacer oír á V. A. un lenguaje harto severo; voy á llamar vuestra atencion hácia muy tristes sucesos... pero no tardareis en comprender la causa.

Arabela. Me haceis estremecer, sir Roberto.

Roberto. Os he visto asistir á las lecturas que tienen lugar en la cámara del rey por nuestro gran poeta... Shakespeare os ha dado á conocer sus terribles tragedias de York y de Lancaster, esos dramas escritos con una horrorosa verdad, en que los hermanos dan muerte á sus propios hermanos, en que el lecho de los huérfanos es ensangrentado, en que el niño que tartamudecaba su oracion es pasado al filo de la espada.

Arabela. (*Aterrorizada.*) Sí... sí... en efecto... pero... ¿á qué recordarme esas desastrosas épocas?

Roberto. Porque vos podeis hacer renácer en Inglaterra esos males que os horrorizan.

Arabela. (*Lecantándose.*) Yo... yo... no os entiendo.

Roberto. Los enemigos del rey pretenden que María Estuarda, su madre, no ha podido transmitirle los derechos que perdió por su sentencia como criminal de lesa-magestad...

Arabela. Acabad.

Roberto. Y que sois vos, milady, vos, hija de Carlos Estuardo, la que tiene únicamente derechos legítimos á la corona de Inglaterra.

Arabela. ¡Gran Dios! ¿Quién ha dicho...

Roberto. Unos ambiciosos, unos insensatos que, sin saberlo vos, querian hacer valer vuestros derechos al trono. Dos desgraciados que esta mañana han estado á pique de expiar su crimen en un cadalso.

Arabela. Pero el rey sabe muy bien que jamas reclamaré esa funesta herencia.

Roberto. Vos no la reclamareis sin duda, milady; pero qué les importa eso á los facciosos, si tienen la esperanza de que el que llegue á ser vuestro esposo algun día, se armará de vuestros derechos justos ó injustos. — ¡Acordaos de Juana Grey...! Entonces volverian á encenderse las mal apagadas discordias... y volvería á correr de nuevo la sangre, hasta que Dios tuviese compasion de este desafortunado pais.

Arabela. ¿Creeis, sir Roberto, que yo no diría al que hubiese de ser mi esposo, todo lo que debo al rey? ¿Creeis que consentiría que se valiesen de mi nombre para turbar el reino de mi bienhechor?

Roberto. Perdone vuestra gracia si empleo con ella el austero lenguaje de una política enérgica y prudente. La paz, el reposo de un gran pueblo, exigen otras garantías que las de una promesa, por respetable que esta sea. Nadie como yo tiene fé en el candor, en la generosidad de vuestra aluna; y no obstante esto, soy de los que piensan que por respetos á la futura tranquilidad de nuestra patria, debe imponerse un celibato eterno á V. A.

Arabela. (Aparte.) ¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio! William.

Roberto. (Con sensibilidad mal reprimida.) ¿Llorais, señora...? os compadezco. ¡Cuando empezábais á vivir apenas, veis cerrarse delante de vos las puertas de la vida...! Fatal es eso por cierto; pero hay posiciones que es preciso aceptar resueltamente para no oirse maldecir después. Vuestra vida será un lento y doloroso sacrificio: tal vez habrá alguno que sufra en secreto vuestras mismas penas sin poder remediarlas.

Arabela. ¿Es decir que no me queda ninguna esperanza? el rey...

Roberto. ¡No es el rey, es la patria la que exige este sacrificio...!

Arabela. Me someteré resignada, sir Roberto.

Roberto. (Cecil hace un movimiento para retirarse; pero al ver á Arabela, que ha dejado caer la cabeza entre las manos, se detiene é hinca una rodilla en tierra.) Perdóneme V. A. por haberla dicho lo que era de mi deber decirlo; perdóneme el rigor inflexible que mi obligación me impone.

Arabela. Os perdono, sir Roberto. (*Levántase Roberto, mírala con ternura, y vase.*)

ESCENA IV.

ARABELA.

¡Oh! ¡desaparecieron mis sueños de felicidad! ¡dieron por tierra nuestras locas esperanzas de esta mañana! es preciso renunciar á pasar mi vida al lado de William... ¿Y todavía se atreven á llamar libertad á la nueva suerte

que me han formado...? ;Y todavía me compadecen al recordar los diez años que he pasado encarcelada...! ; Ah! ; no saben lo que era la Torre de Londres con William...! Vamos... olvidemos aquellos felices dias... tengamos valor por él al menos... es preciso evitar su presencia.

ESCENA V.

WILLIAM. ARABELA.

Arabela. (Haciendo un movimiento para marcharse.)

¡ Cielos! le he oído...

William. (Deteniéndola.) ¿ Dónde vas? Soy yo.

Arabela. Déjame, déjame.

William. ¿ Te llevas la mano á los ojos por no verme...?

¿ Lloras...? (*Con energia.*) ¿ Quién es el osado que te hace llorar?

Arabela. William, todo lo sé... esos derechos de que me hablaban, son derechos á la corona.

William. ¿ Tienes derecho á la corona? Y yo, que acá para los dos, siempre te tuteaba...

Arabela. ¡ Oh! malhaya los tales derechos. ¿ Vas á darme ahora tratamiento tú tambien?

William. ¡ No, no! ¿ Pero cómo te estorban que te cases por tener derecho á la corona?

Arabela. Temen que el que yo elija por esposo los haga valer para destronar al rey.

William. ¡ Cómo! ¿ y han podido suponerme capaz de...

Arabela. ¡ Eh...! nadie piensa en tí, ni te conocen siquiera; y aun cuando te conocieran, lo mismo sería, pues estoy condenada á no casarme con nadie... Está visto, William... no nos queda ninguna esperanza.

William. (Parándose á reflexionar.) Nada de eso; antes por el contrario vale mas que sepamos por qué te prohiben casarte. Una vez que esa sola es la razon, ¡ mejor que mejor!

Arabela. ¿ Cómo mejor?

William. Si por cierto. ¿ Por qué nos atormentan asi? ¿ por tus derechos á la corona?

Arabela. Sí.

William. Vamos á ver... aqui para los dos... con franqueza... ¿ tienes empeño en hacerlos valer?

Arabela. Yo... ¡ Dios me libre!

William. Pues bueno... una vez que no te importan, y que ellos son el único obstáculo á nuestra felicidad... renunciemos á ellos.

Arabela. ¿Cómo?

William. Por un acto público... un manifiesto.

Arabela. ¿Y qué cosa es esa?

William. Un escrito, por el cual renunciemos en favor del rey... á todos los derechos que puedas tener...

Arabela. ¿Y no se necesita mas que eso para no poder ya ser reina?

William. No mas que eso.

Arabela. Pues hagamos corriendo un manifiesto.

William. Empezaremos por esponer los motivos de nuestra renuncia.

Arabela. Necesariamente hemos de esponer los motivos...

William. Pondremos... Considerando...

Arabela. Considerando... asi... asi... ¡á la legua se conoce que es cosa seria! Considerando...

William. Que el rey Jacobo ha sido para nosotros un padre...

Arabela. Y... que nos ha sacado de la Torre donde estábamos presos...

William. ¡Muy bien...! Que sería la mas negra ingratitud de parte nuestra ocasionar disturbios en su reino.

Arabela. ¡Muy bien...! Y que es el mejor de los príncipes...

William. Yo, Arabela Estuardo, declaro...

Arabela. Que todo el mundo se equivoca, diciendo que tengo derecho á reinar en lugar de mi primo Jacobo, y que en caso de ser verdad, renuncio formalmente en su favor á cuantos pudiese tener. Y yo, William Scimour, declaro...

William. Que no daré cuartel á los que intentasen hacernos reinar á pesar nuestro.

Arabela. Eso es, y en seguida firmamos.

William. Ponemos la fecha.

Arabela. Cuatro de noviembre de 1605.

William. Y se la enviamos á todas las testas coronadas de Europa.

Arabela. Y á todos los conspiradores de Inglaterra; á ver si quiere Dios que se esten quietos.

William. Una vez hecho eso, ¿qué obstáculo puede oponérsenos ya?

Arabela. Ninguno... Hemos hecho lo que debíamos respecto al rey... mi conciencia está tranquila.

William. Y la mía también. No hay más sino que de todos modos nos vemos obligados á casarnos en secreto.

Arabela. Es cierto; pero cuando estemos casados se lo confesaremos todo al rey, y no tendrá más remedio que perdonarnos.

William. ¿Y sir Roberto que te ha dicho que no podías casarte?

Arabela. Con un ambicioso; pero contigo que renuncias...

William. Pues bien está; no perdamos tiempo... ¿Qué te han dicho los dos lores?

Arabela. Los dos pertenecen á partidos contrarios que conspiran y quieren hacer valer mis derechos.

William. Ya hemos renunciado á ellos.

Arabela. Me han dicho que si les otorgaba mi mano...

William. ¡Tu mano!

Arabela. Aguarda un poco... que si les otorgaba mi mano, juraban en nombre de los partidos que representaban, hacerme reina de Inglaterra.

William. (*Cavilando.*) Quieren casarse contigo... ¿dónde? ¿por qué medios, si siempre estás rodeada de guardas de vista?

Arabela. Lord Dudley me ha propuesto introducir un ministro en el oratorio, á la hora del consejo, en que se halla esta parte de palacio casi desierta.

William. ¡Estamos salvados! Acepta la proposición.

Arabela. ¿La de los dos?

William. Sí por cierto... el caso es tener maña para hacer que nos sirvan á nosotros los medios que hayan buscado para ellos; creerán estar trabajando para su boda, y trabajarán para la nuestra.

Arabela. ¡Verdad es...! Ahora eres tú el que tiene pensamientos felices... ya no desconfías como antes... te desconozco...

William. (*Con pasión.*) ¡Ah! ¡es que por poderte llamar mi mujer me arrojaría al fuego! ¡Arrostraría mil veces la muerte!

Arabela. Vaya, vaya, señor entusiasta, déjese de esos arrebatos, que me dan miedo... Jamás consentiría en darte mi mano, si pudiese figurarme que corrias el menor riesgo al aceptarla.

William. Tranquilízate... ¿Que contestación has dado á los dos lores? ¿Ni sí, ni no?

Arabela. Han quedado en venir aquí á saber mi respuesta.

William. ¿Pronto?

Arabela. Dentro de un instante.

William. Diles que sí... á todo que sí.

Arabela. Escóndete... escóndete... me parece que los oigo.
(*William se esconde detras del tapiz que cubre la puerta de la habitacion de Arabela.*)

ESCENA VI.

LORD DUDLEY. ARABELA. WILLIAM, *escondido.*

Dudley. Lord Mungo está aun en la galería. Princesa, en nombre de todo un pueblo que desea veros en el trono, ¿cuál es vuestra respuesta?

Arabela. Acepto.

Dudley. Pero la apertura del parlamento puede dar nuevas armas á nuestros enemigos, y trastornar los planes del partido que os aclama; sería muy conveniente que el casamiento se llevase á efecto antes de la reunion de los comunes.

Arabela. ¿No es mañana el día en que deben reunirse?

Dudley. Sí señora, y por lo tanto esta misma tarde...

Arabela. ¿Esta tarde?

Dudley. A las cinco, durante el consejo... yo avisaré á V. A. dando tres palmadas.

Arabela. ¡Imposible!

Dudley. Es la única ocasion que se nos presenta... si se llega á perder...

Arabela. Pero, (*Turbada y mirando hácia el lado donde está William.*) es necesario un ministro...

Dudley. Todo está previsto... el herrero de Gretnagreen se halla precisamente aquí.

Arabela. (*A quien William hace señas de aceptar.*) Consiento en todo... Pero ¿quién nos responderá del silencio de ese hombre?

Dudley. La precaucion de presentaros ante él cubierta con un velo... Le haré entrar en vuestro oratorio. (*Señalando á la izquierda.*)

Arabela. ¿Y los testigos?

Dudley. Con el herrero, uno solo basta.

(*Seña de William, manifestando que él servirá de testigo.*)

Arabela. Entonces lo será William, para mayor seguridad.

Dudley. ¡Perfectamente! (*Queriendo hincar una rodilla en tierra.*) La gratitud de toda Inglaterra... la mía...

Arabela. ¿No son las pisadas de lord Mungo esas que se oyen?

Dudley. (*Escapándose por la galería de la derecha.*) No juzgo prudente estar mas tiempo aqui.

William. (*Presentándose.*) ¡Muy bien! este nos proporciona un ministro, es preciso que el otro nos facilite un contrato... el de Fleming no nos sirve.

Arabela. Pero reflexiona por Dios... esta misma tarde...

William. Nada... todo va bien... dile á lord Mungo tambien que esta tarde, dentro de una hora... asi saldremos del paso cuanto antes.

Arabela. Calla, aqui viene el puritano.

ESCENA VII.

ARABELA. LORD MUNGO. WILLIAM, *oculto.*

Mungo. ¿Quereis derribar á Babilonia, y entrar triunfante en Jerusalem?

Arabela. Quiero entrar en Jerusalem.

Mungo. ¿Consentís? ¿Isaac se casará con Raquel?

Arabela. Antes de la audiencia de esta noche.

Mungo. ¿Cómo?

Arabela. En el oratorio.

Mungo. ¿En el oratorio? ¿cuándo?

Arabela. (*Con reserva.*) Un poco despues de las cinco... todo está corriente, á escepcion del contrato.

Mungo. Aqui traigo yo estendido este borrador por... si...

Arabela. Dádmele.

Mungo. Con que... ¿consentís...?

Arabela. Desde luego.

Mungo. ¡Dios de Israel!

Arabela. ¡Él os inspire...! porque oigo venir hácia aqui á lord Dudley.

Mungo. (Huyendo hácia la galería de la izquierda.)

No es prudente que me vea. (Vase.)

William. (Saliendo.) ¡Bravo! ya somos cuatro... Una vez que los pobres se toman tanto trabajo por nosotros... justo es que nosotros mismos hagamos algo... porque todavía nos falta lo mas importante.

Arabela. ¿Cómo?

William. Hacerles firmar el contrato como testigos, y que sin embargo cada uno crea firmarle como esposo; con la prisa y el aturdimiento estamparán su rúbrica sin reparar siquiera; no tenemos momento que perder; despues te explicaré cómo hemos de gobernarlos para conseguirlo.

Arabela. ¿Y qué quieres que hagamos ahora?

William. Vamos á sentarnos ambos á esa mesa, y tú vas á escribir el acto de renuncia; ¿te acuerdas de él?

Arabela. Perfectamente.

William. Yo voy á sacar nuestro contrato por el de lord Mungo.

Arabela. (Sentándose.) Vamos á ver... dame mi parte.

William. Toma, ahí tienes todo lo que necesitas. Yo me pongo á este otro lado.

Arabela. ¿Estás ya?

William. Aquí me tienes... Pon arriba: "Manifiesto al pueblo de Inglaterra y Escocia."

Arabela. (Escribiendo.) "Manifiesto. Considerando que Jacobo, rey..."

William. (Escribiendo.) "Hoy dia de la fecha, S. A. Arabela Estuardo y lord John Mungo," cambio el nombre: "de edad de cuarenta y seis años..." no, amigo mio, no son mas que veinte por ahora.

Arabela. Me acomoda mas eso. (Escribiendo.) "Renuncio á ellos en su favor..." ¿Y tú, qué tal? ¿adelantas mucho?

William. Estoy parado en un punto espinoso.

Arabela. ¿Cuál?

William. En el contrato de Mungo está previsto el caso en que hubiese hijos.

Arabela. ¡Ay, Dios mio! es verdad, no hemos peusado siquiera en nuestros hijos.

William. Es asunto mas serio de lo que tú crees.

Arabela. ¿De veras?

William. Sí, en razon de nuestro manifesto.

Arabela. Ya le tienes acabado.

William. No importa, el honor nos dice que debe hacerse en él una aclaracion sobre nuestros hijos; haz una llamada y escribe: "Y renunciamos tambien á cuantos derechos pudieran tener nuestros hijos."

Arabela. ¡Pobres criaturitas!

William. No, no; mira, Arabela, es cuestion de probidad... Quiero ir mas allá todavía. (*Escribe.*) "Y á cuantos puedan alegar nuestros descendientes, bien fuesen de la línea masculina ó de la femenina."

Arabela. ¡Vaya que has de ser un padre muy huron!

William. Si son honrados aprobarán esto que ahora hacemos. Pon ahí tu nombre. (*Rasgando un papel.*) Ahora rompamos el modelo dado por lord Mungo: venga el manifesto.

Arabela. Ahí le tienes.

William. Ya no existe mas que un contrato útil y valioso; el que tiene nuestros dos nombres, el que yo beso en este momento.

Arabela. Vamos á ver, aturdido... ¿es eso todo?

William. Falta todavía que me ayudes á poner esta mesa ahí.

Arabela. (*Ayudándole á llevar la mesa.*) ¡Uy! ¡cuánto pesa!

William. Hija mía, ¿pues qué, crees que no hay mas que casarse...? algun trabajo nos ha de costar.

Arabela. (*Con tristeza.*) *William,* ¿si por desgracia viésemos frustrados nuestros deseos...?

William. Me mataría.

Arabela. ¡Oh! ¡cruel!

William. Pero tranquilízate, lograremos lo que anhelamos; no tendré que recurrir á la muerte, y viviré mucho tiempo para amarte siempre.

ESCENA VIII.

DICHOS. UN UGIER. JACOBO.

Un ugier. El rey.

Arabela. Esconde el contrato.

Jacobo. (*A Arabela.*) Tengo que hablarte, hija mía... *William*, déjanos. (*William saluda y va á retirarse.*) Ó sino... mira... quédate. (*A Arabela*) Es casi hermano tuyo... se alegrará con nosotros de la buena noticia que te traigo...

Arabela. ¿A mí, tío mio?

Jacobo. Escucha, Arabela; sir Roberto te ha intimidado esta mañana, de orden mía, una cruel sentencia...

Arabela. Tío... forzoso es, á lo que me ha dicho, que me someta á ella...

Jacobo. Pues no, querida Arabela... no... ya no hay necesidad de que te sometas.

Arabela. ¿Qué decís, señor?

Jacobo. Cuando sir Roberto me refirió despues tus lágrimas, tu desconsuelo... se me oprimió el corazon de tristeza y pesar; pero no podia hacer por tí mas que compadecerte. No obstante, á fuerza de cavilar, creo haber encontrado un término medio que cumpliendo con lo que la política exige, llenará á la vez mis deseos de verte feliz.

Arabela. ¿Qué decís... tío mio?

William. (*Aparte.*) ¿Si pensará en casarnos?

Jacobo. ¿Te sorprendes...? Escúchame con atencion... ¿Por qué razon estás condenada á vivir soltera eternamente? ¿Por tus malditos derechos á la corona, no es esto? Pues bien; ¿y si el hombre que debe temer mas que nadie que los haga valer, llegase á ser tu esposo? Si un casamiento confundiese los intereses de las dos ramas...; Eh! (*A William.*) Todavía no lo ha entendido... pero verás asi que caiga en ello cómo salta de alegría.

William. ¿Dios mio...! qué quiere decirle. (*Aparte.*)

Arabela. Señor... V. M...

Jacobo. (*A William.*) Mírala, *William*... con esos ojos de asombro... (*A Arabela.*) ¿Cómo? ¿no entiendes... el príncipe de Gales, mi hijo...?

Arabela. ¿El príncipe de Gales...? señor.

William. (*Aparte con tristeza.*) Comprendo... ¡murió mi dicha!

Jacobo. Pues bien, amada prima, una vez que es preciso poner los puntos sobre las *ies*, concluiré diciendo que tengo el honor de proponer á V. A. en casamiento á mi hijo Enrique Estuardo... ¿Está ahora claro?

Arabela. (*Juntando las manos.*) ¡Oh! ¡Dios mio...! ¡Dios mio!

Jacobo. ¿Es ese el modo que tienes de darme las gracias?

Arabela. (De rodillas.) Señor...

Jacobo. ¡A mis pies...! *Arabela.* ¿qué teneis? (La levanta.)
¿Qué significa esto?

Arabela. Señor... conozco toda la estension de las bondades de V. M. para conmigo; pero por compasion le suplico... que no me obligue á ese casamiento.

William. (Aparte.) Rehusa...

Jacobo. ¿Por San Jorge...! ¿*Arabela*, estais loca? vos no habeis pensado bien en lo que habeis dicho: negarse á ser algun dia reina de Inglaterra...

Arabela. Señor, perdóneme V. M., no puedo.

Jacobo. ¿Despreciar tres reinos, por un capricho de niña mimada! es para perder el seso.

Arabela. (Cogiendo la mano de *William* sin que el rey lo vea.) Señor, no es por capricho por lo que rehuso fortuna tan brillante... para mí no está en ella la felicidad.

William. (Bajo y con tristeza.) Piénsalo bien; serías reina...

Jacobo. (Enojado.) Y sabeis que puedo llegar me á enfadar y mandároslo... (Advirtiendo el temor de *Arabela*.) Pero no... no... hija mia... no tengas miedo... Vamos á ver; ven aquí tú, *William*, ayúdame á convencerla, hablemos como buenos amigos... Mi hijo *Enrique* no te hace mucha gracia... Vamos, claro, no te hace maldita la gracia... lo conozco... la corona le hace á uno cargar á veces... ¡Ay! hija mia, harto bien lo sé yo... pero medítalo bien, no hay para tí otro enlace posible.

William. S. A. no ha considerado con la suficiente madurez lo que V. M. la propone.

Arabela. (Aparte.) ¡Pobre *William*! él tambien.

William. Si esas ventajas que en el dia parece despreciar aparecen en lo sucesivo á sus ojos bajo un nuevo aspecto, si en la modesta posicion con que ahora se conforma hubiese de sentir despues inútiles y acerbos remordimientos...

Arabela. (Con viveza y mirando á *William*.) Señor, delante de Dios, que me oye, juro no arrepentirme nunca de la resolucion que hoy he tomado.

William. (Aparte.) ¡Y todo por mí...! ¡por mí! *Arabela*...

Jacobo. Déjala, *William*... déjala... una vez que así lo quiere, allá se las avenga... Deseas quedarte soltera... hija mia...

pues quédate soltera... peor para tí; ¡pero no me vengas en lo sucesivo á quejarte de tu suerte. ¡Por San Jorge...! tan bonachon como me ves ahora, te habia de recibir de un modo algo duro... (*Con pena.*) Ea, se concluyó, no hablemos mas de esto.

Arabela. (*Con alegría.*) ¡Oh! gracias... gracias, querido tio; no temais nada, no me quejaré nunca, os lo juro. (*Quiere cogerle la mano.*)

Jacobo. (*Retirando.*) Dejadme, dejadme; ya no quiero ser vuestro tio.

Arabela. ¿Os vais enfadado conmigo...?

Jacobo. Si por cierto... despreciar al heredero del trono... es una locura...

Arabela. Pues bien; tened lástima de la pobre loca...

Jacobo. No... prefiero irme enojado contigo... asi me pesará menos lo que tengo que hacer en el consejo, y consentiré en todo lo que quiera sir Roberto... El loco era yo en solicitar... ¡Hola! ¡hola! nos la venís echando de Isabel.

Arabela. Tio...

Jacobo. Vayan al diablo las muchachas, y sus necios antojos. (*Vase.*)

ESCENA IX.

WILLIAM. ARABELA.

Arabela. (*A William, que está pensativo.*) William... William... ¿En qué piensas?

William. ¿Despreciar por mí una corona!

Arabela. ¿No la despreciarias tú por mí?

William. Por piedad, Arabela.

Arabela. ¿Qué quieres?

William. Nuestro enlace es ya imposible.

Arabela. ¿Imposible?

William. Reflexiónalo bien... ¡reina... reina...!

Arabela. Bien está; si... hubiera podido ser reina... Bendito sea este día, pues en él he podido despreciar un trono, y decirte: ha sido por consagrarte mi vida entera.

William. Arabela... Arabela...

Arabela. ¿Te sorprende este lenguaje, no es verdad...? á mí misma me maravilla... pero hace poco... en el momento en que el rey me hablaba de pertenecer á otro que á tí... en el momento en que visto que podia hacerte lo que tú

llamas un sacrificio... ¡Oh! no puedo decirte lo que por mí ha pasado... he sentido todo lo que tú eres para mí... he sentido la necesidad de mostrarte que no era ya únicamente el cariño de infancia; y me ha pesado que no me ofreciesen mas que tres reinos... porque hubiera querido tener mas que despreciar.

William. Arabela... ¿con que es cierto que me amas?

Arabela. (Con pasión.) ¡Que si te amo...! Mira, en tí he reunido los diversos afectos que otras personas sienten hácia sus parientes, sus amigos, sus compañeros de infancia, porque tú has sido para mí todo esto; el cariño que no he podido poner en una madre, porque no la he conocido, le he cifrado en tí; tú eres el primero, el único á quien he amado... te amo todo lo que debia amar á los demas.

William. ¿Pero esa sentencia que te amenaza?

Arabela. ¿Qué le importa nuestro casamiento á la Inglaterra, al rey, si debe quedar ignorado? Bien lo ves, *William*, ahora soy yo la que tengo que animarte.

William. Es cierto, sí, lo confieso, ahora tengo miedo por tí.

Arabela. ¡Oh! ¡no se siente capaz de amarme bastante para indemnizarme de la pérdida de una corona! (Campano á lo lejos.) Escucha, escucha, es en Westminster.

William. ¡Arabela, este es un momento solemne! por última vez, ¿estás resuelta?

Arabela. ¡Sí! ¡sí! ¡sí!

William. Bien está; cúmplase tu deseo, porque yo sabré pagarte en amor cuantos sacrificios hubieses hecho por mí; porque tu dicha será mi norte, mi deber, mi dicha tambien. (Arrojándose á sus pies y con voz conmovida.) Porque conozco que sin tí, mi dulce compañera de infancia y de infortunios, no hubiera podido vivir.

Arabela. (Pasándole uno de sus brazos al rededor del cuello, é invocando al cielo.) ¡Protejednos, Dios mio! Cuando éramos desgraciados hemos elevado juntos muchas veces hasta vos nuestras plegarias, y en la felicidad no os hemos olvidado. ¡Protejednos!

(Óyense tres palmadas dentro.)

William. (Levantándose.) Ven... ven...

Arabela. Yo tiemblo.

William. ¡Ven!

Arabela. El rey viene hácia aquí.

William. Date prisa; nos esperan. (*Se la lleva.*)

ESCENA X.

JACOBO. *Poco despues* ROBERTO CECIL, *y mas tarde* ARABELA. WILLIAM. LA CORTE.

Jacobo. No he tenido valor para entrar en el consejo; ignoro las disposiciones que habrán adoptado contra esa pobre jóven... pero mientras no haya yo soltado mi firma... Aguardemos aquí tranquilamente la hora de la audiencia.

Roberto. (*Saliendo.*) Señor, el consejo se ha terminado.

Jacobo. ¡Ah! mejor... así se ha ganado un día.

Roberto. Mis cólegas despues de una madura deliberacion me han comisionado para que comunique á V. M. la resolucion que ha sido adoptada respecto á lady Arabela.

Jacobo. ¿Y qué han decidido?

Roberto. Restablecer en todo su vigor el decreto de la difunta reina, el cual previene que todo casamiento contraido en secreto por la princesa, debe ser considerado como un atentado á la estabilidad del trono de Inglaterra, y castigado como crimen de lesa-magestad.

Jacobo. Pero ese castigo...

Roberto. No puede V. M. ignorarle; para la princesa una prision perpetua; ¡para su cómplice la muerte! Dígnese V. M. rubricar el acuerdo del consejo.

Jacobo. ¡Yo!

Roberto. Es indispensable.

Jacobo. Nunca.

Roberto. Señor... medite bien V. M. lo que dice... ¿No es preferible lanzar ahora contra la princesa esa amenaza, que no llegará á realizarse nunca, porque vivirá prevenida, á tener que hacer tal vez algun día un ejemplar castigo... Mil escollos rodean á la jóven Arabela; si los informes que me acaban de dar son exactos, hay quien intenta arrastrarla á su ruina.

Jacobo. ¿Cómo?

Roberto. He recibido aviso de que el herrero de Gretna-green se halla aquí. Señor, un enlace formado por él, aquí, en este palacio, sería válido, indisoluble... sola la muerte podría destruirle... Esta mañana ha adivinado

V. M. mi secreto... señor, aun es tiempo... salvad á la princesa... previniéndola del peligro que la amenaza.

Jacobo. Vos lo queréis... (*Yendo á la mesa y sentándose para firmar.*) ; Ah! plegue al cielo que esta sentencia no la alcance nunca.

William. (*Volviendo á salir con Arabela.*) ; Mia, eres mia por siempre...!

Arabela. ¿ Y el contrato ?

William. Dudley le ha cogido creyendo ser esposo tuyo; pero forzoso será que nos le devuelva.

Arabela. Y al pobre lord Mungo que vino despues, ¿ qué papel le has dado ?

William. Quería llevarse el contrato, y yo no tenia mas que el de la vieja Fleming... del cual se ha apoderado enagenado de alegría.

Arabela. (*Reparando en el rey.*) ; El rey! (*Ábrense las puertas del foro y aparece la corte.*)

Jacobo. (*Levantándose y reparando en Arabela, dice en voz baja á sir Roberto:*) Sir Roberto, no la envíes esa orden hasta que yo haya despedido á la corte. (*Alto.*)

¿ Estais pronta, querida prima?

William. Véalo V. M.

Jacobo. ¿ Vienes con nosotros, William ?

William. Sí señor. (*Bajo á Arabela.*) ¿ Puedo yo acaso separarme ya de tí ?

Arabela. (*Bajo y sonriéndose.*) Calla, moscon.

Jacobo. Marchemos, milores.

Arabela. (*Bajo al rey.*) Vamos, ¿ vendreis esta noche á jugar á los enigmas despues de recogeros ?

Jacobo. (*Bajo á Arabela, á quien da la mano.*) Allá veremos... allá veremos... tú lo has querido... Escucha, Arabela, por compasion hácia el hombre á quien ames, no te cases nunca.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

Acto tercero.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

LORD DUDLEY.

No hay medio de hablar á la princesa, ni de entregarle este aviso misterioso. Y sin embargo es preciso prevenirla á todo trance... Catesby, acosado por mis preguntas sobre esa conjuracion en que me he comprometido sin conocer su verdadero objeto, acaba de descubrimme tan horrible trama... Mañana... cuando el parlamento esté reunido, deben sucumbir todos bajo un mismo golpe... por una misma esplosion... y ella tambien... ¡Oh! ¡nunca, nunca! — ¿Cómo gobernarine para que llegue á sus manos este escrito? — ¡Ah! su Biblia... es su libro favorito, y en el que lee todas las mañanas. (*Esconde en ella un papel.*)

ESCENA II.

LORD DUDLEY. UN OFICIAL DE GUARDIAS.

Oficial. Lord Dudley, vuestra espada...

Dudley. ¿ Mi espada?

Oficial. (*Entregándole un papel.*) Ved aqui la orden del ministro.

Dudley. (*Leyendo.*) ¿ Tendrán noticia de mi casamiento...? No... se trata de la conjuracion... Acusado de alta traicion... ¡ todo se ha descubierto! ¡ ah! ¡ perdido! ¡ estoy per-

dido...! (*Reflexionando.*) Pero ahora pertenezco por mi casamiento á la familia real; aun me queda ese medio de salvacion. (*Al oficial, entregándole el contrato bajo sobre.*) Capitan, ¿quereis encargaros de entregar al rey este pliego en secreto?

Oficial. Sí, milord.

Dudley. (*Entregándole el pliego.*) Estoy pronto á seguirlos.

William. (*Saliendo al tiempo que se aleja Dudley, le dice en voz baja:*) ¿Y el contrato?

Dudley. (*Idem.*) Está en manos seguras. (*Vase con el oficial.*)

ESCENA III.

WILLIAM. *Despues* ARABELA.

William. ¿Qué significará este arresto...? lord Mungo ha sido preso tambien. Habrán intentado contravestar el poder de sir Roberto Cecil. Les compadezco si llegan á caer en sus terribles manos. (*Arabela sale precipitadamente.*)
¡Ah! ¿eres tú...? por fin te veo, Arabela mia.

Arabela. ¡William! ¡William! ¡te he perdido!

William. ¿Qué dices?

Arabela. Sí, te he perdido al darte mi mano. ¡Ah! ¡es una cosa horrible!

William. ¡Me haces temblar...!

Arabela. Todo enlace secreto contraido por mí es un crimen de lesa-magestad... mi cómplice... ¡tiene pena de muerte!

William. ¡Pena de muerte...! pero no, tranquilízate, Arabela, tranquilízate... nadie sabe nuestro enlace.

Arabela. Es preciso confesárselo todo al rey.

William. ¿Estás en tí? ¡se pondría furioso!

Arabela. No... no... ¡nos quiere tanto...! ya lo has oido, á pesar de su enfado de esta mañana, nos ha dicho que vendría despues como todas las noches á jugar con nosotros.

William. ¿Y esa orden, está ya firmada?

Arabela. Sí; ¡estoy llena de terror! ¡una prision! ¡la muerte!

William. Entonces, Arabela, es preciso huir.

Arabela. ¡Huir...! ¡abandonar al rey! ¡Dios mio! ¿qué resolucion tomariamos que fuese la mas acertada?

William. No sé... ¡y no tenemos nadie... nadie con quien aconsejarnos!

Arabela. Sí... *William*... sí.. olvidamos una voz sagrada que nos ha servido de guía desde nuestra infancia. ¿Te acuerdas lo que hacíamos en la Torre cuando nos hallá-bamos perplejos...? abríamos la Biblia á la ventura...

William. Y el sentido del primer versículo nos decidia... Tienes razon... (*Coge la Biblia, y cae el papel.*) Veamos... ¿Qué es esto? ¿Quién ha puesto aqui esta carta? (*Lee.*) “Si teneis apego á la vida, no vayais al parlamento mañana; debe darse en él un golpe terrible, que no se verá de dónde sale...”

Arabela. ¿ Para quién es ese escrito?

William. Lo ignoro... no tiene sobre... ¿Has entendido tú algo?

Arabela. ¿ Yo? ni una palabra... ¿y tú?

William. Menos...

Arabela. Deja ahí ese papel, y abre pronto la Biblia; puede venir el rey.

William. Veamos. (*Lee.*) “Al principio es la mentira dulce á la boca del hombre; pero tórnase despues amarga como el acibar...”

Arabela. Lo oyes... lo oyes.. *William*, es preciso declarárselo todo al rey.

William. Tenias razon.— ¡Bien está! hablaré.

Arabela. No... quiero ser yo.

William. ¡ Ah! aqui viene.

ESCENA IV.

WILLIAM. ARABELA. JACOBO.

Jacobo. (*Saliendo por la puerta escusada.*) ¡Llévese el diablo la etiqueta y los que la han inventado! Por fin me veo libre, me creen dormido... Estais aqui, hijos míos... benditos sean vuestros risueños y juveniles rostros... jamas he tenido tanto placer en contemplarlos. Sin duda proviene de que acabo de separarme de mis cortesanos. (*Siéntase en una poltrona al lado del fuego; Arabela y William permanecen en pie á entrambos lados del sillón.*) Vamos á ver... vengo dispuesto á lo-quear mas que ninguna noche...

Arabela. Bien está, amado tío... pero nosotros teníamos una cosa muy seria que deciros...

Jacobo. (*Pesaroso.*) ¡Ah! vosotros también... tenéis que hablarne de cosas serias...

Arabela y William. (*A un tiempo.*) Muy serias.

Jacobo. Muy serias, ¿eh? Pues bueno; me alegro saberlo, porque os declaro reos de lesa-magestad si tú ó tú hermano... tenéis la desgracia de decir esta noche no tan solo una cosa seria, sino la menor cosa que tenga asomo de razon.

Arabela. Pero, tío...

Jacobo. (*Con bondad.*) Pero, tío... Hija, despues de todo un día de fastidio, consagrado á los asuntos de estado, os pido por Dios un poco de descanso, un momento de franca y cordial alegría. Vengo en confianza, ya lo sabeis, á reir y jugar con vosotros... Mi hijo es grave y silencioso; mi muger... á quien Dios conserve luengos años para felicidad de mis pueblos... es áspera y regañona como un diablo, lo cual hace que mi vida interior no sea muy divertida... No echeis á perder una noche que tan bien se presentaba... dueños sois de hacerlo; pero sería poca generosidad de vuestra parte.

Arabela. (*Bajo á William.*) No tengo valor para hablarle ahora.

William. Ni yo tampoco. Veremos despues.

Arabela. (*A William.*) Hagamos por divertirle.

Jacobo. Con que vamos; ¿está decidido? fuera la formalidad.

Arabela. Sí, tío mio... á divertirnos... á jugar como todas las noches.

Jacobo. ¡Bravo...! así os quiero yo... Hijos míos, vosotros no sabeis lo que valen vuestros años... ¡Ah! ¡qué no daría yo por hallarme en esa dichosa edad...!

William. Sin embargo, señor... vos sois rey de Inglaterra y Escocia... y cuando teniais veinte años...

Jacobo. Era un monarca muy poco temible, ¿no es esto? Sí; pero entonces peinaba yo una guedeja tan rizada y suave como la vuestra... ¡señor page! y adornaba mi frente con una airosa gorrilla escocesa... entonces, con el halcon en el puño, desafiaba al mas intrépido de nuestros montañeses á que me siguiera por entre brezos y matorrales.

Arabela. Pero tampoco habitabais como ahora WWithell... el palacio mas bello de Inglaterra y de Europa, segun dicen.

Jacobo. Por qué no añades: ¿Y no veniais á jugar á los enigmas con nosotros? Vamos á esto; hoy os traigo un soberbio enigma, que apuesto á que no adivinais.

Arabela. ¡Ah! veamos, veamos, tio mio.

William. Decidnosle...

Jacobo. Nada de eso... le guardo para lo último; empecemos por él vuestro.

Arabela. No tenemos ninguno.

Jacobo. Pues bueno; buscad uno... y despues os diré el mio.

William. ¡Oh! eso es poca generosidad.

Jacobo. No, no tengamos la de siempre... yo cargo con todo el trabajo... vosotros sois unos holgazanes; asi aprendereis.

William. (*A Arabela.*) ¡Qué idea me ocurre...! ese papel.

Arabela. Tienes razon, hagámosle creer que es un enigma.

(*Arabela va á buscar el papel, y se le da al rey.*)

Tened, querido tio.

Jacobo. (*Cogiéndole.*) ¡Vamos á ver! ¡En prosa! ¡por Apolo! ¡en vil prosa!

William. ¡Oh! pero es prosa difícil.

Jacobo. Yo me paso de bueno... en rigor, solo los enigmas en verso debían valer... pero... vosotros haceis de mí todo lo que queréis. Leamos. (*Lee.*) "Si tenéis apego á la vida... no vayais mañana al parlamento." ¡Ah! ¡es cosa de política! ¡un enigma político! no son por cierto los mas fáciles... pero este principio está algo exagerado... "Si tenéis apego á la vida, no vayais al parlamento..." El parlamento... es bastante fastidioso... no lo sabeis vosotros bien... alli hace uno mala sangre... aunque tambien hay quien se duerme... y engorda.

Arabela. Seguid, seguid, tio mio... ya vereis.

Jacobo. (*Leyendo.*) "Debe darse un golpe terrible, que no se verá de dónde sale." ¡Hola! esto se va complicando... "Que no se verá de dónde sale." ¡Ya estoy...! ¡un escrutinio secreto...!

Arabela. Qué tal, ¿vais adivinando?

Jacobo. Empiezo... empiezo... "El peligro pasará en menos tiempo que vos gastareis en quemar esta carta." ¡Hum! ¡hum! — Pues señor, confieso mi pecado; el enigma está

bien hecho... porque estoy á cien leguas del acertijo.—

“El peligro pasará...” ¿Qué diablos podrá ser...? ¿Eres tú, William, el que ha compuesto esta obra maestra, capaz de desesperar á la esfinge?

William. No soy capaz de tanto.

Jacobo. Cómo, ¿es Arabela?

Arabela. ¿Yo? (*Riendo.*) Mucho menos.

Jacobo. ¿Pues quién ha sido entonces?

Arabela. No lo sabemos.

Jacobo. ¿Cómo...? “Si teneis apego á la vida...”

Arabela. Nos le hemos encontrado.

Jacobo. “No vayais al parlamento...” ¿Os le habeis encontrado? ¿Cuándo?

Arabela. Hace poco.

Jacobo. “Debe darse un golpe terrible...” ¿Y dónde le habeis encontrado?

Arabela. En mi Biblia...

Jacobo. ¿En su Biblia...! Una letra desfigurada... ¡es un aviso secreto!

Arabela. Qué tal, tío mio, ¿habeis adivinado?

Jacobo. (*Cavilando.*) Ahora empiezo. (*Animándose.*) ¡Una trama oculta! ¿de qué especie? “El peligro pasará en menos tiempo que...” ¡Una arma de fuego...! ¡para mí tal vez! Pero ¿á qué vendría entonces estorbarla á ella que fuera...? ¿No es eso? (*Estallando.*) ¡Oh! ¡es horrible...! ¡infame!

Arabela. ¿Qué teneis, tío mio?

William. No os entendemos.

Jacobo. Bien creo que no me entenderéis; ¿acaso vuestras nobles y generosas almas pueden concebir... ¡pobres jóvenes! ¡Oh! ¡las pasiones políticas, el delirio sanguinario de la ambición...! Quiera Dios que lo ignoreis siempre... siempre. (*Llama.*) Miss Fleming está todavía ahí... Retiraos... retiraos... despues os llamaré, si puedo.

Arabela. (*Bajo á William.*) ¡Y no le hemos dicho nada!

William. No ha sido por culpa nuestra... Creo que hemos hecho bien en abdicar.

Jacobo. ¡Era tan feliz hace un instante! me hallaba tan tranquilo... (*A Gib, que sale.*) ¡Tú aquí!

Gib. Sir Roberto Cecil ha venido...

Jacobo. ¿Está ahí? ¡que entre! ¡que entre!

ESCENA V.

ROBERTO. JACOBO.

Jacobo. ¿Qué hay, sir Roberto, qué noticias me traéis?

Roberto. Señor, mis sospechas eran fundadas... lord Dudley está comprometido en una conjuración papista.

Jacobo. ¿En mi casa!

Roberto. Lord Mungo mantiene relaciones con el partido de los independientes del norte... Señor... esta mañana...

Jacobo. ¿Esta mañana estaba yo loco! ¿esta mañana creía en la gratitud de los hombres, creía desarmar, á fuerza de clemencia, su baja y perseverante maldad...! Pero mirad lo que ha sucedido: lo han achacado á debilidad, se han burlado de mí... He dicho que no me gustaba la guerra, que no me gusta derramar sangre, y se han burlado de mí... ¡No he querido tener por compañero y primer funcionario de mis reinos al verdugo, y visto esto, han resuelto asesinar-me!

Roberto. ¿Asesinar á V. M.?

Jacobo. (Dándole un papel.) Leed este aviso... ¡Insensatos, que no han supuesto en mí ni aun la fuerza que da el instinto de conservacion!

Roberto. ¿Qué misterio!

Jacobo. Sí... sí... es apocalíptico... pero me he adiestrado en esa clase de juegos, y ¡gracias al cielo! no soy tan tonto como ellos creen... Será en pleno parlamento... "Un golpe terrible..." Al pronto juzgué que sería una puñalada... "Pero el peligro pasará instantáneamente..." ¡Aqui debe haber cosa de pólvora... es una explosion sin duda...! se han acordado de mi padre... y yo solo no basto á su sed de sangre... Todas las prendas de mi cariño... ¡mis hijos... mi familia...! ¡Cuántas personas útiles cuenta la Inglaterra!

Roberto. ¿Y este papel ha sido entregado por alguna persona?

Jacobo. Ha sido hallado en la Biblia de lady Arabela.

Roberto. ¿Querian que ella se librara de la muerte preparada para todos?

Jacobo. Tencis razon, sir Roberto... este es algun nuevo pretendiente... Enhorabuena... ¡es preciso aterrarlos con un castigo ejemplar...! tanto peor para ellos... para qué

lo han querido... ¿No soy en definitiva rey de una gran nación que puede echarme en cara que soy generoso á costa suya? que ella paga mi clemencia en continuas alarmas y guerras civiles... ¿Justicia á todos, Roberto, justicia á todos! os dí mi palabra esta mañana.

Roberto. ¿Qué disponeis de los dos lores, señor?

Jacobo. Justicia á todos os he dicho; ¿dónde estan?

Roberto. Presos y detenidos en palacio. Lord Mungo dice que tiene que revelar á S. M. cosas de grave importancia.

Jacobo. ¿Qué es lo que querrá ese ahora? que venga.

Roberto. (*A Gib, que está en el fondo del teatro.*) Que traigan aqui á lord Mungo.

Jacobo. Mandad registrar todas las casas contiguas al parlamento, los pisos bajos, las cuevas... allí debe estar el peligro.

Roberto. ¡Gran Dios! V. M. me ilumina; los informes que he recibido... dentro de algunos minutos lo sabré todo.

Jacobo. Marchad... redoblad vuestro celo y prudencia... mi energía esta vez escederá á la vuestra... ¡Por San Jorge! pasó ya el tiempo de la debilidad... andad... andad.

Roberto. El cielo guarde á V. M. (*Vasc.*)

Jacobo. Y estos muchachos que me estan esperando.

ESCENA VI.

EL REY. ARABELA. WILLIAM. Poco despues LORD MUNGO, EL OFICIAL y SOLDADOS.

Arabela. ¿Nos habeis llamado, querido tio?

Jacobo. Todos nuestros planes se han frustrado, hijos míos: no podeis tener mi enigma por esta noche... el vuestro...

Oficial. Señor, lord Mungo.

Mungo. Si V. M. se digna concederme un momento de audiencia...

Jacobo. ¿Qué queréis?

Mungo. Señor, he sido preso por orden del primer ministro.

Jacobo. El primer ministro habrá tenido sus razones para dar esa orden... porque vela sobre los traidores.

Arabela. (*A William.*) ¿Qué enfadado está el rey...! Nunca le he visto así.

Jacobo. Hablad... despachaos.. ¿qué quereis ?

Mungo. Si mi nombre se halla mezclado en algun sinies-
tro proyecto, es que yo...

Jacobo. Esplicaos... esplicaos.

Mungo. Dignese leer V. M. este papel.

William. (*Bajo á Arabela.*) ¡El contrato que le dí!

Jacobo. (*Desdoblado el papel.*) ¿Qué es esto, señor?

Arabela. (*Bajo.*) Si le irá á decir...

William. Escuchemos.

Jacobo. (*Leyendo á media voz.*) "Partida de casamiento
entre James Gib y Sara Fleming." (*A lord Mungo.*) Bien,
¿y qué? ¿este documento...?

Mungo. Me coloca en una posicion enteramente escepcio-
nal, y...

Jacobo. (*A media voz.*) ¿Si no habré leído bien...? "Parti-
da de casamiento entre James Gib y Sara Fleming..."
Decíais, caballero, que...

Mungo. Que mi posicion es única en los tres reinos.

Jacobo. (*Cavilando.*) No entiendo... por qué la vieja Fle-
ming haya pensado en casarse con Gib... (*Examinando
el contrato.*) porque lo que es la firma de Gib no está
aquí... (*Señalando á Mungo.*) Se va á encontrar este
hombre... en una posicion única y sola... ¿Pero qué es
esto, señor? ¿tenemos aquí otro enigma...? pues os advier-
to que no tengo humor de adivinarle... porque aquí hay
oculta sin duda alguna trama... alguna nueva perfidia.

Mungo. Pero, señor... sin embargo... ese documento...

Jacobo. ¡Idos al diablo vos y vuestro documento!

Un oficial. Señor, lord Dudley me ha encargado que pon-
ga este escrito en manos de V. M.

Jacobo. (*Leyendo.*) "Señor, un aviso saludable dado á
tiempo, probará á V. M. los lazos que en el dia me unen
á su real persona; el escrito adjunto convencerá desde
luego á V. M..." Otro documento... esto tiene trazas de
ser tambien un contrato de boda. ¿Qué quiere decir esto?
(*Leyendo el escrito con dolor y rabia.*) ¡Ellos! ¡ellos...!
¡ah! ¡es indigno! (*Cubriéndose los ojos con la mano.*)
¡Unos jóvenes á quienes queria como á hijos...!

Arabela. (*A William, y señalando al rey.*) Mira, Wi-
lliam, es una mala noticia. (*Los dos se acercan.*) ¡Que-
rido tío!

Jacobo. (*Estallando.*) Dejadme.

William. Señor...

Jacobo. (Volviéndose, y señalando á *William.*) Capitan, este jóven es vuestro prisionero. (Los guardias rodean á *William.*)

Gib. (Saliendo.) Señor, un descubrimiento horroroso.

Jacobo. ¿Qué hay?

Gib. ;Debajo de la cámara...! Sir Roberto...

Jacobo. ¿Está ahí...? Que nadie salga... (Señalando á *William.*) Capitan, apoderaos de todos sus papeles, y entregádmelos inmediatamente. (Vase con precipitación, seguido de *Gib.*)

ESCENA VII.

ARABELA. WILLIAM. EL CAPITAN. GUARDIAS.

Arabela. ;Oh! ;Dios mio...! ;*William*...! ;*William*.

William. Tranquilízate, *Arabela*, tranquilízate; todavía no está todo perdido; sospechan de nosotros... pero no tienen prueba alguna.

Arabela. No, no; todo lo sabe... ¿y nuestro contrato... nuestro contrato?

William. Lord Dudley le ha puesto en manos seguras.

Arabela. ;Pero sabes tú si es eso cierto? ¿di...?

William. Asi me lo ha afirmado él mismo... te lo juro...

Arabela. En vano te afanas por tranquilizarme... Yo quiero ver al rey.

ESCENA VIII.

DICHOS. EL REY.

Jacobo. ¿Adónde ibais?

William. Señor... (El oficial entrega al rey un papel hallado sobre *William.*)

Jacobo. (Abriéndole.) ;Un manifiesto! él tambien... Retiraos. (Vanse todos.— A *William* y *Arabela.*) Quedaos vosotros... (A *Arabela* y *William*, que los mira con indignacion.) ;Casados...!

Arabela. ;Piedad...! ;piedad!

William. No castigue V. M. mas que á mí... sé que merezco la muerte...

Jacobo. (Paseándose muy agitado.) Sí... la habeis merecido, porque sois un ingrato.

William. ¡Yo, señor!

Jacobo. (*A Arabela.*) Y vos tambien...

Arabela. ¡Ah! ¡no lo creais...!

Jacobo. (*Pascándose agitado, y deteniéndose de vez en cuando delante de ellos.*) ¿Quién os sacó de vuestra prision...? ¿Quién os ha traído á la corte para protegeros, para serviros de tutor...?

Arabela. ¡Vos! vos, señor...

William. No dudeis de nuestro agradecimiento, de nuestro cariño...

Jacobo. ¡Vuestro cariño, miserables jóvenes! ¡vuestro cariño! ¡Decís que me quereis, y cuando yo me bajo al nivel de vuestra edad, para tomar parte en vuestros juegos, para ser vuestro amigo, fraguáis intrigas con las gentes de vuestra servidumbre, á quienes engañais... dais valor á proyectos estravagantes que sin vuestro apoyo, sin vuestro nombre no hubieran pasado de absurdos desvarios, pues Dudley y sus cómplices cifraban sus esperanzas en un casamiento!

Arabela. Pero ese casamiento ha sido una ficcion, una estratagema, un juego.

Jacobo. ¡Un juego! ¡ah! ¡vosotros habeis creído que se jugaba con la ambicion el fanatismo y el odio! Pues tened entendido que vuestra loca imprudencia ha forjado una cadena de execrables pasiones, que de eslabon en eslabon os llevaba al asesinato.

Arabela. (*Aterrada.*) ¡Dios mio!

Jacobo. ¡Al asesinato...! y aun no digo bastante... ¿Sabeis lo que se ha encontrado bajo las bóvedas del parlamento, donde debian mañana tomar asiento á mi lado, mi familia, mis amigos, los hombres de mas valía de Inglaterra? En medio de un monton de barriles de pólvora, y decidido á pegarles fuego, uno de esos furiosos fanáticos, que por hacer que triunfe su partido sacrifican con la mayor impavidez á propios y á estraños, á sus enemigos y á sí mismos... mañana era el dia en que debia estallar la conjuracion de las pólvoras.

Arabela. ¡Oh! ¡eso es horrible!

Jacobo. ¿Y sabeis por qué debia ser mañana? porque ese casamiento, en el cual ha creído lord Dudley, daba hoy á su partido armas y derechos.

William. ¡Oh! no... no somos tan culpables.

:

Jacobo. Lo sois, vuelvo á decir. (*A William.*) Vos sobre todo; si tanta prisa teniais de morir en un cadalso como vuestro padre, ¿por qué habeis envuelto en vuestra desgracia á esta pobre jóven, precipitándola de nuevo en la prision, que la reclamará bien pronto...? ¿No sabeis que he jurado esta mañana no conceder perdon alguno...? ¿Habeis creido que yo podria ser perjuro? No, ¡por San Jorge!

Arabela. ¡Oh! piedad... señor...

Jacobo. No hay piedad para él, que me priva á la vez de dos amigos, de dos hijos, que, en la edad en que el alma es noble y generosa, abriga ya criminales intentos.

William. Tomad mi vida, señor; pero no me calumniéis.

Jacobo. ¡Calumniarte! ¿y este escrito ballado sobre tí...? ¿este escrito que acaban de entregarme...? “Manifiesto al pueblo de Inglaterra y de Escocia... Considerando que el rey »Jacobó I ha sido para nosotros un padre, que nos ha »sacado de la Torre donde estábamos presos... y que sería la mas negra ingratitud de parte nuestra... renuncio formalmente en su favor...” (*Llorando.*) ¡Qué es lo que leo...! ¡Ah! ¡ah! ¡desventurados jóvenes! ¡desventurados! (*Déjase caer en un sillón.*)

Arabela. (*A William.*) Llora, William... llora...

William. Pero... ¡Dios mio...! ¡nosotros habíamos hecho todo esto con sana intencion...!

Jacobo. Ahora lo conozco.

Arabela. Somos disculpables; ¡os queríamos tanto...!

Jacobo. Escelente razon para sir Roberto, que presidirá el consejo...

William. Mirad, señor... Arabela es mas jóven que yo, diré que la he engañado, que he abusado de su inespriencia; V. M. puede decir lo mismo, y al menos le quedará uno de los dos.

Arabela. ¡Oh! ¡querido tio, no le escucheis!

Jacobo. ¿Y quién ha de escucharle, si lo que dice no tiene asomo de razon...? ¿consentir que muera en un cadalso...! ¡un muchacho... que apenas cuenta veinte años...! Vamos á ver, decidme... Y es el caso que yo no pude estar mas razonable esta mañana... pero en fin, ya está hecho... Decidme, ¿quiénes son vuestros confidentes?

Arabela. Nadie...

Jacobo. ¡Nadie...! ¿Si al menos pudiésemos hallar un medio...?

Arabela. ¡Ay! sí, halladle, tío mio, halladle.

Jacobo. ¡Oh! eso es muy fácil de decir, pero...

William. Yo... con haber visto llorar al rey, no sé lo que me pasa... no se me ocurre ninguna idea.

Jacobo. Pues hijo, no dejas de tenerlas felices hoy... ¿Qué ruido es este?

ESCENA IX.

DICHOS. ROBERTO. GIB. FLEMING. SOLDADOS.

(*Roberto y Jacobo á un lado ; Gib un poco retirado ; Fleming á la misma altura ; William y Arabela en el foro ; Estefano oculto por los guardias.*)

William. ¡Sir Roberto!

Arabela. ¡Dios mio!

Roberto. Señor, en medio de los conspiradores que por todas partes nos rodean, acaba de ser cometido un nuevo crimen mas peligroso por sus consecuencias.

Jacobo. ¿Dónde, sir Roberto?

Roberto. Aquí mismo.

Jacobo. ¿Cómo?

Roberto. Esta noche se ha efectuado un casamiento secreto en vuestro propio palacio, en la cámara de la princesa Arabela.

William. ¡Gran Dios..!

Arabela. ¡Somos perdidos...!

Jacobo. ¿Y cómo habeis descubierto...?

Roberto. Tengo pruebas. (*Hace adelantar á Estefano, que estaba oculto detras de los guardias.*) ¡Este miserable, el herrero de Gretnagreen, me lo ha confesado todo!

Estef. Sí señor... es verdad: ¡soy un miserable...! pero he sido forzado.

Jacobo. ¿Y los culpables?

Roberto. Se obstina en decir que no los conoce; pero el tormento...

Estef. ¡El tormento!

Jacobo. (*Bajo á Gib.*) Gib, firmad este papel. (*Gib vacila.*) Firmad os digo. (*Mientras habla Roberto, Gib firma el papel y se le entrega á Jacobo.*)

Roberto. V. M. recordará lo que tuve el honor de manifestarle esta mañana, y la promesa que me hizo: empe-

ño mi real palabra, dijo, de no decretar durante un año ni perdon ni conmutacion de pena en los crímenes de lesa-magestad.

Jacobo. Asi es la verdad, y asi lo cumpliré: sir Roberto, todo lo sabia... el herrero ha usado de su privilegio; esta noche se ha contraido aqui mismo un enlace, regular segun nuestras leyes... se ha estendido y firmado un contrato que está en mi poder... vedle aqui.

Roberto. "Contrato matrimonial de miss Fleming y de James Gib."

Gib. (Admirado.) ¿Eh...? ¡yo...! ¡señor!!

Jacobo. Silencio, y no te pesará. (*Bajo á Gib.*)

Fleming. ¡Ah! Gib... ¿será cierto? (*Con alegría yendo á él.*)

Gib. (Aparte.) ¡Hola! parece que ahora no está sorda.

Jacobo. Las dos firmas estan ahí... Gib, apruebo vuestra eleccion. (*Gib hace un gesto.*) Ya era tiempo que premiáseis un amor de tantos años.

Gib. ¡De tantos años, sí señor...! doy gracias á V. M.

William y Arabela. (Que se han acercado á Jacobo.) ¡Ah!

Señor, ¡salvados...! ¡salvados por vos!

Jacobo. Christ... ¡bajito... bajito!

Roberto. (Aparte, mirando á Arabela.) Gracias, Dios mio: ¡me habia engañado!

Jacobo. (Aparte.) Vamos, hoy merezco ser rey... he salvado á dos infelices esta mañana... ¡y salvo ahora á estos pobres muchachos! (*A William y Arabela.*) Yo os guardaré el secreto y el contrato. En pago, queredme un poco, y no os metais por Dios á conspirar otra vez.

FIN DE LA COMEDIA.

BELTRAN EL NAPOLITANO.

DRAMA EN CINCO ACTOS,

escrito en francés

POR Mr. FEDERICO SOULIÉ,

Y TRADUCIDO

POR DON ISIDORO GIL.



MADRID

IMPRENTA DE REPULLÉS.

Abril de 1844.

PERSONAS.

BELTRAN.

ANDRÉS.

LORD MORTON.

JORGE.

PEDRO.

RUFFI.

JOB.

LEONOR FONSECA PIMENTEL.

LADY MELTON.

CATALINA.

Nápoles: año 1798.

Este Drama , que pertenece á la Galeria Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y extranjero; quien perseguirá ante la ley al que le reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la Real orden inserta en la Gaceta de 8 de Mayo de 1837, y la de 16 de Abril de 1839, relativas á la propiedad de las obras dramáticas.

Acto primero.

Una plaza: á la izquierda del espectador la puerta de un palacio; á la derecha lo mismo.

ESCENA PRIMERA.

PEDRO, tendido delante de la puerta de la derecha.
Entran LORD MORTON y JORGE, por distintos lados:
ambos embozados en sus capas.

Morton. Vaya! por fin encuentro alguien (*Reparando en Jorge.*) que... Amigo, me daríais las señas del palacio del embajador inglés?

Pedro. Hola! qué es esto? (*Aparte incorporándose.*)

Jorge. Del embajador inglés...! yo creí que había partido de Nápoles.

Morton. Eso es imposible; lord Melton no ha debido abandonar su puesto.

Jorge. Pues habrá hecho mal en no abandonarlo, porque si los franceses, como es probable, entran hoy en la ciudad, tendrán derecho de retener en calidad de prisionero al embajador de una potencia enemiga.

Morton. Caballero, os pido me disimuleis el tono con que al principio os he hablado; y que lord Melton haya ó no hecho lo que decís, que haya ó no partido, yo os agradecería muchísimo me indicáseis su morada.

Jorge. Lo siento, caballero, pero cuando os he encontrado andaba buscando también quien me enseñara mi camino.

Morton. Según eso no sois de Nápoles?

:

Jorge. Ni vos tampoco, á lo que veo.

Pedro. Levantémonos; aquí hay algo que ganar. (*Levantándose.*)

Morton. En ese caso, os saludo, caballero.

Jorge. Id con Dios.

(*Pedro se acerca á ellos cantando.*)

Pedro. Los macarrones
con poco queso...

Jorge. Ah! este es por fuerza del país y podrá guiarme...

Pedro. (*Cantando.*) Y despues de eso
dormir al sol...

Morton. Calla, un Lazzaron! este me sacará del apuro.

Jorge. Eh! amigo!

Morton. Oye! perillan!

Pedro. Amigo...! perillan...! Este es un (*Señalando á Jorge.*) cualquiera... Y este, un (*Señalando á Morton.*) príncipe. En qué puedo servirlos, excelencia?

Morton. En dónde está el palacio de la embajada inglesa?

Pedro. El palacio de la embajada inglesa... Pues friolera es...! si os hallais á una milla distante, lo menos.

Morton. Eso es mentira... Yo sé que no está lejos de la iglesia de San Pedro, y aunque hace mas de 25 años que no la he visto, sin embargo la he reconocido al momento.

Pedro. Ah! pues entonces podeis buscarlo vos mismo... Vamos al otro. (*A Jorge.*) Qué desea V. A.?

Jorge. Sabes la casa de la señora Leonor Pimentel?

Morton. Leonor Pimentel! (*Aparte.*)

Pedro. Yo lo creo... pero primero hay que atravesar toda la ciudad.

Jorge. Mientes, porque yo sé que está enfrente del palacio de la embajada inglesa, y ese caballero acaba de decir que el palacio se halla por aquí cerca.

Pedro. Pues entonces, el diablo os guie!

Morton. No, yo creo que serás tú... y esto me parece que acortará las distancias. (*Dale una moneda.*)

Pedro. Una guinea...! Oh! es un Par de Inglaterra.

Jorge. Toma... á ver si encuentras un camino mas corto. (*Idem.*)

Pedro. Cinco francos...! el gorro (*Con desprecio.*) de la libertad...! oficial francés por fuerza.

Morton. Vamos, anda.

Jorge. Ea, ya te sigo.

Pedro. Es inútil, caballeros. (*Señalando las segundas puertas de derecha é izquierda.*) Ese es el palacio de lord Melton, y ese otro el de la señora Pimentel.

Morton. Bribon!

Jorge. Tunante!

Pedro. Qué quereis, señores...! Tengo muger y ocho hijos.

Morton. Vuelvo pues á ver á Clara... Quién me hubiera dicho que debía encontrar aqui de marquesa y embajadora á la muger á quien seis años há dejé escapar de mi buque?

Jorge. Voy á conocer por fin á Leonor. (*Llaman.*)

Una voz. Quién?

Morton. Lord Morton! Gracias al cielo!

Otra voz. Quién es?

Jorge. El comandante Jorge.

Voz. Entrad, que os aguardan. (*Éntranse cada uno por su puerta.*)

ESCENA II.

PEDRO. BELTRAN, corriendo á la puerta de LEONOR, que vuelve á cerrarse.

Beltran. Pedro, quién ha entrado ahí?

Pedro. En dónde?

Beltran. En casa de la señora Pimentel.

Pedro. Un jóven.

Beltran. Un jóven...! no puede ser!

Pedro. Toma...! y por qué no?

Beltran. Por qué no...? porque... porque es imposible.

Pedro. (*Levantándose en un banco de piedra, al lado de la puerta de lord Melton.*) Ba! ba! ba!

Beltran. Nada...! (*Aplicando el oído á la puerta de Leonor.*) No oigo nada... Un jóven, dices? y le conoces, Pedro...? Tú conoces á todo Nápoles.

Pedro. Pues á ese no le conozco.

Beltran. Cuánto te ha dado para que calles?

Pedro. Para que calle, nada; pero me ha dado este escudo francés para que le enseñase la casa de la señora Pimentel.

Beltran. Segun eso no la conocia?

Pedro. La casa, no; pero á la señora lo ignoro.

Beltran. No importa...! no sabia la casa...! no puede ser un amante.

Pedro. Ignoro si es amante; lo que sí sé, es que habia cita: porque cuando ha dicho su nombre, le han respondido: entrad, que os aguardan.

Beltran. Una cita...! un jóven...! Ah! no me apartaré de aqui hasta que le haya visto salir. (*Siéntase en el banco de piedra de la casa de Leonor.*)

Pedro. Si hubieras estado toda la noche tendido junto á esa puerta, como acostumbras, le habrias visto entrar, y á estas horas ya habrias concluido tu centinela.

Beltran. No lo habria visto, Pedro, porque te juro que no habria entrado.

Pedro. Qué diantre! Beltran...! parece imposible que el mayor holgazan de Nápoles, y el mas alegre cantor de la playa, se haya vuelto tan feroz y de genio tan sombrío de algun tiempo á esta parte! Figurósceme al principio que el consejo de Estado, que gobierna el reino en ausencia del rey, te habia comisionado para vigilar á la señora Pimentel, rival tuya en la poesia y alma de todos los complots republicanos; pero al verte tan dispuesto á despachar á sus visitadores nocturnos sin informarte de si es un galan ó un emisario francés, empiezo á creer...

Beltran. Un emisario francés...! tienes razon, Pedro, eso debe de ser... y yo he sido un loco al pensar que Leonor Pimentel, la hermosura, la virtud, el genio, podia empañar de esta suerte la aureola de gloria y de pureza que la corona.

Pedro. Cuidado, Beltran, que empiezas á improvisar...

Beltran. Te digo que es un emisario francés. (Ah! ojalá sea verdad!)

Pedro. En ese caso, no la arriendo la ganancia... porque si no pierde su reputacion, perderá su cabeza.

Beltran. Y quién osaría tocar á Leonor, honra, prez y gloria de la Italia?

Pedro. Que vuelves á improvisar, Beltran... El consejo de Estado ha hecho cortar cabezas que sustentaban coronas ducales que valian tanto como las coronas académicas de la señora Leonor... Los franceses no estan aun en Nápoles.

Beltran. Pero estarán hoy, porque se han suspendido las

hostilidades, y el consejo recibe dentro de dos horas á los plenipotenciarios del general francés.

Pedro. No digo que no: sin embargo de que lord Melton, ó por mejor decir lady Melton, no ha salido aun de Nápoles... y sabes muy bien que el consejo de Estado es esclavo del embajador inglés, á quien esclaviza su muger.

Beltran. Tienes razon... (*Levantándose.*) Esa infame muger está todavía aqui... Veo luz en su cuarto...

Pedro. Piano... pianísimo sobre esta materia, Beltran... Yo te dejo admirar en paz á la pedante Leonor... y permítteme que tenga cierta idea sobre la embajadora.

Beltran. Tú!

Pedro. Yo...! yo!

Beltran. Y bien mirado, por qué no? Pedro, toma á tu vez la guitarra, vé á sentarte al anochecer al pie de una columna, canta algunas de esas canciones que reunen en torno del improvisador una multitud silenciosa y estasiada, y acaso de repente descubras una camarera que te hace señas; la seguirás, atravesando mil desiertas calles; te tapanán los ojos con un pañuelo; te harán entrar por una puerta secreta; pisarás el pavimento de marmol, las blandas alfombras de un palacio, y de pronto te hallarás en presencia de una beldad soberana que se arrojará en tus brazos como si te amase, y que luego te despedirá diciéndote: no os conozco: jamas os he visto.

Pedro. Bonita historia es esa, Beltran; pero voy á contarte otra que puede ser verdad, si la tuya no es mentira. Anda por ahí un Lazzaron que no es buen mozo como tú, que no canta como tú, acompañándose con su guitarra, y á quien sin embargo esa muger, sabiendo que el feliz preferido no es mas que un charlatan desdeñoso, puede decir en voz baja: "tienes un buen puñal en tu cintura; haz callar á un cierto cantor que habla demasiado..." El Lazzaron es hombre que lo entiende, y cuando haya hecho callar al indiscreto, es muy posible que sea tan dichoso como el improvisador.

Beltran. Eso es cierto, Pedro, y te deseo (*Mirando á casa de Leonor.*) esa felicidad.

Pedro. Me la deseas...? Segun eso no hablabas de tí?

Beltran. Oh! es preciso que yo sepa (*Distraído.*) quién es ese hombre. (*Vuélvese á sentar.*)

Pedro. Toma...! y puede que sea verdad; las mugeres son tan caprichosas, y luego... No sería la primera que hubiera corrido tras de él... y sin ir mas lejos, ahí está su prima la pobre Catalina...

ESCENA III.

DICHOS. JOB, con una maleta.

Job. Loado sea Dios...! Ya estoy por fin en la tierra santa de la pereza y de los placeres; lo he leído en el Manual del viajero, y me he aprendido de memoria aquel pasage que dice: "En Nápoles se pasa la mitad de la vida durmiendo, y la otra mitad cortejando." Oh Nápoles! yo saludo tu sol, tu dulce ambiente, tu mar, tus hijos... Y á vos tambien os saludo, caballero. (*A Pedro, que se le ha acercado.*)

Pedro. Un hombre solo con una maleta...! Bah! si Beltran tiene escrúpulos, haremos por acallárselos... démonos prisa, que el día se echa encima. (*Entre tanto Job, que se ha estado paseando por la escena mirando al cielo, tropieza con Beltran.*)

Beltran. Oiga, animal...! qué se le ofrece?

Job. Os saludo tambien, caballero... preguntaba por el palacio de la embajada inglesa.

Pedro. Otro...? y quién eres tú para preguntar eso?

Job. Yo soy Job, criado de lord Morton.

Beltran. El almirante Morton está aqui?

Job. Sí señor, y vengo á vestir á mi noble señor, conforme á mi deber.

Pedro. Calla...! entonces habrá en esa maleta un uniforme completo de almirante.

Job. Sí señor.

Pedro. Cubierto todo de bordados de oro, del mas superior... (Vale la pena el quitárselo.)

Job. Sí señor, y si quereis decirme en dónde está la embajada, iré á vestir á mi...

Beltran. Y con qué motivo quiere vestirse de gala el señor almirante?

Job. Será sin duda para ir á batirse con los franceses... á no ser que esté convidado á comer en casa de algun amigo. (*Pedro esconde la maleta debajo del banco.*)

DICHOS. EL MARQUES RUFFI.

Ruffi. Pedro! (*Entra muy apresurado.*)

Pedro. Monseñor!

Ruffi. Es preciso que reunas al momento... pero ante todo, no has visto por aqui una especie de criado inglés?

Pedro. Que tiene trazas de tonto, con una maleta? ahí está.

Ruffi. Vuestro amo os está ya aguardando.

Job. Voy al momento... Calla! y mi maleta?

Pedro. Y es verdad; qué habeis hecho de ella, amigo mio?

Ruffi. Vamos... despachaos... que os estan esperando.

Job. Qué he hecho de ella...? la he traído hasta aqui...!

Pedro. Toma! eso ya lo he visto yo, y si vuestro amo os riñe, no teneis mas que llamarme, que yo certificaré...

Job. Pero por fuerza me la han quitado... Por casualidad, me la habriais quitado vos? (*A Beltran.*)

Beltran. Por vida de Satanás! á quién (*Levantándose furioso.*) estás hablando, perro inglés?

Job. Qué es lo que decís contra (*En posicion de boxador.*) los ingleses?

Pedro. Haya paz. Este chico pregunta si has visto su maleta.

Beltran. Sí, he visto que la escondias bajo aquel banco para robársela.

Pedro. Ah! sí, no me acordaba; la puse (*Yendo á buscarla.*) allí, por si pasaba alguno no pisase el noble uniforme de vuestro noble amo.

Job. Gracias, caballero, gracias. Y lo que es ese tuno que me ha llamado...

Beltran. Perro inglés!

Job. Algun dia ó alguna noche me la pagará. (*Éntrase en el palacio de la embajada.*)

Ruffi. Ea, ea...! id de prisa... id de prisa.

Pedro. Tonto, hubieramos partido. (*Bajo á Beltran.*)

Beltran. Como á mí no me gusta partir con nadie, se lo he dado todo.

Pedro. Bah! no importa; algo le (*Mirando á Job.*) pillaré si se queda en Nápoles.

DICHOS, *menos* JOE.

Ruffi. Pedro, escucha bien mis instrucciones.

Pedro. Escucho.

Ruffi. Dentro de un momento el almirante Morton, cuya escuadra se ha presentado esta mañana á la vista de Nápoles, va á ir al consejo, que no da audiencia á los plenipotenciarios franceses para tratar de la rendicion de la ciudad hasta dentro de dos horas.

Pedro. Entiendo... quiere decir, que cuando lleguen ya no habrá nada de semejante rendicion, y se tendrán que volver por donde han venido.

Ruffi. Es probable; pero el almirante no creía la cosa tan adelantada, y al decirle lord Melton en qué altura se hallaba el asunto, ha faltado muy poco para que nos abandonase, y lo hubiera hecho, á no haberle yo dicho que las negociaciones del consejo eran contrarias al voto unánime de los habitantes, que querian defenderse á toda costa.

Pedro. Y bien sabéis que es todo al revés, pues si el consejo se decide á capitular, es porque la tropa y el paisanaje no quieren rendirse.

Ruffi. Sí, es cierto; las tropas desmoralizadas con la derrota de Macc; la gente que sueña en Nápoles una revolucion igual á la de la Francia, pero nosotros los nobles, vosotros, el verdadero pueblo...

Pedro. Ah! sí, que nos den armas... y vereis.

Ruffi. Se os darán... los buques ingleses os las traen; mas para eso es menester que el almirante se convenza bien de que una parte, al menos, de la poblacion está decidida á combatir hasta el último momento. Para eso pues tienes que reunir aqui á todos tus camaradas, y así que el almirante se presente gritareis: vivan los ingleses! nada de capitulacion! mueran los franceses!

Pedro. Bien, gritaremos: y qué mas?

Ruffi. Le acompañareis siempre gritando hasta el consejo, que reanimado por la venida de la escuadra, exaltado por vuestro entusiasmo, desechará las proposiciones de esos miserables franceses... y entouces...

Beltran. Y entonces qué?

Ruffi. Entonces, infelices de los que los han llamado, de los que desean verlos triunfar, de los que con esos republicanos franceses conspiran contra la libertad de Nápoles!

Pedro. Sí, mouseñor, desgraciados de ellos! pues supongo que el consejo será bastante justiciero para entregar sus cabezas á los verdugos y sus casas al saqueo... qué te parece, Beltran?

Beltran. Nada, sino que pienso que cuando hayais arrojado de Nápoles á esos franceses, á quienes odio mas que nadie, y que hoy se venden por amigos, será necesario estorbarles que entren como enemigos.

Ruffi. Lo que es eso queda á nuestro cargo... con que Pedro, despacharse... porque el almirante va á salir al momento para el consejo.

Pedro. Mouseñor, yo iré tan de prisa como querais... pero para gritar con toda nuestra alma, es preciso tener la garganta espedita y...

Ruffi. Abi dentro hay con que dar voz á cien mudos; despáchate, y volved pronto.

Pedro. Descuidad, que no gastaremos mas que el tiempo preciso para remojar un poco las fáuces.

ESCENA VI.

PEDRO. BELTRAN. Luego LEONOR y JORGE.

Pedro. Con que ya has oido: quieres ser de los nuestros?

Beltran. De cuáles?

Pedro. De los entusiasmados por los ingleses; como tienes una voz sonora y fuerte, te pagaré por cuatro; toma un ducado.

Beltran. Vete, Pedro, vete... oigo ruido en casa de Leonor... Voy por fin á saber quién es ese hombre!

Pedro. Quién es... mejor harías en averiguar lo que tiene. Ea, hasta luego, pues espero que te encontraremos aqui por variar. Qué diantre! yo tambien estoy enamorado, pero eso no quita para que vaya á mis quehaceres... verdad es que tú no tienes muger y ocho hijos... Hola, aqui vienen algunos que me aborran la mitad del camino. *(Llegan varios Lazzaroncs: Pedro al foro hablando con ellos. Entran en escena varios mercados ambulantes: salen Leonor y Jorge.)*

Leonor. Me envanece, Jorge, el veros tan jóven, y depositario ya de tan alta confianza: partid, y el cielo quiera concederos un feliz éxito.

Jorge. Francés de adopción, pero italiano de nacimiento, defenderé como debo la patria que aun no puedo reconocer.

Leonor. Repetid bien al ilustre Championnet que Nápoles no es solo una conquista; que es la libertad de un pueblo abandonado, por una parte, á la tiranía de una raza insolente, y por otra al furor de un populacho supersticioso y feroz.

Jorge. Ya lo sabe, Leonor; como tambien los valientes esfuerzos que haceis para que nuestras armas triunfen, porque sois francesa de corazón.

Leonor. No, Jorge, soy italiana; pero ya que Dios ha negado á mi país el estar á la cabeza de los pueblos que quieren reconquistar sus derechos, trato de que seamos al menos los primeros en seguir á la gran nación que nos enseña el camino.

Jorge. Repetiré vuestras palabras á Championnet, que sabe comprender muy bien las almas grandes, y que os juzgaba perfectamente cuando me decia: "es el genio de Saló, y el valor de madama Roland."

Leonor. Que murió en el patíbulo!

Jorge. Sí, pero vos no sois supersticiosa.

Leonor. Y aunque lo fuera, Jorge, ese porvenir no me haría vacilar un momento en seguir mi marcha... Mas ya es tiempo de que nos separemos... no olvidéis de que me habeis prometido venir á decirme el resultado de vuestra conferencia, sea cual fuere. No es por mí sola, ya lo sabeis. Todos los que se han declarado amigos de la libertad esperan este resultado con inquietud é impaciencia.

Jorge. Resultado que no puede ser dudoso.

Leonor. Así lo espero, Jorge... mas tambien tenemos que hablar de nosotros... de ella... de vos...

Jorge. Ah! sí; gracias, Leonor, gracias... aun ignoraba yo todo lo que podía haber de grande y de noble en el corazón de una muger. (*Bésala la mano.*)

Beltran. Quién es este hombre!

Leonor. Maffei y Psatti os acompañarán para mayor seguridad. (*Indicándole dos lacayos.*)

Beltran. Aunque fueran diez! Es preciso (*Mientras Leonor y Jorge se despiden.*) que este hombre me diga quién es. (*Vase Jorge seguido de los dos criados.*)
Beltran va á seguirle, mas sale Andrés y le detiene.)

ESCENA VII.

LEONOR. ANDRÉS. BELTRAN. PEDRO, &c.

Andrés. Te hallo al fin, miserable!

Beltran. Mi padre!

Leonor. Beltran! (*Aparte.*)

Andrés. Quieto, quieto... te digo... (*Deteniendo á Beltran.*) y puedes escucharme bien, porque es la última vez que vengo á preguntarte si quieres ser hombre honrado.

Beltran. Padre mio, yo nada os pido.

Leonor. Al fin sabré quién es ese hombre. (*Párase delante de una muger que vende cintas.*)

Andrés. Nada me pides, pero hace veinticinco años que murió mi hija Mariana, tu madre, y te he dado pan todo este tiempo sin que tú me lo pidieses... como se lo he dado á tu desdichada prima Catalina, huérfana, cual tú, mientras he tenido fuerzas para ganarlo. Y ahora que soy viejo, ahora que no queda en mi casa mas que una pobre niña muda, que nada puede, ahora que eres un hombre... crees que me has pagado diciéndome: "yo nada os pido?"

Beltran. (*Aparte.*) Se ha quedado alli. (*Siéntase en el banco del palacio de lord Melton.*)

Andrés. No respondes... ah! apelo á todos los que me escuchan. Nuestros Lazzarones no son en efecto, y se lo digo en su cara, muy amigos de trabajar... pero no hay uno que no mantenga á su muger... no hay uno solo que no se apiade de sus padres desvalidos!

Beltran Y no se mueve! (*Aparte.*)

Andrés. Pero qué te pasa... qué quieres... dónde tienes la cabeza, Beltran...? Mira, vuelve á la granja; á pesar de como estan los tiempos, podemos aun ser ricos si tú quieres trabajar, pues ya me he quedado sin trabajadores, pero al menos me han dejado para ir á batirse, al paso que tú... tú, Beltran... (*Este se aleja.*) Mas... cielos,

se ha vuelto enteramente loco...? Quién le ha podido reducir á este estado?

Pedro. El amor! (*Bajo.*)

Leonor. Gran Dios! (*Aparte.*)

Pedro. De tal suerte, que se pasa todas las noches tendido en el umbral de la morada de su amante.

Leonor. Y es cierto! (*Aparte.*)

Pedro. Cantando versos apasionados.

Leonor. Infeliz! (*En la puerta de su casa.*)

Pedro. Soñando que algun día será posible que su divinidad... su musa... su santa...

Andrés. Ah! sea quien quiera! maldicion sobre ella!

Pedro. No tan alto, porque puede oiros.

Andrés. Pues qué! sería esa muger... (*A media voz.*)
Leonor... la hija de Margarita Storelli... Ah! si yo lo supiera...

Pedro. Es posible... eh!

Beltran. Cállate, Pedro. (*Con violencia.*) Padre mio, volveré á la granja cuando querais. (*Con dulzura.*)
(*Leonor entra en su casa.*)

Andrés. Pues bien, Beltran, voy á llevar este dinero al mayordomo del marques Ruffi... espérame aqui, y nos iremos juntos. (*Vase.*)

Beltran. Bien está. (Tiene razon: conozco que me vuelvo loco.) (*Siéntase junto á la puerta de Leonor.*)

ESCENA VIII.

PEDRO. RUFFI. LORD MORTON. LADY MELTON. PUEBLO.
OFICIALES INGLESES, &c.

Ruffi. Milord, permitidme que me felicite yo mismo de ver á un guerrero tan célebre como vos acudir en auxilio de nuestra desgraciada ciudad.

Morton. Esta casa...

Lady. Y debemos felicitarnos tanto mas, cuanto que sabemos, milord, con qué ansia habeis solicitado el mando de la escuadra.

Ruffi. Nadie debe asombrarse de ver á lord Morton buscar, á toda costa, nuevas ocasiones de adquirir gloria.

Morton. Gloria...! quizá no sea ese mi único motivo, marques.

Lady. Me hariais envaneecer si me atreviese á sospechar que os ha traído aqui el recuerdo de un tierno afecto.

Morton. Sí, el recuerdo de un tierno afecto, milady, es verdad...! Pero (*Aparte.*) no el que vos suponéis.

Lady. Siempre á esa puerta, Beltran... Con que será verdad que la bella Leonor...

Beltran. Bien sabéis ya, milady, que no os conozco. (*Vase.*)

Lady. (Todavía!) Milord, he dispuesto dar un baile esta noche, para hacer ver á Nápoles que la llegada de vuestra escuadra debe ser un motivo de seguridad para ella; por lo tanto cuento con vos y con vuestros oficiales. (*A los oficiales.*)

Morton. Cuanto mas miro esta casa, mas voy recordando... sí, ahí era donde vivía la infeliz Margarita Storelli.

Lady. Pero qué tenéis, milord? Estais triste, y parece que esa puerta tiene un gran atractivo para vos, pues no apartais de ella los ojos.

Morton. Es que creo reconocer esa casa.

Lady. Por haberla visto esta noche?

Morton. No, estos recuerdos datan de mas de 25 años; yo no era entonces lord Morton, sino el caballero Dudley, y viajaba, como todos los jóvenes, prra instruirme.

Lady. E instruir á alguna bella dama que habitaba ese palacio?

Morton. Nada de eso... pero desearia saber...

Lady. Ah! milord, yo no tengo celos de lo pasado... aqui tenéis al marques, que conoce la historia de Nápoles y que podrá ayudaros á recordar... (*Apártase á hablar con los oficiales.*)

Morton. Señor marques, qué ha sido de la familia que vivía en este palacio veinte años há?

Ruffi. La familia de los Storelli?

Morton. Precisamente.

Ruffi. El conde y la condesa murieron despues que su hija Margarita se casó.

Morton. (Casada...!) Y con quién casó?

Ruffi. Con el marques de Pimentel.

Morton. El marques... entonces Leonor es la hija de Margarita Storelli?

Ruffi. Sí, milord, su hija única.

Morton. Y qué edad tendrá?

Ruffi. Unos veinte años, milord.

Morton. Veinte años...! (No...! no puede ser ella...!) Y la madre de Leonor, qué se hizo?

Ruffi. Devorada por un pesar, cuya causa nadie supo jamas, murió hace dos años, á poco de la ejecucion de su marido, condenado á muerte por conspirador; su hija ha heredado el mismo espíritu de rebelion.

Morton. Lo sé... (*Aparte.*) Es una esperanza bien débil, y sin embargo... Milady, (*A lady Melton.*) quisierais hacerme un favor?

Lady. Os he rehusado algo para que lo dudeis?

Morton. Es únicamente que envieis un billete de convite para vuestro baile de esta noche á la señora Leonor Pimentel.

Lady. Pues qué! pensais que esa muger...

Morton. Leonor en el baile de V. E. sería un golpe decisivo para el partido republicano, que perdería con esto su gefe mas hábil.

Lady. Es asi como debo tomarlo, milord? Ruffi no sueña mas que en política, pero vos... Leonor es bella... célebre...

Morton. Me creéis demasiado presuntuoso, y no os haceis justicia: no conozco, ni jamas he visto á Leonor. Pero por razones que vos aprobareis, cuando las sepais de mi boca, es preciso que la vea y que la hable.

Lady. Agradecedme pues mi condescencia, milord, pues no sé por qué, tengo un instinto de odio contra esa muger, y...

Ruffi. Tomad, milady. (*Dando un billete á lady Melton.*)

Lady. Aqui teneis, milord; (*Entregádoselo á lord Morton.*) vos salís responsable.

Morton. Job! Job!

Job. (*Que hablaba con Pedro. Acércase, y mientras le habla Morton mira atentamente á lady Melton.*)
Aqui estoy!

Morton. Has de llevar ese billete ahí enfrente.

Job. Cielos...! Dios mio...! si... ella es... ella, Betty...!

Lady. Gran Dios! este hombre aqui!

Morton. Eh! qué tienes para mirar asi á milady, tonto?

Job. Milady!

Morton. Vé pronto adonde te he dicho.

Lady. Ruffi... (*Le habla bajo.*)

Job. Está bien, milord... Milady...! yo (*Yéndose.*) estoy

soñando... es imposible...! Betty convertida en milady...

(*Entrando.*) Puede que sea el clima de Nápoles.

Ruffi. (*Que ha estado hablando á Pedro, mientras Job llamaba á la puerta de Leonor.*) Pues ese hombre de cualquier manera, y antes de la noche, es menester que haya desaparecido... Lo ha mandado milady.

Pedro. Bah! con que es menester... (*Hace como quien da de puñaladas.*)

Ruffi. Sí.

Pedro. Ya decia yo que le habia de quitar algo á ese mozo.

Lady. Con que, milord, no vais al consejo á decir que la Inglaterra envia su escuadra en defensa de Nápoles?

Morton. Sí... sí... milady... voy al punto.

Lady. Y yo os pido permiso para acompañaros, milord, ya que lord Melton no puede hacerlo á causa de su salud: es necesario que el pueblo napolitano sepa que todos los ingleses estan animados del mismo celo en pro de su causa.

Ruffi. Lo oís, valientes napolitanos? (*Señales de asentimiento en el pueblo.*)

Morton. Venid, pues, milady, venid.

Lady. No olvideis nada, Ruffi.

Ruffi. No acostumbro á hacerlo. Hijos, ved aqui á vuestro libertador lord Morton.

Todos. Viva lord Morton...! Viva lady Melton!

Ruffi. Bien empezado, Pedro: es preciso concluir. (*Vanse: el pueblo los sigue gritando: viva lord Morton! nada de capitulacion.*)

ESCENA IX.

PEDRO. JOB.

Pedro. Y si fuese siquiera un hombre... (*Mirando á Job.*) yo que jamas he podido matar una gallina... pero en fin, cuando se tiene muger y ocho hijos...

Job. Yo estaba encandilado... por fuerza... Betty Stacke convertirse en lady Melton...! Cá...! es imposible.

Pedro. Estamos casi solos... pero pudiera pasar alguno... ademas qué me ha dicho monseñor? que le haga desaparecer... voy á proponerle un paseo al mar.

Job. Y sin embargo, yo creo... porque (*Aparte.*) ella dió un grito al verme.

Pedro. (Qué diantre de idea tendrá lady (*Aparte.*) Melton en deshacerse de ese pobrete... Aquí debe de haber gato encerrado... no sería malo averiguar...) A Dios, amigo.

Job. Hola! sois vos...? me alegro encontraros: parecéisme hombre de bien.

Pedro. Favor que me dispensais... os gustan los macarones?

Job. No, prefiero el besteeek.

Pedro. Vaya, y no me acompañaríais á tomar un vaso de limon aquí cerca?

Job. Gracias; me gusta mas la cerveza.

Pedro. Voy viendo que no se os puede ofrecer nada.

Job. Sí tal... y no os costará muy (*Aparte.*) caro.— Mucha finura... Esa señoira que estaba ahí es lady Melton?

Pedro. Que se casó con lord Melton, tres años há; eso lo sabe todo Nápoles.

Job. Ah! Ah...! y de dónde venia... cuando vino á Nápoles...?

Pedro. Toma! sería de Inglaterra, porque es inglesa; pero vos debéis saberlo mejor, porque me ha hecho un encargo tocante á vos.

Job. Un encargo...? y... y cuál es?

Pedro. Ya os lo diré; se trata de vuestra fortuna y de algo mas...

Job. Bien! quiere pagarme para (*Aparte.*) que calle...! Ella es.

Pedro. Pero antes es menester que yo sepa si sois el hombre que ella cree.

Job. Aquí, para entre los dos, yo soy.

Pedro. Segun eso la conocéis?

Job. Yo lo creo! desde que era tamañito, que estaba yo de groom en casa del duque de Newcastle, y ella de doncella de la duquesa.

Pedro. Lady Melton!

Job. Es decir, Betty Stacke!

Pedro. (Ahora sí que entiendo por qué (*Aparte.*) ha de haber desaparicion.) Con que era doncella... es decir, una jóven que hacia compañía á la duquesa.

Job. Sí, doncella... es decir... criada.

Pedro. Criada! (Este tiene ganas de (*Aparte.*) morir.) Y luego qué sucedió?

Job. Luego, aqui para los dos, la duquesa la despidió... por-

que el duque... pues...! Entonces la embarcaron una noche en un buque de guerra que daba la vela para... ya sabéis...

Pedro. Nada mas que eso...! (Y yo he (*Aparte.*) de matar á este chico! no, no seré tan tonto; al contrario, le guardaré en conserva.)

Job. Y toda Inglaterra la creía allá.

Pedro. Pues! pero sin duda, durante la travesía, el capitán...

Job. Perderia la ruta y... vamos, si yo estoy atónito de cómo puede haber olvidado á un antiguo camarada.

Pedro. No se ha atrevido, amigo... y asi es que me ha encargado...

Job. Que pagarais mi silencio?

Pedro. No, que hiciera desaparecer tu individuo.

Job. Y qué significa eso?

Pedro. Es un modo muy general de decir á un hombre inteligente que es dueño de coser á puñaladas, ahogar, estrangular, ó quemar, al individuo recomendado, con tal que no se vuelva á hacer mas mencion de él.

Job. (*Gritando.*) Yo soy ciudadano inglés... Estoy bajo la proteccion de lord Morton.

Pedro. Estás bajo la hoja de este puñal... y no me gusta que nadie me desgarre inútilmente los oídos... Solo que me da lástima de tu juventud, y aunque tengo ya una muger y ocho hijos á quienes mantener, quiero adoptar-te, arrancándote de este modo á tu fatal destino.

Job. Pero es que yo no quiero ser hijo vuestro.

Pedro. Entonces tendré que recordar el encargo de mi lady.

Job. Oh! para qué habré yo salido de Inglaterra?

Pedro. Para qué? para ser alegre Lazzaron como yo; vas á acompañarme hasta aquella esquina: allí abandonarás ese ignoble trage, que coarta la libertad de los movimientos y... mira, estarás soberbio asi.

Job. Y qué tendré que hacer?

Pedro. Nada, lo que se llama nada.

Job. Nada...! pues ya es algo.

Pedro. Ea, alguien viene... despachemos.

Job. Si me dejáseis ir á tomar algunos efectos á palacio...

Pedro. Qué idea...! este chico promete... Pero... ah! lady Melton...

Job. Lady... lady...

Pedro. Di, y si te encuentra vivo...?

Job. Ah! sed mi padre, y salvad á vuestro hijo!

Pedro. Al cabo dí con la fortuna. (*Vanse.*)

ESCENA X.

BELTRAN. JORGE.

Jorge. Será traicion... será uno de esos azares de la guerra que destruyen los planes mejor combinados...? Sea lo que fuere... Leonor está en inminente riesgo despues de lo que ha hecho... y es menester que abandone á Nápoles.

Beltran. Va á su casa. Él es. (*Se pone delante de la puerta.*)

Jorge. Entremos!

Beltran. Adónde vais?

Jorge. Qué os importa?

Beltran. Quién sois?

Jorge. (*Desembozándose y echando mano á la espada.*)
Quereis saberlo?

Beltran. Un oficial francés... Ignorais que en las calles de Nápoles resuena el grito de... Mueran los franceses! mueran los traidores!

Jorge. Porque los he oido, es por lo que quiero entrar en esta casa.

Beltran. Para esconderos.

Jorge. Me habeis mirado bien?

Beltran. (*Es valiente; (Aparte.) debe ser amado...*) No entrareis en esta casa.

Jorge. Miserable!

Leonor. (*Saliendo.*) Qué es esto? qué hay? (*Beltran se retira.*)

Beltran. Condenacion! es ella!

Jorge. Lo que hay, Leonor, es que la audiencia concedida á nuestros plenipotenciarios era un ardid para dar á los ingleses tiempo de llegar.

Leonor. A los ingleses!

Jorge. Escuchad.

Gritos á los lejos. Viva lord Morton...! Mueran los franceses...! Mueran los traidores!

Jorge. Ya lo oís, Leonor: mueran los traidores! Ya sabéis quiénes son los designados con este nombre: venid, venid; en el campo francés tendreis un asilo.

Leonor. No, Jorge... yo no puedo abandonar á los que he arrojado en el peligro... Además, creedme, no se atreverán á dirigirse contra mí... vos sí que debéis huir... apresuraos...

Jorge. Sí, pero me perderé... en una ciudad para mí desconocida...

Leonor. Yo os daré un guia seguro. (*Señalando á Beltran.*) Ese hombre.

Jorge. Era el que poco há me impedía entrar en vuestra casa... Ese hombre me ha amenazado.

Leonor. (Se ha atrevido...!) Descuidad, yo os respondo de él. (*Llamando.*) Beltran!

Beltran. (Sabe mi nombre!)

Leonor. Sí, como el de un rival en poesía, y sé tambien que los pensamientos bellos pertenecen á los corazones nobles. Me fio de vos; es preciso que salveis á este oficial.

Beltran. Yo!

Leonor. Vos.

Beltran. Le salvaré.

ESCENA XI.

DICHOS. LORD MORTON. LADY MELTON. ANDRÉS. PEDRO. PUEBLO. JOB. OFICIALES INGLESES Y NAPOLITANOS.

Pueblo. Viva lord Morton...! Mueran los franceses!

Andrés. Beltran, vámonos, vámonos; las hostilidades van á empezar otra vez, y se van á cerrar todas las puertas.

Beltran. Imposible, padre mio, imposible!

Andrés. Cómo imposible! Y quién te detiene aqui todavía, desdichado?

Beltran. Escuchadme, padre mio. (*Le habla bajo.*)

Lady. Mirad, milord, ahí teneis á la incomparable belidad de quien tan de repente os habeis prendado.

Morton. Leonor! (Es el vivo retrato de (*Aparte.*) su desgraciada madre...) Quereis presentarme á ella?

Lady. Eso es abusar, milord...! sin embargo, lo haré con mucho gusto. (*Se adelanta hácia Leonor.*)

Leonor. Lady Melton! qué audacia! (*Aparte.*)

Lady. Señora, he tenido el honor de escribiros suplicán-

doos asistais al baile que doy esta noche con motivo de la llegada del almirante Morton, á quien os presento.

Leonor. Sea bien venido lord Morton: en cuanto al baile, milady, dudo que ningun napolitano concurra á él, cuando nuestra ciudad se halla entregada á las desgracias de un sitio; y lo que es yo, creería cometer un crimen si me presentase en él.

Morton. Este baile, señora, hará ver á los franceses que Nápoles ya no teme sus vanos esfuerzos, ahora que la escuadra inglesa ha venido en su ayuda.

Jorge. (*Sin poderse contener.*) Nápoles no es una isla, caballero, y los franceses son dueños de la tierra.

Leonor. Ah! Jorge...! Milord, vos soy inglés, (*A Morton.*) y venís á sostener aqui el despotismo; si vuestro deber de militar á ello os obliga, vuestro corazon de ciudadano disculpará mi negativa.

Lady. Milord, es una republicana (*Amargamente.*) incorregible, y nada obtendreis de ella por ese título.

Leonor. (*Con orgullo.*) Milady, ni por ese ni por otro alguno se obtiene nada de mí.

Lady. Señora...!

Leonor. No iré al baile.

Lady. (*A Morton.*) Milord, vos sois la causa de este insulto...! Dejareis impune á esa muger, que ha conspirado contra la autoridad del rey?

Morton. Milady, reparad que estamos rodeados del pueblo. (*Obligala á callar: escena muda á un lado.*)

Andrés. (*Que ha oido á lady Melton, se adelanta y dirige á Beltran.*) Ya lo oyes...!

Beltran. Padre mio!

Andrés. Y esa muger es la que te hace olvidar á tu anciano padre... Ah! infeliz de ella!

Beltran. Padre mio, la he prometido salvar á este oficial.

Andrés. Ven, te repito... y sabrás cuánto debes maldecirla!

Beltran. Jamas!

Andrés. Pues bien! quieres que diga, aqui delante de todos, que ha querido hacer escapar á un enemigo nuestro, á un francés?

Beltran. Oh! callaos, callaos...! sería perderla; venid. (*Oyese un grito: una jóven se dirige corriendo á Andrés.*)

Andrés. Catalina!

Todos. La muda! (*Catalina manifiesta la mayor desesperacion, y se arroja en brazos de Andrés.*)

Andrés. Qué tienes?

Catalina. (*Señala á lo lejos por donde ha venido, é indica que allí acaba de suceder una gran desgracia.*)

Andrés. Qué quieres decir?

Catalina. (*Señala de nuevo hácia el lado de la granja, espresando con sus ademanes que ya no existe.*)

Andrés. Nuestra granja!

Catalina. afirma: pantomima de devastacion.

Andrés. Ha sido saqueada?

Catalina. Sí: incendiada.

Andrés. Incendiada!

Catalina. Sí.

Andrés. Y por quiénes?

Catalina. Por los soldados.

Andrés. Por soldados!

Beltran. Por soldados!

Andrés. (*Agarrando á Catalina de la mano y enseñándola unos soldados napolitanos.*) Napolitanos?

Catalina. No.

Andrés. (*Volviéndose á los oficiales ingleses.*) Ingleses?

Catalina. No.

Andrés. (*Atravesando la escena, se llega á Jorge, le desemboza, y esclama con un tono de feroz conviccion.*) Francés, no es verdad?

Catalina. Sí.

Andrés. (*A los Lazzarones.*) Franceses! Ah! este pagará por todos... Muera!!

Todos. Sí, sí, mueran los franceses!

Leonor. Deteneos, napolitanos... deteneos!

Andrés. Y esta muger se atreve á defenderle...!

Lady. Despues de haber conspirado contra el Estado.

Andrés. Mueran los dos!

Morton. Atrás!

Andrés. Plaza, milord, plaza; estos son los únicos hombres que pueden salvar á Nápoles, y para que quieran combatir por ella, es preciso que no tengan que temer á los traidores que su seno abriga.

Jorge. Venid pues, pero pagareis cara (*Sacando la espada.*) la victoria.

Andrés. Mueran los dos!

Morton. Perdonad á esa muger.

Andrés. Esa muger morirá! (*Yendo hácia ella.*)

Beltran. No morirá! (*Poniéndose delante.*)

Andrés. Y quién la salvará?

Beltran. Preguntad mas bien quién se atreverá á tocarla?

Todos. Armas! Armas!

Beltran. Vosotros pedís armas para asesinar á vuestros enemigos? Yo se las quito. (*Quita la espada á Jorge.*)

Todos. Bien, Beltran, bien!

Beltran. Pero es para defenderlos... (*Adelántase hácia las turbas, que retroceden.*) Vosotros gritais: "mueran los franceses!" Pues bien! sí, mueran los franceses... pero en el campo de batalla es en donde se debe dar ese grito... Yo os conduciré á él, si quereis seguirme.

Andrés. Yo te seguiré.

Todos. Todos! Todos!

Beltran. Milord, venís á defender esta ciudad, y acaso no sabeis que la mitad de la poblacion no desea otra cosa sino abrir las puertas al enemigo?

Todos. Nosotros no queremos!

Beltran. Preciso es pues defender á Nápoles de sus enemigos y de ella misma; pero no aqui, desde lo alto de las fortalezas es desde donde debemos dominar á los traidores que quieren entregar nuestra ciudad á los franceses... Apoderémonos de las fortalezas!

Morton. Tiene razon, hijos, y su genio le revela la salvacion de vuestra ciudad.

Todos. Viva Beltran!

Andrés. Que sea nuestro gefe.

Todos. Sí! sí!

Beltran. Gracias, padre mio... pero deseo saber antes, napolitanos, si mereceis que lo sea... Caballero, (*A Jorge.*) habeis oido nuestro plan; quedareis prisionero bajo palabra. En cuanto á vos, señora, si oís la mas mínima amenaza dirigida contra vos, decidselo á Beltran... Yo quiero (*Volviéndose al pueblo.*) mandar hombres que se batan contra hombres, y no cobardes que asesinen mugeres.

Todos. Viva Beltran...! Viva!

Leonor. La proteccion de este hombre (*Aparte.*) me horroriza.

Lady. Ah! Beltran, mucho la amais! (*Bajo á Beltran.*)

Beltran. Y vos la aborreceis mucho, milady: pero bien sabeis ya que no os conozco, y que jamas os he visto.

Lady. Oh! siempre esta muger...! (*Aparte con rabia.*)

Andrés. Beltran, acabas de salvar á la hija de la que hizo morir á tu madre de desesperacion.

Beltran. En ese caso, padre mio, la he vengado noblemente.

Andrés. Yo la vengaré mejor! (*Aparte.*)

Beltran. Y ahora, amigos mios, á las fortalezas!

Todos. A las fortalezas!

Beltran. Yo os enseñaré el camino.

Todos. A las fortalezas...! A las fortalezas!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

Peto segundo.

Un fuerte.

ESCENA PRIMERA.

ANDRÉS. PEDRO. LAZZARONES.

Andrés. En efecto... esos franceses estan (*Hablando con Pedro.*) encarnizados como fieras... cinco veces seguidas, á pesar de nuestras acertadas descargas, han llegado hasta la poterna que conduce á esa torre. (*Aparte Catalina en el foro con un cesto de provisiones.*) Hemos tenido que pelear palmo á palmo y cuerpo á cuerpo. Pero gracias á Beltran, (*Párase Catalina al oír este nombre; expresa su rostro una curiosidad llena de interes; sus labios repiten al parecer el nombre de Beltran; escucha con la mayor atencion.*) apellidado desde ahora el Terrible, el demonio de las batallas, y á quien Dios parece haber concedido la fuerza de Sanson, el sable y el puñal han dado cuenta de las bayonetas, y les hemos hecho replegarse otra vez á sus trincheras. (*Movimiento de alegría y orgullo en Catalina.*)

Pedro. Sí, pero sabemos ya lo que cuesta, cincuenta hombres menos en las filas; los franceses lo sospechaban... hay uno aqui que se pasea por todas partes con un aire de curiosidad... reparad bien! (*Indiferencia en Catalina.*)

Andrés. Sí, el comandante Jorge, el cómplice ó amante de esa Leonor Pimentel, á quien Beltran hacia la locura de amar. (*Catalina deja caer la cesta: vuélvese Andrés y la ve.*)

ESCENA II.

DICHOS. CATALINA. Luego JOB.

Andrés. (Acercándose á Catalina y cogiéndola las manos.) Pobre criatura...! me ha oído! (*Catalina trata de ocultar su emoción y acusarse de torpeza; vuélvese, y asoman las lágrimas á sus ojos. Sale Job con una marmita de macarrones y se dispone á comer.*)

Pedro. Pero adónde estará ese Job...? calla! pues está ahí el insolente...! y te atreves á comer antes que tu amo?

Job. Mi amo...! yo no tengo ningún amo: vos me habeis dicho que seriais mi padre.

Pedro. Y te sientas á la mesa antes que tu padre, mal hijo: hoy no se almuerza. (*Le quita lo comida.*)

Job. Pero mirad...

Pedro. Silencio! mis principios sobre educacion son muy rígidos. (*Vase.*)

Job. Maldito Nápoles...! cuándo será el día en que pueda... (*Yéndose por otro lado.*)

Andrés. Y por qué lloras, Catalina? (*A Catalina.*) quién te ha ofendido?

Catalina. (*Mira á Andrés, se esfuerza á sonreirse, y manifiesta con sus ademanes que no tiene pesar alguno y que no llora.*)

Andrés. No me engañas?

Catalina. No.

Andrés. Sin embargo, yo conozco que tú estás sufriendo: tú tienes algo.

Catalina. No.

Andrés. Sí, por fuerza; el cansancio, los sustos... hace tres días que no cesan de disparar los cañones.

Catalina. No estoy causada, ni tengo miedo.

Andrés. Oh! ya sé que eres valiente, Catalina, pues te he visto mas de una vez junto á Beltran cuando llovian las balas en torno suyo.

Catalina. Es verdad.

Andrés. Ah! tú sí que le amas de veras.

Catalina. (*Levanta la cabeza y lleva la mano á su corazón.*)

Andrés. Y él te amará!

Catalina. (Tristeza : deja caer la mano, baja la cabeza y manifiesta que no.)

Andrés. Te digo que sí, que te amaré.

Catalina. (Con energía dice que no ; que allá en la ciudad hay una muger.)

Andrés. No creas nada de eso, Catalina: ya sabes que Beltran gusta de cantar los versos que improvisa...

Catalina. Sí, y le he oído muchas veces estasiada...

Andrés. Y como dicen también que esa muger canta con una voz admirable los versos que compone...

Catalina. En efecto, y es una muger muy feliz.

Andrés. Beltran se dejó alucinar por sus canciones, por su voz...

Catalina. Sí. (Luego lleva con dolor la mano á sus labios como para decir : yo soy muda !)

Andrés. Pero eres bella.

Catalina. Beltran manda este fuerte, llegará á ser cuanto quiera, y Catalina se quedará siempre la misma, una pobre aldeana.

Andrés. Y aunque llegase algún día á capitán, dejaría por eso de ser siempre mi nieto? Y además, olvidas que Beltran no puede ser más que un buen soldado? sabes que de algún tiempo á esta parte procura que nadie conozca... su profunda ignorancia. Tú, que no puedes hablar, has aprendido á escribir para expresar tu pensamiento, y yo me avergüenzo al considerar que él no podría comprenderte, porque ni siquiera sabe leer.

Catalina. Callaos ; os pueden oír.

Andrés. Tienes razón, calla... Y ahora que me acuerdo, adónde ibas tú por aquí?

Catalina. (Señala la casa del gobernador, en donde habita Jorge.)

Andrés. A llevar estos víveres al prisionero francés?

Catalina. Sí.

Andrés. Y quién te ha dado ese encargo? (Con dureza.)

Catalina. Beltran.

Andrés. Beltran...! Beltran...! te hace servir á ese francés... al amante de esa muger...! deja esa cesta, Catalina.

Job. (Saliendo.) Ni siquiera un puñado de macarrones!

Andrés. Ah! ahí está uno que podrá (Reparando en él.) muy bien servir para esto... Oyes, zoquete, lleva esto al prisionero.

Job. Yo! Cá!

Andrés. Cómo que no! (*Amenazándole.*)

Job. Ah! sí, sí, con mucho gusto... Paréceme que de la tal cesta (*Aparte.*) sale muy buen olor.

Lazzaron. 1.º Un bote atraca al fuerte.

Andrés. El bote del almirante; voy á avisar á Beltran...

Tú despáchate. (*A Job. — Andrés abraza á Catalina y se va.*)

Job. (*Aparte.*) Si llega á tener indigestion, yo me encargo de pagar al médico. (*Va á entrar en la casa y sale Jorge.*)

ESCENA III.

DICHOS. JORGE.

Jorge. Desde mi ventana he visto (*Aparte.*) llegar el bote del almirante; acaso pueda saber algo de Leonor. (*Catalina quita la cesta á Job y se la presenta á Jorge.*)

Jorge. Gracias, hija; tengo en casa mas de lo que necesito: me proveeis con una abundancia...! (*Sientase sobre un cañon á mirar al mar.*)

Job. Él un enemigo... y yo... un aliado... Oh! esto ya pasa de castaño oscuro, y no puedo permitir... (*Quiere recobrar la cesta; Catalina le rechaza; él logra apoderarse de aquella; Catalina le pincha en un dedo con su puñal: suelta la presa y esclama:*) Ah! ya está visto, me han de matar de hambre ó á puñaladas...!

Jorge. Sí, efectivamente es el bote del almirante... segun eso Championnet se retira...

Job. Recurramos á la súplica... á ver si la enternezco... mirad, lindísima criatura, cuyos preciosos ojos hablan al alma de un modo que no pudiera hacerlo vuestra lengua... si suelta la tuviérais, apiadaos de este infeliz aliado... á quien repugnan sobremanera vuestros afamados macarrones... que está todavía en ayunas... y á quien si os dignáseis favorecerle con un par de libras de besteek.

Catalina. (*Abre la cesta.*)

Job. Un pavo...! somos felices... (*Saltando de alegría.*)

Pedro. Vamos, pronto... pronto. (*Sale corriendo y se interpone.*)

Job. Qué hay...? qué hay...? qué sucede?

Pedro. Que viene lord Morton... desaparece tú mismo... ó si no será preciso que yo me encargue...

Job. Sí, ya estoy medio desaparecido... si esto continúa así, dentro de poco cuando quieran asesinar-me, tropezarán con mi esqueleto. (*Pedro dando empellones á Job; vanse por la izquierda del foro. Catalina por la derecha.*)

Jorge. No; me habia engañado; Championnet ha vuelto á ocupar sus posiciones. No renuncia á apoderarse de la ciudad, y sin embargo, mientras este fuerte permanezca en poder de estos hombres, cuyo valor se aumenta con el ejemplo de su Terrible jefe, nuestras columnas serán siempre abrasadas por el fuego de estas baterías... Nápoles está entregada á los Lazzarones, que la defienden calle á calle y casa á casa... Ah! si yo supiese que Leonor está en salvo, me importaría poco, desearia que el general renunciase á esta empresa, aunque se prolongase mi triste condicion de prisionero; ya han perecido mas de cuatro mil de nuestros mejores soldados.

ESCENA IV.

DICHOS. LORD MORTON. BELTRAN. OFICIALES INGLESES.

(*Beltran entra primero por la derecha, seguido de Lazzarones; da algunas órdenes, saluda con frialdad al oficial francés; en este momento el almirante acaba de subir la escalera de la muralla.*)

Morton. (*A Beltran.*) Os saludo, amigo; (*Beltran saluda.*) hemos presenciado ese combate desde nuestros buques, inútiles á vuestra defensa... qué digo combate? esa serie de ellos que han sido para vos otras tantas victorias... Lady Melton me ha dicho ya el nombre del valiente que tan bien ha defendido el puesto de que se habia apoderado; pero como deseo, y es ademas de mi deber, dar á vuestro rey un parte detallado, he querido juzgar por mí mismo de las pérdidas que habeis podido sufrir.

Beltran. Milord, ya lo veis, se han cerrado las brechas; estamos dispuestos á empezar otra vez.

Morton. Tambien he venido por si acaso necesitais municiones... hombres...

Beltran. Enviadnos municiones; milord; hombres no nos faltarán. Veis allá abajo, á lo último del Arrabal de Santa Magdalena, aquel punto en que se agitan colores tan vivos? es un peloton de Lazzarones... de valientes que quieren reunirsenos.

Jorge. Eso será imposible, porque los franceses les cortarán el camino.

Beltran. Yo iré á abrírselo ahora mismo.

Jorge. Habreis de pasar entonces sobre un monton de cadáveres.

Beltran. Todo lo que puedo deciros es, que pasaré.

Morton. Paréceme que este hombre (*Aparte observando á Jorge.*) es el que vi entrar la otra noche en casa de Leonor Pimentel, y por cuya salvacion espuso ella su vida.

Beltran. Caballero, en los tres dias que hace que os hallais aqui aun no he podido informarme de qué tal os han tratado; mas espero no tendreis que quejaros... de nadie.

Jorge. Aun en el caso de haberme tratado mal, no lo hubiera hecho. Cuando es uno soldado debe resistir la miseria y las privaciones.

Morton. Segun eso, hace ya tiempo que sois militar.

Jorge. Milord, desde que pude llevar un fusil.

Morton. Y habeis hecho la guerra en Italia?

Jorge. No, milord!

Beltran. Y sin embargo teneis aqui algunas relaciones.

Jorge. Sois muy curioso.

Beltran. Quizá tengo derecho para ello.

Jorge. No os le reconozco.

Morton. Las preguntas del que tan generosamente os salvó la vida, y las mias, no pueden ser dictadas si no por el interes que le inspirais.

Jorge. Es cierto que me salvó la vida, milord; pero si la ocasion se presenta yo pagaré á ese hombre, por mí y por otra persona.

Beltran. Por otra! y qué os importa esa otra persona? qué derecho teneis para hacer lo que decís por ella?

Jorge. Mi voluntad.

Beltran. Desdichado!

Morton. Teneos!

Jorge. Y ademas, porque creo peligroso para ella, y a que tan bien me habeis comprendido, el deberos estar agradecido.

Beltran. En todo caso, ya veis que no es peligroso el dejar de serlo, mientras seais mi prisionero. Quereis la libertad...? quereis ir á reuniros allá abajo con esos hombres que intentan cortar el paso á mis hermanos? allí nos encontraremos, y quizá entonces esa persona no tendrá necesidad de agradecerme nada, porque le remitiré el cadáver del amante á quien le he salvado.

Jorge. Yo su amante...! Yo el amante de Leonor! acabais de insultar la virtud mas pura...

Beltran. La virtud mas pura...!

Jorge. Sí, á la mas noble de las mugeres, á la que Dios ha concedido todas las gracias, todas las mejores cualidades, á la que sería preciso hablar siempre de rodillas.

Beltran. Y dice que no la ama!

Jorge. A la que yo no permitiré, en fin, que se ultraje.

Beltran. Y aun insiste en que no es su amante!

Jorge. Sí, aun!

Beltran. Quién eres tú, pues, que la defiendes lo mismo que yo podria hacerlo?

Morton. Cómo la ama el insensato!

Beltran. Bien veis que me engaña, pues no me responde.

Morton. Acaso un secreto de política...

Beltran. Decid un secreto de amor!

Jorge. Oh rabia...! y estoy prisionero! milord, y no puedo hacer callar á este hombre!

Morton. Tiene razon, Beltran... y al hablar de esa manera ultrajais á Leonor.

Beltran. A ella...! Ah! mirad, voy á batirme... A las armas, hermanos, á las armas...! (*Los Lazzarones corren á tomarlas.*) El fusil cargado y el puñal en la boca! Vamos á abrir paso á los que nos aguardan. Caballero, rogad á Dios (*A Jorge.*) que me maten, y será lo mas seguro para vos y para ella. (*Vanse por la izquierda.*)

ESCENA V.

MORTON. JORGE.

Morton. (*Aparte.*) Pero qué vínculos serán los que enlazan á este oficial con Leonor?

Jorge. Ese hombre necesita saugre... como el tigre á quien

se le escapa su presa y busca otra para saciar la sed que le debora.

Morton. Caballero, injusto sois con Beltran, quien, valiéndome de vuestra frase, ha tenido dos veces la presa entre sus garras, y dos veces la ha perdonado.

Jorge. Es cierto, milord, pero al ver la violencia de los sentimientos de ese hombre, tiene uno derecho de temer, sobre todo por una muger, los excesos de que puede ser capaz.

Morton. Caballero, Beltran está celoso!

Jorge. Celoso!

Morton. Os comprendo; eso es dar por cierto su amor á la señora Pimentel, y eso hiere el orgullo de hombres como nosotros... Pero seamos francos... despues de haber visto la inteligencia activa, la audacia que ha desplegado hace algunos dias logrando hacerse un caudillo temible, no parece que el amor que ha sentido por una muger tan superior á las demas como Leonor, era la primera revelacion de un genio que no se encontraba en su puesto?

Jorge. Milord, yo no esplico esa pasion, yo la temo por Leonor.

Morton. Y quizá vos habeis aumentado el peligro.

Jorge. Yo!

Morton. Vos, francés, estrangero en este pais, que segun nos digisteis poco há, visitais por vez primera...

Jorge. Milord! (*Turbaído.*)

Morton. Vos, á quien ningun vínculo de familia, ningun recuerdo enlaza á Leonor.

Jorge. Milord!

Morton. Vos la habeis defendido con un calor que era difícil de interpretar, á no hacerlo como Beltran lo ha hecho.

Jorge. Vos tambien, milord?

Morton. Cuando quizá con una sola palabra hubierais podido obligarle á callar, explicándole qué especie de vínculos os unian á Leonor.

Jorge. Qué vínculos...! vínculos sagrados, milord!

Morton. Sagrados, decís...? luego entonces...

Jorge. Milord, vuestra curiosidad se reviste de formas mas pulidas, pero no por eso hiere menos.

Morton. Esta curiosidad tiene un motivo mas poderoso que lo que vos pensais, y si conociais la familia de Pimentel,

si habeis visto en alguna ocasion al conde de Pimentel, padre de Leonor...

Jorge. No le he conocido.

Morton. Si hubieseis oido hablar de la madre de Leonor, la bella Margarita Storelli...

Jorge. Margarita Storelli...! La desgraciada Marg... la conocisteis vos?

Morton. Se ha turbado! (*Aparte.*)

Jorge. La habeis conocido, no es cierto? habeis conocido á esa infeliz muger...

Morton. Quizás... pero... vos... vos no la visteis jamas?

Jorge. Ah! milord, murió antes que yo pudiera abrazarla una vez.

Morton. Abrazarla!

Jorge. Ah! qué es lo que he dicho?

Morton. (*Ap.* Ese grito ha salido de su corazon...) Teniais segun eso en ella una amiga... una parienta acaso... una...

Jorge. Basta, milord...! basta! Ignoro cuál sea vuestro objeto... pero ya os he dicho... que no he conocido... que jamas he visto á Margarita Storelli.

Morton. Os llamáis Jorge, no es cierto?

Jorge. Nada tiene de particular que lo sepais; pueden habéroslo dicho.

Morton. Lo he oido una vez sola en una plaza de Nápoles, cuando Leonor quiso salvaros... pero ese nombre me hizo impresion... porque es... porque es el de un amigo mio que vino de Nápoles hace veinte y seis años.

Jorge. Veintiseis años!

Morton. Sí, Jorge, veintiseis años...! Y entonces Margarita estaba en toda su lozanía.

Jorge. Milord...! ah! callaos...! callaos!

Morton. Tan hermosa, que este amigo de quien os hablo la amó, olvidando por su causa á otra infeliz á quien habia prometido su corazon.

Jorge. Ah, callaos, callaos entonces, milord; yo no sabia que ese hombre á quien no quiero maldecir, habia abandonado dos víctimas á un mismo tiempo.

Morton. Sin embargo, yo os aseguro que no hubiera sido culpable con Margarita como lo fue con la pobre labradora, á no haberle conducido una noche el gobernador que le acompañaba á bordo de un buque, en donde se le sujetó á los deberes de oficial, arrastrándole á las

guerras de América; luego, armado contra la Francia, acaso le ha perseguido esa idea como un remordimiento en medio de su gloria, porque se ha hecho célebre, y pudiera dar al hijo abandonado de Margarita un nombre ilustre!

Jorge. Decid á vuestro amigo que ese hijo no quiere su nombre, porque el huérfano desterrado á Francia, criado en secreto por su madre, que murió de dolor, se ha adquirido uno, que á nadie tendrá que envidiar.

Morton. Jorge! Jorge!

Jorge. (Con aire de frialdad, y con dignidad.) Milord, hasta aqui llegó... Nada mas tengo que deciros... (Cañonazo.) Y ese ruido os prueba bien que no puede existir relacion alguna entre nosotros. (Apártase.)

Morton. Se va...! si me habrá comprendido! Ah! si es asi, mi castigo empieza... pero yo veré á Leonor, porque él es... por fuerza es él... (Mas cañonazos; acude Andrés, seguido de Lazzarones.)

ESCENA VI.

DICHOS. ANDRÉS.

Andrés. Ea! ea! ya empieza (Entrando.) la funcion!

Morton. Si, en efecto. (Volviéndose á Andrés.)

Andrés. Y qué, milord, no iremos á pelear con ellos?

Morton. No; permaneced en vuestros puestos, pues de ello depende la seguridad del fuerte.

Andrés. Obedeced, camaradas...! (Subiendo á la muralla.)

Los Lazzarones se acercan (Mirando.) al enemigo.

Morton. Con bien rara confianza, por cierto!

Andrés. Los Lazzarones son los mas valientes del mundo... y con Beltran á la cabeza...

Morton. Yo no hablo de los del fuerte, si no de los que en él quieren entrar; si disparan los franceses, pohres de ellos.

Andrés. Beltran llegará antes que las balas enemigas.

Morton. Los franceses permanecen quietos.

Jorge. Es que entre ese populacho hay mugeres y niños, y los franceses no combaten á tales enemigos.

Andrés. Ya está alli Beltran: ahora ya pueden batirse.

:

Morton. Y avanza el primero. (*Una descarga.*)

Andrés. Bravo Beltran...! los franceses retroceden.

Jorge. Sin defenderse!

Andrés. Los nuestros avanzan á paso de ataque.

Jorge. Se retiran.

Andrés. Ya huyen.

Jorge. Maldicion!

Todos. Bravo Beltran!

Andrés. Beltran ha abierto á nuestros hermanos el camino de la poterna; abramosles la puerta de la torre. Que entren nuestros camaradas. (*Dirigense algunos á la puerta de la torre y la abren; en este momento sale Job. Jorge, desesperado, en el proscenio á la derecha. Morton y Andrés al foro.*)

Job. Abrieron una puerta...! qué felicidad...! si pudiera escurrirme. (*Empieza á entrar la turba; un hombre rempuja á Job, que queriendo otra vez salir, tropieza con Leonor, que entra, disfrazada de muger ordinaria.*)

Leonor. Ah!

Job. Calla!

Pedro. Todavía estás aqui? (*Corriendo á Job.*)

Job. Qué cosa tan particular! (*Mirando á Leonor.*) me ha parecido reconocer...

Pedro. A nadie...

Job. Teneis razon, á nadie...

Pedro. Ea pues, adentro. (*Empujándole.*)

Un hombre del pueblo. (*Bajo á Leonor.*) Van á entrar todos nuestros amigos.

Leonor. Jorge! (*Alegrándose y mandándole callar: mira en derredor: se acerca despacito á Jorge.*)

Jorge. Han huido sin pelear...! (*Agitado.*)

Leonor. Nos lo habian prometido. (*Acercándose mas á él.*)

Jorge. Gran Dios! Leonor! (*Volviéndose.*)

Leonor. Silencio! (*Mézlase con la multitud.*)

Jorge. Beltran!

ESCENA VII.

DICHOS. BELTRAN. Luego RUFFI.

Beltran. Ahora, milord, ya podeis (*A Morton.*) enviaruos

armas y municiones... Aquí traigo soldados... (*Señalándole la turba.*)

Morton. Habéis tenido suerte, Beltran!

Beltran. No, milord; es que los franceses no se han defendido.

Andrés. No se han atrevido.

Jorge. Aun no se ha puesto el sol.

Beltran. Que volverá á salir mañana... cuando quieran... y cuando queráis, caballero... (*Entre tanto Ruffi habla aparte á Morton y luego responde á Beltran.*)

Ruffi. Y seréis satisfecho, Beltran, porque va á empezar otra vez el asalto

Beltran. Bien! sea enhorabuena!

Ruffi. Pero es preciso que sepáis la causa de este nuevo esfuerzo. Me han informado mis espías que una diputación de la clase media, compuesta del abogado Maffei... del banquero Negroni... y otros, acaudillados por esa ferroz Leonor Pimentel, se ha presentado en el campamento francés, y han suplicado á Championnet que no los abandone á la cólera del pueblo.

Andrés. Cobardes!

Beltran. Padre!

Ruffi. Y para decidir al general á intentar un nuevo asalto, se han comprometido á entregarle uno de los fuertes de la ciudad.

Andrés. Traidores!

Beltran. Y cuál? (*Con frialdad.*)

Ruffi. El vuestro quizás.

Leonor. (*Aparte.*) Somos perdidos!

Ruffi. Por lo demas, se ha dado á todos los fuertes el aviso de traicion, y he querido traerle yo mismo aqui, pues vos teneis las llaves de la ciudad en vuestras manos.

Andrés. Y desdichado del traidor que se encontrare en este recinto!

Beltran. No se habrá atrevido á venir ninguno... Estamos aqui, padre; ya pueden llegar los franceses.

Jorge. Ya vienen... ya han roto la (*Señalando las tropas francesas.*) marcha para atacar...

Beltran. Cada uno á su puesto, camaradas. (*Movimiento general.*)

Morton. Beltran, manteneos firme en el fuerte; yo me vuelvo á mis buques, y nuestros fuegos unidos harán

inútil esta tentativa: á Dios, Beltran; sed valiente como hasta aqui! Venid, marques... (*A media voz á Ruffi.*) Seguidme, señores. (*A su acompañamiento, y vanse.*)

ESCENA VIII.

BELTRAN. JORGE. LEONOR. ANDRÉS. PEDRO. *Luego* JOB, &c.

Andrés. Siempre delante este oficial. (*Al pasar, despues de haber dado algunas órdenes.*) Retiraos, caballero; nos vamos (*Alto y bruscamente.*) á batir, y no sería justo que os matase una bala francesa.

Jorge. Obligado estoy aqui á obedecer... sin embargo de-searia...

Beltran. Quedarse aqui sería hacerme sospechar de que hay en esta ciudadela traidores con quienes quereis entenderos.

Jorge. Pobre Leonor! (*Mirando á Leonor, y en voz baja.*) Obedezco. (*Alto, y éntrase.*)

Beltran. Al pie de esas murallas, á la (*A Andrés señalándole la escalera del fondo.*) izquierda, hay un puesto importante, que fio á vos, padre.

Andrés. Descuida, que por ahí no entrarán los franceses. (*Vase por la escalera con algunos Lazzarones, y mientras Beltran va á acompañarlos, algunos napolitanos disfrazados de Lazzarones se acercan á Leonor.*)

Leonor. Esa es la torre que los franceses quieren atacar por (*Bajo á uno de ellos.*) la poterna, contando con encontrarnos allí.

Napolitanos. Bien...! vamos allá. (*Bajo, y vanse.*)

Beltran. Pedro, lleva á esas mugeres á parage seguro.

Pedro. Vamos, andando... familia...! Eh! Job, á ver si vienes aqui!

Job. Pero mirad que aun no he comido nada...

Pedro. No importa; me romperás los cartuchos, y con eso entretendrás los dientes... Vamos! adelante vosotras.

Y tú sígueme. (*A Job.*)

Job. Detras? Obedezco. (*Vanse.*)

ESCENA IX.

LEONOR. BELTRAN.

Beltran. Ah! ya te conozco...! es mi (*Óyese un cañonazo.*) padre, que les envía su bendición.

Leonor. Si entra en la torre, somos perdidos; veamos de entretenerle.

Beltran. Diantre! qué haces tú aquí, (*Reparando en Leonor.*) muger...? mira que este no es buen sitio para librarse de la lluvia de hierro que no tardará en empezar.

Leonor. Tranquilízate, que no morirás aquí, Beltran el Terrible.

Beltran. No es eso en lo que ahora pienso! El fuego de estas piezas es inútil... (*Acercándose á los cañones.*) es pólvora perdida... Id al baluarte (*A los artilleros.*) del Este; desde allí únicamente alcanzareis á los franceses. (*Vanse.*) Aun estás ahí...? Vamos, vete... (*Viendo otra vez á Leonor.*) Te digo que te vayas...!

Leonor. A buen seguro que no te portarías tan brutalmente conmigo, si en vez de ser una pobre muger de pescador, fuese no mas que la criada de la señora Leonor Pimentel.

Beltran. Leonor Pimentel...! Conoces tú á Leonor?

Leonor. Sí, Beltran, la conozco desde el día en que por primera vez me habló de tí...

Beltran. Te habló de mí...! Ah! eso no es cierto; me engañas.

Leonor. Escúchame, y verás si me engaño... No divisas desde aquí el templo de Pestum?

Beltran. Sí, allí, iluminado por los últimos rayos del sol.

Leonor. Pues bien, te acuerdas de una tarde en que á estas horas, poco mas ó menos, pasaban en los dos extremos de esas ruinas dos escenas casi idénticas?

Beltran. Mucho tiempo hace ya.

Leonor. Según eso lo has olvidado.

Beltran. Oh! no... Bajo el pórtico del templo, habia una muger vestida con una túnica blanca sentada sobre los restos de un altar; cercábanla los mas nobles señores, las mas bellas damas de Nápoles, sentados todos entre aquellas ruinas, inmóviles como ellas, con la vista clavada en aquella muger, cuyos ojos fijos en el cielo parecían leer en el libro de los ángeles los versos que recita-

ba... no... no lo he olvidado... no he olvidado aquella muger, que era Leonor Pimentel.

Leonor. Cierto, Beltran; y al otro extremo del templo, un jóven apoyado indolentemente contra un plátano, con la guitarra en la mano, con el gozo en sus miradas, con la sonrisa en sus labios, y con voz libre y sonora, cantaba una tarantela que arrebatava á los que la bailaban, entre las risas estrepitosas y los aplausos entusiastas de los oyentes... Aquel jóven eras tú!

Beltran. Sí... pero si tú te hallaste allí, debes acordarte que habiendo llegado una vez hasta el grupo de mis Lazarones los cantos de aquella muger fueron desfilando todos, uno tras otro, atraídos por el canto de aquella voz... hasta la siguieron los bailarines, y el pobre improvisador se quedó solo.

Leonor. Y él tambien, si no me engaño, siguió á los demas para ver á la rival que le disputaba los aplausos del pueblo, y al encontrarse en su presencia, en vez de encolerizarse no pudo menos de admirarla; la escuchó con respeto, lloró, pero no de envidia, sino de entusiasmo, y cuando todos aplaudian arrebatados, él cayó de rodillas, con los ojos clavados en ella como en una Madona.

Beltran. Es cierto. Quién te ha contado eso?

Leonor. Leonor que le vió, y que se envaneció de ello!

Beltran. Le vió, se envaneció... y no le habrá olvidado...!

Ah! pero ella sabe tambien que yo la amo! sabe que desde entonces huyó de mi corazon la alegría, de mis labios la sonrisa, de mi boca las canciones...! sabe que una mirada suya me privó de todo... de mi corazon, de mi cabeza... de mis ilusiones... que todo fue absorbido por ella!

Leonor. Ella, sin embargo, no se atreveria á creer en tanto amor!

Andrés. (Dentro.) Beltran!

Leonor. (Aparte. Le llaman...) Y si se atraviere á creer en él, acaso sería feliz.

Beltran. Feliz...! feliz con mi amor?

Andrés. (Dentro.) Beltran!

Leonor. Y quizá me haya encargado que te lo diga.

Andrés. Beltran...! en dónde estás? (*Sale seguido de los suyos.*) qué haces ahí? Los franceses nos han engañado

otra vez con un falso ataque... Por aquí, (*Señalando al fondo y á la torre.*) y no por allí, es por donde vienen, y parece que no hay nadie para recibirlos.

Beltran. Id allá, padre mio!

Andrés. Ven tú tambien, y tráenos gente, pues los franceses no se harán esperar. (*Vase por la torre.*)

Beltran. Ya os sigo, padre mio, ya os sigo. Con que ella te ha encargado (*A la vieja.*) que me lo digas?

Leonor. Pues qué, tú crees que ha podido ver, sin reparar en él, á ese hombre vagando siempre en torno de su casa? Crees que unas miradas como las tuyas se fijan con tanto amor en la frente de una muger sin causarla impresion alguna?

Beltran. Ah! tú me engañas... te empeñas en volverme loco: eso no es cierto.

Andrés. (*Dentro.*) Beltran! vienes...?

Beltran. Sí, sí... pues yo no quiero oírte mas; me metes miedo... tu voz me hace temblar... tus palabras me desgarran el corazon como las palabras de un demonio.

Leonor. Y como un demonio, abrasaré (*Deteniéndole.*) cuanto toque, no es verdad? (*Le coge la mano.*)

Beltran. Oh! sí... y esta mano... esta mano blanca é inermeme como la de un niño... me quema aun mas... quién eres pues?

Leonor. Ven, ven aqui y te lo diré! (*Apartándole de la poterna.*)

Andrés. Beltran! vienes? (*Mientras tanto se ven pasar algunos napolitanos que entran en la torre.*)

Beltran. Sí, padre, sí... allá voy... Vamos... quién eres...? habla... habla!

Leonor. No lo has adivinado...? ah! no me añas, según eso?

Beltran. Leonor...! vos... vos aqui... esto es un sueño... yo estoy loco...! no, esto es mentira...! y ese traje...

Leonor. Con él podia aproximarme á tí...

Beltran. Leonor...! Leonor...! (*Casi de rodillas.*)

Andrés. Beltran!

Leonor. Beltran!

Beltran. Pero no, esto es una tentacion del infierno, cuyo juguete soy... Padre mio, allá voy, allá voy...

Andrés. No vengas: ya es tarde! (*Apareciendo en el umbral de la torre, todo ensangrentado.*)

Beltran. Ah! maldicion...! (*Cierra la puerta de la torre. Empieza á anohecer.*) Pues bien! moriremos aqui, padre mio! (*Derriban la puerta de la torre, y entran los franceses: sale Jorge.*)

ESCENA X.

DICHOS. SOLDADOS FRANCESES. JORGE. OFICIALES, &c.

Oficial. 1.º Rendíos...! rendíos...!

Beltran. Jamas!

Leonor. Deteneos! respetad á este hombre!

Jorge. Respetad y obedeced á la que os ha entregado esta fortaleza; obedeced á Leonor Pimentel!

Andrés. Leonor...! Ah! Beltran, qué es lo que has hecho?

Beltran. Señora, esto es horrible!

Jorge. Teniente, desarmad á esos (*Que ha hablado bajo al oficial.*) hombres!

Leonor. Jorge...! Beltran no puede (*Bajo á Jorge.*) quedar prisionero... os ha salvado la vida... y yo quizá he abusado en demasía de un amor...

Jorge. Os comprendo, Leonor... comprendo que deseais salvarle... sea lo que gusteis...

Leonor. Gracias, Jorge!

Jorge. (*Al oficial.*) Llevaos esa gente! (*Los Lazzarones vanse. Entre tanto, Leonor cuelga una escala de cuerda en una almena.*)

Leonor. Ya os acordais bien; pero antes alejad los centinelas. (*A un napolitano.*)

Andrés. Beltran! me he engañado tambien esta vez sobre esa muger...? Mi odio hácia su linage era demasiado legitimo, y demasiado sabia yo... la perfidia de su madre encerró á la tuya en el sepulcro.

Beltran. Y Leonor...

Andrés. Acaba de deshonrarte, y llegaré dia en que te envíe al cadalso. (*Vanse tras de los prisioneros.*)

Leonor. Beltran...! Ahí teneis una (*Deteniéndolos.*) escala de cuerda; una barca se halla al pie del muro... entrad en ella con vuestro padre...

Beltran. No hagais eso, señora, no lo hagais, porque la Calabria me ofrece ancho campo, la Calabria está llena

de valientes... y si yo me escapase sería para comenzar otra guerra de esterminio y desolacion...

Andrés. Guerra á muerte!

Leonor. Al salvarme la vida no me impusisteis condicion alguna...

Beltran. Pues bien...! ya que os empeñais... pero desgraciada... desgraciada de vos, señora! (*Noche.*)

Andrés. Sí, y para empezar... (*Amenaza á Leonor.*)

Beltran. Padre mio! nosotros no (*Deteniéndole.*) somos nobles; no queremos triunfar ni con la astucia ni con el asesinato... pero nos vengaremos con la guerra y la victoria.

Leonor. Idos pues!

Beltran. A Dios, señora, y rogad por los vuestros!

Leonor. (Oh! tiene sobrada razon!) (*Apártase con Jorge.*)

Beltran. Venid, padre mio! pasad adelante!

Andrés. No, no; pasa tú primero... yo soy un viejo, herido, inútil... en vez que tú... tú tienes que llevar á cabo una venganza... Quizá si volvieses no bajarías.

Beltran. Oh! padre mio, lo que es ahora, quiero vivir para maldecirla!

Andrés. Anda pues! Ya bajó... (*Beltran desaparece.*) Oh! que no viniese ahora por aqui!

Jorge. Ya nada oigo... voy á quitar (*A Leonor en el foro.*) la escala. (*Se acerca á la almena en donde está fija la escala, para quitarla.*)

Centinela. (*Dentro.*) Quién vive?

Andrés. Primero, él.

Centinela. (*Dentro.*) Quién vive?

Andrés. Mejor harías en preguntar (*Da una puñalada á Jorge y lo arroja por encima de una almena.*) quién ha muerto! (*Los soldados entran gritando: á las armas! á las armas!*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

Acto tercero.

Un salon en el palacio del gobierno.

ESCENA PRIMERA.

ANDRES, herido, con la cabeza vendada. RUFFI.

Ruffi. Vos aqui, Andrés!

Andrés. Sí, monseñor; hace ya dos días que Beltran entró vencedor en la ciudad, viniendo á alojarse en el palacio del gobierno, y apenas he podido hablarle todavía.

Ruffi. Voy á que le avisen de que estais aqui...

Andrés. Gracias, monseñor; le esperaré. (*Busca una silla.*)

Ruffi. Por aqui, Andrés... Terrible ha sido esa herida.

Andrés. (*Sentándose.*) Mis ojos se van apagando por momentos, monseñor, y se acerca el término de mi existencia; pero moriré contento si despues de haber visto á Beltran regresar de general á esta ciudad, de la que salió como un pordiosero, veo tambien que lleva á cabo la venganza que debe á su honor y á su familia, haciendo morir á esa execrable Leonor Pimentel.

Ruffi. Odiais sobremanera á esa muger.

Andrés. Y con justicia, monseñor!

ESCENA II.

DICHOS. LADY MELTON.

Lady. Marques... ah... segura estaba de encontraros aqui...

Ruffi. Llegais...

Lady. Ahora mismo; no precedo mas que un día, quizá de algunas horas, á lord Morton, encargado de tomar el mando de la ciudad.

Ruffi. Eso es anunciarme que estais en el poder.

Lady. Os engañais, marques; yo no sé qué secreto pensamiento dirige á lord Morton, pero lo cierto es que á no haberme adelantado, y á no haber arrancado firmada del rey esa lista de proscritos que es preciso hacer ajusticiar hoy mismo... todos nuestros enemigos eran perdonados.

Ruffi. No os habeis olvidado ninguno?

Lady. Leed... está escrita de mi mano.

Ruffi. Maffei... Caraffa... Leonor Pimentel.

Andrés. (*Levantándose.*) Leonor Pimentel!

Lady. Quién es este hombre?

Ruffi. El abuelo de Beltran, milady.

Andrés. Que aborrece á Leonor, aun mas que vos.

Lady. Y Beltran deberá ahora participar tambien de ese implacable rencor.

Andrés. Quiéralo Dios!

Lady. Pues que no se apagó el amor que la profesaba el día en que tan descaradamente hizo de él su juguete, para salvar á su amante y entregar á los franceses el fuerte de San Telmo!

Andrés. Desde aquel día no ha vuelto á proferir su lengua el nombre de Leonor.

Lady. Y qué significa ese silencio?

Andrés. Dios lo sabe, milady.... A veces, viendo el furor con que se arrojaba al combate, he creído que ese silencio ocultaba un rencor, que no anhelaba la victoria sino para satisfacerse mas; en otras ocasiones, testigo del decaimiento que sucedía á sus arrebatos, he temido no hubiese bajo ese silencio mas que la desesperacion en busca de la muerte.

Lady. Apresuraos pues, Ruffi, en llevar esta orden á Beltran; mandad... ú obtened su cumplimiento; seguid de cualquier modo el objeto; porque, os lo repito, mañana puede llegar lord Morton, y yo no sé por qué capricho se interesa en favor de Leonor Pimentel.

Ruffi. Voy allá, milady... pero si mal no me acuerdo, por algunas preguntas que me ha hecho lord Morton creo que ha conocido á la familia de la madre de Leonor, Margarita Storelli. (*Vase.*)

ANDRÉS. LADY MELTON.

Andrés. Margarita! ah! esa murió antes que mi saña pudiera alcanzarla; pero Leonor no se me escapará.

Lady. Con que aborreceis mucho á esa muger?

Andrés. Oh! sí, milady, y por el pronto debe ya llorar la muerte de su amante.

Lady. Pues cómo! Ha muerto Jorge, por quien tanto se interesaba tambien lord Morton, y á quien cree aun en vuestra granja...?

Andrés. Yo le acometí en el fuerte de San Telmo, pero el brazo del anciano no tenia fuerza; ademas estaba ya herido, y por eso Beltran pudo sacarle vivo del mar, adonde yo le habia precipitado.

Lady. Y sin duda al reconocer en él el amante de la que tan indignamente le acababa de engañar, devolvió su presa á la muerte.

Andrés. Nada de eso, milady; en aquel momento Beltran casi levantó la mano contra su padre moribundo que habia querido vengarle, y arriesgando su vida, dirigió nuestra barca hácia la costa y depositó á Jorge en mi granja, confiándole al cuidado de Catalina.

Lady. Y alli...

Andrés. Alli estaba todavía esta mañana... alli iba á verle esa Leonor.

Lady. Pero no decís que ha muerto?

Andrés. Ah! milady, ayer en la embriaguez del asalto, Beltran mandó perseguir y asesinar á todos los franceses que pudieran haberse á las manos: entonces me acordé yo de que en la granja habia uno, el mismo que sin duda ayudó á Leonor en su infame ardid, el mismo á quien ella amaba, y no pudiendo ejecutar por mí mismo la orden, dije á uno de los nuestros en dónde podria encontrar una víctima.

Lady. Y ese hombre...

Andrés. Le estoy esperando, milady!

Lady. Pero me parece que no aborreceis á Leonor únicamente por el amor de vuestro hijo hácia ella; hace poco, os habeis estremecido al oir el nombre de Margarita Storrelli.

Andrés. Ah! milady, esa es una historia deplorable.

Lady. Y Beltran...

Andrés. La ignora, milady, y será preciso que yo se la cuente en presencia de todos, para hacerle sonrojarse de su cobardía.

Lady. Espero que me la conteis... y acaso si vacilara...

Andrés. Prometedme mi venganza, milady, y volveré á abrir por vos esta antigua herida de mi corazon.

Lady. Yo quiero perder tambien á esa muger.

Andrés. Entonces, escuchad...

Lady. Callaos, alguien viene.

ESCENA IV.

DICHOS. CATALINA. PEDRO.

Pedro. Abi está vuestro abuelo, Catalina, y él os dirá qué tal era la orden de Beltran. (*En voz baja.*) Cuidado con que Andrés no llegue á traslucirlo.

Andrés. Ah! es el que envié á la granja.

Catalina. (*Dirigese á Andrés y le hace señas.*)

Andrés. Si apenas te veo, hija mia... Qué quiere decir?

Pedro. Que vuestras órdenes han sido fielmente ejecutadas.

Andrés. Ya lo oís, milady... (*A Catalina.*) Y por qué has venido aqui?

Pedro. Para ver á Beltran.

Lady. (*En voz baja.*) Eso es imposible...! Si sabe la muerte de Jorge, retrocederia ante una doble venganza.

Andrés. Hoy no puedes ver á Beltran, Catalina... mañana.

Catalina. (*Da muestras de impaciencia.*)

ESCENA V.

DICHOS. RUFFI.

Lady. Qué hay, marques?

Ruffi. Nada, nada absolutamente he podido conseguir.

Lady. Pues qué, ha rehusado...

Ruffi. No, pero despues de haber dado una ojeada sombría á la lista... la rechazó con violencia diciéndome: mañana... esta noche...!

Lady. Y no le habeis dicho que era orden del rey?

Ruffi. Mañana, me ha respondido con esa voz imperiosa...

Lady. Pero mañana será ya demasiado tarde... Yo quiero ver á Beltran, marques... quiero verle al instante.

Andrés. Quizá si yo os hubiera dicho el secreto de mi rencor...

Lady. Teneis razon; venid, Andrés, nos saldremos con la nuestra; y en cuanto á lord Morton que la protege, y que tan altanero está con sus títulos y su poder, acaso le recuerde yo que en otro tiempo no era mas que el caballero Dudley.

Andrés. El caballero Dudley! Ah! ahora si, ahora sí que es preciso que me oigais.

Lady. Al momento... (*A Andrés.*) Vamos! Venid, marques.

Andrés. (*A lady Melton.*) Ya os sigo... (*A Catalina.*) Vamos, Catalina, ven, dame tu brazo. (*A Pedro.*) Y tú síguenos. (*Entran Lazzarones, y luego Beltran acompañado de oficiales.*)

Beltran. (*A los oficiales.*) Está bien, señores, esperareis mis órdenes.

Lazzaron 1.º Beltran, siempre somos tuyos.

Beltran. Cuento con ello, amigos míos. (*Vanse todos.*)

ESCENA VI.

BELTRAN, solo.

Ah! maldicion sobre mí! héme ya en el poder que tanto anhelaba para vengarme mejor, y el primer dia en que puedo ejercerlo se me escapa por mi ignorancia y mi cobardía...! Oh! razon tenia mi padre al echarme en cara mi pereza... Ese Ruffi acaba de traerme una lista de proscritos, y yo ignoro si en ella está el nombre que quisiera poner, y no me he atrevido por vergüenza á preguntárselo...! Leonor! Leonor! bien has merecido la muerte...! y sin embargo, si yo supiera que tu nombre estaba entre los demas, le borraría, aunque debiese perder el fruto de todo lo que he hecho por tí... y contra tí, que tan vilmente me has engañado... Mas qué haré, Dios mio...? entregarla al verdugo sin saberlo... es horroroso...! Dejarla impune...? Oh! no, porque al fin yo la

había salvado... y á él tambien... á los dos...! y ella vino burlándose de un corazon que la adoraba, á arrancarme la poca gloria que habia adquirido... Por salvar á Jorge, no titubeó en deshonrarme...! Oh! no, es imposible! eso sería ya una infamia...! Yo he arrancado á ese hombre por segunda vez de las garras de la muerte... he querido que viviera... pero para encontrarle otra vez con la espada en la mano... para que muera, no por ser francés, sino por ser su amante. Ah! es preciso que ella viva hasta entonces, para que vea como sé vengarme; y luego, si la entregan al verdugo, la culpa no será mia... Ah! perderé el juicio...! Esta orden del rey es preciso que se ejecute hoy mismo... Dios mio! qué haré...? cómo sabré...? (*Catalina entra en el salon.*)

ESCENA VII.

DICHOS. CATALINA.

Beltran. Catalina! Catalina!

Catalina. (*Le hace señas de que se calle, porque hay alguien cerca.*)

Beltran. Qué vienes á hacer aqui?

Catalina. (*Hace un gesto.*)

(*Se abre la puerta; Catalina se oculta detras de Beltran.*)

Un Ugier. Lady Melton desea hablaros, general.

Beltran. Viene sin duda á pedirme la lista que ella misma ha dictado, y que ella misma ha traído, estoy seguro.

Catalina. (*Le señata la lista preguntándole qué es?*)

Beltran. Ah! Catalina! Catalina! tú sabes leer, no es verdad?

Catalina. (*Manifiesta que si.*)

Beltran. (*Al ugier.*) Decid á lady Melton, que dentro de algunos minutos estoy á sus órdenes. (*Vase el ugier.*) Y ahora tú, Catalina, me dirás los nombres que contiene esta lista.

Catalina. (*Siempre por señas; puedo leer, pero no hablar.*)

Beltran. Verdad es... pobre criatura...! Oh! Dios mio!

Catalina. (*Pero tú puedes decirme esos nombres.*)

Beltran. Decírtelos... tienes razon, Catalina, sí, yo sé que personas han podido proscribir... Ahi estará el de Maffei...

Catalina. (Si.)

Beltran. Los de Pozzo? — (Si.) Caraffa? — (Si.) Negroni? — (Si.) Yo tiemblo.

Catalina. (Adelante.)

Beltran. No han puesto el de alguna muger?

Catalina. (Señalando con el dedo el sitio en que se encuentra este nombre.)

Beltran. Y ese nombre...

Catalina. (Es el de aquella que canta tan bien, y á quien tú amas.)

Beltran. El nombre de Leonor, no es verdad? Ah! maldicion sobre ellos...! Con que quiere decir que despues de todo lo que he trabajado, no tengo el derecho de pedir la vida de una muger que es la honra de la Italia, y por quien los he defendido, pues solo por salvarla tomé yo las armas?

Catalina. (Se aleja llorando.)

Beltran. Lloras, hija mia? Oh! perdóname...! Lo sé... pero cielos...! será preciso que tú tambien la aborrezcas...?

Ugier. General, lady Melton aguarda.

Beltran. Lady Melton! Ah! borra ese nombre, Catalina.

Catalina. (Vacila.)

Beltran. Ah! bórralo, te suplico que lo borres.

Catalina. (Borra el nombre, y da la lista á Beltran.)

Beltran. Gracias, angel de bondad, gracias!

Catalina. (Le aparta de si, y vase volviendo la cabeza.)

ESCENA VIII.

BELTRAN. LADY MELTON.

Lady. (Entrando.) Morton va á llegar... démonos prisa.

General, (A Beltran.) el marques Ruggiero os ha dado una orden del rey.

Beltran. Sí, milady.

Lady. Y esa orden debe cumplirse hoy mismo.

Beltran. Se cumplirá... Hola! (Se presenta el ugier.) Decid al capitán Baranti que ponga sobre las armas á su compañía, pues hay que prender y conducir al fuerte donde se halla la comision militar á las personas cuyos nombres le daré, las cuales deben ser juzgadas y ejecutadas hoy mismo.. Id.

Lady. (*Aparte.*) Tal obediencia me estraña.

Beltran. Deberéis estar satisfecha, milady.

Lady. Efectivamente, porque supongo que no se habrá cambiado una sola palabra de la orden de S. M.

Beltran. Cumpló esta orden bajo mi responsabilidad, milady, y mi cabeza responderá de lo que en ella pueda faltar.

Lady. Beltran, á Massaniello, cuya fortuna habeis renovado, le volvió loco su grandeza... á vos será el amor quien os haga perder la razon.

Beltran. Milady!

Lady. Habeis borrado de esa lista el nombre de Leonor Pimentel.

Beltran. Y si fuera verdad...

Lady. Si fuera verdad, sería preciso hacer pedazos esa orden, porque todos los que en ella van comprendidos son igualmente culpables.

Beltran. A los ojos del rencor!

Lady. No es necesario aborrecer á Leonor Pimentel para reconocer su crimen, y vos lo sabeis mejor que nadie.

Beltran. Puede ser!

Lady. Antes de la toma de Nápoles no estaba en relaciones con los enemigos? Vos lo sabeis bien, pues visteis entrar por la noche en su casa á un oficial francés... Era su cómplice, ó su amante...?

Beltran. Milady!

Lady. No estuvo en el campo francés con Maffei, á prometer á Championnet entregarle uno de los fuertes de la ciudad? Bien lo sabeis, porque fue el vuestro el que escogió, el vuestro, en donde se burló con tanta imprudencia de vuestra credulidad.

Beltran. Mas todavía!

Lady. Era porque abria á los enemigos las puertas de Nápoles, ó porque vos teniais en él prisionero á su Jorge?

Beltran. Basta, milady!

Lady. Y finalmente, despues que salvasteis por segunda vez á ese misterioso oficial, iba ella todas las noches á vuestra granja para continuar con él sus culpables manejos, ó para velar por la existencia de su amante?

Beltran. Y eso es cierto?

Lady. Vuestro padre podrá decíroslo.

Beltran. Iba allá todas las noches!

:

Lady. Catalina podrá asegurároslo.

Beltran. Y me lo han ocultado!

Lady. Y qué quereis que digan, Beltran, al hombre que es á un tiempo el terror y la irrisión de Nápoles, al hombre que puede sentarse junto al trono, y que es esclavo de una muger sin pudor...? A vos, Beltran, de quien ella decia ayer, en ese estilo poético que tanto os agrada: entre en Nápoles, que yo conduciré al tigre sujeto con las cintas de mi tocado.

Beltran. Iba allá todas las noches!

Lady. Esta es la hora en que acostumbra á ir...

Beltran. Pues bien, milady, no volverá á ir; tomad esa lista, y en cuanto á ese nombre...

Lady. Yo sabré escribirle segunda vez.

Ugier. General, la señora Leonor Pimentel desea hablaros.

Beltran. Leonor...! que entre.

Lady. Leonor...! ya veis... dadme esa orden.

Beltran. Todavía no, milady; quizá viene á justificarse.

Lady. De haber haber hecho traicion á Beltran, ó de haber vendido á su pais?

Beltran. No lo sé, milady; pero no morirá.

Lady. Ah! Beltran...! cuidado con lo que haceis!

Beltran. Está bien, milady.

Lady. (*Ap.* Me queda aun el secreto de Andrés, que perderá á entrambos.)

Ugier. La señora Pimentel.

Leonor. (*Entrando.*) Lady Melton!

Lady. Que os cede el sitio, señora! He leido algunas de vuestras comedias... pero no tengo curiosidad de véros las representar. (*Vase.*)

ESCENA IX.

BELTRAN. LEONOR.

Beltran. (*Ap.* Tiene razon; quizá hoy será lo mismo que en el fuerte de san Telmo!)

Leonor. General!

Beltran. Señora!

Leonor. Vengo á pedir os el perdon de los vencidos.

Beltran. Vos, señora, vos!

Leonor. Yo.

Beltran. Pues qué, no tienen una muger, una hermana,

una hija, que se atreva á acercarse al feroz Beltran, que han ido á escogeros para semejante mision?

Leonor. Un amigo fiel que ha quedado con el rey nos avisó de la orden que lady Melton traía á Nápoles, y hace algunas horas, no faltan mugeres y hermanas en la mayor desolacion que abrazarian las rodillas del vencedor, aunque éste las hiciese caer á sus plantas, para obtener la vida de padres y de esposos; yo he recogido sus lágrimas, sus lamentos; yo me he encargado de traéroslos y deciros: No descargueis vuestros golpes sobre el enemigo desarmado; no enviéis al cadalso á los que vuestra espada ha perdonado.

Beltran. No estabais menos bella, señora, el dia en que vinisteis al fuerte de San Telmo, y en que con tanta facilidad me engañásteis.

Leonor. Beltran, entonces comenzaba yo la lucha que vengo á concluir aqui.

Beltran. Y eso es cierto, señora?

Leonor. En el fuerte de San Telmo aseguraba el éxito de mi partido; aqui vengo á espiar su derrota... Cuando un pueblo se rebela, no se hace desaparecer de la tierra la mitad de él; se le obliga á volver á la sumision, derribando la cabeza que le ha estraviado, y yo vengo á traeros la mia.

Beltran. Ah! Leonor! Leonor! Mirad, leed esa sentencia de proscripcion; no hay mas que un nombre borrado, y es el vuestro, señora... Me he apiadado de vos... y vos no me engañareis mas.

Leonor. Beltran, mi nombre debe quedar ahí escrito, ó se han de borrar tambien todos los demas.

Beltran. Eso mismo me decia lady Melton poco há.

Leonor. Y tenia razon, general; si quereis ser el vencedor implacable que castiga á todos los enemigos que caen en su poder, el hombre de partido que quiere ahogar la revolucion con la sangre, y sujetar á una nacion entera por medio del terror, castigad, condenad, envid al cadalso á todos los culpables... Esa compasion hácia una muger, os la achacarian á injusticia, veríase en ese perdon una debilidad de amor, y yo no quiero que se os escape otra vez por mi culpa el alto renombre á que aspirais.

Beltran. Ah! y vos teneis sin duda mas que nadie el

derecho de tratarme como á un hombre sediento de sangre, no es verdad? .

Leonor. Pues bien, Beltran, quereis ser el hombre que no conoce enemigos mas allá de la victoria, el que interpone su espada vencedora entre la cólera sorprendida del monarca y el hacha del verdugo? Quereis ver coronada de bendiciones esa frente tan terrible en las batallas, y bañadas en lágrimas de reconocimiento esas manos teñidas aun con la sangre de vuestros enemigos...? Entonces, perdonad, Beltran, proteged á todos los que os imploran por mi medio... Salvadlos, Beltran; salvadme si quereis, y me envaneceré de deberos mi existencia.

Beltran. Ah! Leonor, si no me hubieseis vendido, yo habria sido todo eso.

Leonor. Y lo sereis aun; mi corazon no me engaña jamas.

Beltran. No, es imposible!

Leonor. Pues qué, yo no os conozco? No os dije un dia, en el mismo instante en que los celos estaban abrasando vuestro corazon, salvad á este hombre, y le salvasteis?

Beltran. Fuí un loco.

Leonor. No me presenté en aquel fuerte, en que mi nombre hubiera sido mi sentencia de muerte á no haber estado vos allí? y cuando por cumplir un juramento hecho á mis hermanos abusé de vuestro amor, no detuvisteis el brazo de vuestro padre, que iba á asesinar-me? no salvasteis por segunda vez al que creiais vuestro rival?

Beltran. Y esa es la razon de haberse acabado ya mi clemencia, señora.

Leonor. Y ahora que vengo á pedir os que salveis vuestra gloria, que illustreis vuestro nombre con una accion que os valdrá la aprobacion de las almas grandes y el respeto de vuestros enemigos... me lo negareis, Beltran?

Beltran. Es preciso.

Leonor. No, no... vos hareis lo que os pido, Beltran, porque habeis nacido tan humano como grande; porque no me he engañado sobre la nobleza de vuestro corazon; porque conozco las grandes pasiones que en él se abrigan... lo hareis, sí, porque me amais... porque os amo.

Beltran. Vos...! Leonor... Oh! esta vez no es un error, no es cierto...? Sereis obedecida; los salvaré... Pero... Leonor, he oido bien...? vos me amais?

Leonor. Os lo he confesado cuando os suplicaba, y ahora

ya no me atrevo á repetíroslo... porque os he engañado una vez.

Beltran. Oh! bendito mil veces aquel ardid que tanto me ha hecho sufrir, si para justificaros no os ha parecido demasiado semejante confesion... porque ya no me engañais, verdad? y ese Jorge...

Leonor. Beltran, su secreto y el mio son el de una tumba, y no quiero remover cenizas sagradas... Pero dia llegará acaso en que pueda descubríroslo todo, y entonces vereis si es cierto que os amo.

Beltran. Leonor! Leonor...! Qué quereis que sea de mí...? á qué rango anhelaís que suba?

Leonor. Beltran, acordaos de que hay una porcion de infelices que aguardan...

Beltran. Sí, Leonor... podeis consolarlos...

ESCENA X.

DICHOS. LORD MORTON, *fuera.* CATALINA, *en el fondo.*
Centinelas.

Lord. (*Fuera.*) Que no salga de palacio sin orden mia ningun soldado ni oficial.

Beltran. La voz de lord Morton.

Leonor. El amigo de lady Melton, que viene sin duda á echaros en cara vuestra lentitud en cumplir sus órdenes... Oh! Beltran, me habeis prometido su salvacion.

Beltran. Nada temais, Leonor; quedaos.

Leonor. No, no, mi presencia menoscabaria vuestra generosidad.

Beltran. Esperad entonces un momento ahí, y vereis si Beltran cumple bien sus palabras: les prometí vencer, y héme aqui vencedor... Os he prometido su salvacion... y los salvaré. (*Vase Leonor: aparece lord Morton.*)

Morton. Os buscaba, general.

Beltran. Aqui me teneis, milord.

Morton. Sois valiente, lo sé; y es inútil decirlo á quien os ha visto combatir.

Beltran. Milord!

Morton. Pero ese valor ha tenido su recompensa con el grado de general.

Beltran. Que es demasiado, quizá?

Morton. Por lo menos es bastante... Porque hay un poder que habeis ejercido durante un solo día, y del que habeis abusado de manera, que pesa sobre vos una terrible responsabilidad. Ayer, mientras el asalto, se dió una orden de buscar por do quiera y de esterminar á los franceses.

Beltran. Es cierto; y yo la dí, milord... Vos no estabais obligado como nosotros á volverse á apoderar de esta ciudad, casa por casa, á pelear contra hombres que es defendian en cada piso, en cada puerta; que aparecian en el momento en que se creía haberlos aniquilado... sí, milord, yo dí esa orden, y á ella debeis acaso el poderme hablar en este palacio, que he devuelto al rey de Nápoles para ser amenazado en él por un inglés.

Morton. Ese inglés es vuestro gefe por la voluntad del rey vuestro soberano; y si disimula una medida bárbara quizá, pero que el furor del combate puede justificar, debe sin embargo pedirnos cuenta de que esa orden no se haya suspendido asi que la ciudad ha estado en vuestro poder; de que esta noche, esta mañana todavía, hayan sido asesinados en las casas en que se hallaban ocultos varios franceses desarmados.

Beltran. Milord, no es posible que yo salga responsable de todos los escesos que pueden cometerse en una ciudad tomada por asalto.

Morton. Pero podeis responder de lo que vos mismo habeis ordenado?

Beltran. Siempre y do quiera, milord.

Morton. Pues bien, es cierto que esta mañana y por vuestro mandato se han dirigido algunos hombres á la granja de vuestro padre para asesinar en ella á un prisionero?

Beltran. Al comandante Jorge?

Morton. El mismo, que ha desaparecido de esa granja, cuyos moradores han abierto la puerta á los asesinos, que invocaban vuestro nombre; el mismo, á quien encontraron herido en su lecho, y á quien han arrojado al mar para ocultar su crimen; el mismo, cuya espada hecha pedazos y cuya ropa ensangrentada es lo único que he encontrado... Ya estaba yo cierto que vos le hariais asesinar...

Beltran. Yo, milord, yo...!

Morton. Vos...!

Beltran. Yo he hecho asesinar al comandante Jorge...!

Morton. Sí, vos le habeis asesinado; pero por respeto á la dignidad de que os hallais revestido, os doy de tiempo hasta mañana para justificaros: pasado este plazo ya no sereis para mí mas que un criminal.

Beltran. Milord, eso ya es insultarme demasiado, y me dareis satisfaccion de este ultrage!

Morton. Sé que sois valiente; y asi, á un hombre como vos, cuando ha hecho caer la cabeza de un prisionero, no se le dice que es un cobarde, se le llama verdugo. (*Vase.*)

ESCENA XI.

BELTRAN. LEONOR.

Beltran. Verdugo...! Ya lo habeis oido, Leonor...!

Leonor. Sí, ya lo he oido... Vergüenza y maldicion sobre mí...!

Beltran. Pues qué, Leonor... esa bárbara acusacion...

Leonor. No ha encontrado la espada de Jorge hecha pedazos y su ropa ensangrentada?

Beltran. Y vos lo creeis?

Leonor. Ah! debiera haberlo previsto... Los celos fatales, las amenazas que, segun me contó, le habiais hecho en el fuerte de San Telmo... vuestra horrible despedida... ah...! vos sois quien le ha asesinado!

Beltran. Y lo creeis vos?

Leonor. Y yo os he dicho que os amaba...! Oh! he mentido, mentido, sí, para ablandar al tigre sediento de la sangre de mis hermanos... Pero no... te desprecio... asesino!

Beltran. Leonor...! escúchame, por piedad...! no es cierto que yo...

Leonor. Mientes!

Beltran. Una sola palabra...

Leonor. Dejadme...! dejadme huir!

Beltran. Leonor!

Leonor. Apartaos... no me toqueis... vuestras manos estan teñidas de sangre!

Beltran. Leonor...! te suplico que me escuches...!

Leonor. Jamas!

Beltran. Yo te juro...!

Leonor. Mientes...!

Beltran. Jamas...! Pues bien, no saldreis de aqui, señora!

Leonor. Qué quereis decir con eso?

Beltran. Oh! nada temais; pero ese hombre me ha dado de tiempo hasta mañana, y... mañana saldreis de mi casa libre como habeis entrado en ella.

Leonor. Pero deshonorada... perdida!

Beltran. Os he dicho que os respetaré.

Leonor. Pero dirán que he querido rescatar mi vida al precio de mi deshonra!

Beltran. Y eso no será cierto, señora.

Leonor. Dirán que me he entregado al asesino del desdichado prisionero...!

Beltran. Y tampoco eso será verdad.

Leonor. Pero es horroroso!

Beltran. No es cierto!

Leonor. Oh! Dios mio...! Dios mio...!

Beltran. Ser inocente y verse acusado; gritar entre lágrimas y sollozos que no es uno culpable, y oír que le dicen: mientes...! Oh! es horroroso de veras.

Leonor. Perdon! clemencia, Beltran... he hecho mal... el dolor ha sido causa de mi extravío... La desesperacion por la muerte de Jorge...

Beltran. Desesperacion...! por su muerte...! ah! amabais mucho á ese hombre...! Le han muerto...! Tanto mejor, porque si aun viviera, yo mismo le mataria!

Leonor. Beltran...! Beltran...!

Beltran. Ah! ahora ya os asusta el tigre; ya no os atreveis á jugar con su amor... Y sin embargo, yo os amaba, señora... y habia salvado á ese hombre para que me miraseis con un poco de compasion.

Leonor. Ah! Beltran, sí, os creo; pero apiadaos de mí, os lo suplico por Dios...! Dejadme salir de aqui...!

ESCENA XII.

DICHOS. ANDRÉS. Luego LORD MORTON. En seguida CATALINA, que se presenta con JORGE. Despues LADY MELTON.

Andrés. Lord Morton...! Llamad á lord Morton!

Leonor. Ah! socorro...!

Beltran. Es mi padre, señora... el primero que os maldijo.

Leonor. Oh! que me mate si quiere. (*Abriendo la puerta.*)

Al menos moriré pura...

Andrés. Os digo que llameis á lord Morton.

Beltran. Para qué le querrá?

Andrés. Beltran, con que siempre la he de encontrar á tu lado, como el genio de tu perdicion!

Beltran. Padre mio, yo no amo ya á esa muger!

Andrés. Llamad pues á lord Morton, y si rehusa venir, decidle que el padre de Mariana desea verle.

Morton. (*En el fondo.*) El padre de Mariana! Qué que-reis, anciano? (*Adelantándose.*)

Andrés. (*En voz baja.*) Voy á decírtelo al momento, ca-ballero Dudley...

Morton. (*Aparte.*) Gran Dios!

Andrés. Pero antes debo hablar á lord Morton, que ha ve-nido á acusar á mi hijo de haber asesinado al amante de esa muger...

Morton. Su amante...!

Andrés. Sabed pues que no ha sido Beltran, sino yo, quien le ha mandado matar!

Beltran. Vos...! Ah!! maldicion... padre mio, qué habeis hecho...?

Andrés. Me he vengado... y... (*Encuéntrase con Jorge á su lado, á quien ha traído Catalina.*) Ah...! ah...! eres una sombra...? un fantasma...? Quién te ha salvado, di...?

Jorge. Catalina!

Todos. Catalina!

Beltran. Catalina!

Leonor. Ah! gracias, hija mia, gracias! (*Catalina se aparta de ella con orgullo y dolor al mismo tiempo: aparece lady Melton.*)

Andrés. Catalina...! que te ama, Beltran... Tambien ella me ha hecho traicion por esa muger...! Ah! Estará es-crito que muera sin vengarme!

Beltran. Padre mio!

FIN DEL ACTO TERCERO



Acto cuarto.

Gabinete en casa de Leonor, que da á unos jardines.

ESCENA PRIMERA.

PEDRO. LORD MORTON.

Morton. Con que no sabes qué ha sido del viejo Andrés?

Pedro. Despues de la famosa escena que pasó en el palacio del gobierno, creimos todos que moriria de cólera reconcentrada... Por orden de su hijo se le dejó descansar, pero cuando se entró en el cuarto al cabo de dos horas, habia desaparecido, y hasta ahora nada se sabe de él. Lo que es yo prometo un cirio á San Genaro con tal de que no vuelva á aparecer mas ese viejo endiablado.

Morton. Pues qué te ha hecho?

Pedro. A mí nada; pero pudiera hacerme... porque yo fui el encargado de despachar al comandante Jorge... hace un mes, al otro dia del asalto.

Morton. Lo sé, y por eso te ha tomado á su servicio la señora Pimentel.

Pedro. Es preciso que la virtud sea recompensada.

Morton. Todavía no ha vuelto la señora?

Pedro. No, milord, y es tanto mas raro, cuanto que son ya las ocho de la noche, y la funcion empieza á las nueve...

Morton. Alguien viene...

ESCENA II.

DICHOS. LEONOR.

Leonor. Milord...! Vete, y no olvides (*A Pedro.*) ninguna de mis órdenes.

Pedro. Está bien, señora... Calla, esa (*Aparte, yéndose.*) puertecilla me era desconocida... bueno es saberlo.

Morton. Qué hay...?

Leonor. El billete de Jorge estaba concebido en estos términos: "Querida Leonor, esta tarde á las siete en punto te espero en la capilla de San Pedro..." Son las ocho; he estado esperando hasta ahora, y no ha parecido.

Morton. Quizá le habreis dejado adivinar de lo que queriais hablarle, y no habrá querido ver al padre que le abandonó.

Leonor. No, milord, podeis estar seguro de que esta ausencia es involuntaria; por otras razones de mucha gravedad, creo no equivocarme diciéndoos que si no ha acudido, es porque una causa poderosa se lo habrá estorbado.

Morton. Dios quiera que así sea, y ojalá que vos tambien, Leonor, hija de la muger á quien tanto amé, no alimentáseis mas locas esperanzas en favor de vuestro pais.

Leonor. Milord...

Morton. Leonor, vos me inspirais un interes que no puedo explicaros; á cada nuevo esfuerzo que haceis por la libertad de vuestro pais os encuentro mas grande, y siento una admiracion mas pura y un respeto mas profundo hácia ese valor que nada es capaz de abatir. Pero al pensar en el desenlace que puede tener una tentativa abortada, tiemblo, Leonor; no me atrevo á deciroslo, porque prescindiendo de que os amo como á una hija, tanto para mí como para todo el mundo sería una terrible desgracia el ver subir al cadalso á Leonor Pimentel... Y lo harian, Leonor...!

Leonor. En verdad, milord, que á no saber que en vuestra amistad hay mucho de recuerdos de lo pasado, aumentaríais mi vanidad; pero podeis estar tranquilo; no he hecho todo lo que habeis querido? No me he decidido á dar esta fiesta cuando mis amigos yacen aun en los calabozos, para tranquilizar á un poder demasiado celoso?

No he olvidado todos mis rencores políticos? Esta noche no estará aquí todo Nápoles...? No he convidado hasta á lady Melton?

Morton. Y yo os lo agradezco particularmente. Lady Melton es una enemiga poderosa...

Leonor. Ha sido vuestra voluntad... y para mí ha bastado... Ahora, ya lo veis, he olvidado por vos hasta los deberes de ama de casa... No quereis que me adorne sino con vuestros elogios, con vuestra admiracion... pero soy mas muger de lo que pensais... y si me permitís...

Morton. Con mucho gusto, ya que quereis añadir ese nuevo esplendor al de una fiesta cuyo recuerdo vivirá siempre en los napolitanos.

Leonor. (*Aparte.*) Asi lo espero.

Pedro. (*Entrando.*) Señora, los salones estan ya iluminados, y van llegando algunas personas.

Morton. Podria yo irme por esa puerta...? porque no quiero que me encuentren en este traje...

Leonor. Sí, y saldreis á dos pasos de vuestro palacio.

Morton. Hasta luego.

Leonor. Hasta despues. (*Vase por la izquierda, y Morton por la derecha.*)

ESCENA III.

PEDRO. LADY MELTON.

Pedro. No me hubiera yo imaginado que lady Melton pudiese venir á esta funcion; por fortuna Job...

Lady. Y bien! podeis hacer lo que os he pedido?

Pedro. Las entradas del palacio estan ya demasiado llenas de curiosos para poder introducir secretamente á un hombre tan conocido en Nápoles como el padre del general Beltran... Pero ahora que se han ido de aqui lord Morton y mi señora... puede que por esta puerta secreta...

Lady. Calla! y Leonor se sirve de ella alguna vez?

Pedro. Me parece, milady, que no se habrá hecho sino para eso.

Lady. Encontrareis á Andrés en donde os he dicho... y no olvideis que nadie debe saber...

Pedro. Descuidad; cuando se me encarga á mí alguna cosa es como si estuviera ya hecha.

ESCENA IV.

DICHOS. JOB.

Job. Papá, vais á verle; está magnífico con su traje; yo le he vestido.

Pedro. Diantre...! Esta sí que es buena... si ahora olvida una palabra de mis lecciones, se acabó.

Job. (En el fondo.) Lady Melton...

Lady. Quién es ese muchacho?

Pedro. Es mi hijo mayor, milady...

Lady. Vuestro hijo...!

Pedro. Cuya educacion me ha costado bastante trabajo: está sirviendo al general Beltran.

Job. (Aparte.) A quien todito se lo he contado... y me ha prometido su proteccion.

Lady. (En voz baja.) No fue á vos á quien el marques Ruffi recomendó...

Pedro. A un tal Job...

Job. Ah! sí, aquel inglesito á quien papá despachó, porque sabia...

Pedro. Zefirino, hijo mio, os tengo encargado que no os metais en la conversacion de los demas.

Job. Es que me da risa cuando me acuerdo de aquel Job...

Pedro. Zefirino... hijo...

Job. Ya me callo, papá.

Lady. Yo me equivoco sin duda, pero esas facciones... Y fuisteis recompensado?

Pedro. Muy poco.

Lady. Ahí teneis, por vuestro silencio.

Job. (Aparte.) Toma! y se hace pagar mi muerte otra vez!

Pedro. Una buena accion nunca es cosa perdida.

Lady. Ahora id adonde os he dicho. (Pedro va á marcharse, pero se detiene al oír á lady, que dice á Job.)
Con que sois italiano?

Job. De Nápoles... del Arrabal de Santa Magdalena; nacido el día de San Genaro; hijo de Pedro, llamado Macarrones, y de Petronila Tasarina...

Lady. Basta, basta.

Pedro. Qué alhaja de chico! Cuando pienso que he estado tres meses para enseñarle eso!

Lady. Ea, marchaos.

Pedro. Es que creo que mi hijo Zefirino ha venido para decirme algo.

Job. Sí, papá, en efecto, os venia á dar una carta que han traído para la señora.

Pedro. Tráela, y si vuelves á parecer por aqui te ahogo. Vete, hijo mio.

ESCENA V.

LADY MELTON, *sola.*

Ese recuerdo me perseguirá siempre... pero de qué voy á ocuparme ahora...? Merced á la proteccion de Beltran y de Morton, Leonor está á salvo de una sentencia, pero no de la infamia que yo quiero grabar en su frente. Ah! ella ha despreciado á lady Melton, y Dios sabe si en sus amorosas entrevistas le habrá contado Beltran la loca pasion que me cegó... Oh! sin duda sabe ya de qué familia es hija la pobre Betty Stacke; pues bien! yo diré á todo Nápoles lo que fue la condesa de Pimentel, la hermosa Margarita Storelli.

ESCENA VI.

LADY MELTON. ANDRÉS. PEDRO.

Pedro. Por aqui, buen viejo, por aqui!

Andrés. Con que estoy en casa de Leonor Pimentel?

Lady. (*Despues de haber hecho señas á Pedro de alejarse un poco.*) Sí, Andrés, porque aqui únicamente es donde podreis encontrarle, ahora que todo lo olvida por arrojarle á las plantas de la bella Leonor, ahora que está pronto á ser traidor á su causa y á la vuestra por esa infame muger... Pero tendreis valor para hacer lo que habeis resuelto, Andrés?

Andrés. Nada temais, milady... antes me faltarían las fuerzas que el valor... Nada temais, yo me presentaré á lo mejor de la fiesta á devolver á ese hijo ingrato la maldicion que echó sobre la cabeza de su padre... mas será menester que vuestra mano me conduzca, que vuestra voz me diga: Allí está Leonor; porque ya se ha apagado enteramente la luz de mis ojos... ya no vivo en el pre-

sente, ya no tengo mas compañera que una eterna noche, nada mas que el recuerdo del pasado.

Lady. Bien, Andrés... pero sed prudente... Reflexionad que yo no debia haberos traído á este sitio, y aguardad que os avise el instante en que debereis aparecer como el ministro de la venganza del cielo.

Andrés. El rencor es paciente, milady... Dos meses he aguardado en el asilo que me procurásteis; bien puedo esperar todavía algunas horas el momento de la venganza.

Lady. (Llamando.) Pedro...! no habrá otra habitacion en donde pueda ocultarse Andrés?

Pedro. A dos pasos de aqui hay otro pabellon en donde estará bien solo.

Lady. Pues daos prisa á llevarle á él; pudiera venir alguien...

Pedro. Vamos, Andrés... que voy á ponerlos en parage seguro.

Lady. (Acompañándolos.) No olvideis que es vuestra venganza.

Andrés. Y tambien la vuestra; no me hagais esperar.

Pedro. Pasemos por aqui para que nadie pueda encontrarnos.

ESCENA VII.

LADY MELTON. *Luego* BELTRAN.

Lady. Ya era tiempo... aqui está Beltran... que hoy por vez primera ha consentido en dejar su trage de Lazzaron, y lo que no habian podido obtener de él los mas encumbrados magnates lo ha conseguido Leonor sin gran trabajo... Oh! yo aseguro que este dia quedará bien grabado en su memoria. (*Entra Beltran.*)

Beltran. (*Aparte.*) Lady Melton!

Lady. (*Acercándose á él, é irónicamente.*) Muy bien, muy bien, general! Imposible es que haya otro que tenga mejor aire y sepa llevar mejor el uniforme... Estoy segura que os van á tener envidia los mas apuestos y elegantes caballeros de Nápoles.

Beltran. Oh! podeis burlaros muy bien de mí, milady, porque debo de estar hecho una facha...

Lady. Nada de eso, general; y entre los muchos motivos que la corte tiene para estar agradecida á Leonor Pimen-

tel... sería menester colocar en primera línea el haberos decidido á adoptar un traje que tan perfectamente os sienta.

Beltran. Basta de chanzas, milady.

Lady. Querreis decir, de elogios, porque estoy segura de que debeis gustarla mucho así.

Beltran. Milady, me parece no querreis que me acuerde que he podido gustar á otras personas con mi traje de Lazzaron.

Lady. No pretendo que lo recordeis, pero me place ver con qué facilidad se ha transformado el Lazzaron en gran señor.

Beltran. Eso se aprende sin trabajo ninguno, milady... y acaso las mugeres sepan mas que nosotros en ese ramo.

Lady. Qué quereis significar con eso?

Beltran. Vuestra cólera me prueba con evidencia que no he menester explicároslo.

Lady. (*Ap.* Ah! bien decia yo, que aquel era Job... que habrá hablado...) Quedad con Dios, general; ahí viene sin duda Leonor; acordaos del día en que la dejé con vos para que represente la sensible comedia que la ha salvado; ahora os dejo con ella, para que vos tambien representeis un poco. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

BELTRAN. LEONOR.

Beltran. (*Solo un momento.*) Ah! por qué habré yo encontrado aquí á esa muger? Siempre ha sido para mí presagio de desventura.

Leonor. (*Dentro.*) Bien está... que ahran la galería principal. (*Entrando.*) Ah! estais aquí, general?

Beltran. Señora...

Leonor. Qué amable sois...! Habis venido temprano... deber y privilegio de los amigos...

Beltran. He venido demasiado pronto, no es verdad...? y quizá hubiera hecho mejor en no venir...

Leonor. Por qué?

Beltran. Porque voy á sufrir tanto!

Leonor. Vos!

Beltran. Pues qué, no vais dentro de unos instantes á

abrir el baile, á valsar con todos esos gentiles caballeros?

Leonor. Hay deberes, Beltran, que no debemos tomar siempre como goces, como placer.

Beltran. Y hay pesares, Leonor, que vos no podeis comprender. Mirad, cuando yo no era mas que el pobre improvisador de la costa de Sorrento, á quien todos abandonaban por ir á escucharos, estaba bien lejos de vos; pero aunque vencido por vuestro canto podia alargar mi mano todavía á cualquiera hija del pueblo como yo, y ella se envanecía de bailar con Beltran, el alegre cantor de la tarantela. En la actualidad, que llevo este traje que he pagado con mi sangre, hoy que, gracias al acaso, soy admitido en este palacio como la primera persona de Nápoles, me creen feliz, me creen mas cerca de vos, y sin embargo no me atreveré á ofreceros la mano, y me quedaré en un rincon de vuestros salones solo para contemplaros, mientras otros brillarán en torno vuestro, se pasearán con vos, orgullosos de vuestra hermosura, como si les perteneciera; y todo por qué? porque ellos tienen ese aire de mundo que el pobre Lazzaron no ha podido aprender, y que jamas aprenderá.

Leonor. Y eso qué importa, Beltran? El vencedor de Nápoles puede muy bien pasarse sin tan fútil ventaja.

Beltran. Lo creéis así, y podria en efecto suplicaros...?

Leonor. No, os lo negaria.

Beltran. Me lo negariais?

Leonor. Sí, por vos, de quien no quiero que nadie pueda mofarse en lo mas mínimo... por mi causa, pues sufriría mucho.

Beltran. Oh! Leonor!

Leonor. Pero qué teneis? qué estraña idea os ha pasado por la cabeza...? Ea, tened mas confianza; presentaos como en un dia de combate. Quiero que todos os encuentren bien.

Beltran. Gracias, gracias, Leonor; sois buena como un angel del Señor.

ESCENA IX.

DICHOS. UN CRIADO.

Criado. (*Entrando.*) Señora, estas cartas han traído para vos. (*Dalas y vase.*)

:

Leonor. (Tomándolas.) Está bien... El marques (*Abriendo sucesivamente algunas de ellas.*) de Guastalle, que no puede venir. (*Arroja la carta con indiferencia sobre la mesa.*) El baron de Landorff, que me pide permiso para traer á un amigo suyo. De Jorge... imprudente! (*Idem, y abre la tercera.*)

Beltran. Qué es eso?

Leonor. Nada, nada... otra excusa... (*Guardando la carta en el pecho.*)

Beltran. (Gran turbacion la ha causado esa carta! Y ni (*Deja Leonor las otras cartas cerradas.*) siquiera abre las otras.)

Leonor. Y qué, general, no pasais á los jardines? Debeis haceros cargo de que en una noche como esta tengo muchas órdenes que dar, muchas cosas que arreglar, y asi os pido me disimuleis...

Beltran. (Quiere alejarme de aqui... será verdad que Jorge ha vuelto á Nápoles?)

Leonor. Con que hasta luego, general... al momento seré con vos.

Beltran. Cuando gustéis, señora! (*Vase, permaneciendo algunos momentos en el foro.*)

Leonor. (*Sola, leyendo la carta.*) "Querida Leonor, imposible me será el acudir á la cita que me habeis dado, porque mis amigos y yo hemos decidido adelantar algunos dias la ejecucion de nuestros designios; á media noche estarán rotas sus cadenas, y vos no habreis soñado en vano la libertad de la Italia."

Beltran. (*En el fondo.*) Con qué interes lee esa carta!

Leonor. (*Continúa leyendo.*) "Por lo demas, esta noche iré á saber el secreto que queriais descubrirme en nuestra cita de la capilla de San Pedro: á las nueve en punto estaré en la puerta secreta de vuestro pabellon." A las nueve! Van á dar al momento. (*Guarda la carta en un escondite que tiene un jarron antiguo.*)

Beltran. (*En el fondo.*) Oh! no, esa no es una carta como las otras.

Leonor. Quedarme aqui sola, cuando todo el mundo me espera...! Es preciso; un minuto bastará para lo que tenga que decirme, y luego le dejaré solo con lord Morton. (*Llama: aparece un criado en la puerta de la izquierda.*) Id á buscar á lord Morton, y decidle de mi

- parte que tenga la bondad de venir inmediatamente aquí...
(Vase: Beltran parte tambien, sin que Leonor haya reparado en él: llaman á la puerta.) Ya está aquí.
(Va á abrir la puerta secreta.)

ESCENA X.

LEONOR. JORGE.

Leonor. Entrad, Jorge, entrad.

Jorge. Habeis recibido mi carta?

Leonor. Ahora mismo. Yo no habia previsto que pudierais venir aquí, y este pabellon está abierto á los convidados, como todas las demas habitaciones de mi palacio.

Jorge. Os comprendo y me retiro... yo no hubiera venido si vos no me hubieseis anunciado en el billete en que me citabais para la capilla de San Pedro, la revelacion de un secreto importante.

Leonor. Y yo me habia encargado de descubrirlos ese secreto delante de la persona á quien interesa tanto como á vos, y quizá debiera dejarlo para otro dia; pero en el momento en que por mí vais á dar un paso tan arriesgado, quiero colocaros bajo una proteccion que no os abandonará, si por acaso sois descubierto.

Jorge. Qué quiere decir eso, Leonor? *(Abrese la puerta y aparece lord Morton: déjala abierta.)*

Leonor. Que es preciso saber perdonar.

Jorge. No os comprendo.

Leonor. Lord Morton, aquí teneis al comandante Jorge, mi hermano.

Jorge. *(Aparte.)* Siempre este hombre...! Dios mio!

Morton. *(Aparte.)* Ni siquiera me mira!

Leonor. Milord, no he podido contar á Jorge la fatal historia que me habeis confiado, ni decirle como su padre, arrancado á la fuerza de Nápoles, se vió precisado á abandonar á nuestra madre.

Jorge. Leonor!

Leonor. Pero vos se lo contareis, milord!

Jorge. Leonor, por piedad!

Leonor. Vos le escuchareis, Jorge, y siento mucho no haberos podido hacer ese relato, ni repetiros una justificacion en la que creo...

Morton. Hacedlo pues, Leonor.

Leonor. Milord, la vida está llena de trabajos y miserias terribles. Temblando, como estoy, por la suerte de mis amigos condenados, he tenido, según lo sabéis, que resignarme á dar una funcion, y cuando vais á despertar los tristes recuerdos de lo pasado, cuando quisiera estar entre vosotros para hacerlos menos amargos, y acaso menos irritantes, esa fiesta me reclama, y esa fiesta, no lo ignorais, es casi una condicion de mi salvacion... Os deixo pues, pero no olvideis uno y otro que yo, que podia condenarlo todo, todo lo he perdonado. (*Vase.*)

ESCENA XI.

LORD MORTON. JORGE. *Luego* ANDRÉS.

Jorge. Milord, ya una vez en el fuerte de San Telmo habeis querido entablar conversacion conmigo sobre asuntos cuyo recuerdo, según vos mismo conoceis, debe serme muy sensible: yo creia haberos respondido entouces de una manera capaz de haceros comprender que no queria oir hablar mas de ello.

Andrés. (*Aparte, en el fondo.*) Acaba de presentarse en el baile.

Morton. Si supieseis, Jorge, qué interes me guia, no hallarais tan cruel mi tenacidad en insistir.

Andrés. (*Aparte.*) Lady Melton me olvida!

Jorge. Milord, algunas palabras de Leonor me han dado bastante bien á entender que querais repetirme la justificacion del que abandonó á la infeliz Margarita Storelli...

Andrés. (*Aparte.*) Margarita Storelli!

Jorge. Pobre madre mia!

Andrés. (*Aparte.*) Su madre!

Morton. Y vos os negais á escuchar esa justificacion!

Jorge. Sí, milord.

Andrés. (*Aparte.*) Morton!

Jorge. Y puedo decíroslo á vos, que sin duda no sois en este asunto, al menos quiero creerlo asi, mas que un amigo verdadero, pero ignorante de mis penas y dolores.

Morton. Ignorante de vuestras penas, Jorge...? Vos no habeis adivinado el nombre que no me atrevo á pronunciar.

Jorge. Y que yo no quiero saber!

Andrés. (*Presentándose.*) Y que yo te diré.

Morton. Andrés...! Vos, vos aquí!

Andrés. Adónde estás tú, jóven maldecido y abandonado también desde niño?

Jorge. Qué me queréis?

Morton. (*Aparte.*) Qué irá á decirle?

Andrés. (*A Jorge.*) Con que tú no quieres conocer al hombre que se vanagloria de ser tu padre? Tienes razon... porque aun no te han dicho todos sus crímenes...

Jorge. Sus crímenes!

Andrés. Sí, sus crímenes... tú no eres el único aquí que deba maldecirle... ni es únicamente entre las grandes señoras de Nápoles en donde él buscó sus víctimas.

Jorge. Explicaos.

Morton. (*Aparte.*) Dios mio!

Andrés. Pues qué, no le has contado que sorprendido una noche por la tempestad á dos leguas de Nápoles, en la costa de Sorrento, ese hombre á quien pretendes justificar, encontró un asilo en la granja de un labrador rico y feliz entouces, porque poseía un tesoro inapreciable, una hija que era su orgullo, sus delicias?

Morton. Y bien! qué os importa...? se llamaba Lorenzo, y..

Andrés. Ah! os acordais!

Jorge. Y ese Lorenzo...?

Andrés. Se hallaba á la sazón ausente, y aquel hombre se aprovechó como un vil de tal coyuntura.

Morton. Desdichado!

Andrés. Como un vil, entiendes...? porque aquel hombre para agradecer á la jóven la hospitalidad que le habia dado á él, como se la daba todos los días al cansado peregrino y al mendigo que la pagaba con una bendicion, aquel hombre volvió al día siguiente, y continuó yendo todos los días.

Jorge. Cuando su padre estaba ausente?

Andrés. Es que Mariana era hermosa como las Madonas del cielo... y el infame...

Morton. Mariana...! Ah...! callaos, anciano.

Jorge. Dejadle hablar, caballero.

Andrés. Ah! quiere que me calle... Tú que puedes verle, no es verdad que él tiene miedo, no es verdad que el crimen que habia olvidado se le viene á la memoria?

Morton. Pero quién eres tú?

Jorge. Y quién era esa Mariana?

Andrés. Una infeliz y crédula criatura que no habiendo vivido hasta entonces sino entre corazones que no sabían mentir, creyó á ese hombre cuando la dijo que la amaba, y que podía creerle sin orgullo, porque merecía el amor de un rey.

Jorge. Desdichada criatura!

Andrés. Sí, sí, bien desdichada; la hija seducida... porque la sedujo el infame prometiéndola su nombre y su mano; bien desdichada el día en que vió regresar á su padre, que había dejado su casa llena de alegría y de honra, para encontrar en vez de esto el llanto y la desesperacion. Me acuerdo que al poner el pie en el umbral...

Jorge. Vos!

Morton. Vos!

Andrés. Yo, yo! pues qué, no habiais comprendido que yo no podía hablar así sino de mi hija...? Pero sí, demasiado debes de haberme comprendido... Mírale, mírale tú; no es verdad que está pálido?

Morton. Infeliz de mí!

Andrés. Pero entonces yo veía, y cuando desde el umbral de la puerta en que me detuve reparé que no me salía al encuentro alegre como siempre y pidiéndome la bendicion; cuando la vi caer arrodillada al divisarme, como si hubiera leído en mi frente su acusacion y su sentencia; cuando la vi arrastrarse hasta mis plantas, exclamando: perdon! perdon! lo adiviné; la maldije, la pregunté el nombre del culpable, que no me quiso decir porque le amaba, y la infeliz temía por él.

Jorge. Y no volvió?

Andrés. No, yo no pude saber mas sino que seducido por los atractivos y mañas de otra muger, olvidabáse en Nápoles de la pobre aldeana á quien había entregado á la vergüenza y á la infamia.

Jorge. Ah! milord! milord!

Andrés. Entonces no tenía aun ese título: la fortuna no le había dado todavía un nombre ilustre, así como tampoco la desesperacion me había obligado á abandonar el mio; él no se llamaba lord Morton, ni yo Andrés; entonces era yo Lorenzo, y él, el caballero Dudley.

Jorge. Cielos! él es!

Andrés. Sí, él; y no es verdad que baja la cabeza ante el

hijo que no quiere reconocerle y ante el padre cuya hija ha aseninado...? porque la infeliz murió...

Morton. Desgraciado! Tú sin duda fuiste su asesino...

Andrés. Callad! Es posible acaso que un padre mate á su hija...? Yo la maldije al saber la falta que la hicieran cometer; y la perdoné al ver su dolor, pues, mas desgraciada que tu madre, jóven, no encontró lo que ella para ocultar su falta, ni tenia oro para enviar á su hijo á un destierro.

Morton. A su hijo!

ESCENA XII.

DICHOS. *Luego* LEONOR.

Andrés. Sí, que mantuvo consigo como á un testigo vivo de su deshonra, y nunca le abandonó; pero murió... murió la infeliz... Lo oyes, miserable?

Leonor. Andrés! Qué significa esto...? Jorge...!

Morton. (*Aparte.*) Leonor!

Jorge. (*A Leonor en voz baja.*) Ah! si supierais...

Morton. Oh! apiádate de mí, perdóname, Andrés; dónde está ese hijo? Le enriqueceré; le daré toda mi protección; le formaré un porvenir tan brillante como apetezcas; pero calla, calla... (*Señalando á Jorge.*) al menos delante de él.

Andrés. Oís, oís á este hombre, que para hacerme callar me ofrece oro y honores para el hijo que abandonó...? Felizmente no necesita de tí para nada; tú le dejaste en la pobreza, y él tiene los tesoros de Nápoles en sus manos; tú le dejaste la infamia, y él la ha cubierto de gloria; tú te llamas Morton, y él Beltran el Terrible.

Morton. Beltran! el hijo de Mariana!

Andrés. Y el tuyo!

Jorge. Mi hermano!

Leonor. Beltran!

Andrés. Beltran el Terrible, á quien vengo á buscar en tu casa, Leonor Fonseca Pimentel; ya te he oído; estás aquí, no es verdad?

Leonor. Ah! Jorge! Jorge!

Andrés. Beltran, á quien vengo á arrancar de tu casa para que no le hagas olvidar á su anciano padre, como tu

madre, la infame Margarita Storelli, hizo olvidarse á este hombre de la infeliz á quien habia seducido; porque la seduccion y la perfidia son hereditarias en tu familia.

Leonor. Milord, haced al menos callar á ese desdichado.

Andrés. Beltran!

Morton. Oh! apiadaos de ella, que es inocente!

Andrés. Os habeis olvidado del fuerte de San Telmo?

Beltran!

Jorge. Infelices de nosotros!

Leonor. Milord, que viene gente, por Dios!

Morton. Ah! siquiera os salvaré. (*Vase.*)

Andrés. Que vengan! Souó la hora de mi venganza! Que vengan! quiero decir á todos lo que fue tu madre, Leonor Pimentel!

Jorge. Pero fue la mia tambien, y te callarás!

Andrés. Ah! tú tambien tienes miedo...? Venid, venid.

Jorge. Te callarás! (*Asiendo de él.*)

Andrés. Beltran! Beltran!

Jorge. Ah! no me hagas recordar que quisiste asesinarme: ven, ven.

Leonor. (*A los criados.*) Venid, venid; lleváosle...

Jorge. (*Echándole fuera.*) Vé pues, miserable insensato...

Leonor, ved á lo que me ha obligado el crimen de ese hombre á quien quereis que llame padre mio... Oh! jamas, jamas!

Leonor. Madre mia! madre mia!

ESCENA XIII.

LEONOR. BELTRAN. LADY MELTON.

Lady. Ah! esto ha salido mejor de lo que yo esperaba.

Leonor. Esta muger...

Beltran. No era la voz de mi padre...?

Lady. Sí, general, el mismo á quien esta señora acaba de echar de aqui.

Leonor. Como echaria de mi casa á cualquiera que tuviese el atrevimiento de insultarme en ella. (*Aparecen en el fondo varias personas: Leonor les sale al encuentro.*) Os pido mil perdones, señores; el baile nos llama: seguidme, seguidme: venid. (*Vanse todos.*)

ESCENA XIV.

BELTRAN. LADY MELTON.

Beltran. Mi padre...! mi padre arrojado de aqui, y por ella?

Lady. Me parece que acaba de decíroslo bien claro.

Beltran. Y dice que mi padre la ha insultado?

Lady. Sí, porque la ha sorprendido con el comandante Jorge.

Beltran. El comandante Jorge...! estaba aqui...!

Lady. Aqui... y él ha sido...

Beltran. Adelante.

Lady. El que ha ejecutado la orden de vuestra bella Leonor.

Beltran. Dios mio! Adónde iré yo á buscar ahora á este hombre?

Lady. Por fin, Beltran, heos aqui insultado y abofeteado por la mano de esa muger.

Beltran. Yo no os hablo de ella.

Lady. Pero yo sí: y matareis á Jorge?

Beltran. Sí, mil veces sí.

Lady. A él, que no era mas que el instrumento de Leonor... en vez que ella...

Beltran. Ella! qué?

Lady. Ella no tiene mas que conspirar contra el Estado, y al momento ireis á postraros ante el rey pidiéndole su perdon; ofrecereis vuestra cabeza por la suya; la salvareis, en fin.

Beltran. A las mugeres no se las mata... se las deshonra!

Lady. Ah!

Beltran. Y vos habeis visto aqui á ese Jorge?

Lady. Yo le he visto.

Beltran. Ademas, esa carta que recibió aqui, esa carta que la hizo palidecer, y por la cual me echó de aqui, porque habeis de saber que tambien á mí me ha echado de aqui, hace poco.

Lady. A vos!

Beltran. Sí, pero con una sonrisa, con tan graciosos ademanes, con voz tan seductora, que me he ido como un marido crédulo de quien se burlan; me he ido para dejarla leer con sosiego esa carta que parecia abrassarla las manos.

Lady. Y esa carta...

Beltran. Está allí!

Lady. En dónde?

Beltran. (*Balbucente.*) Dios mio...! bien sabia ella que la habia de adivinar... Figuraos que hace poco la entregan aqui mismo un paquete de cartas... Las toma, abre la primera... Una escusa del marques de Guastalla... La echa sobre esa mesa... La segunda, otra cosa... no me acuerdo... La pone tambien ahí... A la tercera, palidece, tiembla, se aparta de mí, olvida todo lo demas... y cuando me cree muy lejos, la lee con una ansiedad, con una turbacion, con una pasion, que yo conocia en el temblor de sus manos; y aquella carta... preciosa... adorada... aquella carta, que la anunciaba sin duda la venida de Jorge... la escondió... allí... allí... y allí... la encontraré yo. (*Rompe el jarron con su puñal.*)

Lady. Qué habeis hecho?

Beltran. Es que necesito pruebas para vengarme, milady.

Lady. (*Aparte.*) Ah! el puñal de Lazzaron bajo el traje de general!

Beltran. Y ahora, milady, vos que aborreceis tanto á esa muger, leedme esa carta.

Lady. General, me parece que á vos, que la habeis cogido, os toca...

Beltran. Yo no sé leer... hacedlo pues pronto.

Lady. Pero...

Beltran. Leed ahí, Betty Stacke!

Lady. Betty Stacke!

Beltran. Leed, os digo! Ya veis que lo sé todo.

Lady. (*Leyendo.*) "Querida Leonor..."

Beltran. Querida Leonor!

Lady. "No puedo ir á la cita que me habeis dado en la capilla de San Pedro..."

Beltran. La firma...! la firma!

Lady. "Jorge!"

Beltran. Es claro... preferia venir aqui!

Lady. (*Despues de haber leído la carta.*) Qué veo?

Beltran. Dadme esa carta.

Lady. Al momento. (Ah! este golpe (*Aparte.*) es mas seguro.)

ESCENA XV.

DICHOS. JORGE.

Jorge. El viejo está ya seguro; ahora es preciso huir de aqui.

Lady. Jorge!

Beltran. Jorge... Caballero! caballero!

Jorge. Beltran!

Beltran. Dejados, señora, dejados. (*A lady.*)

Lady. Bien, Beltran... Ahora sí que está perdida! (*Vase.*)

Jorge. Qué me queréis...? qué deseáis de mí?

ESCENA XVI.

JORGE. BELTRAN.

Beltran. Vos queréis batiros conmigo, no es verdad?

Jorge. Yo!

Beltran. Sois oficial... sois valiente... no necesito insultaros... ni...

Jorge. Desdichado!

Beltran. Bien! enhorabuena! así se despachará mas pronto; supongo que habreis comprendido ya que uno de los dos ha de quedar en el sitio... y yo espero que me matareis... y valdrá mas... indudablemente.

Jorge. (*Aparte.*) Batirme con él, ahora...!

Beltran. Venid... venid... no me hagais decir antes la verdad á toda esa gente... Al menos por ella, venid...

Jorge. Es imposible!

Beltran. Imposible?

Jorge. Sí.

Beltran. Con que no queréis batiros?

Jorge. Con vos... no!

Beltran. Conmigo. pero ya olvidaba que habiais puesto la mano en mi padre... Ah! no queréis batiros porque...

Jorge. Mirad lo que decís!

ESCENA XVII.

DICHOS. LORD MORTON. LEONOR.

Morton. Deteneos.

Leonor. Jorge! Jorge!

Jorge. Ah! sois vos, milord... Caiga sobre vuestra cabeza la herencia de discordia y de sangre que nos habeis legado.

Beltran. Qué me queréis, milord?

Morton. Impedirte el que cometas un crimen.

Beltran. Un crimen, castigar al amante de Leonor?

Morton. Amante...! hermano, di, hermano!

Beltran. (*A Jorge.*) Vos... Dios mio... Serias tú el hijo de esa Margarita á quien Andrés ha maldecido tantas veces?

Jorge. Sí.

Beltran. El hijo de la que fue abandonada y vendida, como mi pobre madre?

Jorge. Sí.

Beltran. Ah! perdonadme, hermano; perdonadme, Leonor, y maldito sea el infame que nos dejó huérfanos á entrambos en este mundo... para ser en él enemigos.

Leonor. Callaos, que os escucha.

Beltran. Él!

Morton. Ambos me han maldecido, señora; es preciso que yo salga de Nápoles mañana mismo.

Leonor. Beltran!

Beltran. Yo soy italiano, señora... y mi madre italiana, la que me ha criado.

Morton. Jorge!

Jorge. Soy francés, caballero... y la Francia me ha adoptado.

Morton. Ah! qué desgracia es comparable á esta?

ESCENA XVIII.

DICHOS. RUFFI. LADY MELTON. CONVIDADOS.

Leonor. Esperad, milord; el tiempo acallará esos resentimientos.

Morton. Ah! vos sola habeis sido generosa conmigo!

Ruffi. Leonor Fonseca Pimentel, en nombre del rey daos á prision.

Leonor. Yo!

Jorge, Beltran y Morton. Ella!

Ruffi. Allí es... apoderarse de todos los papeles que contiene aquel secreto.

Beltran. (*Cerrándola.*) Oh! qué es lo que yo he hecho...?

Leonor. Ese jarron roto...

Beltran. Es en donde yo os he visto guardar la carta de Jorge... es de donde, furioso de celos, la he cogido... y entregádosela... á quién...? á lady Melton... Ah! infame!

Leonor. Beltran, ya no maldigais á nadie! Vos sois quien me envia al cadalso!

Beltran. Leonor!

Ruffi. Venid, señora!

Morton. Marques Rugiero! decid al rey de Nápoles que el almirante Morton quiere hablarle al instante.

Ruffi. Pero, milord...

Morton. Decidle que quiere hablarle; porque antes de partir tiene que pedirle el precio de la sangre que la Inglaterra ha derramado por Nápoles... Leonor, nada temais...

Beltran. Oh! gracias, padre mio!

Jorge. Padre mio, gracias.

Morton. Seremos tres para salvarla, hijos mios!

FIN DEL ACTO CUARTO.

Peto quinto.

Palacio del tribunal. En el fondo, puerta que conduce á la sala de audiencia; á la derecha la sala de la Madona; á la izquierda otra puerta que conduce al exterior.

ESCENA PRIMERA.

JOB. PEDRO, á un lado. Grupo de LAZZARONES á otro.

Pedro. Has sido un tonto en abandonar nuestra deliciosa vida y meterte otra vez á lacayo...

Job. Qué quereis...? cada uno tiene su gusto... vos llamais deliciosa esa vida... y yo maldita la delicia que en ella encontraba...!

Laz. 1.º Será Teresa!

Otros. No será!

Laz. 1.º Pero escuchadme...

Otros. No será ella! no será ella!

Portero. Cállense! que ya ha empezado la audiencia.

Job. Y por qué meten tanta bulla esos camaradas?

Pedro. Estan arreglando la fiesta de la Madona del Arco! cosa muy divertida!

Job. Y á eso llaman arreglar una fiesta...? yo creí que estaban conspirando.

Pedro. Buena majadería! Como se saca tanta ganancia...! ser ahorcado cuando uno es plebeyo, y perder la cabeza siendo noble... como probablemente le sucederá á la señora Leonor...

Job. Pobre muger!

Pedro. Qué dices?

Job. Pobre muger!

Pedro. Y qué significa eso? Cómo se entiende? lástima en un día de fiesta? de procesion...? Bien pueden sentenciar y ejecutar hoy á la Leonor, pero á fé mia que no habrá nadie que vaya á verla en el patíbulo! Bailar y cantar! esto es lo que hemos de hacer hoy... Verás, verás lo que es una fiesta en Nápoles; verás qué cosa tan buena...!

Laz. No! no! otra! otra!

Job. A Dios! ya vuelven á empezar... Pero qué demonios estan haciendo?

Pedro. Estan de elecciones.

Job. De elecciones...? y qué es eso?

Pedro. Que estan eligiendo á la que debe llevar la imagen de la Madona en la procesion, que saldrá de este palacio para ir á la capilla que está á la entrada del golfo.

Job. Y será alguna gran señora!

Pedro. Majadero, si es menester ser bonita y virtuosa.

Job. Y por qué vos no vais tambien á deliberar?

Pedro. Porque no tengo ninguna protegida de esa especie.

Portero. Silencio...! Ya se presentan los testigos.

Pedro. Calla! los testigos! Si mal no me acuerdo, soy uno de ellos... Ya decia yo que por algo estaba aqui. (*Vase por la puerta del tribunal.*)

Laz. 1.º Vamos á llevar el nombre de la escogida al Podestá, y si acepta vendremos á buscarla para la ceremonia.

Todos. Sí, sí... vamos! vamos! (*Vanse.*)

ESCENA II.

JORGE. LORD MORTON, que sale del tribunal.

Morton. Job, id á decir á sir Williams que venga aqui al momento, que le espero. (*Vase Job.*)

Jorge. Y bien, milord! Beltran...

Morton. Ha hecho cuanto ha podido por salvarla; se ha acusado á sí mismo de haberse dejado sorprender por los franceses en el fuerte de San Telmo... preténdice no haber visto siquiera á Leonor; pero los murmullos han ahogado muchas veces su voz.

Jorge. Beltran!

DICHOS. BELTRAN, *que sale del tribunal.*

Beltran. Una fiesta! Oh! eso! eso! los conózco bien, y á no ser que reventara el Vesubio sepultándolos en sus cenizas, no dejarían ellos de ir á esa fiesta, aunque tuvieran que pasar por cima de su cadáver.

Morton. Beltran, qué hay?

Jorge. Qué hay?

Beltran. Acaban de llamar á mi padre; yo no he querido oírle; le hubiera interrumpido; le hubiera dicho que mentía.

Morton. La acusará!

Beltran. La acusa!

Jorge. La sentenciarán!

Beltran. Lo estaba ya.

Morton. Debemos aprovecharnos de los días que podamos.

Beltran. Días decís, milord! Por horas hay que contar. La temen demasiado para no levantar el cadalso así que esté firmada la sentencia.

Morton. Pues bien! entonces, dentro de una hora saltarán en tierra mas de quinientos marinos nuestros, rodearán este palacio; á favor de alguna reyerta que sabrán provocar, invadirán estas salas, forzarán la prision, y antes que hayan tenido tiempo de organizar la menor resistencia, Leonor será trasportada á bordo del bote del Almirante, que atracará al pie de la escalera de marmol que descende al mar, y una vez en mi buque, vendrán á buscarla si se atreven.

Jorge. Nuestros amigos de Nápoles estan prontos tambien á secundarnos, pues merced á vuestra proteccion, que me ha permitido permanecer en la ciudad, he podido reunirlos, y nos guiarán en este ataque.

Beltran. Sí, debemos venir á parar á eso, nada de provocacion; quinientos marinos, y aunque fueran cinco mil, nada harian: si se turbase la tranquilidad de este dia, el pueblo irritado los llevaria por delante. Mejor protegidos seremos por la misma fiesta. Ya lo veis, no piensan en otra cosa, y aunque se ejecutase hoy al caudillo que ha sido su ídolo, como se va á condenar á la muger á quien execraban ayer, no pensarían en ello.

Hoy solo la fiesta. Afortunadamente todos no son así, y ya que el plan está bien arreglado, esperadme, y ay de Nápoles! si no salgo adelante con la mia... A Dios, mi-lord! A Dios, padre mio...! Ven conmigo, hermano.

Morton. Ah! aqui está sir Williams: una palabra! (*Williams entra por el foro. Retírase Morton á hablar con él.*)

ESCENA IV.

DICHOS. WILLIAMS. LAZZARONES. ANDRÉS y CATALINA *salen del tribunal.*

Laz. 1.º Catalina, Catalina es la que ha de llevar la Madona, y ya ha aceptado.

Andrés. Por fin la han condenado! (*Saliendo del tribunal.*)

Laz. 1.º Aqui está...! viva Catalina!

Andrés. Amigos míos, qué significan esos gritos?

Laz. 1.º Que Catalina ha sido escogida, como la jóven mas virtuosa y mas linda de Nápoles, para la ceremonia de hoy.

Andrés. Debes estar bien orgullosa, Catalina. (*Quiere irse.*)

Laz. 1.º Qué, rehusaría?

Andrés. No, no; acepta, valientes napolitanos, acepta.

Laz. 1.º Dentro de una hora vendremos á buscarte.

Andrés. Yo os la llevaré, camaradas; me envanezco de la honra que habeis dispensado á mi hija. Vuestra eleccion recordará á Beltran que pertenece á una familia humilde: se debia esta justicia al que ha desconocido á su padre. (*Catalina quiere llevarselo.*)

Morton. Vos aqui, Andrés!

Andrés. Lord Morton! (*Catalina le tira de la ropa.*) Te entiendo, hija mia. He maldecido á ese hombre, y esa desdichada muger no tardará mucho en pasar. Sí, llévame á la sala en donde debes tomar la Madona. Este es un honor que me ha valido tu virtud, Catalina; es un consuelo, y á fé que bien lo necesito. (*Éntrase en la sala de la Madona.*)

Morton. Me habeis comprendido, sir Williams? armas escondidas: en caso de apuro los mas intrépidos, dirigidos por esos valientes napolitanos, penetrarán en este pala-

cio, cuyas puertas guardaremos nosotros mismos si es menester. (*Vase Williams.*)

Jorge. Gracias, milord, gracias. (*Entra á tiempo de escuchar las últimas palabras.*)

Morton. Milord!

Jorge. Oh! perdonadme! perdonadme...! He sufrido mucho, he llorado muchas veces mi nacimiento, pero al ver vuestros esfuerzos por salvar á Leonor, á mi hermana, me considero feliz, y me envanezco de poderos llamar padre mio.

Morton. Oh! sí, la salvaremos.

ESCENA V.

DICHOS. LADY MELTON. RUFFI. UN OFICIAL.

Ruffi. Milord! aqui os traen una orden de vuestro embajador.

Morton. (*Leyendo.*) "Milord, asi que recibais la presente saldreis de la rada de Nápoles, dándoos á la vela para Malta, en donde aguardareis órdenes superiores."

Lady. Y eso al momento!

Morton. Ah! milady, siempre vos...

Lady. Os eugañais, milord; no soy yo la causa de que el general Bonaparte haya desembarcado en Egipto.

Morton. Bonaparte! Y voy destinado á combatir contra él?

Ah! doy mil gracias á mi fortuna: al menos ese es todo un enemigo... Decid á lord Melton que será cumplida al momento esa orden. (*Al oficial.*)

Jorge. Milord...!

Morton. Ah! pobre Jorge...! Pero tengo aun dos horas que os pertenecen: sígueme! sígueme!

Lady. Ya será tarde. (*Vanse.*)

ESCENA VI.

LADY MELTON. RUFFI.

Ruffi. Acabo de saber que se trata de salvar á la sentenciada á toda costa; pero todo el regimiento número 3 rodea este palacio; los Lazzarones guardarán las salidas, y vigilarán á Leonor...

Lady. La casualidad nos ha protegido perfectamente alejando de aquí á lord Morton, el único que podía hacer que tuviese buen éxito esa tentativa.

Ruffi. Olvidais á Beltran, milady.

Lady. Leonor ha pedido verle por última gracia; espera sin duda en su poder para salvarse, pero la fortuna de Beltran está ya en su ocaso.

Pueblo. (Dentro.) Beltran! Beltran!

Lady. Qué ruido es ese?

Ruffi. Qué significa ese tumulto?

Pueblo. (Dentro.) Beltran! Beltran!

Lady. Esos no son gritos de motin.

ESCENA VII.

DICHOS. BELTRAN. LAZZARONES *por el fondo.* Luego LEONOR, del tribunal. Despues ANDRÉS y CATALINA, de la sala de la Madona.

Pueblo. (Entrando.) Beltran! Beltran!

Ruffi. Ah! sois vos, general?

Beltran. Ya no soy general! no soy mas que Beltran, el cantor de Sorrento.

Lady. Gran Dios!

Beltran. Marques, habia creido que era general; pero mirad, haced como yo; nada de general, ni de uniforme! Cá! Tonterías...! Baile, baile y canciones... Ea, chicos, ea, una tarantela: muchacha... (*A lady Melton.*) A no ser que vos querais bailar conmigo.

Ruffi. Esa es una insolencia!

Beltran. Vamos, Betty, vamos!

Lady. Este hombre ha perdido la cabeza; no lo estais viendo?

Beltran. Una guitarra! una guitarra!

Andrés. Qué dice? (*Entrando con Catalina.*)

Lady. Ah! bien vengada quedo!

Todos. Andrés!

Catalina. (Corre á Beltran y retrocede.)

Beltran. Calla! tú aqui, Catalina...! ven, ven, no tengas miedo!

Catalina. (Conduce á Andrés adonde está Beltran.)

Andrés. Vaya! qué es eso? qué hay, Beltran?

Beltran. Nada, padre mio... sino que cuando querais nos volveremos á la granja.

Andrés. Cielos! sin uniforme...! y tu espada? qué has hecho de tu espada victoriosa?

Beltran. Ah! mirad, cuando he visto que espada, charreteras, uniforme, todo, no era mas que un disfraz, una farsa, lo he tirado... lo he tirado... á quien ha querido recogerlo.

Andrés. Y es cierto lo que dice?

Lady. Demasiado cierto, Andrés! y á no ser por vos, acaso... un justo castigo...

Andrés. Oh...!

Beltran. Y ahora, bulla... bulla, algazara, canciones; no es verdad, Catalina?

Andrés. Dios mio!

Todos. Leonor!

Andrés. (*Aparte.*) Leonor! muger, mira adónde le ha conducido su pasion hácia tí.

Leonor. Cielos!

Lady. Habeis deseado ver á Beltran por última vez... señora, ahí le teneis.

Leonor. Es posible!

Lady. Seguidme, marques.

Ruffi. Que se retire toda esa gente... Me fio en vos...

Beltran. Y descuidad... Vete, vete, Catalina. (*Vase por la izquierda.*)

Portero. Vamos! afuera, afuera!

Beltran. Idos! idos...! y dentro de un rato... vosotros... oh! qué tarantela tan infernal vamos á bailar... vereis, vereis...! yo lo arreglaré todo...

Leonor. Se ha olvidado hasta de su amor...?

Beltran. No, Leonor, no! (*Despues de haberse asegurado de que todos se han ido.*)

Leonor. Gran Dios!

Andrés. Qué oigo!

Beltran. Hubieran detenido al general, pero han dejado entrar al pobre Lazzaron, creyéndole loco; y era preciso salvaros.

Andrés. Salvarla!

Leonor. Vana esperanza!

Beltran. Los Lazzarones no han olvidado á su caudillo.

Andrés. Y por esta muger querrás armarlos sin duda? Por ella nos engañaste... Hola! venid...!

Beltran. Padre, escuchad mis últimas palabras... Estamos solos, Dios nos oye únicamente... Para salvar á Leonor, volveré á encender la guerra si es preciso... Para salvarla, quemaré á Nápoles si es menester.

Leonor. Beltran! ah! callaos!

Andrés. Oh! bien veo que estás loco!

Beltran. Será lo que gustéis; pero haré lo que he dicho.

Andrés. Miserable!

Beltran. Para salvarla la vida, oidlo bien, no hay crimen que me espante... que sea capaz de detenerme.

Leonor. Y si yo no quisiera la vida á ese precio?

Beltran. Cómo? vos, Leonor, á quien tan impacientes estan de ver subir al cadalso?

Leonor. Beltran, por la libertad de la Italia no he retrocedido ante los horrores de una guerra civil... pero para vivir... para salvarme... queréis que esponga á Nápoles á una sediciou, á la mortandad? Oh! no, Beltran...! mi vida vale tanto en la presencia de Dios como la del último soldado á quien matara vuestro puñal...

Andrés. Ya lo oyes... y aunque ella quisiera, no la salvarias, yo te lo juro.

Beltran. De veras, eh...? Pues bien! la sangre que no corra por su salvacion, correrá por su venganza.

Leonor. Por vengarme! jamas!

Beltran. Pues entonces será para vengarme yo! Oh! cuando combatia por ellos, me apellidaron Beltran el Terrible, Beltran el demonio... ahora me llamarán el asesino, el incendiario.

Andrés. Te llamarán el parricida, porque espero que antes acabes conmigo.

Leonor. Beltran, os empeñais en que muera avergonzándome de haberos amado?

Beltran. Señora, la venganza es muy dulce.

Leonor. Pero creerán que yo os la he legado; y no habrá uno solo de vuestros crímenes que no caiga sobre mi memoria.

Andrés. Y no habrá uno solo que no manche mis canas... Y yo moriré deshonorado?

Leonor. Y yo no quiero que infameis mi cadalso!

Andrés. Beltran, tú no querrás que yo comparezca ante Dios con el peso de mis faltas y de tus crímenes.

Leonor. Beltran! Beltran! escuchad á vuestro padre; no hareis lo que decís, verdad...? respondedme, os lo pido de rodillas; apiadaos de él, ya que no de mí.

Andrés. Responde, desdichado!

Beltran. Y qué es lo que me pedís? Que renuncie á vuestra salvacion. Y para eso me he armado y he arrojado hasta la maldicion de mi padre? Y qué quereis vos de mí...? Que renuncie á mi venganza: bien sabéis que eso es imposible, vos, cuyo rencor persigue á su víctima hasta el pie del patíbulo.

Andrés. Beltran! Beltran! qué es lo que dices? Dios mio! Dios mio! Tendrá razon? se habrá vuelto mi alma ciega para la justicia, como mis ojos para el sol?

Leonor. Beltran, ved adónde os conduce la sed de venganza, á que el hijo se rebele contra su padre, y reprendada con dureza al anciano que ha de respetar, y cuyo apoyo debiera de ser.

Andrés. Beltran, te ha hablado siempre esa muger en esos términos?

Beltran. Siempre, padre, siempre...! la santa justicia, como la virtud... Ya que tanto os empeñais, os obedeceré, Leonor, no me veugaré, pero por la Madona del Arco, os lo juro, padre, si ella muere, yo tambien moriré!

Leonor. Beltran!

Andrés. Morir tú! oh! es imposible...! es imposible! no hay medio alguno de salvarla?

Beltran. Salvarla! y vos sois quien...

Andrés. Acaso quiero yo perderte... perderte para siempre...!

Beltran. Ah! padre...! padre...! Leonor!

Voces. (Dentro.) Catalina...! Catalina!

Leonor. Ya es tarde!

Beltran. Al contrario, ahora es la ocasion... Entrad alli, entrad alli, Leonor.

Leonor. En la sala de la Madona?

Beltran. Alli encontrareis al angel de vuestra salvacion.

Andrés. Ah! ya comprendo.

Beltran. Venid, padre, venid!

Voces. (Dentro.) Catalina! Catalina!

ESCENA VIII.

*Salen los LAZZARONES gritando: Catalina! Catalina! Hom-
bres, mugeres y chicos se colocan lo mejor que pueden
para ver salir el pendon de la Madona. Entran tambien
en escena JORGE, LORD MORTON, LADY MELTON y RUFFI.*

Laz. 1.º Ea, ponerse todos bien! que todo el mundo vea...
ya no tardarán en salir... los curas estan ya esperando
en la iglesia.

Laz. 2.º Viva la Madona!

Todos. Viva!

Laz. 1.º Cuánto tardan...!

Laz. 2.º Callarse!

Laz. 3.º Si aun no habrá venido el acompañamiento.

Laz. 4.º Sí señor, que han entrado por la otra puerta.
(*Unos gritan: que salgan! Otros: Callarse! Otros: Vi-
va la Madona! Algazara, bullicio, y mucha animacion
durante toda la escena.*)

Jorge. Padre, y nos será imposible atacar al palacio!

Morton. Ya has visto que han tomado disposiciones.

Lady. Os quedais aqui, Ruffi?

Ruffi. Sí, milady, hasta que haya pasado la Madona.

Lady. Sí, tenéis razon, es preciso quedarse; el pueblo agra-
dece siempre que se respeten sus creencias religiosas... pe-
ro mirad... no habeis reparado poco há que Morton es-
taba ahí fuera dando órdenes á sus oficiales...? y yo he
visto á los marinos al pie de la escalinata del palacio.

Ruffi. Está bien guardado; no hayais miedo; sin embargo...
voy, y vuelvo al momento.

Lady. Y estais bien seguro de que Leonor volvia á su
prision?

Ruffi. Sí, milady... hasta luego.

Jorge. Y Beltran...! y Beltran!

Morton. Confíemos en él: es nuestra única esperanza. (*Óye-
se música.*)

Laz. 1.º Ya vienen...! ya vienen!

Pedro. (*Saliendo y despejando la gente.*) Ea! atrás! atrás!
dejar el paso libre. (*Cañonazo.*)

Lady. Morton, os aguardan vuestros buques.

Morton. Lo sé, milady...! hay tiempo.

Jorge. Padre! Padre...!

Morton. Confianza, Jorge. (Salen Lazzarones, vestidos todos con caprichosos disfraces; los unos tocando gaitas, tamboriles, &c., y las mugeres panderetas y castañuelas; otros bailan al son de la música y de los coros que otros cantan. Todos llevan sus trages cubiertos de nueces, higos secos, frutas de sarten colgando de cintas; algunos con varas guarnecidas de lo mismo. El pendon de la Madona lo lleva Leonor, cubierta con un velo; Catalina va detras recatándose, tambien con el velo echado. Salen los últimos Beltran y Andrés.)

CORO.

Virgen pura, inmaculada,
que postrado adora el cielo,
hoy alegre el triste suelo
tu mirar consolador.

De este pueblo, Madre Santa,
oye afable el canto rudo,
y sobre él tiende el escudo
de tu manto protector.

Beltran. No tengais cuidado, padre; los guardias de la prision eran amigos, y no me venderán. Catalina está bien instruida, y al bajar la escalera de palacio, mientras todos estan distraidos con el baile y las canciones, tomará el pendon sin que nadie lo repare.

Andrés. Dios nos proteja, hijo mio!

Pueblo. Viva la Madona...! viva!

CORO.

Tú, al salir, prestas al mundo
nueva vida, luz mas pura,
y al pasar, con tu hermosura
se embellece mas la flor.

Ten piedad, Madre amorosa,
si ofenderte el hombre pudo,
y sobre él tiende el escudo
de tu manto protector.

Morton. Oyes? es la última señal! (A Jorge.)

Beltran. Mirad, mirad! (*Leonor alza un poco el velo al pasar.*)

Morton. Jorge, llegó el momento! vamos! (*Vanse.*)

Lady. Deteneos... deteneos... esa muger... (*Repara en ello, y empieza á gritar.*)

Beltran. De rodillas...! de rodillas la inglesa!

Todos. De rodillas la inglesa!

Beltran. Arrodiílese la herege!

Todos. Que se arrodille esa herege. (*La procesion acaba de pasar. Vase tambien Beltran.*)

Ruffi. Ah! por fin pude (*Saliendo por la puerta de la Madona.*) penetrar...! Deteneos! Deteneos...! la sentenciada ha escapado... y...

Pueblo. Viva la Madona...! viva...! (*Cañonazo.*)

Andrés. Se ha salvado...! y yo, infelz...! he perdido á mi Beltran...!

Beltran. (*Sale.*) No, padre mio! aqui le teneis... y para siempre!

Andrés. Ah! (*Abrazándole.*) (*Cañonazo.*)

Beltran. A Dios, Leonor, á Dios...! ahora ya podemos irnos á la granja cuando querais; ya puedo volver á trabajar la tierra.

FIN DEL DRAMA.

UN CAMBIO DE MANO.

COMEDIA EN DOS ACTOS

escrita en francés por Mr. Bayard,

Y ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

DON RAMON DE NAVARRETE

y D. Isidoro Gil.



MADRID.

IMPRESA DE D. JOSÉ REPULLÉS.

Abril de 1846.

PERSONAS.

ACTORES.

ISABEL, <i>Emperatriz de Rusia.</i>	<i>Doña Matilde Diez.</i>
ALEJO ROMANOUSKI.	<i>Don Julian Romea.</i>
EL CONDE SCHUVALOFF.	<i>Don Antonio de Guzman.</i>
EL MAYOR DRAKEN.	<i>Don Pedro Lopez.</i>
FEDORA, <i>su hija.</i>	<i>Doña Teodora Lamadrid.</i>
ALEJANDRO, <i>oficial de guar-</i>	} <i>Don Antonio Alverá.</i>
<i>dus.</i>	

OFICIALES, PAGES, GUARDIAS.

La escena pasa en el primer acto en una sala de un castillo; en el segundo en el palacio imperial de verano de S. Petersburgo.

Esta Comedia, que pertenece á la Galeria Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y extranjero; quien perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima ó represente en algun teatro del reino ó en alguna Sociedad de las formadas por acciones, suscripciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 5 de Mayo de 1837, 8 de Abril de 1839 y 4 de Marzo de 1844, relativas á la propiedad de las obras dramáticas.



Acto primero.

El teatro representa una gran sala con ventana á la izquierda: puertas laterales: otra en el fondo, y una puertecilla secreta á la derecha. — Una estátua de San Nicolás encima de la ventana.

ESCENA PRIMERA.

EL MAYOR y ALEJO, acabando de almorzar.

Mayor. A vuestra salud, mi querido teniente, y á vuestra pronta libertad!

Alejo. Pues por vida mia, Mayor, que no es muy gran mérito el aguardarla aqui con paciencia! Una prision donde se beben los mejores vinos de Francia...

Mayor. Siempre es una prision.

Alejo. Y por carcelero el mejor de los hombres...

Mayor. Siempre es un carcelero.

Alejo. Mayor, vos sois mi amigo.

Mayor. Es verdad, y asi debemos ayudarnos mutuamente á soportar el cautiverio, porque yo no estoy mucho mas libre que vos.

Alejo. Disparate!

Mayor. No lo es tal. Gobernador de la prision de Estado mas poblada de toda Rusia, merced á su intermediacion á S. Petersburgo, soy el primero de los prisioneros

que aqui encierran. Me está prohibido abandonar el castillo sin un permiso de la Emperatriz Isabel, que no lo concede jamas, y ni siquiera tengo la libertad en perspectiva... como mis huéspedes, que saldrán algun día felices y contentos, mientras yo solo será para ir á otra fortaleza mas importante; de modo que no haré mas que cambiar de carcel.

Alejo. Triste vida es la vuestra!

Mayor. Ahora no me quejo, porque mi buena estrella ha permitido que me fueseis enviado; y desde entonces vuestra alegría, vuestro buen humor, han puesto en fuga al fastidio y á la tristeza.

Alejo. Gracias á este vino espumoso que la Francia nos remite.

Mayor. Y al que siempre acogemos bien. Antes tenia yo para consolarme una muger... un angel... mi esposa! Pero la pobrecita murió, y ya no me queda mas placer que la botella. (*Tendiendo su vaso á Alejo.*) A la continuacion de nuestras desdichas!

Alejo. Ojalá mi cautividad dure tanto como la de los judios en Babilonia! (*Beben y se levantan.*)

Mayor. Eso lo decis porque yo os trato como amigo, y os deajo andar libre por donde quereis. Mas si estuviéseis encerrado bajo diez llaves y otros tantos cerrojos...

Alejo. Como mi nuevo vecino de enfrente, eh?

Mayor. (*Aparte.*) Diablo!

Alejo. Decidme...

Mayor. (*Cambiando de conversacion.*) Lo que me admira es que con un carácter como el vuestro, hayais podido meteros en conspiraciones.

Alejo. Conspirador yo? Si no lo he sido jamas!

Mayor. Cómo! No estais en este sitio por causas politicas? (*Bajando la voz.*) No es porque perteneceis á ese partido que quiere elevar al trono á una princesa de Brunswick, uniéndola al jóven duque de Curlandia?

Alejo. A ese hijo de Dolgorouki, de ese ministro ambicioso, que segun se dice le habia desposada con una de las hijas de Pedro el Grande?

Mayor. Tenia la pretension de descender tambien del padre de aquel principe, y con este título, y por esa alianza, el jóven duque no hacia, segun él, mas que

reconquistar el puesto que le pertenecía. La caída y la muerte del padre pusieron fin á tan bellos sueños, y el hijo, muy niño aun, fue arrojado en una cárcel de Estado... de donde quisieran sacarle los descontentos para dar un gefe á su partido.

Alejo. Hay descontentos?

Mayor. Siempre los hay, y seguramente que vos no sois del número.

Alejo. Mayor, yo abrigo como cualquier otro, y mas que ninguno tal vez, el deseo de hacer fortuna; pero para alcanzar ese fin no apelaré nunca á las conspiraciones... inútiles. Luego dicen que la Emperatriz es una muger encantadora; que necesita el amor como á la naturaleza le es indispensable la primavera... y que su vida es una primavera eterna.

Mayor. Ciertamente.

Alejo. Y yo me habia de rebelar contra una muger así, yo? Mejor la erigiria altares! A su salud! (*Se levanta y bebe.*)

Mayor. (*Levantándose y atravesando la escena.*) Ello es que no os habrán arrestado sin motivo.

Alejo. Sí, existe uno... mas de esos pequeños motivos...

Mayor, os gustan las mugeres?

Mayor. Si á fé, algunas veces.

Alejo. Pues á mí siempre, y me han predicho que por medio de ellas llegaria á ser algo.

Mayor. Y estais preso?

Alejo. Ya es algo... para empezar.

Mayor. Vamos, vamos, contadme cómo es...

Alejo. Voy allá. Hace diez y ocho meses que entré á servir: mi padre tenia un sistema de educacion... que os recomiendo para vuestros nietos... cuando vuestra hija la señorita Fedora os los proporcione, cosa que no puede tardar mucho en suceder.

Mayor. Y ese sistema de educacion?...

Alejo. Consistia en dejarme hacer todo lo que me daba la gana.

Mayor. Donosa máxima!

Alejo. Mejor de lo que crecis, porque presta á los jóvenes resolucion, carácter, y en cuanto á mí, yo no he titubeado nunca ni por nada. Confieso que al llegar al regimiento sentí algun disgusto, porque allí habia

principios que contrastaban esencialmente con los de mi educacion; pero al fin me fuí acostumbrando; y como necesitaba consuelos, reparé...

Mayor. En alguna muchacha bonita?

Alejo. Justo... siempre he encontrado chicas preciosas, para consolarme con sus miradas ó con su voz. Y aquella era la mas linda de Wilna.

Mayor. Ah! Estabais en Wilna? Las polacas son hermosísimas.

Alejo. Aquella de quien os hablo no era del pais, sino la esposa del conde Schuvaloff.

Mayor. Del ministro de la policia?

Alejo. Toma! Y por qué no? Le compadeceis?

Mayor. Al contrario, sino puedo soportarle!... Es un tonto, un vanidoso, un insolente, un...

Alejo. Bravo! Veo que participais de mis sentimientos.— Pues como os iba diciendo, yo encontré á la condesa en los bailes, en los paseos, en todas partes; habia ido á pasar el verano con una tia suya, vieja y ciega...

Mayor. Como el ministro de la policia?

Alejo. No, por desgracia, él vió bastante claro, contra su costumbre... porque le habian escrito que su consorte... y se figuraba tonterias. Asi fue que encargó á algunas buenas almas... satélites suyos, que vigilasen á la condesa, y ocurrió un lance muy particular.

Mayor. Que os han referido.

Alejo. No... en el cual representé yo el principal papel. En una palabra, la condesa recibió orden de volver á S. Petersburgo, ciudad que yo tenia grandes deseos de conocer.

Mayor. Hola!

Alejo. Obtuve una licencia de mi coronel, y parti.

Mayor. Con la condesa?

Alejo. Nada de eso... una hora despues. Hice un viaje delicioso, lleno de ilusiones y de poesia, y por fin llegué á la capital una hermosa noche.

Mayor. Con la condesa?

Alejo. Nada de eso... una hora antes. Al apear me del carruaje me encontré con la policia en masa que estaba allí para saber noticias mias. Amable atencion! Yo buscaba una posada, y me alojaron en esta fortaleza, por cuenta de la Emperatriz, quien me paga así el

amor que la profeso sin conocerla. Hé aqui mis crímenes, Mayor, ó mas bien los de ese maldecido conde Schuvaloff, de quien os juro que me vengaré.

Mayor. Pero estais seguro de que sea él?...

Alejo. Muy seguro: pone preso á todos los que se enamoran de su muger, y apuesto á que no soy yo el único que está aqui por la misma causa.

Mayor. Debeis reclamar, quejaros. Yo veré al conde...

Alejo. Acaso habrá en este castillo algun infeliz que necesite mas de vuestra recomendacion.

Mayor. Es posible.

Alejo. Y en cuyo favor podeis...

Mayor. Nada absolutamente.

Alejo. A propósito, anoche... no han traído aqui algun prisionero de Estado?

Mayor. Anoche? (*Aparte.*) Sabrá?...

Alejo. Creí oír... enfrente de mi cuarto... un nuevo huésped.

Mayor. (*Afectando indiferencia.*) Ah! Ya sé... un atolondrado como vos.

Alejo. De veras? (*Aparte.*) No es mas que eso? Pues tanto mejor.

ESCENA II.

DICHOS. FEDORA.

Fedora. Papá! Papá! Ah! Caballero!

Alejo. La señorita Fedora cada vez mas linda.

Mayor. Si venias á buscar un cumplimiento, ya estas despachada.

Fedora. No... os lo aseguro... venia... (*A Alejo.*) No importa que esteis aqui... mas cuando una no espera... Dios mio! Ya no me acuerdo de lo que tenia que deciros!

Mayor. Vamos, sosiégate!

Alejo. (*Aparte.*) Pobre corazoncillo! Cómo late!

Fedora. Ah! Es que mi maestro de música va á regresar á S. Petersburgo, y me ofrece llevar mi arpa en su kibik, que tiene á la puerta.

Mayor. Y tu arpa necesita hacer un viaje á la capital?

Fedora. Si, papá; por causa de su salud.

Alejo. Entonces, señorita, los prisioneros no os oirán ya tocarla.

Fedora. Tengo otra.

Alejo. Yo deliro por la música, y siento no tener aquí un clave para haceros admirar mi habilidad.

Fedora. Sois muy modesto!

Mayor. Mira, yo tambien voy á aprovechar la partida de tu viejo maestro para escribir al pobre Alejandro, que quisiera estar prisionero en vuestro lugar, teniente.

Alejo. Y quién es ese Alejandro?

Mayor. Mi sobrino... un jóven oficial de guardias de la Emperatriz, y todos los oficiales de guardias son tiernos de corazon. Desde que nuestra bella Czarina ha declarado que no daría nunca su mano derecha á ningún príncipe de Europa, todos aspiran á su mano izquierda.

Fedora. Qué quiere decir un matrimonio de la mano izquierda?

Alejo. Nada mas sencillo: cuando las circunstancias no permiten que el casamiento sea solemne y público, entonces... si el amor... en fin... preguntádselo á vuestro padre.

Mayor. Nada mas facil; como es natural que si uno quiere casarse, y el rango... entonces... el misterio... á fé mia... Pero qué diantres me vienes á preguntar?

Fedora. Quedo enterada con la esplicacion.

Mayor. En cuanto á mi sobrino... su corazon está aquí... junto á Fedora. Está enamorado y celoso... de lejos... lo que es un poco incómodo.

Alejo. Enamorado en buen hora; eso lo comprendo... Mas celoso... No es él quien debe estarlo, si es correspondido de la señorita Fedora.

Mayor. Cómo que si es correspondido? Y pronto será su esposo!

Alejo. (Algo conmovido.) De veras? Entonces yo felicito... á la señorita.

Fedora. Mil gracias. (Cambiando de tono.) Mi maestro se va á marchar, y...

Mayor. Vamos... En seguida jugaremos nuestra partida de aljérez.

Alejo. Con mucho gusto... á condicion de que esta señorita me aconsejará.

Mayor. Es decir, que os distraerá. No por cierto, cuando mis prisioneros se hallan libres, no debe estarlo mi hija.

Fedora. Si es así, papá, os aconsejo que encerreis al señor... porque podría muy bien escaparse.

Mayor. El? No tiene bastante talento para eso.

Fedora. (Con intención á Alejo.) No tiene bastante talento para eso! (Se va con su padre.)

ESCENA III.

ALEJO.

Hola, hola! Con que no tengo?... Creo que se burla de mí el buen Mayor. Si será un desafío? En ese caso lo acepto. Y su hija también tenía trazas de desafiarme... pero no como su padre, al contrario... quizás quería darme á entender que me quede. Si ella se figura que los obstáculos me arredran... Su primo Alejandro! Algun imbécil, estoy seguro... Quién sabe? Admitiendo los dos desafíos, ganaré quizás lo uno por lo otro.— Pues señor, me quedo para amar á Fedora, y el amor me abrirá la puerta de mi prisión. Todo por las mujeres; esa es mi divisa!— Dos intrigas en mi cárcel... esto siempre ocupa y reanima... Desearía tener diez á la vez! Pero no hay aquí más que una sola muchacha á quien amar, y eso es poco... y solo un carcelero á quien engañar... lo que no es bastante. Y ahora que recuerdo... mi nuevo vecino... un atolondrado como yo, según dijo el Mayor... magnífico! No ha empezado mal! El billete que me arrojó como una bala, á través de los hierros... se conoce que es listo. Y estaba escrito con sangre y un clavo... Singular casualidad la que me pone en relaciones con un hombre á quien no conozco, al que jamás he visto, y al que nunca veré tal vez!— No importa; si es desgraciado, es un amigo, un hermano mío; no he podido leer su billete sin que se me salten las lágrimas. (*Leyendo.*) «Mi querido vecino; quien quiera que seáis, no neguéis á un infeliz la amistad que os pide; la amistad es el más bello don de Dios, después de la libertad...» Pobre diablo! No pone el amor sino en tercer lugar! (*Vuel-*

ve á leer.) «Acaso no volveré á ver el cielo, ni á estrechar la mano de un amigo!» — Toma! Y por qué no? — (*Lee de nuevo.*) «Es menester que yo os hable; á la hora del desayuno no siento retirar la llave de mi calabozo, y sí para penetrar hasta mí...»

ESCENA IV.

ALEJO. FEDORA.

Fedora. (*Saliendo furtivamente.*) Aun aquí... y solo...

Alejo. (*Interrumpiéndose.*) Vaya! Pues es una excelente idea, y... (*Volviéndose ve á Fedora.*) Ah! (*Ocultando el papel.*)

Fedora. Acaso he venido á molestaros, señor teniente?

Alejo. Una muchacha bonita no molesta nunca... al contrario!

Fedora. Eso es lo que yo pensaba... y además... queria hablaros.

Alejo. Y yo también! Es simpatía! Pero qué, temblais?

Fedora. Sí... un poco.

Alejo. Y sin embargo, haceis una buena accion en este momento.

Fedora. (*Sorprendida.*) Quién os lo ha dicho?

Alejo. Mi corazon, que no me engaña jamas. Ahora mismo yo pensaba en vos, y me decia: La señorita Fedora, que es un angel, debe pensar también en mí, que la adoro.

Fedora. Caballero!

Alejo. Esa palabra os asusta, y con todo es preciso que os acostumbreis á ella.

Fedora. Por qué?

Alejo. Porque os la repetiré frecuentemente... aunque no tanto como me ocurrirá!

Fedora. No, no me la volvereis á decir!

Alejo. Por ventura voy á ser mudo?

Fedora. Vais á ser libre.

Alejo. Cómo?... Acaso me abre esta prision mi amigo intimo... el ministro de la policia?

Fedora. No.

Alejo. Su muger?

Fedora. No.

Alejo. Algun protector poderoso?

Fedora. Yo!

Alejo. Vos?

Fedora. Silencio! Si; yo he preparado vuestra evasion, que no puede comprometer á nadie... (*Movimiento de Alejo.*) á nadie. No oísteis á mi padre poco há?

Alejo. Sí, dijo: «No tiene bastante talento para eso!»
Bastante talento!

Fedora. Hablaba de vos, y era deciros: «Haced lo que podais: yo no os lo impido.» Sino, os dejaria libre como os deja? Yo sé lo que piensa, yo... él me lo ha dicho todo; el motivo de vuestra prision; aquella hermosa señora...

Alejo. Con que sabeis?...

Fedora. Fue muy mal hecho, muy mal hecho! Pero no la volvais á ver, yo os lo ruego, aunque solo sea para no irritar mas al marido contra vos!

Alejo. (*Aparte.*) Pobrecilla! Piensa en el marido!

Fedora. Un marido debe ser muy respetable... cuando es ministro.

Alejo. En eso hay opiniones...

Fedora. «Alejo no es mas que un aturdido, me dijo mi padre: yo no le pondré en libertad, aunque desearia que se escapase, que desapareciese por algun tiempo. Ya le han olvidado, y pronto supondrian que se habia evadido en el camino de la Siberia.»

Alejo. Eso ha dicho el caro Mayor? Y vos?

Fedora. Yo no le respondi nada; pero hice transportar al kibik de mi maestro de música, que se vuelve á Francia dentro de dos dias (y asi no hay riesgo de comprometerle), hice transportar, repito, la caja de mi arpa... vacia. Vos sereis quien se coloque alli al lado de mi pobre profesor, que no está en el secreto.

Alejo. (*Riéndose.*) Y qué miedo pasará cuando yo salte de adentro!...

Fedora. No os riais!—No os escapareis sino cuando esteis en el campo. En las bolsas del kibik hay siempre pistolas cargadas; es una precaucion del maestro, porque es muy cobarde.—Disparad una al aire; eso no puede hacer daño á ninguno, y será para mí un anuncio de vuestra libertad, que deseo con toda mi alma!

Alejo. En qué tono lo decís!

Fedora. Pero guardad siempre un recuerdo de aquella á quien se lo debéis!

Alejo. Y llorais! Fedora, yo leo en vuestro corazón como en el mio. Esa fuga sería una desgracia para nosotros dos!

Fedora. Oh! No! — Silencio... oigo... (*Escuchando.*)

Alejo. (*Aparte.*) Si me amase!... Pobre niña! Sería una crueldad abandonarla!

Fedora. Partid!

Alejo. Y mi amor? Y esta mano?...

Fedora. Pertenece á otro!

Alejo. Y qué importa?

Fedora. La Emperatriz tiene dos de que disponer; mas una pobre jóven como yo no puede dar mas que una.

(*Se oye la voz del Mayor.*) Partid!

Alejo. Y cómo he de llegar hasta el kibik del maestro de música? Todos esos corredores estan cerrados...

Fedora. No; acaban de abrir el último. Daos prisa.

(*Vuelve á oírse al Mayor.*) Mi padre!

Alejo. (*Encaminándose á la puerta.*) Cielos!

Fedora. Partirá! Me he salvado! (*Enjuga sus lágrimas.*)

Mayor. (*Dentro.*) Fedora! Fedora! No la encuentro!

ESCENA V.

EL MAYOR. ALEJANDRO. FEDORA.

Mayor. De veras, hijo mio; yo no sé dónde se ha metido.

Alejandro. Fedora! Prima mia!

Mayor. Ah! está ahí? No hay gente como los enamorados! Todavía no han visto, y ya adivinan. Vamos, en castigo de haberse hecho buscar tanto, abrázala.

Alejandro. Si yo creyese que era castigarla...

Fedora. No, Alejandro; me alegro mucho de veros; mucho, mucho!

Alejandro. Mirad, Fedora, estaba tan triste con vivir lejos de vos en S. Petersburgo, que al saber la venida del conde Schuvaloff á este castillo con dos compañías de guardias, busqué un camarada que me cediese su turno de servicio, y he pagado con un mes de mi sueldo el placer de veros hoy.

Fedora. Qué bueno sois, primo mio!

Alejandro. Yo os amo, y eso es todo. Pero no me decís nada... Y ese aire de inquietud... habeis llorado?

Fedora. Yo? No tal... sino que poco há...

Mayor. Comprendo! La despedida de su maestro de música...

Fedora. (*Vivamente.*) Sí, padre mio... justamente. Y venis á anunciarnos al conde Schuvaloff?

Alejandro. Sin duda, y he dado un trote bueno para llegar antes que nadie, con pretexto de avisar á mi tío.

Mayor. Has hecho muy bien. Y qué le trae aquí al ministro? (*Aparte.*) Se lo habrá revelado todo la Emperatriz? (*Notando que Fedora le escucha.*) Cáspita! Aprovecharé la visita del conde para hablarle por uno de nuestros amigos, que no lo es mucho suyo. (*Riéndose.*)

Fedora. (*Con espanto, aparte.*) Dios mio! Si viniese á verle!

Un criado. S. E. el ministro de la policía.

Fedora. Y qué feo es S. E.!

ESCENA VI.

DICHOS. EL CONDE SCHUVALOFF.

Conde. Mayor, os saludo. Es esta vuestra hija?

Mayor. Tengo el honor de presentárosla.

Conde. (*Riéndose brutalmente.*) Eh! eh! eh! Pues sabeis que me dan ganas de quedarme preso aquí? Eh! eh! eh!

Mayor. Siempre tenemos plazas reservadas para sus excelencias. (*Alejandro se rie; el conde vuelve á ponerse serio.*)

Conde. (*A Alejandro.*) Qué hacéis vos? (*Alejandro quiere hablar.*) No permito observaciones! (*Alejandro saluda y se retira; el conde le sigue con la vista.*)

Fedora. (*Aparte.*) Yo tiemblo!

Conde. (*Secamente á Fedora.*) Señorita...

Fedora. (*Bajo al Mayor.*) No le hableis de ese jóven: vale mas que le olvide. (*Vuse.*)

EL CONDE. EL MAYOR.

Conde. Mayor, estamos solos?

Mayor. Perfectamente solos, señor conde.

Conde. Adivináis de lo que vengo á hablaros?

Mayor. No señor; además nunca me permitiría...

Conde. (Con importancia.) Yo os lo permito; adivinad si podeis, querido.

Mayor. Acaso es del jóven teniente á quien alojaron aqui á su regreso de Wilna, donde le habia cabido el honor de hacer la corte á la señora condesa de Schuvaloff? El pobre muchacho no tiene mas culpa que haber bailado algunos walses...

Conde. Oh! En ese punto yo tengo mis convicciones... inmutables.

Mayor. Sin embargo, hay personas cuyo rango debe ponerlas á cubierto... de...

Conde. (Riéndose con esfuerzo.) De qué, si gustais? Pensais que yo acuso á la condesa de haberme?... Ah! ah! ah! Creéis que yo estoy celoso? que sospecho que ese oficialillo se haya permitido?... Ah! ah! ah! Pero vos os interesais por él, y me alegro de saberlo. Esta misma noche le enviareis á la fortaleza de Arcangel.

Mayor. Mas si no es culpable...

Conde. Es un negocio de Estado, y yo no permito observaciones. Volvamos á lo que me trae... Sin trabajo adivinareis que se trata... (Bajando la voz.) de un prisionero... que llegó aqui la noche pasada, y que vos habeis recibido.

Mayor. Con sigilo, segun las órdenes de S. M.

Conde. Sí, sí; es un secreto entre ella y vos; cosa muy estraña, porque en calidad de ministro de la policia debería yo saber...

Mayor. Parece que no sabeis nada en vuestra calidad de...

Conde. Yo lo sé todo, amigo, excepto lo que... en fin, nuestra augusta Emperatriz me hizo llamar esta mañana; hemos hablado muy familiarmente... y me ha entregado instrucciones escritas de su propia mano... para vos, señor Mayor; escuchad. (Se descubre.)

Mayor. Escucho.

Conde (Leyendo.) «El señor conde Schuvaloff pasará inmediatamente á verse con el Mayor Draken; hará ocupar todas las inmediaciones de la fortaleza por dos compañías de mis guardias; y se cerciorará, sin tratar de verle, de la presencia del prisionero que llegó allí la noche última, y del cual responde el Mayor con su cabeza.»

Mayor. Cuando V. E. guste.

Conde. Silencio; la Emperatriz es quien habla. (*Leyendo.*) «El Mayor indicará...» Esto os concierne... «El Mayor indicará al conde la antigua sala de guardias, cuyas ventanas caen sobre el Neva.»

Mayor. Es precisamente en la que nos hallamos.

Conde. «Allí se dejará solo al prisionero, guardándole todas las atenciones debidas al infortunio.—A las dos se acercará una góndola entoldada á la fortaleza, y se detendrá delante de la poterna del Este; y apeándose las damas que la ocupen, una de ellas, que debe darme cuenta de todo...» (*Interrumpiéndose.*) Una muger!... (*Leyendo.*) «se introducirá en la sala de guardias por la puerta de San Alejandro, cuyo secreto no revelará á nadie el señor Mayor...» (*Dejando de leer y mirando en torno suyo.*) Hay un secreto! (*El Mayor se calla.*) Hay un secreto! Y dónde?...

Mayor. (*Señalando al papel.*) «Cuyo secreto no revelará á nadie...» A nadie, dice!

Conde. Pero en mi calidad...

Mayor. La Emperatriz no permite observaciones!

Conde. De quién será esta visita misteriosa?

Mayor. Vos debéis saberlo, vos que no ignorais nada.

Conde. Sin duda... alguna dama de palacio á la que se le supone suficiente destreza para hacer hablar al prisionero. S. M. mandó llamar esta mañana á la condesa Schuvaloff.

Mayor. Que tiene mucha habilidad?

Conde. (*Sonriéndose.*) Mucha!

Mayor. Ya se ve, está en tan buena escuela!

Conde. Sí, sí... es exacto, yo soy muy hábil. — La Emperatriz abriga proyectos acerca del prisionero. Y no está enterado ninguno de su presencia aquí?

Mayor. Ninguno: ni siquiera mi hija.

Conde. Pues bien, tengo una idea.

Mayor. (*Sorprendido.*) De veras?

Conde. Qué trazas son las de ese hombre? Porque será jóven... y ya me figuro estarle viendo...

Mayor. Pálido, flaco, silencioso... parece resignado con su suerte.

Conde. Y sin duda conservan sus miradas toda la nobleza de los Romanow?

Mayor. No os comprendo.

Conde. (*Bajando la voz.*) Nadie me quitará de la cabeza que es el jóven duque de Curlandia... que descende... por línea curva... del padre de Pedro el Grande. Dícese que en efecto en su infancia... tenia la frente... la nariz... los ojos del grande emperador. Hum! El será!

Mayor. Lo creéis?

Conde. Voy á dar las órdenes oportunas; á colocar las guardias, á cerrar las salidas... En cuanto á vos, Mayor, traed aqui al instante al prisionero, que es... que se llama...

Mayor. Oh! Vos que lo sabeis todo, no debeis preguntar... (*El conde se aleja furioso, y van los dos hácia la puerta cuando suena un pistoletazo á lo lejos.*)

Conde. (*Volviéndose atrás asustado.*) Qué es eso? Qué ruido es ese?

Mayor. Un tiro!

ESCENA VIII.

DICHOS. FEDORA.

Fedora. (*Sale rápidamente.*) Ah! He oido... (*Viéndolos.*) Cielos!

Conde. Gran Dios!

Mayor. Es mi hija! Qué vienes á hacer aqui?

Fedora. Es que... habia creído oir...

Mayor. Nada! (*Al conde.*) Quizás sea una señal que anuncie la góndola.

Conde. Ah! sí! Eso es... eso debe ser! (*Encaminándose á la puerta.*)

Mayor. (*Siguiéndole.*) Hé ahí lo que ha causado tanto miedo á V. E.

Conde. (*Vivamente.*) Mayor, yo no permito observaciones! (*Vase por el fondo: el Mayor por la izquierda.*)

ESCENA IX.

FEDORA. *Despues* ALEJO.

Fedora. Si... una señal... la que yo esperaba! Escelente jóven! El me bendecirá! Y yo que temia amarle... (*Enjugando una lágrima.*) no le volveré á ver! Aunque me causa esto mucha pena, es lo mejor... y para mi pobre primo... es lo mas seguro!

Alejo. Ya está libre!

Fedora. Ah! Sois vos, caballero? Volveis?...

Alejo. No; es que no he partido. Abandonaros yo, Fedora!

Fedora. La libertad os espera allá!

Alejo. La felicidad me espera á vuestro lado!

Fedora. Os perdeis!

Alejo. Estos sitios no me ofrecen riesgo. Algun dia será libre... pronto... demasiado pronto quizás! Qué me falta aquí? La amistad cuida de alegrar esta prision, que el amor me hace mas grata que un palacio! Huir, cuando daría mi vida por vos! No os doy sino mi libertad, y ya veis que os debo algo todavía!

Fedora. Pero cómo me he engañado? Ese tiro...

Alejo. Anunciaba efectivamente una evasion... aunque no la mia.

Fedora. Entonces, otro...

Alejo. Mi vecino... un pobre muchacho... un atolondrado como yo, segun dice vuestro padre. Yo le comuniqué las instrucciones que me disteis, y no tuvo tiempo mas que para precipitarse en mis brazos...

Fedora. Me haceis temblar!

Alejo. Tranquilizaos! Vos, angel celeste, dais la libertad al que parte, y la esperanza al que se queda!

Fedora. Hé aqui lo que yo temia! (*El Mayor sale pálido y vacilante.*)

ESCENA X.

DICHOS. EL MAYOR.

Mayor. Yo criminal, yo! Hija mia, Fedora!

Alejo. Mayor!

Mayor. Vos en este sitio, teniente? Vos me ayudareis!... porque estoy perdido!

Fedora. Qué decís?

Mayor. Si... el prisionero... el que estaba enfrente de vuestro cuarto... ha huido!

Alejo. Y qué importa? Si era un pobre diablo!

Mayor. Que la Emperatriz me habia confiado á mí, á mi solo, y del cual yo respondo con mi cabeza!...

Fedora. Dios mio! Era?...

Alejo. Un atolondrado sin importancia!

Mayor. Era el duque de Curlandia!

Fedora. El principe!

Alejo. Ese jóven á quien yo he libertado?

Mayor. (Con furor.) Vos!

Fedora. (Echándose á sus pies.) Perdon, perdon, padre mio!

Alejo. Pero vos me engañasteis... y yo creí poderle dar sin crimen la libertad que me deseabais á mí.

Mayor. Desventurado! Y el conde Schuvaloff, mi enemigo, al que poco há me complacia en mortificar, está aqui con orden de la Emperatriz para reclamármelo!... Y va en ello mi vida, mi honor!

Fedora. Dios mio! Dios mio!

Alejo. Solo nosotros somos todavía dueños del secreto, y es menester seguir las huellas del fugitivo antes de que se trasluzca nada. Esperad... debía encaminarse á un convento inmediato... Tened confianza en mí, dejadme salir, y os le traigo.

Conde. (Dentro.) Que el resto de la fuerza quede sobre las armas!

Mayor. El conde! No hay esperanza! No tendrá compasión! Marchad! Marchad!

ESCENA XI.

EL CONDE. ALEJANDRO.

Conde. Mayor, y el prisionero?

Mayor. Ciertamente... Señor conde... yo pensaba... porque en fin... esta noche...

Conde. Y el prisionero, digo?

Alejo. (*Adelantándose con inquietud.*) Aquí está!

Mayor. (*Aparte.*) Qué dice?

Conde. Perdonad... ignoraba que tuviese el honor....-Es el prisionero! (*Aparte.*)

Alejo. (*Aparte con alegría.*) No le conoce! Nos hemos salvado!

Fedora. (*Estrechándole una mano.*) Bien, muy bien!

Conde. (*Bajo al Mayor.*) Torpe! Y no me lo avisais! (*A Alejo.*) Podeis contar con todas las atenciones... tal es la orden de la Emperatriz!

Alejo. Si, cuento... una vez que... pues... (*Aparte.*) Lléveme el diablo si sé qué decirle!

Conde. (*Al Mayor.*) No me asegurabais que estaba pálido y flaco? Me parece que no tiene por qué quejarse de su salud.

Mayor. Sí... no... (*Aparte.*) No sé dónde estoy!

Alejandro. (*Sorprendiendo una seña entre Fedora y Alejo.*) Qué significa?...

Alejo. Y bien, señor ministro, qué hay? Qué me quieren? Acaso me preparan una nueva prision?

Conde. No señor... no, príncipe.

Fedora. (*Aparte.*) Por fortuna el ministro no es muy lince!

Conde. Señor duque... (*Mirando al Mayor.*) Eh?

Mayor. (*Bajo y vivamente.*) Acordaos de que no debéis tratar de conocerle.

Conde. (*Al Mayor.*) Por mas que os hagais el reservado, hay mucho de Pedro el Grande en esa cabeza... sí, sí... es un Romanoff. (*A Alejo.*) Tengo orden de mi soberana de dejaros en esta sala, cuyas puertas me va á caber el honor de cerrar.

Alejo. Cómo! No me dejareis nadie para que me acompañe? (*Sonriéndose.*) Esa jóven, por ejemplo...

Fedora. Yo, caballero? (*Alejandro se acerca vivamente á ella.*)

Conde. (*Sonriéndose tambien.*) Ah! comprendo! (*Aparte.*) Es enamorado como todos los Romanoff! (*Alto.*) Nadie! (*A los demas.*) Las órdenes son terminantes! Vamos.

Alejo. Permitidme... quiero decir una palabra al Mayor.

Conde. Principe!...

Alejo. Yo lo quiero. (*El Mayor se aproxima, y él le habla bajo.*) Daos prisa á sacarme de este berengenal... pero no temais nada... antes moriré que comprometeros!

Mayor. (*Bajo.*) Y sin embargo, vos sois quien... (*El conde escucha: Fedora tose: Alejo vuelve la cabeza vivamente.*)

Alejo. Qué hay? (*El conde se aleja. — Al Mayor bajo.*) Y qué me va á suceder?

Mayor. (*Bajo.*) Recibireis una visita de parte de la Emperatriz... una dama de la corte... quizás la condesa!

Alejo. De veras?

Conde. Dispensadme; no puedo permitir...

Alejo. Está bien. (*El Mayor habla bajo á Alejandro.*) Señor ministro!

Conde. Me llamais... jóven incógnito?

Alejo. Sois casado?

Conde. Si por cierto.

Alejo. Pues os doy la enhorabuena.

Conde. (*Yéndose.*) Por qué me lo dirá? (*Vanse todos.*)

ESCENA XII.

ALEJO.

Qué lástima que yo no tenga gana de reirme! Hé ahí una cara capaz de devolverme toda mi alegría! (*Se oyen correr los cerrojos en la izquierda.*) Diablo! Me encierran! (*Se oyen lo mismo en el fondo.*) Otro!... - Me he metido en una aventura, de la que no sé cómo saldré! Tengo miedo de que sea mal... pero con tal de que comience bien... Lo que me decía el Mayor... la visita de la dama... de la condesa Schuvaloff quizás... Vaya! Y para qué se la enviará al jóven príncipe la Emperatriz? Sin duda no será para que le mate. Mas si no fuese una muger... si Isabel mandase al amigo... uno de sus enemigos... armado hasta los dientes... (*Se siente abrir una puerta á la derecha.*) Algüen viene! San Nicolás sea en mi ayuda! (*Aparece una dama enmascarada.*) No... es realmente una

muger! (*La enmascarada hace una seña á alguien que la sigue, y la puerta se vuelve á cerrar.*) Precioso talle! Si fuera... No, todos los talles se parecen un poco.

ESCENA XIII.

ALEJO. LA DESCONOCIDA.

(*La desconocida se coloca delante de él para contemplarle; y hace un ademán de sorpresa.*)

Alejo. Ah! sois vos! (*Corriendo á ella.*) Permitidme, señora... (*La desconocida se desenmascara.*) Cielos! No sois vos!

Desconocida. Aguardabais á alguien?

Alejo. Yo? Si! Es decir... no por cierto. Pero me habian dicho... yo creia...

Desconocida. Os habian dicho?...

Alejo. Me habian anunciado una muger... aunque yo no aguardaba...

Desconocida. (*Bruscamente.*) No aguardabais?...

Alejo. No aguardaba un angel! (*La desconocida le considera un instante en silencio.*)

Desconocida. Mas en fin, esa muger á quien creais hablar?...

Alejo. Era una amiga que hubiera tenido piedad de mis desgracias, de mi juventud.

Desconocida. Una amiga! Y cómo podia penetrar hasta vos?

Alejo. (*Aparte.*) Ay, ay, ay!

Desconocida. Hablad, no es rigoroso vuestro cautiverio?

Alejo. Si tal... pero cuando está preso, sueña uno con todo lo mejor... y ya sabeis que no hay nada como la piedad de una muger para hacer milagros.

Desconocida. Milagros! Creéis en ellos?

Alejo. Sí... á vuestro lado.

Desconocida. (*Mirándole con sorpresa.*) Ah! sois el duque de Curlandia!

Alejo. (*Vivamente.*) Tened la bondad de sentaros, os lo ruego, y siento en el alma recibirlos en un sitio tan poco digno de vos... Nunca he maldecido mi cárcel como ahora!

Desconocida. (*Sentándose.*) De veras?

Alejo. Perdonadme! Olvido que vuestra presencia la convierte en paraíso!

Desconocida. Es singular! (*Alejo se sienta á su lado familiarmente; ella le mira; él se turba y aleja.*) Me parece que aceptais vuestra desgracia con bastante resignación.

Alejo. Tengo paciencia, á falta de otra cosa. Leo, medito, y cultivo un poco la música.

Desconocida. La música?

Alejo. Toco el clave.

Desconocida. Vos! Y cómo es posible?...

Alejo. (*Ap.*) Ay! Qué estoy diciendo!

Desconocida. Quién os lo ha enseñado?

Alejo. Oh! sé muy poco.—Había en Arcangel... un prisionero anciano... que sabía... y luego con buenas disposiciones... Hay tantas almas caritativas... tantos corazones generosos!

Desconocida. Príncipe y prisionero, pensáis demasiado bien de los hombres.

Alejo. No, es de las mugeres de quienes pienso...

Desconocida. Estais enamorado?

Alejo. (*Acercándose.*) Si por Dios! (*Movimiento de la desconocida.*) Creo que comienzo á estarlo.

Desconocida. (*Soñriéndose.*) Qué lenguaje! A la verdad apenas puedo creerlo! Decían que érais tan devoto!

Alejo. Para todo hay tiempo.

Desconocida. Que estábais triste, melancólico...

Alejo. Obra vuestra es este cambio!

Desconocida. Os juzgaba ambicioso...

Alejo. Oh! y lo seré mucho!

Desconocida. Y acogeis alegremente á una visita misteriosa... de la que puede depender vuestra muerte... vuestra libertad!

Alejo. Mi muerte! No podeis vos ser sino nuncio de ventura; y ciertamente que la Emperatriz...

Desconocida. Y si Isabel no supiese nada de mi venida?

Alejo. Ella es quien os envía!

Desconocida. (*Levantándose.*) Quién os lo ha dicho?

Alejo. Yo lo supongo.

Desconocida. Suponeis mal, y yo vengo para ponerme de acuerdo con vos...

Alejo. No deseo otra cosa!

Desconocida. En nombre de vuestro partido.

Alejo. De mi partido! (*Ap.*) Diantre! No esperaba yo confianzas de este género!

Desconocida. (*Ap.*) Se turba!

Alejo. (*Ap.*) Será un lazo?

Desconocida. Porque no ignorais que un bando se agita... y ha puesto los ojos en vos para darse un gefe. Dicese que hasta tiene agentes en la corte de la Emperatriz, y aun en su consejo.

Alejo. Y creéis que estamos tan adelantados como todo eso?

Desconocida. Sin duda. Acaso ha echado profundas raíces en el país el poder de Isabel? Se la acusa de haber usurpado al subir al trono el sitio que debían ocupar los Brunswick; y enlazándoos con una princesa de esta rama... como ya os desposaron en vuestra infancia con una princesa de la otra...

Alejo. Pues si me ando por las ramas, nunca llegaré á poseer el árbol!

Desconocida. Entonces el ejército y el pueblo se declararán por vos, sobre todo cuando vean vuestra bandera. Vacilareis en levantarla?

Alejo. No... no vacilaré... (*Movimiento de la desconocida.*) sino que me niego á ello.

Desconocida. Es posible?

Alejo. Sí, sí; me niego. A qué había yo de revolucionar la Rusia, para quitar el cetro á una muger bonita que se da mejor maña para gobernar que yo?

Desconocida. Pero vuestro partido...

Alejo. Mi partido! Son una turba de cobardes, de intrigantes, en quienes el ruido del cañon hace el mismo efecto que la señal de la cruz en el diablo.

Desconocida. Y vuestros derechos?

Alejo. No valen maldita la cosa; y yo... en conciencia... me reconozco profundamente incapaz de regir un Estado. (*Ap.*) No se quejará el otro; yo arreglo sus asuntos á las mil maravillas!

Desconocida. Mas Isabel es vuestra enemiga; cómo es que la defendeis?

Alejo. Ella es la honra de vuestro sexo, y vos la atacais!

Desconocida. Luego creéis que hará feliz á la Rusia?

Alejo. Estoy seguro de ello. Para dirigir este pueblo suspicaz, se necesita una mano firme cubierta de un guante de seda; é Isabel es un gran príncipe... aunque dicen que se acuerda de que es muger algunas veces. (*Movimiento de la desconocida.*) Y por vida mía que hace bien! A todas las gracias de su sexo, une la energía del otro. Legisladora y conquistadora, está llamada á completar la obra de Pedro el Grande! Y habia yo de ir á disputarle la corona, yo, pobre jóven, educado de cualquier modo, y bueno cuando mas para soldado? Dadme armas y libertad, y solo ambicionaré el honor de hacerme matar por ella!

Desconocida. Bien, muy bien!... (*Reprimiéndose.*) Teneis valor, talento, y corazon!

Alejo. Como hace uno tan poco gasto en la carcel, le queda siempre provision de todo eso.

Desconocida. Me engaño mucho, ó habeis de agradar á Isabel!

Alejo. Tanto mejor, porque es la muger á quien mas quiero en el mundo.

Desconocida. Cualquiera diria que habeis podido amar á otras.

Alejo. Por qué no?

Desconocida. Preso?

Alejo. Es decir... las amaba en sueños, y ya va para diez años que esto dura. Juzgad qué tesoros ofreceria yo á la que descendiese hasta mí para traerme la felicidad. Reuniendo todas mis pasiones en una sola, estoy cierto de que sería la muger mas querida de toda la Rusia... (*Ella le mira con dignidad; Alejo se detiene.*)

Desconocida. (*Souriéndose.*) Ah! Me parece que no estamos muy conformes en política.

Alejo. Acaso habrá otro punto en que podamos entendernos mejor.

Desconocida. Sois muy prudente!

Alejo. Yo?

Desconocida. Y en un príncipe tan jóven, eso es una cualidad.

Alejo. No elogieis demasiado mi prudencia, no sea que esciteis mi temeridad,

Desconocida. Príncipe! (*Mirándole de lejos, ap.*) Es singular! No esperaba... Y me ha conmovido!

Alejo. (*Ap.*) Si me dejará sin mas esplicaciones? Y es lindisima!

Desconocida. (*Desde la puerta.*) Dios os guarde, señor duque. (*Desaparece.*)

Alejo. (*Corriendo hácia ella.*) Señora... señora... hablemos otro poco de politica! (*Se cierra la puerta.*)

ESCENA XIV.

ALEJO. Despues EL MAYOR. FEDORA.

Alejo. Ha desaparecido! Cáspita! Soy... soy un... un príncipe muy de bien! Tener á una muger preciosa á mi lado, y... Pero ya se ve, su aire tan imponente... (*Se oye abrir una puerta.*) Vuelve? No... es por alli!

Mayor. La góndola se aleja!

Alejo. Mayor, Fedora, venid; todo va perfectamente. (*Abraza á Fedora.*)

Fedora. Qué haceis?

Alejo. Es verdad! No sé lo que hago!

Mayor. Esa señora?...

Alejo. No me conocia.

Fedora. Y era bonita?

Alejo. Preciosa! (*Movimiento de Fedora.*)

Fedora. Y qué queria?

Mayor. No os habeis descubierto?

Alejo. No tal. Mas y vuestro sobrino?...

Mayor. No sabe sino que un prisionero de importancia se ha escapado; pero guardará el secreto, y me ayudará á perseguirle. Si pudiesemos encontrar al maestro de música!

Fedora. Yo iré, padre mio!

Alejo. El conde!

ESCENA XV.

DICHOS. EL CONDE. ALEJANDRO.

Conde. Poned la tropa sobre las armas... y que esté todo pronto para mi partida. (*A Alejo.*) Ah! jóven descono-

cido... (*Bajo al Mayor.*) que yo conozco. (*Aparte.*) Es un Romanoff... de la rama izquierda. (*Alto.*) Cuánto cerebro... en vuestro interes... una circunstancia...

Alejo. Qué dice? Pierde la cabeza! (*Aparte.*)

Mayor. (*A Alejandro.*) No hay nada aun?

Alejandro. (*Bajo.*) Nada. (*Alto.*) Todo está dispuesto ya, señor ministro.

Conde. Tendré el honor de acompañaros al palacio imperial de verano.

Alejo. A mi?

Mayor. (*Aparte.*) Gran Dios! (*Bajo á Alejo.*) Rehusad!

Alejandro. (*A Fedora que se acerca aterrada.*) Qué ocurre? (*Fedora se contiene.*)

Mayor. Señor conde, un prisionero confiado á mi vigilancia...

Conde. (*Cogiéndole por un brazo y en voz baja.*) No os separareis de él... y á la menor tentativa que haga para escaparse... (*El Mayor le mira.*) Silencio! (*Alto.*) Vos sois, mayor, el designado para servir de ayudante de campo al principe, duque de Curlandia.

Alejandro. (*Aparte.*) Qué oigo! Un principe!

Alejo. Es imposible! Yo no puedo... esta es mi prision... la que Isabel me ha señalado... y permaneceré en ella.

Fedora. Eso es; firme, firme!

Mayor. Sin duda; y á menos que una orden...

Conde. Precisamente acaba de dejarla al salir de aqui.

Alejo. Pero quién? Quién?

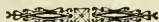
Conde. (*Con énfasis.*) La Emperatriz!

Todos. La Emperatriz! (*El Mayor se queda aterrado.— Fedora mira á Alejo con inquietud, el cual permanece estupefacto.— El conde da la orden de partir á Alejandro, que los observa á todos con sorpresa.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.



Acto segundo.



Un salon elegante que da á los jardines.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE. ALEJANDRO.

Conde. (Dentro.) No admito observaciones!... *(Saliendo.)*
Señor oficial!...

Alejandro. Señor!...

Conde. Mandad poner los centinelas, y avisadme así que llegue el Mayor! *(Alejandro saluda, y distribuye los centinelas.)* Oh! qué caprichosas son las mugeres!... Quisiera yo saber de dónde dimana el repentino interés que la Emperatriz se toma por el príncipe!... Que haya tenido deseos de conocerle... ya lo entiendo... la curiosidad!... pero mandarle venir á esta residencia... de la cual ha alejado á casi toda la corte!... Qué le querrá?... Oh! desde el destierro del coronel de guardias (su último favorito), se encuentra muy sola!... Y hace poco, en la capilla de San Nicolás, estaba muy distraída... miraba á todos lados con ademán inquieto... parecía como que buscaba á alguno... no sería ciertamente á San Nicolás!... Si, San Nicolás! Con ese no hay casamiento posible ni con la mano derecha ni con la izquierda!... O mugeres! mugeres!... Qué habrá encontrado en el tal duque?... La

Emperatriz, que tantas pruebas tiene dadas de su buen gusto... podía haber hallado... sin ir muy lejos... personas que por sus circunstancias... su experiencia... Todos esos jóvenes tienen una cabeza tan ligera... en vez que nosotros... á nuestra edad... (*Volviéndose.*) Quién es?

Alejandro. Escelentísimo señor!... acaba de llegar un oficial de guardias que viene á anunciar la llegada del Mayor... y...

Conde. Del duque de Curlandia!... el preso!... Vos le habeis visto, allá, en el castillo... qué tal os ha parecido?... Habeis sentido hácia él alguna disposicion en su favor?

Alejandro. Yo... al contrario... le detesto cordialmente.
Conde. Y por qué?

Alejandro. Oh! por nada... aprensiones mias.

Conde. Bien está; me alegro de eso... porque así os costará menos el cumplimiento de vuestra consigna.

Alejo. De mi consigna!

Conde. Colocareis centinelas en todas las puertas de esta residencia.

Alejandro. Ya está hecho.

Conde. Con prohibicion de dejar salir á nadie... sea quien quiera.

Alejandro. Tambien está hecho.

Conde. Os encargareis vos mismo de no perderle de vista... para darme cuenta de sus menores acciones, de sus pensamientos...

Alejo. Advertid que eso seria...

Conde. No admito observaciones! Si veis que intenta escaparse... forzar la consigna... impedidlo por todos los medios... hasta el de hacer uso de vuestra espada...

Alejandro. Gran Dios!

Conde. Dejadle muerto en el acto!

Alejandro. Pero, señor, esa consigna...

Conde. Es orden terminante de la Emperatriz.

Alejandro. Me constituís en espía...

Conde. Silencio! Si replicais sereis castigado. Cuando el Czar habla, nadie tiene permiso para hacer observaciones... es el modo de tener siempre razon.

Alejandro. Ya estan aqui.

ESCENA II.

DICHOS. EL MAYOR. ALEJO.

Alejo. Es trabajo inútil, Mayor... no conseguireis asustarme... Aquí se respira un perfume de riqueza, de felicidad y de amor... que me enajena, me embriaga... Esos magníficos jardines, esa brillante servidumbre, este esplendor me tienen encantado... Me hallo dentro de palacio... en medio de los cortesanos... cerca de la Emperatriz!... No acabo de creerlo!

Mayor. (*Aparte.*) Silencio!... nos escuchan!

Alejo. Ah! tenéis razón!... Calle! es el ministro... (*Aparte.*) el marido de su muger...

Conde. (*Saludando.*) Tengo la honra de ofrecer mis respetos...

Alejo. (*Bajo al Mayor.*) Cómo se encorva!... buena señal!

Mayor. (*A Alejandro.*) Buenos días, amigo mío.

Conde. El viaje del señor duque ha sido rápido y feliz, según veo?...

Alejo. Eh?... cómo deciais?

Conde. Decía, señor duque...

Alejo. Ah! es á mí. (*El Mayor tose.*) Sí, ya estoy... como hace tanto tiempo que había perdido la costumbre de esas señales de respeto...

Mayor. En efecto... hace ya tanto tiempo...

Alejandro. Ay! Dios mío! qué es lo que tenéis, tío?... os da algo?

Mayor. Pues qué, me he puesto pálido?

Conde. Estais malo?

Alejo. Con efecto, Mayor!..., Ja! ja! ja! Por quien soy, que me alegraría que os miraseis á un espejo para que vieseis la cara que poneis!... Tenéis unos ojos de espanto que harían reír á un muerto!

Mayor. (*Bajo.*) Es que el caso no es para bromas... y las carnes me tiemblan... cuando pienso en nuestra posición.

Alejo. (*Idem.*) Pues bien, haced lo que yo, no penseis en ella.

Conde. Deciais?...

Alejo. Cómo?

Mayor. Qué?...

Conde. Si teneis algo que mandar... algo que pedir... me juzgaría sumamente honrado en serviros yo mismo...

Fuera de eso, aquí teneis un jóven que la Emperatriz coloca desde hoy á vuestras órdenes... y que os guardará todos los miramientos, todas las consideraciones...

Mayor. Ah! mi sobrino... lo celebro... infinito... porque... y ademas... en fin...

Alejandro. Qué es eso, tío, no podeis hablar?... Tartamudeais!

Mayor. Yo!

Conde. Si por cierto.

Alejo. Tartamudeais de un modo atroz, querido Mayor.

(*Bajo.*) Reios con mil diantres!...

Mayor. (*Riendo sin gana.*) Ja! ja! ja! es particular!...

Conde. Ah! decid, Mayor, y el temiente Alejo?...

Alejo. Qué quereis?

Mayor. Hum!... (*Bajo á Alejo.*) Torpe!

Conde. Perdonad, no es con vos... hablo de cierta buena pieza que se ha quedado allí... en el castillo...

Alejo. Ah!... si hablabais de ese...

Conde. Le habeis enviado á Arcangel, como os lo tengo prevenido?

Alejo. (*Aparte.*) Dios de bondad!

Mayor. Que si le he?... No... quiero decir... pensaba que no era orden formal... porque... y luego...

Conde. Vuelta con el tartamudeo!

Alejo. Es una enfermedad.

Conde. Todo lo que yo mando es formal!... Mayor, vais á estender inmediatamente una orden para que el preso sea entregado al capitan Bernig, que le conducirá al fuerte.

Mayor. Si... voy...

Alejo. No escribais. (*Bajo.*)

Conde. Oigo ruido hácia el lado de la capilla!...

Mayor. (*Bajo á Alejandro.*) Y el preso?

Alejandro. Tres oficiales han salido en su busca. (*Dirigese hácia el foro.*)

Mayor. (*Bajo.*) Tengo calosfrios... la cabeza se me anda...

Alejandro. (*Desde el centro de la escena.*) La Emperatriz!...

Alejo. Por fin voy á verla otra vez... A pesar mio me siento conmovido!

Mayor. (*Aparte.*) Y yo!...

ESCENA III.

DICHOS. ISABEL, seguida de muchos personajes.

Isabel. (*Saliendo precipitadamente.*) No, señores, no... de ningun modo me arredrarán las amenazas de unos cuantos orgullosos que solo me han elevado al trono para abusar despues de mi gratitud!... No inspirándoles bastante confianza la tierna edad de Ivan... buscan otro gefe, y aun le designan ya... pero no lograrán lo que desean... y... (*Reparando en Alejo, y aparte.*) Ah! él es!

Alejo. (*Bajo al Mayor.*) Creo que nos ha visto.

Mayor. No, no.

Isabel. (*Siu manifestar que le ha visto; á Schuvaloff.*)

Conde... he advertido con desagrado que os habeis atrevido á presentarme la solicitud de un hombre en quien tenia puesta toda mi confianza... á quien habia dado el mando de mis guardias, y que me vendió!...

Conde. Señora... yo creía que un grande del imperio...

Isabel. En mi imperio no hay mas grandes que los que yo tenga á bien ensalzar, hasta tanto que juzgue conveniente retirarles mi gracia... (*Mirando á Alejo.*) Que nadie olvide esto!

Alejo. (*Bajo.*) Nos ha mirado!

Mayor. (*Aparte.*) Qué va á ser de mí, Dios mio?

Conde. (*Observando las miradas de Isabel.*) Presento á los pies de V. M. al duque de Curlandia... y al Mayor Draken. (*Alejo saluda.*)

Isabel. Ah! está bien.

Conde. (*Bajo á Isabel.*) Las órdenes de V. M. han sido fielmente ejecutadas... no se le pierde de vista... y si intentase evadirse...

Isabel. Duque de Curlandia, seais bien venido... Habeis querido pagarme la visita...

Alejo. Señora... cuando uno se ve en libertad...

Isabel. Ya no podreis decir que es vuestra carcel la que os detiene.

Alejo. (Señalando al Mayor.) No, señora, me acompañaa.

Mayor. (Bajo.) Cuidado con lo que decís!

Isabel. Señor Mayor... confiadme un instante vuestro preso... Dejados solos... conozco vuestro celo... y si soy implacable con los que me engañau... (Movimiento del Mayor.) sé al mismo tiempo recompensar á los que me sirven bien!...

Mayor. Señora!... yo... yo!...

Isabel. Qué cara tan triste!

Alejo. Oh!... un carcelero!...

Conde. (Queriendo entrometerse.) Si... un carcelero! Ja! ja! (*Isabel le mira; él se detiene cortado; saluda, y vanse todos.*)

ESCENA IV.

ISABEL. ALEJO.

Alejo. (Aparte.) Es cosa estraña!... Qué distinta parece una muger revestida de su título!... Ayer me sentia yo todo... y hoy estoy todo...

Isabel. (Observándole aparte.) No me parece que está hoy tan sereno como ayer!... (Alto.) Ya lo veis; siguiendo mi propósito, he alejado de mi el brillante aparato de la grandeza... Pero el misterio ya no puede continuar... temblais acaso por eso?

Alejo. Temblando estoy... en efecto, señora... mas es por el temor de haber desagradado á V. M... Si yo hubiese sabido... si hubiese sospechado... jamas me hubiera atrevido...

Isabel. A hablarme con franqueza... aunque en medio de ella no me hayais escaseado tampoco las lisonjas...

Alejo. Oh! no señora; aquello era admiracion... en este mismo momento...

Isabel. Oh! en este momento, teneis miedo...

Alejo. Sí... no... es decir... cuando pienso en lo que soy...

Isabel. Sois... mi primo... y algo mas... Si vuestra memoria es tan fiel como la mia... si recordais aquella tierna escena... en mi palacio...

Alejo. (Aparte.) Ay! Dios mio!... qué me irá á preguntar?...

Isabel. Vos erais muy jóven entonces...

Alejo. Muy jóven... Si, señora.

Isabel. Y yo tambien... Pero habia quien tuviese ambicion por vos... eli?... os acordais?...

Alejo. Yo... si...

Isabel. No podeis haberlo olvidado.

Alejo. No por cierto.

Isabel. (*Apurándole.*) Os acordais?..

Alejo. Si, si.

Isabel. Estaba segura de ello!

Alejo. (*Aparte.*) Qué diablos será?...

Isabel. Todo eso está ya muy distante de nosotros!...

Alejo. Oh! muy distante!

Isabel. Y en tan largo tiempo yo he debido pensar que os habriais vuelto enemigo mio... en esa carcel en que fuisteis sepultado por otra... y en la cual parecia que yo os habia olvidado!... No me querais mal porque no haya pensado antes de ahora en veros, en hablaros...

Alejo. Quereros mal!... Dios me libre!... Feliz mil veces yo, si logró merecer el perdon...

Isabel. Qué perdon?... qué es lo que habeis hecho?... Yo no puedo daros de repente libertad plena y absoluta... la clemencia no siempre es facil.

Alejo. (*Aparte.*) Me va á enviar otra vez allá.

Isabel. Permanecereis en este palacio... el cual os servirá de carcel... hasta que podais mejorar... Me prometéis no salir de él?

Alejo. Nada mas agradable ni mas facil... si V. M. fija en él su residencia...

Isabel. Solo paso en él los veranos.

Alejo. Entonces, pido desde ahora permiso para volver á mi prision durante el invierno.

Isabel. A vuestra prision! veo que la habeis cobrado cariño.

Alejo. Contrae uno ciertas costumbres...

Isabel. No... tengo otros proyectos... os quedareis aqui...

Yo vendré á veros alguna vez... á menudo quizás... vos me manifestareis de ese modo hasta que punto puede estenderse mi confianza... y quién sabe?... Vos teneis talento... Si llegaseis á ser un consejero leal y desinteresado... Puede haber encarcelados dignos de ser ministros.

Alejo. Hay tantos ministros dignos de ser...

Isabel. (Riendo.) Ja! ja! Teneis ojeriza á los míos... que no han hecho nada por vos... yo sola soy la que he pensado en volveros á ver... Y por lo tanto, á mí sola es á quien os dirigireis en lo sucesivo, entendeis?... Empecemos desde ahora; vamos á ver, no teneis nada que pedirme?...

Alejo. Señora...

Isabel. Algun favor... alguna gracia...

Alejo. Un favor... una gracia... (*Aparte.*) Dios mio! qué buena ocasion!...

Isabel. Hablad!

Alejo. Es que... no me atrevo...

Isabel. Acabad de una vez... lo que no os atreveis á pedir...

Alejo. Es, señora, la libertad de un pobre teniente que estaba... encerrado conmigo en el castillo.

Isabel. (Interrumpiéndole.) Cómo! me pedis por otro, cuando yo deseo favoreceros á vos!

Alejo. Es que al pedir por él, es como si pidiera por mí.

Isabel. Por vos!

Alejo. Digo eso, porque... como todos los desgraciados son hermanos...

Isabel. Mucho os interesais por ese teniente!

Alejo. Sí, señora... mucho.

Isabel. Y por qué está preso! por qué se halla en Schlüsselburg?

Alejo. Oh! Señora... por una futesa... Un capricho del ministro.

Isabel. Entonces, por qué no se queja?

Alejo. A quién?... Dios está tan alto... y la Emperatriz tan lejos!...

Isabel. Y su nombre... cuál es su nombre?

Alejo. Alejo Romanuski.

ESCENA V.

DICHOS. EL CONDE. UN PAGE.

Conde. Perdone V. M. si me atrevo á interrumpir...

Isabel. Ah! señor conde, acercaos! llegais á tiempo.

Alejo. (*Aparte.*) Diantre! el marido...

Conde. Perdonad... vengo á comunicar á V. M. asuntos de la mayor importancia.

Isabel. Respondedme primero. *(Hace seña al page, que acerca un sillón, y vase.)* Qué teniente es ese... que uno de mis ministros... vos, quizás, *(Mira á Alejo, que hace una seña afirmativa.)* ha mandado encerrar en la fortaleza de Schlüsselburgo?

Conde. Un teniente... ignoro...

Isabel. Se llama... Alejo...

Alejo. *(Cavilando.)* Alejo?

Isabel. Alejo... *(Bajo á Alejo.)* Ayudadme vos!

Alejo. *(Bajo.)* Romanuski!

Isabel. Alejo Romanuski!

Conde. Ah!

Isabel. Le conocéis?

Alejo. *(Aparte.)* Vaya!

Conde. Así, de nombre... únicamente.

Isabel. Y por qué está preso?

Alejo. *(Aparte.)* Ay!... ahora es ella!

Isabel. Hablad, señor ministro... Por qué motivo?...

Conde. Oh! por el mejor servicio de V. M. sin duda... alguna falta de desobediencia. *(Isabel mira á Alejo, que hace seña de que na.)*

Isabel. No es eso.

Conde. V. M. cree... es posible... *(Aparte.)* Sabrá ella acaso?...

Isabel. *(Observándole.)* Qué turbado se ha puesto!

Alejo. *(Aparte.)* Pobre hombre!

Isabel. *(Observando á Alejo.)* Qué sonrisa!... Me va picando la curiosidad... *(Al conde.)* Esplicaos, conde.

Conde. A no dudarlo, señora, se trata de alguna grave falta... de espresiones...

Isabel. No es eso.

Conde. De haber tomado parte en una conspiracion de que traigo aqui las pruebas...

Alejo. *(De prunto.)* Yo!... *(Isabel le mira y se detiene.)* Perdonad, señora... yo, he querido decir, creo que el señor conde no dice la verdad...

Isabel. Es decir que miente!... *(Movimiento.)* Eso se sucede algunas veces... en el consejo... Pero ahora quiero saber... hablad, duque, yo os lo pido... lo mando!

Alejo. Bien está; sabed entonces, señora, que no es

una falta de desobediencia, ni una conjuración la causa de la desgracia de ese pobre Alejo... joven y amable oficial.

Isabel. Ah! es amable?

Alejo. Sí, señora, bastante... Además de eso, es entusiasta por V. M., y se dejaría matar en su obsequio. (*Aparte.*) Ea! yo voy á hacer mi negocio... una vez que ya me he puesto... por eso no me ha de costar ni más ni menos!

Conde. No digo que no; puede que...

Isabel. Dejad... (*A Alejo.*) Vamos, es?...

Alejo. Es por unos celos de ministro... quiero decir, de marido. (*El conde procura disfrazar su turbación, que Isabel observa sonriéndose.*)

Isabel. Celos!... un marido!... Es decir que hay amores de por medio.

Alejo. Algo de eso... pero nada más que algo.

Conde. Como es que el señor duque, tan rigurosamente custodiado, ha podido enterarse?...

Isabel. Es verdad!

Alejo. (*Turbado.*) Oh! en efecto... parece extraño... Se lo he oído á los oficiales que han venido escoltándome desde la fortaleza á este palacio... y que venían hablando y riendo entre sí de esta aventura...

Isabel. Riendo! entonces no puede ser cosa grave... Contádmelo...

Conde. Perdón V. M... venía á dar cuenta de un asunto de gran interés para el Estado, y...

Isabel. Bien, bien... Vamos á lo más urgente...

Conde. Es que se trata de V. M.

Isabel. Se trata de uno de mis oficiales... y de uno de mis ministros... Tengo curiosidad de saber...

Conde. Oh! no hay que creer...

Isabel. Eh?... Si se tratará de vos, conde?...

Conde. De mí!...

Isabel. (*Mirando á Alejo.*) Andaríais vos en ese enredo?

Conde. No me parece...

Isabel. Si tal! si tal!... es negocio que os concierne. Ah! La condesa Schuvaloff se halla complicada en todo esto... es bonita?

Alejo. Preciosa!... (*Isabel le mira.*) según dicen.

Conde. Y qué virtud!

Isabel. Oh! en cuanto á virtud... todas las damas de la corte la tienen... de eso no hay que hablar! — Deciais, pues, que ese oficial vió á la condesa en Petersburgo?

Alejo. En Wilna.

Conde. Cómo?... (*Aparte.*) Maldito hombre!

Alejo. (*Aparte.*) El lo sabe todo... con que nada arriesgo.

Isabel. En Wilna! En efecto, hace tiempo que hizo allí un viaje para restablecer su salud...

Conde. Eso es... y yo tuve noticia de que un jóven insolente osaba perseguir con sus importunos obsequios... á una dama de V. M.

Isabel. (*Con severidad.*) Muy mal hecho!

Alejo. Oh! lo que es importunos!

Isabel. Si era importuno!...

Conde. Muy importuno... El parte es circunstanciado y exacto...

Isabel. Cómo! el parte... la policía os ha pasado un parte sobre eso!

Conde. Muy exacto... La condesa se vió obligada á llamar á uno de mis agentes para que la custodiase.

Alejo. No llamó á nadie.

Conde. Esto es tan verdad, señora, como que habiéndose introducido ese celoso agente en el cuarto de la condesa... por orden suya.

Alejo. Por la vuestra.

Conde. Por la mia, en hora buena. Una noche, á eso de las doce...

Alejo. Ah! no eran siquiera las diez.

Conde. Señor duque, os suplico que no creais que altero...

Alejo. Sí tal... alterais la hora.

Isabel. Continuad... el parte dice...

Conde. Que halló á la condesa temblando... Acababa de oír que escaiaban la ventana de un gabinete contiguo... En fin, ese truan se habia introducido en él furtivamente!

Alejo. Oh! furtivamente.

Conde. En fin, estaba allí!

Alejo. Estaba allí.

Isabel. Estaba allí!... Ah! pues si el parte lo dice...

Conde. El parte lo dice... Queriendo entonces el agente

de policia penetrar en el gabinete... se abrió la puerta con tanta violencia, que fue derribado por el golpe... y todas las luces se apagaron como por encanto.

Alejo. Seria el viento.

Conde. La condesa me lo ha contado despues... Pero cuando el de policia se levantó, ya no habia nadie... el miserable habia recurrido á la fuga.

Alejo. No lo creo.

Conde. Sí por cierto.

Alejo. No tal.

Conde. Sí tal.

Alejo. Os digo que no,

Conde. Y yo digo...

Alejo. Si lo sabré yo!

Conde. Vos!

Isabel. Cómo?

Alejo. (*Apresurándose á enmendar lo que ha dicho.*) Los oficiales que me han acompañado aseguraban que ese afortunado miserable...

Isabel. No habia apelado á la fuga?

Conde. En fin, la condesa tuvo que volverse precipitadamente á S. Petersburgo.

Alejo. Adonde vos la habiais lliado...

Conde. Para huir de ese atrevido mancebo...

Alejo. Que se habia marchado...

Conde. Despues que ella... está en el parte... Asi que llegó la condesa, me rogó que le mandase prender.

Alejo. Sí, y por eso sin duda le prendisteis una hora antes que ella llegase.

Isabel. (*Riendo.*) Con que llegó antes que ella... y eso que salió el último... Veo que ese oficial no tiene razon de quejarse... ha sido tratado...

Conde. Con mucha indulgencia.

Alejo. Al contrario; como vuestro mas encarnizado enemigo; le amenazásteis con el *knout*.

Conde. (*Aparte.*) Este demonio de hombre todo lo sabe!... parece que el otro le llevaba en el bolsillo.

Alejo. Vaya á que eso no está en el parte.

Conde. Tambien está.

Isabel. Tambien eso!... Ja! ja! ja! Con que tambien de esas cosas teneis partes en la policia... me los enseñaréis... porque debe ser muy divertido... sobre todo

cuando el mismo ministro es el... Ja! ja! ja! (*Alejo se rie tambien.*)

Conde. (*Riéndose sin gana.*) Sí... sí... es muy chistoso... (*Recobrando su gravedad.*) El asunto de que vengo á hablaros, señora...

Isabel. (*Riendo.*) Y la condesa, está ya recobrada del susto?

Conde. Completamente... El asunto de que vengô...

Isabel. (*Riendo.*) Y es por eso por lo que el oficial está preso en Shlusselburgo... por eso únicamente?

Alejo. Únicamente.

Conde. El asunto de que...

Isabel. Pobre muchacho!... *Conde.*, ya está bastante castigado...

Conde. Con esa idea... he dado las órdenes oportunas...

Alejo. Sí, para que le trasladen á Arcangel.

Isabel. Eh?

Conde. Oh!...

Isabel. Hoy mismo será puesto en libertad... hoy mismo... yo lo mando... Si hubiesenos de enviar á un castillo á todos los oficiales... afortunados... adónde irían á parar mis ejércitos?... Y para hacerle olvidar un tratamiento tan inusitado... dispondreis que se le espida el despacho de capitán... (*Movimiento de Schuvaloff.*) Pero á fin de tenerle á una distancia... respetuosa... de la condesa... le enviareis á la frontera de Polonia... (*A Alejo.*) Se dará con esto por contento su protector?

Alejo. Oh! señora.

Isabel. Pobre conde!

Conde. El asunto de que deseaba dar conocimiento á V. M....

Isabel. Cuál es? Vamos á ver... dificulto mucho que sea tan divertido como el que acabais de contarme... Hablad!

Conde. Perdone V. M.! es sumamente grave... es un negocio de Estado... y no puedo...

Alejo. Señora!... (*Hace un movimiento para marcharse.*)

Isabel. No, no... Vos sois aficionado á la música, segun me habeis dicho... Sentaos ahí... dadme vuestro voto sobre ese clave que me han enviado de Alemania... (*Alejo saluda y va á sentarse al clave. Isabel bajo al conde.*) Qué es ello?

Conde. Un parte que he recibido...

Isabel. Sobre alguna otra dama de mi corte?

Conde. (*Bajando la voz.*) Sobre el partido de los espartriados... se prepara un movimiento... hoy mismo han tenido una reunion en el convento de San Constantino.

Isabel. Bien está; y qué me importa eso?... perseguidlos. No hay medio de gozar un instante de sosiego! facciosos por todos los lados! (*Alejo se vuelve.*) Qué tal?

Alejo. (*Balbucente.*) Hum... no es malo...

Isabel. De veras?... veo que os gusta el clave... yo prefiero el arpa... (*Alejo vuelve á acomodarse al piano sin dejar de escuchar.*)

Conde. (*Bajando la voz.*) Pero lo que hay, señora... mas... mas... no me atrevo á calificarlo... es que en esa reunion esperan... al preso...

Isabel. Al duque de Curlandia!... Pues no le estais viendo.

Conde. (*En voz baja.*) Debe ponerse á la cabeza... el parte lo dice. (*Alejo désafina.*)

Isabel. El!

Alejo. (*Con calma.*) Falso!

Conde. El parte!...

Alejo. El parte... qué parte?... yo hablo del clave.

Isabel. (*Riendo.*) Ja! ja! ja!... bien, bien... continuad... (*Alejo vuelve á ocuparse del clave, mientras Isabel continúa hablando bajo con el conde.*) Tiene eso trazas de conspirador?... Y ademas, estando aqui...

Alejo. No puede estar allá... eso es exacto... pero mas tarde...

Isabel. Oh! no me hagais creer en la ingratitud.

Conde. (*Mas bajo.*) Si es verdad que es el prometido de la princesa Catalina!...

Isabel. (*Mas bajo.*) No lo fue antes mio!

Conde. Cómo!

Alejo. (*Aparte.*) Ya no oigo.

Isabel. (*A Alejo.*) Sabeis, duque, lo que me anuncia el conde de Schuvaloff... que quereis venderme...

Alejo. Señora!...

Isabel. Uniros á los sediciosos que cuentan con vos y os esperan...

Alejo. Cielos!... V. M. ha podido creer...

Isabel. Continúad, continuad con vuestra música... tendré el gusto de que me acompañéis... Volveré á veros. (*Hace una seña al conde, que abre la puerta del foro. Al Mayor, que estaba esperando.*) Mayor Draken, os devuelvo vuestro cautivo.

Conde. (*Aparte.*) Yo le vigilaré. (*Alejo y el Mayor hacen al verse un movimiento como para ir á hablarse; pero se detienen reparando que Isabel se vuelve á saludarlos, y se retira.*)

Conde. (*Al Mayor en voz baja.*) Hola! hola! con que vos dejais que se comuniquen los presos... Ya me las pagareis todas juntas!

Mayor. Pero...

Conde. No admito réplicas.

ESCENA VI.

ALEJO. EL MAYOR.

Mayor. (*Asustado.*) Dios me valga!

Alejo. Eh?... qué es?... qué os ha dicho?

Mayor. Que consiento que se comuniquen los presos...

Es decir que sabe...

Alejo. Tranquilizaos... no sabe nada... quiero decir... lo sabe todo... me ha puesto en la precision de contar... aqui mismo... delante de ia Emperatriz; pero el duque de Curlandia ha obtenido el perdon del teniente Alejo... me teneis libre y capitan!

Mayor. Pero el duque...

Alejo. Sigo siéndolo yo... Oh! amigo mio, qué muger, la emperatriz... tan hermosa, tan llena de bondad!... El corazon me late con mayor fuerza solo al pensar en ella... Quiere tenerme á su lado, en este palacio, en su corte... me ha hecho su confidente... me pide mi parecer... Ya me veo gentil-hombre... consejero... ministro!...

Mayor. Misericordia!

Alejo. Ja, ja, ja! una idea me ocurre... si estaré yo destinado á remplazar al conde de Schawaloff... en titulo, en posicion!... en todo!

Mayor. Oh! vuestras bromas me dan calosfrios!... os reis estando al borde de un abismo!

Alejo. En verdad que teneis razon... el diablo me lleve si sé cómo vamos á salir de esto.

Mayor. El enojo de la Emperatriz será terrible!... la estoy engañando!

Alejo. Y es el caso que habrá al fin que cantar de plano... porque lo que vos ignorais... es que se conspira en nombre del principe fugitivo!...

ESCENA VII.

DICHOS. ALEJANDRO. *A poco FEDORA.*

Alejandro. (*Saliendo precipitadamente.*) Tio!...

Mayor. (*Asustado.*) Eh?

Alejandro. Ay! Dios mio!... todavía os dura!... qué cara!...

Mayor. Qué tiene mi cara? estoy pálido?...

Alejo. Como un muerto! Vamos á ver. Un militar.

Alejandro. En verdad, tio, que para ser mayor de caballeria...

Alejo. (*Riendo.*) Perdeis los estribos con suma facilidad.

Mayor. (*Aparte.*) Y se ríe!... tiene humor de reír!

Alejandro. Venia á deciros que Fedora acaba de llegar y está ahí.

Fedora. (*Saliendo.*) Padre mio!

Alejo. Fedora!

Mayor. Buenos dias, buenos dias!... (*A Alejandro.*) Y mi preso?...

Alejandro. Se ha perdido; nadie sabe dónde para.

Fedora. (*Bajo al Mayor y á Alejo.*) Yo lo sé.

Alejo y Mayor. Ah!

Fedora. Chist!

Alejandro. Eh?

Alejo. Qué hay?

Alejandro. Deciais?...

Mayor. Nada, nada. (*Vase Alejandro. A Fedora.*) Vamos á ver, has visto á tu maestro de música?

Fedora. Aun no le ha salido el susto del cuerpo: está malo.

Alejo. Vaya un viejo cobarde!

Mayor. Y mi preso, el duque de Curlandia...

Fedora. Parece que es un excelente jóven, devoto, ti-

mido, un buen principe, en fin... Se ha confiado de Mr. de Verneuil, y no se ha separado de él hasta San Petersburgo.

Alejo. (Con tono de esclamacion.) Ya es nuestro!

Mayor. Chist!... si os oyesen...

Fedora. (Idem.) Todo al contrario; cuando yo llegué acababa de ser conducido casi á la fuerza al convento de San Constantino...

Alejo. Eso es! á la reunion de conjurados! el parte tenia razon.

Mayor. Tal vez estará aun allí!

Alejo. Voy corriendo á verlo... Le hablaré al corazon, apelaré á su hidalguia, á la nobleza de sus sentimientos... lo que importa es que él se vuelva á su prision, y yo á la mia... una vez allí volverá cada cual á tomar su nombre sin que Isabel ni sus ministros lo sospechen siquiera...

Fedora. Oh! Si... apruebo... nos volveremos todos á la carcel!... qué alegria!

Alejo. La emperatriz lo sabrá todo mas tarde... cuando se le haya pasado la cólera... Entre tanto vos me conducireis á Shlusselburgo... y allí me pondreis en libertad, segun lo que ha mandado Isabel... atravieso la frontera... y desaparezco.

Mayor. Todo eso está muy bien; pero lo que yo temo es que ella no consienta ahora en que os separeis de su lado.

Alejo. Teneis razon... es preciso que me destierre de su presencia... que os mande ponerme en la frontera... Ah! si yo hubiese pensado en eso mas pronto... pero todavia es tiempo... Voy á usar con ella un lenguaje que la disguste. Si es necesario, la faltaré al respeto... Se enfadará, y me enviará otra vez al castillo... donde el verdadero duque estará ocupando su encierro... Voy á buscarle... á Dios!

Mayor. Y yo os acompaño!

Fedora. Oh! tiene talento y resolucion!... asi me gustan á mi los hombres! (*Alejo va á salir por la puerta de la izquierda del foro.*)

Un centinela. (Cerrándole el paso.) No se pasa!

Alejo. Ah! diablo.

Mayor. Tenemos guardias de vista.

Fedora. Este palacio es peor que una cárcel.

Alejo. (Abriendo la puerta del centro.) Ah! yo he de salir, pese á quien pese.

Alejandro. (Presentando.) No hay salida para vos: tengo esa consigna.

Alejo. Y si quiero atropellarla?

Alejandro. Haré uso de mi espada... tal es la orden de la Emperatriz...

Alejo. Estimando!... me gusta el modo que tiene de entender la hospitalidad. (*Alejandro se retira, y vuelven á cerrar las puertas.*)

Fedora. Si la Emperatriz trata así á todos sus primos...

Mayor. Veo que es preciso revelar la verdad, aunque arriegue en ello la vida!

Fedora. Padre mio!

Alejo. No hagais tal cosa... Ya es imposible que yo vea al príncipe... Pero Fedora no está presa, y puede salir de aquí... (*Siéntase á una mesa y escribe.*)

Mayor. Qué haceis?

Alejo. Escribo al príncipe... lo que no puedo ir á decirle verbalmente... Voy á agotar mi oratoria... Fedora se encargará de llevarle la carta.

Fedora. Oh! Si, yo le veré... me echaré á sus pies!... le diré!... qué le diré?...

Alejo. Aguardad... Mayor, es preciso recurrir á alguno en quien tengais entera confianza... hablad á vuestro sobrino... tal vez sea necesario revelarle nuestro secreto...

Mayor. No me atrevo... os detesta!...

Alejo. (Levantándose.) Está celoso! Oh! en su lugar yo lo estaria cien veces mas que él... Pues bien, decidle que yo quiero á Fedora como á una hermana...

Fedora. Si, si... como á una hermana... y que si me aynda á salvaros, seré suya con alma y vida... Mi carta! (*Alejo se la da.*)

Mayor. Si... pero... Qué veo? la Emperatriz al extremo de esa galería... se dirige hácia aquí.

Fedora. Ah! yo que no la conozco...

Mayor. Es inútil... ven! ven!...

Alejo. Si, dejadme... dentro de media hora estaremos todos camino de Shlusselburgo. (*Vanse Fedora y el Mayor.*) Es preciso que me eche... (*Reparando en*

ella.) Aquí está ya... Qué preocupada viene!... no me ha visto.

ESCENA VIII.

ALEJO. ISABEL.

Isabel. (Pensativa.) Nuevas conjuraciones!... nuevos crímenes que castigar!... yo, que no soy feliz sino cuando amo!

Alejo. (Aparte.) No sé lo que siento!... es una idea diabólica la mía!... Faltarla así!... *(Se sienta al clave.)*

Isabel. (Idem.) Aquí está el duque... es buena figura... y su carácter además es abierto y franco... los demás son todos unos aduladores!... unos ingratos!

Alejo. (Aparte.) Pues señor, no hay otro remedio!... Cómo ha de ser!... pecho al agua!... *(Toca en el clave.)*

Isabel. Ah! sois vos, duque!...

Alejo. (Fingiendo que se sorprende.) Cielos!... perdone V. M... creía hallarme solo, y estaba distraído.

Isabel. Puede saberse la causa de esa distracción?

Alejo. Os habíais separado de mí, señora... y este palacio me parecía desierto... *(Suspirando.)* Echaba de menos mi prisión.

Isabel. En la que estaríais más solitario, sin embargo.

Alejo. Es verdad, pero allí, al menos, no tenía idea de esta nueva vida... no conocía los deseos, las esperanzas que vienen á asaltarme aquí... no había visto mujer alguna!... *(Aparte.)* Allá voy!

Isabel. Ah! sois galante!...

Alejo. Estoy enamorado!...

Isabel. (Inquieta.) Enamorado... ya!... Habéis visto alguna dama de mi corte?

Alejo. No he visto más que á una.

Isabel. Y... hablad, yo soy muy curiosa!... Esa dama... es...

Alejo. La única que no me es posible nombrar delante de vos.

Isabel. Oh!... eso no sería un crimen!...

Alejo. Si tal!... un crimen de lesa-magestad. *(Movimiento de Isabel. Aparte.)* Lo entendió!

Isabel. Señor duque!...

Alejo. Perdonad... oh! perdonad, señora; me he hecho traicion á mi mismo... mi corazon no podia contener por mas tiempo ese secreto... os ofendo, lo sé... vais á mandar que me vuelvan á encerrar en mi prision... pero antes de entrar en ella, os habré dicho, al menos, señora... que os amo!...

Isabel. Duque!

Alejo. (*Aparte.*) Asunto concluido! me despacha.

Isabel. Ah! la salida es algo brusca!... y despues de lo que me habeis dicho ayer... esta mañana... yo no podia esperarme... tanta... imprudencia.

Alejo. Decid tanta audacia!...

Isabel. No hay en ello ningun mal.

Alejo. (*Aparte.*) Cómo! Que no hay mal dice?

Isabel. Esa es una prueba de vuestra mucha gratitud!... Si habiamos de castigar á los que nos quieren, qué hariamos entonces con los que nos aborrecen?

Alejo. Oh! (*Aparte.*) Calla! no se enfada!...

Isabel. Quedaos aqui... no quiero ofenderme por eso; me acotece tan rara vez creer en la franqueza... pero os ruego que seais mas circunspecto!...

Alejo. (*Aparte.*) Oh! pues entonces... (*Alto.*) No, señora, no; no lo esperéis... soy un desventurado, un insensato que ha perdido la razon al veros... al contemplar vuestra hermosura. Sois mi primer amor!... Lo conozco; la magestad de la soberana no será bastante para defender á la muger que adoro!... Si, aun cuando me cueste un destierro. (*La coge la mano y se la besa.*)

Isabel. Primo!

Alejo. (*Aparte.*) Se va á poner furiosa!

Isabel. Esto es ya abusar de mi bondad... volved en vos... reparad que me observan continuamente... y que os perderiais á pesar mio.

Alejo. (*Aparte.*) Qué estoy oyendo!

Isabel. (*Sentándose.*) Serenaos... sed digno de las bondades que os dispenso, y de la libertad que disfrutais en mi corte, en la cual deseo que continueis...

Alejo. (*Aparte.*) Todo lo contrario de lo que yo...

Isabel. Haré mas todavia... os llamaré á tomar parte en mis consejos, como hacia en otro tiempo con el duque, vuestro padre... Ved lo que haceis... alli necesitareis de vuestro cabal juicio...

Alejo. Ah! Señora, cómo queréis que yo os responda de mí... si me veo á vuestro lado!... si mis ojos habrán de estraviarse necesariamente con mi razon al contemplar tantos encantos!... Oh! no, señora... desterradme!... estoy loco... y siento ahora mismo impulsos de perderme... (*La coge la mano y se la besa muchas veces.*) Ya me he perdido!

Isabel. Ah!

ESCENA IX.

DICHOS. EL CONDE. EL MAYOR.

Conde. No, Mayor, no.

Isabel. Ah! conde de Schuvaloff!... Señores... acercaos!

Alejo. (*Aparte.*) Ahora si que no hay escape.

Mayor. (*Bajo.*) Qué tal?

Alejo. Va bien; tengo seguro un calabozo por lo menos.

Isabel. El duque de Curlandia tiene derecho á gozar desde hoy de la mas completa libertad... le devuelvo mi aprecio... y quiero que en adelante sea el principe mas respetado del imperio despues de mi persona.

Alejo. (*Aparte.*) Cómo es esto! no me manda encerrar... pues entonces?...

Isabel. Podeis retiraros, señor duque, y contad desde ahora con mi aprecio, que no tendrá mas limites que los de vuestra adhesion.

Alejo. Señorã!...

Mayor. (*Bajo.*) Qué demonios me deciais entonces de calabozo ni de...

Alejo. (*Idem.*) Qué sé yo? El hombre propone... y... la Emperatriz dispone, querido Mayor. (*Vase Alejo con el Mayor. Isabel le sigue con la vista.*)

ESCENA X.

ISABEL. EL CONDE.

Conde. Señora... el duque...

Isabel. (*Siguiéndole con la vista.*) Es un cumplido jóven... entendido, resuelto...

Conde. Si, señora... muy resuelto, y por lo mismo muy peligroso!

Isabel. Es esa vuestra opinion?... puede ser!

Conde. Si se uniese con vuestros enemigos!...

Isabel. Y si se uniese conmigo!

Conde. Qué oigo!... un casamiento!...

Isabel. Es príncipe!

Conde. Le honrariáis con vuestra mano!

Isabel. Si; es decir, con la derecha, haciéndole dueño de mi cetro.

Conde. Suplico á V. M. que obre con prudencia... hay en todo este asunto cierto aire de recelo... de misterio... Acaban de avisarme la llegada de la hija del Mayor Draken... la cual ha visto ya al duque de Curlandia... aquí mismo... en palacio... y en secreto.

Isabel. Ah!... le conoce?

Conde. Mas que un poco, según recelo.

Isabel. Y por qué le conoce?... dónde le ha visto?... Un preso que no debía ver á nadie... Y esa muchacha... es linda?...

Conde. Asi... tal cual... pasaderilla... diez y siete años escasos... Ha intentado darle una carta...

Isabel. Al príncipe!... y esa carta dónde está?

Conde. No la tengo... la ha escondido...

Isabel. Habérsela arrancado... no se os ocurre nada... Sois un torpe!... Que venga al instante esa muchacha... quiero verla.

Conde. La han preso de mi orden.

Isabel. (Dando con el pie en el suelo, llena de impaciencia.) Que venga!

Conde. Aquí está ya.

Isabel. Ah! no me nombres. (El conde se queda atónito.)

ESCENA XI.

DICHOS. FEDORA.

Fedora. Señor conde!... señor conde!... por qué me han preso... lo habeis mandado vos? Decid que me conduzcan al lado de mi padre...

Conde. Señorita... yo... no puedo...

Fedora. (Reparando en Isabel, que la observa.) No estaba solo!... Ah! Señora, protejedme!...

Isabel. Qué es esto, conde?... qué ha hecho esta joven?... Serenaos, hija mía!...

Fedora. Señora... esa bondad... sois tal vez la condesa...

Isabel. La condesa de Seluvaloff. (El conde quiere hablar, y ella le obliga á callar con una mirada.)

Conde, entreteneos en examinar esos papeles...

Fedora. (Aparte.) Oh! Si... esta debe ser la muger de su marido... querrá saber...

Isabel. (Acercándose á ella.) No tembleis asi... preguntabais...

Fedora. Por mi padre...

Isabel. (Bajo.) Y... por el preso que está á sus órdenes.

(Movimiento de Fedora. Isabel baja la voz.) Sé que os interesais por él... pero nunca tanto como yo... deseo favorecerle. (El conde finge que repasa los papeles.)

Fedora. Le habeis vuelto á ver?... le habeis hablado?... sabeis...

Isabel. Sé... que espera una carta vuestra...

Fedora. Os ha dicho!... oh! señora. (Mira al conde con terror.)

Isabel. (Bajo.) No nos oye.

Fedora. (Mas bajo.) Si... una carta que puede salvarle... oh! ya sé que él os ha amado... y que vos le amais!...

Isabel. Ah! sabeis!... pero y á vos... no os ama?

Fedora. Como á una hermana.

Isabel. Ah!... y vos á él?

Fedora. Como á un hermano... (Aparte.) Sus miradas me dan miedo!... (Alto.) He querido libertarle, y le he perdido tal vez!

Isabel. Cómo?

Fedora. Cielos!... Luego no sabeis!...

Isabel. Sí tal... si tal... pero y esa carta que él espera?...

Fedora. Silencio!... el conde... mirad que es tan mal intencionado como feo...

Isabel. Oh! no vendrá á arrebatármela á mí.

Fedora. Entonces, tomad y entregádsela... ahí la tenéis.

Isabel. (Con viveza.) Traed!...

Conde. Qué es?

Isabel. (Abriendo la carta.) Nada... nada... un papel... sin importancia. (La lee aparte.)

Fedora. (*Bajo.*) Que lo va á ver... tened cuidado... (*Aparte.*) Aunque, considerándolo bien, es un ministro que no ve nada.

Isabel. (*Dando un grito.*) Gran Dios!

Conde. Qué hay?

Isabel. (*Muy agitada.*) Conde! conde! me habeis engañado!... (*El conde quiere hablar.*) Os digo que me habeis engañado!... Ese hombre... quién es?... de dónde ha venido?... ese preso... (*Con una emoción concentrada.*) que ha osado!...

Fedora. (*Asustada.*) Señora!

Conde. Ese preso... (*Ella le entrega la carta.*)

Isabel. No es el príncipe... vedlo... vedlo... leed!

Fedora. Pero, señora... señora... qué haceis... Ah!... nos perdeis... volvedme esa carta.

Isabel. Callad... y vos, leed pronto!

Conde. (*Leyendo.*) «Mi generoso libertador... Si juzgais preciso que vuelva á ocupar mi puesto, cumpliré mi palabra! Exento de toda ambicion, he hecho uso de la libertad que os debo para deshacer planes descabellados... no deseo mas sino que me permitan vivir en este convento, mi único palacio y retiro desde hoy, en el cual rogaré á Dios por la Emperatriz y por vos. = El duque de Curlandia.»

Isabel. Está libre... y era otro... otro!... Asi se obedecen mis órdenes!...

Fedora. Cielos!

Conde. (*Temblando.*) Juro á V. M... que yo...

Fedora. La Emperatriz!... ah! (*Se echa á sus pies.*)

Conde. Corro al convento de San Constantino... con vuestros guardias... me apodero del príncipe... y...

Isabel. Eh! qué me importa á mí el príncipe... pero ese hombre... ese desconocido...

Conde. He sido engañado!

Isabel. Como un tonto!

Conde. Si señora! Pero el Mayor debe saber...

Isabel. El Mayor... que le traigan aqui... al instante... y á ese otro... á ese preso. (*El conde se dirige hácia el foro.*) No, no... que no venga!... no quiero verle!... se han burlado de mí.

Fedora. Perdon, señora!... la culpa es mia... yo he sido... yo... la que lo ha hecho todo... he puesto en li-

bertad al duque... sin conocerle... y el teniente Alejo por salvarnos...

Isabel. Alejo!... un oficial... (*Muy conmovida.*) Se aman!

ESCENA XII.

DICHOS. EL CONDE. EL MAYOR. ALEJANDRO.

Conde. Señora... el Mayor.

Fedora. (*Corriendo á él.*) Padre mio!... os he perdido!

Isabel. Venid, Mayor... acercaos!... Pere y él?... y él?... dónde está? dónde?

Conde. V. M. se negaba á verle.

Isabel. Quién os ha dicho eso? (*El conde habla á Alejandro, que se dirige al foro.*) Mayor. me habeis engañado. (*El Mayor quiere hablar.*) Todo lo sé... el príncipe se ha fugado... y un hombre audaz ha ocupado su puesto.

Conde. Os ha de costar la cabeza!...

Isabel. (*Al conde.*) Y á vos también!...

Fedora. Oh! á él no me importa... pero á mi padre!...

Mayor. Ese pobre jóven queria darme tiempo para descubrir al fugitivo... y por eso ha osado...

Isabel. Lo ha hecho por ambicion!

Mayor. Lo ha hecho por cariño hácia nosotros... y á riesgo de perderse...

Isabel. Por ambicion!

Fedora. Oh! no! por cariño!

Isabel. Cariño!... vos creéis en él!... Sois feliz... vos no habeis sido nunca engañada, vendida... (*Aparte.*) como yo!

Conde. Hácia aqui viene.

Isabel. Ah!... Silencio!... Cuidado con darle á entender ni aun con vuestras miradas... él no sabe nada... ahora vereis hasta dónde raya ese gran valor.

Fedora. (*Aparte.*) Oh! qué mala intencion tiene esta Emperatriz!

ESCENA XIII.

DICHOS. ALEJO. ALEJANDRO.

Alejo. V. M. me ha llamado?

:

Isabel. Si, principe... os estaba esperando.

Alejo. Perdonad entonces; señora... soy tan feliz desde que me habeis concedido la libertad, que iba á hacer uso de ella corriendo...

Isabel. Al convento de San Constantino, donde os aguardan los sediciosos, no es esto?

Alejo. Yo!

Isabel. Cuentan con el duque de Curlandia; pero el Mayor me respondia de vos.

Alejo. Oh! no necesitaba tomarse ese trabajo; no hay temor por ese lado.

Isabel. No obstante, mi consejo ha decidido que para quitar á mis euemigos la única esperanza que les queda... se os prive...

Alejo. De la libertad... vos me la habeis concedido... os la devuelvo... Partamos, Mayor.

Fedora. (Aparte.) Noble jóven!

Isabel. No!

Alejo. No es de la libertad de lo que quieren privarme?

Isabel. Quieren mas todavia.

Alejo. Mi vida! (Silencio.) Ah! (Los mira á todos lleno de emocion)

Isabel. Y ha de ser hoy mismo, principe. Llevar un titulo como el vuestro es á veces un gran delito!

Alejo. Y qué es lo que V. M. ha resuelto?...

Isabel. Lo que la política exige... El Mayor, libre ya de una responsabilidad terrible... partirá solo... con su hija... y vos, principe!...

Alejo. Debo morir... (Silencio.) Bien está! moriré como principe!...

Isabel. (Levantándose.) Oh! Si por acaso no lo fueseis!

Alejo. Lo soy... hubiera preferido... lo confieso... dejarme matar por vuestra magestad en un campo de batalla... y probaros asi mi gratitud, mi adhesion, que sea cual fuere lo que hayais resuelto, no acabara sino con mi vida; tal clase de muerte hubiera sido mas breve, y no me hubiera dado tiempo á echar de menos esta existencia que ahora aparecia tan bella para mí... tan bella como la esperanza!... (*Isabel da muestras de hallarse vivamente conmovida.*) Empezaba á creer en la felicidad... (*Haciendo un esfuerzo.*) En fin! Quedad con Dios, Mayor; pensad alguna vez en vues-

tro leal cautivo... Fedora, una lágrima por el amigo de vuestro padre.

Fedora. Oh! sí, sí... (*Aparte.*) Que busque muchos en su corte... como este!

Isabel. (*Admirada.*) Y qué?... No teneis nada mas que decirme, principe?...

Alejo. Nada mas, señora... ah! sí, perdonad! Si dentro de algun tiempo... fuese acusado el Mayor... de alguna falta leve... perdonadle en obsequio mio... Por lo que hace á su hija... Fedora... unidla á su primo... este valiente oficial de vuestra guardia... estan enamorados, y desearia que os encargáseis de su porvenir. (*Isabel se manifiesta cada vez mas conmovida.*)

Alejandro. (*Acercándose.*) Ah! perdonadme lo mal que os he juzgado!

Alejo. (*Cogiendo de la mano al Mayor y á Fedora, que se vuelven.*) Vamos, vamos!... ánimo!... Ba!... mas tarde, ó mas temprano... A Dios!

Isabel. (*Conmovida y aparte.*) Oh! sí... tanta nobleza de alma... tanto valor. (*Alejo se encamina hácia la puerta. Isabel manifiesta en su semblante la lucha que está sosteniendo.*)

Alejo. Partamos, señor conde.

Mayor y Fedora. (*En ademán de súplica.*) Oh! señora!... no podemos callar mas... aunque nos cueste la vida...

Isabel. Alejo!... (*Alejo se vuelve atónito y cortado.*) Alejo, quedaos! (*Alejo corre á echarse á sus pies.*)

Alejo. Ah! Señora, sabeis...

Isabel. Sé que sois el mas noble, el mas generoso de los hombres!... Sé que por salvar á vuestros amigos... dariais una vida... que yo reclamo!... No tembleis por ellos!... quiero que todos los que me rodean sean dichosos...—Conde Alejo Romanuski, os quedareis en mi corte... á la cabeza de mis guardias... y no me hareis traicion jamas.

Alejo. (*A sus pies.*) Oh! nunca!

Conde. (*Aparte.*) Relusaba dar al principe su mano derecha... á este le da la izquierda... Vamos, todo ello ha sido un cambio de mano.

FIN DE LA COMEDIA.







PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

PQ
245
M4S75

Scribe, Augustin Eugène
La molinera

